

**Historia del Reinado
de Don Pedro III El Grande,
de Aragón, y de los orígenes
de la penetración aragonesa en Italia**



Manuel de Soroa y Pineda

Madrid, 19 de junio de 1979

Título: Historia del Reinado de Don Pedro III El Grande, de Aragón, y de los orígenes de la penetración aragonesa en Italia.

Autor: Manuel de Soria y Pineda

Colección: El Justicia de Aragón

Edita: El Justicia de Aragón

D.L.: Z-2063-2000

I.S.B.N. 84-89510-17-2

Imprime: Gorfi, s.a. Menéndez Pelayo, 4. Teléfono 35 22 22 • 50009 ZARAGOZA

Preámbulo

Si hay un tema histórico sobre el cual se haya escrito abundantemente y contradictoriamente, este tema lo constituye el "modo de ser" del Reino medioceval de Aragón. Todavía no se ha dicho la última palabra y es probable que jamás se diga, pues la fábula mezclada con la Historia suministra copioso material para divergar a gusto de cada autor sobre todo en cuanto se refiere a los orígenes, a ese embrión sobrarbeño, que, en los siglos VIII y IX, aparece rodeado de densas nieblas y como un apéndice del vecino territorio de Navarra.

Escritores poco exactos, cuando no auténticos impostores han creado sabrosas leyendas que, en oportuno momento y merced a una feliz combinación de favorables factores, dieron, en las 13^a y 14^a centurias, fruto obligado. Después, el mito se vistió con fuerte y lucido ropaje; el muñeco se adornó con galas que parecían hechas quinientos años atrás y la poesía dio vida a tal eugendo...

En nuestro tiempo, en las aulas universitarias donde se nos enseñó Derecho Político, oímos un canto a las llamadas "libertades de Aragón", una declamación lírica a las instituciones políticas de ese Reino y una entusiasta parangón entre ellas y las del pueblo inglés, que, según dicen, forman el arquetipo, el modelo cabal y la soñada meta de la perfección constitucional de todos los países civilizados.

Así andaban las opiniones a fines del pasado siglo y comienzos del presente; se despreciaban entonces las que no se conformaban con el común sentir y autorizados escritores que disentían eran considerados como soñadores, pero tenían la virtud de exacerbar a los entusiastas, al coro general y, como consecuencia, de provocar nuevas obras por cada una de las que, contradiciéndoles, aparecían.

Hoy, sigue la controversia y, por cierto, con encono e incluso agresividad... Quien esto escribe ha tenido la paciencia de consultar modestamente mucho de cuanto antaño y hogaño se ha dicho como verdad inconclusa; ha visto conclusiones absolutamente opuestas y, lo confiesa con ingenuidad, se ha sentido temeroso y mohíno de entrar en el palenque. Por otra parte, no cumple a su propósito terciar en la lid y, en el curso de la presente obra, cuidará muy mucho de no sentar una opinión que pretenda considerar como definitiva: por fortuna, su punto de partida arranca, las postrimerías de un reinado sobradamente conocido, el de Jaime I; el tema que constituye su plan es más adjetivo que sustantivo y, huyendo de las áridas regiones de los principios, cae dentro de la gigantesca vorágine de los hechos, de los grandiosos vaivenes de la epopeya.

¿Era Aragón una democracia? ¿Era una oligarquía? ¿Era una monarquía con fuerte base aristocrática? ¿Era, más bien, un espléndido anticipo, de lo que hoy llamamos régimen constitucional y parlamentario? ¿Acaso una democracia? ¿Tuvo, en su origen, carácter de pacto, allá en las escabrosidades del Pirineo, entre la flor de los guerreros y un caudillo heroico, alzado sobre el pavés? ¿Tuvo, tal vez, matiz absolutista el ejercicio del Poder Real? ¿Existió el Fuero de Sobrarbe? ¿Se amañó éste, con el correr del tiempo, para frenar al Rey y para que medraran unos cuantos?

He aquí el cuestionario de la controversia y piénsese que, alrededor de tales preguntas, se plantean otras subordinadas, otras mil

que, satélites de ellas, son obligadas y otras muchísimas, en fin, que, hijas de opiniones que forman escuelas o dictadas por el interés y la pasión de la política posterior, nunca se habría hecho a sí mismos los buenos aragoneses de la Edad Media.

Sólo el examen de los acontecimientos puede responder a esas cuestiones. Pues hasta los documentos que se esgrimen son de autenticidad más que sospechosa y es lo cierto que en la Historia de la Corona de Aragón, esos acontecimientos tienen por sí mismos luz cegadora, que hace inútiles viejos y empolvados pergaminos, de los que, en cambio, hay sobrado caudal en la hermana Historia de Castilla.

En ésta, en efecto, la pluma y la espada alternan para componerla. En Aragón, diríase que sólo la espada tuvo tiempo, porque la pluma es tardía y tal vez, cuando escribió, más que historia, redactó consejos... Es igual: a Dios gracias, los Reyes de Aragón bastan y sobran para crear una soberbia epopeya y, bien considerados los hechos, puede asegurarse, sin pecar de exagerados, que la Historia de Aragón es la biografía eslabonada de cada uno de sus Monarcas.

Libro primero

Postrimerías del reinado de D. Jaime el Conquistador (1.268-1.276)

I

El Rey de Aragón, a los sesenta años de su vida y cincuenta y cinco de su reinado, presenta su majestuoso porte tan vigoroso y lozano como en sus tiempos mozos. Alto, altísimo, casi un gigante, D. Jaime I, que tal es su nombre, cruza a caballo, con pequeño séquito de Nobles, la región fronteriza, en dirección a Castilla, el Reino hermano. Son los últimos días otoñales de 1.268. Es también el otoño de su Reinado.

¡Y qué Reinado el suyo! Si del Cid dijo un poeta "se va ensanchando Castilla a los pies de su caballo", de él, de D. Jaime, ha de decirse otro tanto, en beneficio de Aragón, porque, Rey que sabe reinar prescindiendo de Nobles turbulentos, ha ido, desde su juventud ganando tierras, creando un gran pueblo, dando las postreras pinceladas al cuadro que empezara a pintar su antepasado D. Alfonso y si a éste le llamó la Historia "el Batallador", a él le apellidará "el Conquistador", pues a punta de espada, en treinta li-des, traza definitivamente los linderos de un Reino que, pequeño Condado en su origen y como modesta prolongación hacia Levante de la antigua Navarra, él lo ha hecho fuerte, poderoso y li-

bre... Tan libre que es ahora Navarra quien puede decir que vive porque Aragón quiere que viva autónoma.

En el curso de ese reinado, las fronteras de Aragón han bajado hacia el sur y se han sumergido en el Mediterráneo para reaparecer sobre sus ondas, pero después de haberse apoderado de las Islas Baleares. La Media Luna es vencida siempre: ella paga el gasto de los triunfos aragoneses, mas ¡quién sabe!..., tal vez D. Jaime, al conquistar el hermoso archipiélago, triunfó también del incipiente imperialismo francés y se adelantó a San Luis. Si así es, y bien puede creerse, al Monarca de Aragón deberá la España posterior una provincia más y Francia un Departamento menos...

D. Jaime está por entonces en entrañable amistad con su colega de Castilla, que, además de ser su amigo, su colaborador y su aliado, es asimismo, su yerno, porque la Reina D.^a Violante, casada con el castellano, es hija del aragonés y de otra D.^a Violante, o Yolanda de Hungría. Si los comienzos de la alianza nupcial entre ambas casas reinantes parecieron llenos de funestos augurios, por la supuesta esterilidad de la unión, pasado un lustro la augusta pareja empezó a tener hijos y en esos días de diciembre de 1.268 no menos de cinco varones y cinco hembras son fruto del matrimonio real castellano.

Hubo un tiempo en que peligraron las relaciones entre el suegro y el yerno, siendo Murcia la manzana de la discordia, pero a Dios gracias, aquello había pasado y a la sazón todo es cordialidad entre ambos. Luego, lector, trabaremos conocimiento con el segundo. Fijemos nuestra atención, todavía, en el brioso caballero que, bajando desde Cervera, cruza al trote la región occidental de sus dominios y, después de atravesar el Ebro, sigue el valle del Jalón, deja en pos la villa de Calatayud y penetra en Castilla, con dirección al ilustre Monasterio fronterizo de Santa María de Huerta.

Es ya tierra de Soria, tierra sobre la cual escrita está una gran parte de la historia castellana; donde villas, ríos, pueblos, montes y llanuras llevan nombre de batallas, a cuyo compás se obró la Reconquista. Y sabe D. Jaime que ésta corre a cargo, en lo sucesivo, de la Monarquía de Castilla, porque Aragón, en tal aspecto, ha concluido su tarea; si algo le queda por hacer, será ayudar a la aliada, o asegurar lo propio y es el Rey sobrado perspicaz y cauto para suscitar conflictos al vecino y despertar recelos en el yerno.

Un cronicón manuscrito con caracteres del siglo en que vivió, nos pinta así al Monarca aragonés: "Debéis saber que el Rey D. Jaime fue el hombre más hermoso del mundo; un palmo más alto que otro alguno, bien formado y perfecto en todos sus miembros. Tenía la cara grande, sonrosada y lozana, la nariz larga y muy derecha, la boca grande y fresca, hermosos y blancos dientes y negros y hermosos ojos y cejas. Tenía anchas espaldas, era alto y delgado. Tenía los brazos gruesos y bien hechos, las manos bellas y los dedos largos. Fue intrépido, liberal, afable con todos, muy misericordioso y la guerra continua contra los sarracenos fue el móvil de su gran corazón".

Así dice el viejo pergamino, así lo retrata un cuadro que, hasta fines del siglo XVIII, se conservaba en la Real Audiencia de Cataluña y así, en fin, la Historia lo confirma, porque de su intrepidez, valor, liberalidad, e irresistible simpatía, los Anales del gran Zurita nos dan copiosos ejemplos y de las mismas cualidades nos proporciona espléndida ejecutoria la "Crónica" autobiográfica del Rey, que aún hoy se lee con deleitoso afán y que nos cautiva con el encanto que brota de sus páginas.

Enérgico, pero prudente, supo en su adolescencia, en su juventud y en su virilidad y sabe hogaño en su senectud, tener a raya a una Nobleza siempre activa, exigente y refractaria a toda autoridad superior a ella. En una prodigiosa labor de "tira y atloja", inacabable y tenaz (porque dura todo su reinado) D. Jaime sa-

be ceder una vara para ganar una legua y esa Nobleza, que en los albores de su reinado amargó y humilló al Soberano, esa Nobleza que, por un día de gloria, cosechaba un año de oprobio y baldón, terca y obstinada, había acumulado los obstáculos a lo largo del camino que su señor cruzaba. ¡Cuánta ruindad en sus acciones! ¡Cuánta bajeza en sus afanes! ¡Cuánta miseria en sus miras! En tanto que los Nobles sólo pensaban en sí, el Rey, con magnífica visión y profética perspectiva, pensaba ya en España. Lo demostraremos en el curso de estas páginas.

Por eso, su figura adquiere nuevo lustre al pasar de los años y por eso, también, su obra ofrece mayor relieve. D. Jaime, sin estridencias, sin desplantes, con paciencia infinita que incluso hoy, al leer su historia, nos pasma, cuando no nos irrita, sigue el camino de gloria que inició en los comienzos de su reinado y en el que llegaría a cumplido remate si no hubiera sido porque toda su energía, todo su esfuerzo y sus triunfos todos se quebraban ante un enemigo al que el Rey jamás supo, pudo o quiso vencer: su lascivia, que aún entonces, sesentón ya, le dominaba como en sus verdes años.

¡Extraño caso el de su indudable y fervorosa religiosidad! Al lado de ella, de su robusta fe, de su conmovedor amor a la Virgen Santísima; junto a bellos rasgos de piedad, el hombre sensual aparece de continuo, sin freno, sin moral, sin remordimiento alguno y a veces queriendo dogmatizar, como si se hubiera creado una ética para sí mismo, según la cual sus victorias militares contra los sarracenos y la erección de dos mil templos a la Madre de Dios, bien le autorizaban para dar rienda suelta a sus pasiones. En esos tiempos en que la lujuria era pública y tolerada por los pueblos y las costumbres, Jaime llegó a causar escándalo y la Santa Sede hubo de amonestarle severa y repetidamente.

En tanto que cruza la frontera castellana, momento en que le presentamos al lector, no sólo ha dejado en Aragón a dos hijos legí-

timos con rango de Infantes, D. Pedro y D. Jaime, sino también otros dos de legitimidad dudosa, llamados también D. Jaime y D. Pedro, habidos de D.^a Teresa Gil de Vidaure, infeliz dama que, amiga o esposa secreta del Rey, vive entonces enferma de lepra en un Convento de Valencia, expiando sus culpas, si las tuvo, con una vida ejemplar. Lo que todavía ignoran todos en aquel momento, es que el Rey los considera hijos legítimos y que en su último testamento los llamará eventualmente a la sucesión de sus reinos. Y queda en Aragón otro bastardo que lo es sin duda alguna, llamado Fernán Sánchez, habido de una bella damisela de la noble estirpe de los Antillón. Y otro más, pero de distinta madre (una aragonesa cuyo nombre es Berenguela Fernández), tan bien dotado por la real munificencia como los tres hermanos últimamente citados, pues si éste es Barón de Híjar, Fernán lo es de Castro, Pedro, señor de Ayerbe y Jaime, señor de Ejérica. No acaban ahí los amores del Rey y otra dama, de la familia real castellana, empezará en seguida a cautivar el corazón del que, por más de un motivo, merece el sobrenombre de "conquistador"... No será éste su último devaneo.

Eso sí: en el pecado llevará la penitencia, porque ya uno de los bastardos, Fernán Sánchez, le suscita preocupaciones y no tardará en crearle un serio conflicto con perfiles de auténtica rebelión. Estos desarreglos y solo ellos, forman la tara de su reinado.

Los demás hijos merecen párrafo aparte: de su matrimonio primero, con D.^a Leonor de Castilla, hubo uno, por nombre Alfonso, quien, para bien, acaso, de Aragón, murió ocho años hacía... Si no le hubiese llamado Dios, es probable que entre el mozo y el Rey (azuzado por su segunda esposa) habría estallado una sangrienta lucha.

Por su temprana muerte, quedó como infante heredero el hijo mayor habido de las segundas nupcias, pues, las primeras, anuladas por parentesco entre los regios cónyuges, y retirada D.^a Leonor a las Huelgas de Burgos, D. Jaime contrajo matrimonio con

D.^a Violante de Hungría, en 1.235. De ésta hubo, además de los dos indicados, D. Pedro y D. Jaime, otros dos varones, D. Fernando y D. Sancho y cinco hembras. En 1.268, dos de éstas, D.^a Sancha y D.^a María, habían pasado ya silenciosa y santamente por la Historia: la primera, yéndose en piadosa peregrinación al Sepulcro de Jesucristo, donde se esfuma su recuerdo, y la segunda (que el cronista Desclot nos dice que fue bellísima) encerrándose en un Convento. La mayor, en cambio, brilló en la opulenta Corte de Castilla: allí, esposa del Rey Alfonso X, el Monarca más fastuoso y hasta manirroto de su tiempo, sufrió, al principio, como antes se indicó, el real desdén, por no dar vástagos a la dinastía, pero luego, la esterilidad trocóse en signo opuesto, puso al esposo de excelente humor, dio contento a los buenos castellanos y Violante, que así se llamaba, fue Reina en la amplia acepción de la palabra, porque, al verse madre feliz de diez infantes, se sintió con fuerzas para intervenir en la gobernación del Estado e incluso, al decir de los historiadores árabes, para intrigar, más tarde, con motivo de la reconquista de Murcia, con perjuicio de su hermana Constanza, casada con el Infante D. Manuel, a su vez hermano del propio Monarca.

Es curioso el episodio, tal como lo narran esos historiadores: "Vinieron contra Murcia, —dicen—, los del Rey Gacum (D. Jaime) y pretendían hacer esta conquista por su parte, y el Rey Alfonso también envió sus caballeros pretendiendo ganar aquella tierra que era su primera conquista y hacer Rey de ella a su hermano D. Manuel a quien mucho amaba. Esta competencia estorbaba sus intentos, y se acordaron los dos Reyes en que el Príncipe D. Manuel casase con la hija de Gacum y así estaban convenidos. La Reina Tolant (Violante), mujer de Alfonso X era hija de Gacum y hermana de la que se destinaba para Reina de Murcia. Tolant era vana y envidiosa y no tan bella como su hermana y sentía en el alma que aquella conquista sirviese para coronar a la que aborrecía, así que no perdonó diligencia para estorbarlo y escribió al Rey de Granada con grande interés de restituir la paz entre ambos Estados..." Co-

mo resultado de esta intriga, Murcia fue nuevamente incorporada a la Corona de Castilla, por la generosidad de D. Jaime de Aragón, que la ganó después para su yerno, y ni D. Manuel, hermano de éste, ni D.^a Constanza, su bella esposa, hermana y cuñada a un tiempo de la Reina, llegaron a ser Soberanos de ese hermoso trazo peninsular.

No todo fue, sin embargo, doblez e intriga: D.^a Violante era amante esposa del castellano y cariñosa hija del aragonés, buena madre, excelente abuela y hasta abnegada suegra, como después veremos. La historia se ocupa mucho de ella y si bien su carácter autoritario y altivo tuvo ocasiones de manifestarse a lo largo de su vida, la sana crítica no puede hallar motivos para vituperarla y sí para admirar su tesón y el temple de su alma; que no en vano era esta mujer hija de uno de los hombres más eminentes de todos los siglos.

Cuatro hijas hemos señalado ya y todavía queda hacer mención de la más pequeña: D.^a Isabel. Esta era a la sazón mujer del Príncipe heredero de Francia, el futuro Felipe III "el Atrevido". Y lo era desde seis años atrás. Fue breve como un relámpago su paso por el trono francés y, muy joven aún, murió en Cosenza cuando, embarazada de seis meses, cayó de un caballo, precisamente en los días que, caliente todavía el cadáver de su suegro, San Luis, su propio esposo el nuevo rey de Francia regresaba con ella a la patria, tras la desastrosa Cruzada a Túnez, para coronarse. No menos de cinco féretros reales llegaron con Felipe a París el 21 de mayo de 1271: el de su padre, el llorado y santo Monarca; el de su hermano Juan Tristán, Conde de Nevers; el de su cuñado Teobaldo, Rey de Navarra, y el de Isabel y el tierno infante, nacido prematuramente para morir a las pocas horas.

Cabalmente el viaje de D. Jaime a Castilla obedece a un piadoso motivo familiar: el menor de sus hijos, D. Sancho, que apenas cuenta veinticinco años, y que poco antes había sido nombrado

Arzobispo de Toledo, va a celebrar su primera Misa. Ha rogado a su padre que acuda a la Imperial Ciudad para asistir al acto; a la súplica han sumado las suyas los Reyes de Castilla con filial empeño y por eso, mientras deja el aragonés a su primogénito D. Pedro en Cervera, sujetando a unos Nobles turbulentos, acude al llamamiento sin demora.

Así lo refiere en su Crónica el mismo D. Jaime: "Allí (en Cervera) nos llegaron mensajeros y cartas de nuestro hijo el infante D. Sancho, a quien el Papa (lo era entonces Clemente IV) había conferido el Arzobispado de Toledo, con las que nos rogaba muy encarecidamente que fuésemos a pasar con él las próximas fiestas de Navidad, en que había de celebrar su primera Misa. Pedíanos además en sus cartas perdón por no haber venido a buscarnos como a padre y señor suyo que éramos; pero que se disponía para hacernos un buen recibimiento, saliendo a buscarnos hasta Calatayud, para que entrásemos los dos juntos en Castilla; y nos rogaba queuviésemos a bien acompañarle hasta Brihuega, Alcalá y otros lugares que él poseía en aquel camino. Movido entonces del estrecho deudo que con él nos unía, puesto que era nuestro hijo y se acreditaba de tal por sus buenas obras, resolvimos acceder a lo que nos pedía."

Sin duda, no exageraba el Rey al escribir esta alabanza de su hijo: vacante la Sede toledana por muerte de D. Domingo Pascual, que no había llegado a consagrarse, surgió una pugna en el Cabildo, pues los votos de sus componentes se dividieron entre dos candidatos y, sin acuerdo posible, el pleito de la elección se llevó a la Curia papal. El anterior Pontífice, Urbano IV (el instaurador de la fiesta del Corpus Christi) no llegó a resolverlo y fue su sucesor quien lo hizo. Alfonso X propuso un tercer candidato; vaciló el Papa, al principio; insistió el Rey, dando ya un nombre, el del Obispo de Jaén, pero en esos momentos D.^a Violante intervino. Era aragonesa y, además, enérgica: tenía un hermano, el menor a quien el Monarca, su padre, había destinado a la Iglesia: muy

mozo aún y sin ser estar ordenado, desempeñaba a la sazón el cargo de Capellán del Obispo de Silves y de Abad secular de Valladolid. Excelente reproducción física de su padre, D. Sancho era alto, de bella presencia, grave en sus costumbres y modales, elocuente y piadoso. La Reina de Castilla quería mucho a este hermano y ella fue la que indujo al Monarca a dar un nuevo paso cerca de la vacilante actitud pontificia. En lugar del anterior candidato, Alfonso X recomendó ahora a su joven cuñado para la primera Sede castellana. Clemente IV debió sonreírse ante este rápido cambio y, amablemente, reconvino al egregio sabio, advirtiéndole que el asunto se examinaría con la calma y la circunspección propias de su importancia. En efecto: consultados los Cardenales de la Corte Papal, éstos se mostraron favorables a D. Sancho, pero con todo y con estar también el mismo Pontífice inclinado a complacer al Rey, no basó ello para adoptar una decisión. Pasaban los meses, informó en la Curia Raimundo de Peñafort a favor del infante aragonés, se pidió la opinión de otros dos purpurados y solamente cuando el Papa hubo conocido en persona a D. Sancho, se decidió, y desde Viterbo, a 21 de septiembre de 1.266, expidió sus Bulas, nombrando a éste Arzobispo de Toledo. La víspera, el propio Clemente IV ordenó de Subdiácono al Infante-Prelado, que, en seguida, se trasladó a Castilla.

En el Monasterio fronterizo de Santa María de Huerta se encontraron, una vez más, ambos Reyes. Ignora la Historia a qué extremo subía el cariño que recíprocamente sentían suegro y yerno, pero sabe que éste, agasajó cuánto supo y pudo a aquél, tanto, que bien puede creerse ser sincero su afecto, ostentosamente filial y reverente. En cuanto a D. Jaime, todo nobleza, su biografía basta para probar que no abrigaba en su corazón sombra alguna y que, por ello, al abrazar a D. Alfonso, lo hizo con franca ternura. Tenía el castellano entonces cuarenta y siete años y su reinado, espléndida herencia del Santo Monarca Fernando III, deslizábase con altibajos: junto a triunfos sobre los musulmanes, al lado de un extra-

ordinario impulso personal de las ciencias, de las artes, de la literatura, aparecían ya en el horizonte de Castilla esas nubes que, creciendo y avanzando, descargarían pronto sobre ella. Alfonso X, era un Rey ilustre, digno, por más de un concepto, de su padre pero inadecuado para su época, porque, muy superior a los hombres de su tiempo, se adelantó... No diremos, como se ha repetido por los historiadores desde Mariana hasta hace poco, que a fuerza de mirar a la bóveda celeste, daba continuos tropezones en su paso por la tierra; la verdad es que hubo miradas arriba y caídas abajo, pero éstas no fueron ocasionadas por aquéllas, sino por falta de energías con unos Nobles turbulentos, por una megalomanía nacida por causa del Imperio a que aspiró varios años, y, en fin, porque, fijó su pensamiento político en más amplio marco, desdeñó, dañándolo por desidia, el que Dios le había asignado.

En ese momento, empero, cuando, en leal camaradería, los Reyes de Castilla y Aragón, viajaban ya desde Santa María de Huerta, hasta Toledo, la paz interior no estaba alterada.

Ocho días, a partir de Navidad, permaneció D. Jaime en la imperial ciudad: asistió a la solemne primera Misa del joven Arzobispo, su hijo, y, bien pronto, aquella exuberante imaginación, o más bien, aquel gran corazón que latía en el pecho del aragonés, latió con renovado gozo ante la grandiosa perspectiva que se le ofreció inesperadamente.

Cincuenta y cinco años de reinado llevaba recorridos: a lo largo de este camino, sólo triunfos cosechó: antes hicimos una rápida alusión a ellos y no hemos de insistir, ni menos, pormenorizar sus victorias. El Rey "Conquistador" podía sentirse satisfecho, sin duda; pero no era así: él y su yerno aspiraban a más, pues si el castellano soñaba con la diadema imperial, al aragonés se le brindaba en Toledo, nada menos que el galardón que, durante muchísimos años, constituía el ideal de todos los Papas, de todos los

Reyes y de todos los pueblos cristianos: la reconquista de Tierra Santa

El Khan de Tartaria y el Emperador de Constantinopla, Miguel Paleólogo (un déspota cruel, que inseguro en su trono, quería ganarse amigos) le enviaban embajadores, ofreciéndole su ayuda para la gran empresa. Se la pintaban con risueños colores y le afirmaban que todo resultaría sencillo, rápido y seguro. Ahora bien: el solo hecho de que llegaran hasta D. Jaime embajadores de oriente, era ya un nuevo triunfo, que significaba la resonancia de los que, durante su reinado, había obtenido. Aragón cobraría celebridad; las hazañas de su Rey se conocían en países que entonces bien podían ser considerados como remotos y el nombre de D. Jaime, rompiendo el marco de las fronteras pirenaica y mediterránea, volaba por Europa y tocaba Asia. Nunca hasta esos momentos, había ocurrido otro tanto.

El Rey, con ilusión que causó extrañeza incluso a su yerno, aceptó al momento: la empresa era tentadora y, lograda, sería un soberbio epílogo a su reinado. Ya no pensó en otra cosa y suspiraba por el regreso a Aragón para dar comienzo a los preparativos de esta nueva cruzada, de la que él iba a ser caudillo.

Las Cruzadas son el motor, o, más bien, el alma de la Baja Edad Media. Ellas hicieron latir todos los corazones y formaron el ideal de los pueblos europeos; si el éxito de las precedentes fue casi nulo efímero, no por ello se atenuaron los entusiasmos y en medio de la tosquedad de las costumbres, de las sombras de una semicivilización que, traducida en obras, hoy produce todavía espanto el leerlas, son las Cruzadas la vibración más sonora de una religiosidad indudable, porque el recobro del Santo Sepulcro es, para el hombre medioeval, punto de honor.

En la segunda mitad del siglo XIII, este ideal había sufrido, sin embargo, una sensible modificación, precursora del desencan-

to: si antaño fue impulso popular espontáneo, al que, para ser operante, bastaron arengas de un pobre monje o simples invitaciones de un Papa, hogaño el ideal seguía siéndolo, sí, para el Pontificado, pero éste iba quedándose sólo; clamaba con enérgicos acentos por la prosecución de las expediciones y veía que, a su actitud, ya no respondía Europa, o respondía con tibieza. San Luis, ese Monarca admirable, era el único que, con celo propio de los mejores tiempos, de la edad heroica de las Cruzadas, respondía al llamamiento.

Y D. Jaime I de Aragón, también. No se fijó, en alas del entusiasmo que las dos invitaciones orientales le despertaron, en lo endeble de sus medios, ni bastaron para abrirle los ojos, las afectuosas y filiales observaciones que el Monarca castellano le hizo, al conocer su decidido propósito: más frío que su suegro y, en este caso, más conocedor de la realidad, le dijo que no convenía fiarse ni del tártaro, ni del griego, los cuales prometían mucho y harían poco. Inútiles esfuerzos: D. Jaime, obtenida una ayuda financiera de D. Alfonso, siempre generoso, y la colaboración entusiasta de algunos magnates castellanos, regresó a Aragón, habló con los embajadores orientales y, en seguida, dio comienzo a los preparativos de la expedición, alistando una hueste y equipando una flota.

La Corte castellana intentó aún un último esfuerzo, convencida de que ni la edad del Rey de Aragón, ni las circunstancias del momento aconsejaban la Cruzada. D.^a Violante aconsejó a su padre que acudiera a verla a Santa María de Huerta: el pretexto era una despedida; el propósito, un ruego apremiante para que, por lo menos él, no se embarcase. Y al Monasterio acudió, en efecto, el aragonés, pero la patética escena familiar que allí siguió, lloros de hija y súplicas de nietos, no le disuadieron y, así, al comenzar el mes de septiembre de 1.269, 30 buques mayores y algunas galeras, amén de otras embarcaciones de menor capacidad, se hicieron a la vela, partiendo del puerto de Barcelona, entre las aclamaciones de la muchedumbre.

Quedaba en Aragón, como lugarteniente del Rey durante su ausencia, su hijo D. Pedro. En la flota iban dos de sus bastardos: uno de ellos, D. Pedro Fernández de Híjar (el habido de Berenguela Fernández) era un joven sin grandes ambiciones, ni méritos bastantes para ostentar el pomposo título de almirante, cargo más bien nominal que efectivo, ya que quien lo desempeñaba en realidad era el célebre piloto Ramón Marquet, embarcado a bordo de la nave de D. Jaime. Otro, Fernán Sánchez, nacido, como antes dijimos, de los amores del Rey con la opulenta D.^a Blanca de Antillón, se parecía bien poco, en punto a ambición, al precedente: inquieto, intrigante, disimulado y astuto, miraba con envidia a los hijos legítimos del Monarca y aunque, años antes, fuera él quien, como embajador de éste, trajera a Aragón a la bella muchacha D.^a Constanza hija de Manfredo de Suabia, Rey de Sicilia, para casarla con el Infante heredero, D. Pedro, era éste, tal vez ya el blanco principal de sus rencores. Con el bastardo, iba, entre otros Nobles, su propio suegro Jimeno de Urrea.

Los elementos se mostraron, desde el primer momento, contrarios a la expedición naval: una borrasca dispersó la flota y tan brava fue que, como se escribió por entonces, "no se recordaba otra igual". ¡Dios no lo quiere! Pudo pensar D. Jaime, al revés de lo que, como grito de Cruzada, sirvió de clarín a Pedro el Ermitaño. Y en tanto que algunas naves lograron proseguir su viaje a oriente, separadas por la tempestad de las principales, éstas, con la de D. Jaime, pudieron a duras penas arribar, al cabo de cinco días, a Aígues Mortes, en Provenza.

Acaso fue el único fracaso del Rey, en su triunfal carrera: la Cruzada se frustró, pero, por lo menos, aquellas naos que consiguieron aportar en San Juan de Acre y llevar auxilios de hombres y pertrechos a los cristianos allí residentes, parece que

fueron un anticipo de ulteriores expediciones catalanas por ese mismo mar Mediterráneo que tan hosco se mostrara entonces y tan dócil se volvería luego.

Otro resultado obtuvo esta desgraciada empresa: entre los buques que, más audaces o más dichosos, perdido el enlace con la nave capitana, se alejaron de ella empujados por la tempestad y pudieron alcanzar las costas levantinas, figuraba el de Fernán Sánchez. Pues bien: cuando, pasados bastantes días, D. Pedro Fernández de Híjar, el otro real bastardo, que también arribó a San Juan de Acre, se convenció de que el Rey no llegaba, ni, probablemente, llegaría ya, decidieron ambos emprender el regreso, inquietos por lo que pudiera haber sucedido, y, al volver, tocaron sus naves en Sicilia, donde ya reinaba Carlos de Anjou, después de haber vencido y muerto a Manfredo, suegro del Infante heredero de Aragón D. Pedro. Carlos, por lo mismo, era aborrecido por éste.

Más adelante nos extenderemos en la triste historia del Príncipe francés; baste decir por ahora que, astuto y perspicaz, colmó de atenciones a los expedicionarios y agasajó con especial favor a Fernán Sánchez, a quien, si se ha de creer a lo que narran las crónicas de aquella época, armó caballero, rito éste el más solemne de la Edad Media y meta ambicionada de los hombres todos.

No olvidemos tal episodio porque él constituye el eslabón inicial de una cadena que, empezando en Palermo, acabará pocos años después cerca del castillo de Pomar, sobre del Cinca, o, mejor dicho, en el fondo de este río aragonés.

II

A medida que avanzan en sus reinados respectivos, son más íntimas, más cordiales, las relaciones entre el suegro y el yerno. Verdad es que éste necesita de aquel, pero ya en el siglo XIII, como hoy ocurre, no motivos sentimentales, sino conveniencias políticas, dictan la amistad de los pueblos. Alfonso X de Castilla harto tiene que hacer y hartas preocupaciones embargan su mente, para no buscar con empeño la ayuda de su suegro aragonés: ya ha estallado en su reino la rebelión de la Nobleza, o, mejor expresado: la rebelión de los Laras y este linaje es poderosísimo y no ha vacilado en buscar la ayuda del rey moro de Granada, que así es la ética de aquel tiempo.

Un complicado juego diplomático se entabla entonces: Alfonso apoya un movimiento subversivo de los tres walíes árabes de Málaga, Guadix y Comares, contra el monarca granadino, en tanto que éste (el fastuoso y opulento Ben Aíhamar, de la dinastía condal de los Nazaritas) acoge en su corte a los Nobles castellanos turbulentos. Es cortés, es comedido, es incluso humilde vasallo del Rey Sabio, pero es musulmán ante todo y acaso vea en los Laras y en el infante D. Felipe (hermano del mismo Alfonso, y que Lara ha sabido atraer al bando sublevado) una baza de calidad para jugarla en momento oportuno. Por eso, Granada obsequia a los huéspedes castellanos con esplendidez.

El Rey, a su vez, trata de componerse con sus Nobles y multiplica las gestiones para hacerles desistir de su airada actitud, tarea en la que toma activa parte la Reina D.^a Violante y el joven heredero D. Fernando, cuya luna de miel (acaba de casarse, en Burgos, con la princesa D.^a Blanca de Francia, hija de San Luis) se ve turbada por esos acontecimientos.

Pero Alfonso no se limita a suplicar, sino que, como acaba de indicarse, favorece a los tres walfes andaluces, que son para Ben Alhamar lo que Laras son para el castellano. Baza por baza y apoyo por apoyo.

Uno de los invitados a la boda de D. Fernando había sido D. Jaime, su abuelo: en las fiestas, que todos los historiadores califican de magníficas y nunca vistas, el experimentado Monarca aragonés tuvo ocasión de conocer la actitud de los Laras, sin necesidad de que el Conde D. Nuño, cabeza de la ilustre Casa, se la hiciera adivinar con una expresiva reticencia al ofrecerle sus servicios. Él, que llevaba entonces cuarenta y seis años de Rey, sabía ya sobradamente de estos lances y en su país había muchos Laras que habían amargado tan largo reinado. Un sentimiento de solidaridad, de afinidad profesional, digámoslo así, o, si se quiere de comunidad de intereses, movió a D. Jaime a no regatear la ayuda a su yerno: la Reina D.^a Violante era el lazo de unión, el punto de convergencia, y, convertido el Monarca aragonés en una especie de Patriarca o jefe visible de las dos casas reinantes, él rigió con amoroso afán y con férrea mano la política peninsular, desde 1.269, hasta su muerte.

Varias entrevistas se celebraron, a lo largo de ese lapso de tiempo, entre el suegro y el yerno, siempre a ruegos de éste, que sin cesar mirando a Alemania (la Corona imperial era entonces su sueño dorado) veía que la rica herencia castellana que su padre le dejara, amenazaba disgregarse: si había torpezas en su propia obra (hoy, la crítica histórica le es más favorable que antaño) había tam-

bién un recrudescimiento de ese morbo medioeval que parecía llamado a corroer la obra unitiva de la Realeza, tendente a formar las Nacionalidades modernas, morbo que se llama Nobleza. Ésta, sujeta bajo la hábil diestra de San Fernando, levantábase otra vez y creía llegada su hora.

No hemos de entrar en pormenores de cuanto entonces ocurrió en Castilla, ya que no es éste el tema de la presente obra, pero sí ha de quedar aquí un esquema de lo que, por la actitud de los Nobles castellanos sublevados, sucedió a partir de 1.270.

1.270: el Infante D. Felipe, que estuvo hasta hace años destinado a la Iglesia y hasta fue electo Arzobispo de Sevilla, para luego volver al estado seglar y casarse con una princesa escandinava, es la figura decorativa de una rebelión, cuya jefatura corre a cargo, en realidad, de D. Nuño de Lara. Las causas son varias, v.gr.: que el Rey gasta demasiado; que tiene agobiados a sus pueblos con tributos; que a los Nobles no les da sus acostamientos o sueldos; que ha alzado a Portugal del vasallaje y feudo que este pueblo debe a Castilla, y ello solamente por motivos sentimentales, familiares..., había razones, ciertamente, pero la Nobleza miraba por sí ante todo. Y con el Infante y D. Nuño, se van D. Lope Díaz de Haro, Señor de Vizcaya (casa que tal vez eclipsa en esplendor a la de Lara) D. Fernando Ruiz de Castro, D. Simón Ruíz de los Cameros, D. Esteban Fernández de Castro, D. Ílvaro Díaz de Asturias, D. Gil Gómez de Roa, D. Lope de Mendoza... Es la flor de la Nobleza.

En Lerma se cuaja la conspiración. Una demanda de ayuda al Rey de Navarra no tiene resultado. Tampoco lo tiene una tentativa de arreglo brindada por el propio Alfonso. A falta de apoyos cristianos, los Nobles se dirigen a Granada, para buscarlos en el Islam... Esto ocurre en el siglo XIII, lector, es decir: en el siglo heroico que presencié la caída de Córdoba y Sevilla. La figura prócer de Mohamed Ben Alhamar, su prestigio y su lealtad no bastan, no, para atenuar la acción alevé de los rebeldes castellanos.

Y bajo las banderas del granadino guerrearon éstos, bien que aún conservaron el decoro de no hacer armas contra su Soberano, aunque sí contra los walíes sublevados, por éste protegidos. Ben Alhamar, septuagenario ya, acepta sus servicios y loa sus escrúpulos... Una guerra civil surge entre el monarca musulmán y esos walíes, guerra de "razzie", de devastaciones, tan escasa de resultados, como larga y sangrienta, pero en la cual los castellanos daban pruebas de su bien acreditada bravura, digna, en verdad, de mejor causa.

Pasan los meses, los años también y en 1.272, cansado Ben Alhamar de esta lucha estéril, piensa en buscar nuevo aliado, porque Alfonso X no cesa de prestar auxilio a los walíes. Este nuevo aliado es Abu Yussuf Jacob, Soberano de Marruecos, jefe y fundador allí de la dinastía de los Beni Merines. Mientras tanto, muere Ben Alhamar y sube al trono granadino su único hijo, Muhamad II. Sigue la lucha, obtiene triunfos, agasaja a sus auxiliares castellanos y de pronto éstos se reconcilian con Alfonso, porque éste es benigno, es pacífico, desea no tener conflictos con los suyos y en Sevilla (septiembre de 1.273) se celebra una magna reunión, en la que, con los Reyes de Castilla y de Granada, están los ex-sublevados Laras y D. Felipe. Fiestas, alegría, pactos de amistad. Después hablaremos más puntualmente de tan brillantes perspectivas. La paz parece asegurada: en todo caso, Alfonso así lo cree y, como libre de una pesadilla, torna a su tema obsesionante: obtener el imperio.

Tal es, lo ocurrido en Castilla. Si el lance no ha traído peores consecuencias, ha dejado, en cambio, una semilla: los Beni Merines habían sido llamados, en momentos de ansiedad o de impaciencia, por Ben Alhamar. No acudieron entonces, pero, llamados fueron y, en momento oportuno acudirán, como más adelante relataremos.

En verano de 1.271, el Rey de Aragón descansa en Torrelas. Es un pueblecito situado a una legua al oeste de Tarazona, la villa

fronteriza tan querida del Monarca, porque desde allí su mirada puede hundirse en Castilla, donde reinan sus hijos. Pero en esos meses estivales no es la política lo que lleva a Jaime allí. Es un alto en el camino, es un momento de reposo, bien ganado, por cierto, pues a los 63 años que a la sazón cuenta, apenas ha conocido el ocio. Con él están unos cuantos caballeros de su confianza, de esos cuyos nombres no suenan en las frecuentes revueltas, para honor de ellos: Oliverio de Termens, Guillén de Pueyo, Armengol de Urg, Bernardo Guillén de Entenza, Jofre de Cruyllas... No pertenecen a la alta aristocracia, pero son leales y esto basta.

Por el momento, están tranquilos los territorios de la Corona de Aragón y, con mano firme rige sus destinos, en calidad de lugarteniente del Rey, el Infante heredero, D. Pedro, que tiene treinta y un años y sabe muy bien su oficio.

La Nobleza ha conseguido cuanto ha querido, por lo menos aparentemente. D. Jaime, movido por su innata bondad, cedió demasiado en las Cortes de Ejea, en 1.265, aunque a su perspicacia no ocultársele entonces que la larguísima tensión entre esa Nobleza y la institución real no sufrió en tales Cortes nada más que una pequeña parada. Pronto se levantarían los ahora aquietados, pero el espíritu feudal aragonés (porque no hay duda que habíase filtrado un poco el feudalismo aquende los Pirineos) tendría que claudicar al cabo ante el unitarismo de la Corona.

¡Brava lucha aquella! Si en el reposo veraniego de Torrellas, frente al Moncayo, el Rey contempla a vista de pájaro su propia obra, acaso no se sienta tan orgullosos de las conquistas de Mallorca, Valencia y Murcia, como de su lenta, sí, pero inflexible victoria poco espectacular, aunque asombrosa: la multiplicidad de soberanías, la atomización feudal enervadora del mando, que hacía ilusorio el desenvolvimiento natural de los pueblos, iba cediendo bajo el Monarca, quien, usando alternativamente de la fuerza y del tacto,

sujetaba a los Nobles. Antes se ha indicado que cuando D. Jaime cedía un palmo de terreno, era para ganar en seguida ciento.

Su obra, en el ocaso del reinado contemplada, era magnífica: en la Edad Media todo es lento y trabajoso, pero es también sólido, y con genial mirada D. Jaime se dio cuenta de los hitos que había de jalonar para cuajar la nacionalidad, punto final de la evolución. A través de mil obstáculos, suscitados los más por los de casa, esa obra la ha terminado en el momento en que volvemos a hallarle al pie del Moncayo. ¡Lástima que, como resabio inadecuado, mezquino, erróneo, dentro de su plan, disponga de los vastos dominios de la Corona como si fueran un patrimonio familiar! Varias veces hizo testamento; el último lo había otorgado pocos años antes, el 21 de agosto de 1.262, cuando, fallecido ya el primogénito, D. Alfonso, quedaba como heredero el Infante D. Pedro, que acababa de casarse entonces (13 de junio de 1.262) con la bella princesa siciliana D.^a Constanza, de 14 años de edad. Pues bien, aun en tal ocasión, no escarmentado el Monarca con los desagradables incidentes que otros testamentos anteriores habíale amargado como padre y como Rey, volvió a hacer un reparto de sus estados: reparto que, un año antes, ratificó (27 de marzo de 1.270): D. Pedro heredaría Aragón, Valencia y el Condado de Barcelona, y el segundo Infante, D. Jaime, heredaría las Baleares, Montpellier, Rosellón, Conffant, Cerdeña, Valespir, Copiliure y el vizcondado de Carlat: muchos pocos a este Infante; y pocos muchos al primogénito. Creía el Rey, que así, todos quedarían contentos, pero ignoraba un hecho importantísimo y harto sintomático: el Infante D. Pedro, previendo este reparto, y previendo también que contradecir abiertamente la indomable voluntad paterna podría costarle caro, había congregado en secreto (15 de octubre de 1.260) a varias personas de su confianza (una de ellas, el santo y sabio dominico Raimundo de Peñafort, que gozaba de un alto prestigio en la corte) y declaró que de antemano consideraba nula y sin valor toda conformidad que se viera obligado a prestar como consecuencia de un testamento que

mermara la totalidad de los dominios de la Corona de Aragón: como hijo, se allanaría a lo que su padre le pidiera, pero como futuro Rey protestaba de cualquier reparto. Era ya esta actitud todo un programa de buen gobierno...

Y conste que su padre le amaba entrañablemente: tanto le amaba que, abarcando el panorama de la política europea, centró en él un vasto plan de engrandecimiento ulterior de la Corona. Había ido desarrollando un hábil sistema de equilibrio en los varios matrimonios de sus hijos: el propio Rey buscó los cónyuges y se rodeó de egregios yernos y nueras: su hija Violante era, ya lo sabemos, Reina de Castilla y León, por su matrimonio con Alfonso X. Constanza se convirtió en cuñada de éste, al casarse con el Infante castellano D. Manuel, hijo también de San Fernando; Isabel contraería nupcias con el heredero de la Corona de Francia, aunque apenas llegaría a ser Reina. En cuanto a D. Jaime, se contentaría con una alianza menor, pero importante para la política de su padre, y la Casa de Foix, en el Midi francés, suministró más tarde una esposa a este Infante Aragonés, en la persona de D.^a Esclaramunda.

Pero cuando el Monarca quiso buscar una nuera que, andando el tiempo, se convertiría en Reina de Aragón, no se limitó a lo que, en frase gráfica, podríamos llamar una "alianza ofensiva", es decir, un matrimonio tal que la novia pudiera llevar al novio un nuevo Reino.

Este asunto matrimonial encerraba no leves dificultades, como vamos a ver.

La larga y porfiada lucha entre el Pontificado y el Imperio, que constituye el más importante acontecimiento del siglo XIII y que tan desastrosas consecuencias trajo para una y otra parte contendientes, todavía tenía ensangrentada (1.260) a Italia. Hacía diez años que había bajado al sepulcro el Emperador Federico II de Suabia, principal protagonista del drama; con su muerte, parecía

concluida victoriosamente la contienda para la Santa Sede, mas no ocurrió así, porque Conrado IV, hijo y sucesor del Emperador, prosiguió la lid, para mantener sus dominios en la península apenina y, de un modo concreto, en Sicilia, manzana de la discordia. Tras él, fallecido pronto, quedaba Manfredo, hijo también, pero bastardo, del mismo Federico, legitimado por éste y eventualmente designado heredero a falta de hermanos y sobrinos legítimos. Con Manfredo, joven brillante, que era el vivo retrato del padre, de quien tenía casi todos los vicios y virtudes, la guerra se encendió de nuevo, tras breve pausa. Inocencio IV, Alejandro IV y Urbano IV, sucesivos Pontífices (el primero, el victorioso contrincante del Emperador) mantuvieron con inquebrantable firmeza su oposición a la Casa de Suabia, a esa dinastía de los Hohenstauffen, que para los Papas, constituía una "raza de víboras" y excomulgados reiteradamente Federico, Conrado y Manfredo, no se veía el fin de la pugna comenzada hacía medio siglo. Europa atónita, había presenciado los horrores de ella, sin querer mezclarse. Inglaterra, bajo sus Monarcas Juan "sin Tierra", Enrique III y, después, Eduardo I; Francia, regida por Luis VIII y por el gran San Luis; y España, en su doble manifestación castellano-leonesa y aragonesa, con San Fernando y Alfonso X y con Jaime I; es decir: las principales potencias europeas, se limitaron, en la tremenda lid, a ser meros espectadores y a lamentar el encono de los rivales. Era una guerra en que el aspecto religioso no se apreciaba apenas; en que, abriendo un lamentable paréntesis a otros problemas de notorio interés para la fe, el Papa y el Emperador, columnas visibles de la Iglesia en el pensamiento y en la manera de ser de la Edad Media, cruzaban sus armas, que, unidas en común empeño, habría debido emplearse en más altos fines, para bien general.

En un fugaz descanso de esta guerra, mientras Alejandro IV era todavía Papa y Manfredo reinaba en Sicilia, a pesar de la misma Santa Sede, fue cuando el Rey de Aragón planeó un matrimonio audaz para el Infante D. Pedro, porque, católico de limpia

ejecutoria, no vaciló en fijar sus miras más allá de las Casas vecinas reinantes. No en Castilla, ni en Francia, ni en los varios Condados soberanos ultra pirenaicos, como hasta entonces fue lo usual; ni siquiera en Portugal, ni en Inglaterra; tampoco en Hungría (donde él había hallado esposa ilustre en su juventud). No: Jaime I buscó la novia cabalmente en Sicilia, en la Casa de Suabia que allí reinaba; en la prole del excomulgado Manfredo.

Era un verdadero salto en el vacío, que lo mismo podía resultar un éxito para la Corona de Aragón, que una irreparable desgracia, porque buscar novia siciliana, en aquel momento de la Historia Universal, equivalía casi a un reto al Papa. D. Jaime I, respetuoso como el que más para con el Vicario de Jesucristo, veía, sin embargo, que en la contienda, el Papa, llamárase Alejandro IV, o Urbano IV (éste acababa de subir a la Cátedra de San Pedro, por muerte del anterior) era un Soberano temporal y, como tal, guerreaba con otro Soberano, Manfredo de Suabia, Rey, "de facto", de Sicilia. Al situar así el aparente problema de conciencia, el "Conquistador" no titubeó un momento: eventualmente, la novia (era una bellísima niña de 12 años) llevaría al matrimonio una dote espléndida..., tal vez más espléndida de lo que, por el momento, podría suponerse. Vivía por entonces un tierno Infante alemán, allá medio escondido en un rincón de Baviera, que, en buenos principios de justicia, era el verdadero Emperador y también el verdadero Rey de Sicilia, como hijo único de Conrado IV. Por un burdo ardid, cimentado, eso sí, en sólidas razones, su tío Manfredo habíase hecho elegir Rey, con notorio perjuicio del huérfano, del gentil Conradino, como le llaman los historiadores italianos y como hoy le llama la Historia Universal. Esto no debía ignorarlo D. Jaime I, pero parece que o un presentimiento, o, si se quiere, una genial visión de los acontecimientos que iban desenvolviéndose trágicamente, dictó su resolución: la dote de la novia bien podría ser, a la larga, nada menos que un Reino. Entre el plan así madurado y su completa realización, hay un nombre, el de un riachuelo

italiano, cuyas aguas se tiñeron con la sangre de esforzados guerreros: Tagliacozzo. Ya veremos más adelante como este nombre abrió el sendero que habría de concluir hasta esta etapa final.

Y, adoptado el proyecto nupcial, el Rey de Aragón lo llevó a efecto con entereza incontenible, bien cierto de la polvareda que suscitaría en Europa. Entabláronse negociaciones entre Aragón y Sicilia: Manfredo, encantado de hallar una inesperada alianza familiar con un Monarca como el "Conquistador", cuya fama era universal, aceptó al momento la proposición y sus embajadores partieron sin demora y llegaron a Barcelona en julio de 1.260. Ocho días después se firmaron las capitulaciones matrimoniales y la sensacional noticia se extendió por Europa.

¡Sensacional, en verdad! El Infante heredero de Aragón iba a casarse en breve con Constanza de Sicilia, con la hija del excomulgado Manfredo, con la hija de un bastardo usurpador, con una descendiente, en fin, de la "raza de víboras" que, en opinión de los últimos Papas, era la Casa de Hohenstauffen.

El efecto de la noticia no se hizo esperar. En su retiro veraniego de Torrellas, once años después de esos acontecimientos, el anciano Monarca aragonés podía recordarlo bien: el Rey de Castilla, Alfonso X el Sabio, su yerno, se quedó profundamente sorprendido y no vaciló en manifestárselo así al suegro; más, aun: le envió un mensajero para tratar de disuadirle del proyecto. Pero la respuesta neta y vehemente no vino de Sevilla, sino de Italia, y no un Rey, sino un Papa, Urbano IV, era el que, con inexorable actitud, escribió al aragonés condenando el anunciado enlace: ¡Cómo! ¿Unirse la sangre de su esclarecida estirpe con la de un príncipe depravado, opresor de la Iglesia, rebelde bastardo, excomulgado?

En vano, trató Jaime I de reconciliar a su futuro consuegro con el irritado Papa. Éste, exaltadísimo, sabiendo que, paralelamente al plan matrimonial entre Sicilia y Aragón, estaba para rea-

lizarse otro que uniría las Casas reinantes de Aragón y Francia, se puso al habla en seguida con San Luis, haciéndole ver que, de llevarse a cabo todo, su hijo y heredero Felipe se convertiría en cuñado de Constanza, la hija (inocente, agregamos nosotros) de ese aborrecido bastardo de los Hohenstauffen.

San Luis, todo ponderación y equilibrio, sintió el dardo y vaciló: a punto estuvo de romperse el tratado matrimonial entre el Infante francés, su hijo, y la Infanta aragonesa D.^a Isabel. En tal perplejidad, no se desmintió el temple de acero de D. Jaime: una noble y sincera explicación bastó para que el Monarca francés confirmara los tratos acordados: el matrimonio de D. Pedro de Aragón con Constanza de Sicilia no implicaba terciar la contienda; no ocultaba proyectos hostiles contra Francia; menos aún, no suponía una posición frente a los derechos de la Roma papal.

Bien acreditada debía de ser la nobleza de sentimientos de D. Jaime, cuando todo un San Luis, prodigio de piedad de su siglo, acabó por dar su asentimiento. Era temerario, por no decir absurdo, suponer que la causa pura de la religión pudiera sufrir un simple rasguño por obra de los Monarcas de Aragón; la historia de éstos, sus empresas a través de los siglos, las proezas y las múltiples pruebas de acendrada religiosidad del mismo D. Jaime, eran evidentes demostraciones de su incommovible afecto a la Iglesia, que, pese a las encendidas recomendaciones del Papa (que, por cierto, era francés) la boda se celebró, un mes antes que la del Infante aragonés con la Infanta siciliana. Esto ocurría dos años más tarde (mayo y junio de 1.262), cuando ésta contaba ya catorce y el novio frisaba en los veintidós.

Boda de conveniencia, pero boda de amor, porque la muchacha pertenecía, no lo olvidemos, a una estirpe en que la belleza era proverbial y si Federico II, su abuelo, fue, en lo físico, un príncipe arrogante, y lo era también Manfredo, su padre, todos los cronistas de la época ensalzan la viril hermosura del infortunado Enzo

de Suabia, hermano consanguíneo de éste, que prisionero de los boloñeses desde 1.249, estaba implacablemente condenado a vivir para siempre en cautiverio. Andando el tiempo, la historia, la leyenda y la poesía cantarán de consuno la belleza del último Hohenstauffen, de ese heroico Conradino, cuya biografía causa hoy todavía, en quien la lee, melancólico embeleso.

En cuanto a Constanza, el cronista Muntaner, que la conoció dice que era "la pus creatura e la pus sabia e honesta qui hanen en aquell temps". Y es el mismo Muntaner quien nos refiere que D. Pedro estaba reputado "como uno de los caballeros de más noble y mejor corazón que haya habido en el mundo, o han de nacer en él."

Tal era la pareja. D. Jaime, satisfecho de su obra, vio desvanecerse el nublado, poco a poco. La irritación del Pontífice no tuvo ulteriores consecuencias y, al cabo de once años, el Rey previó que bien pudiera Aragón lanzarse un día al mar e ir a recoger, al pie de Italia, un nuevo Reino perteneciente a su bellísima nuera, porque en 1.268 la tragedia de los Hohenstauffen había terminado en la plaza llamada del Mercado, en Nápoles, al rodar, bajo la espada del verdugo, la juvenil cabeza de Conradino de Suabia.

El Monarca, confiando en la solidez de su propia obra, dejaba que el tiempo la madurase y, mientras su hijo, como lugarteniente del Reino, lo gobernaba, él, sin perder la alta dirección de los negocios públicos, daba un bien ganado reposo a su cuerpo en Torrellas, donde, como escribe Zurita, atendía a cosas de su deporte, viéndose más desembarazado y libre de novedades.

Poco duraron sus ocios. Un incidente llamó la atención del Monarca, obligándole a intervenir personalmente.

Ocurrió que, fallecidos por entonces, con diferencia de veinticuatro horas, los Condes de Tolosa, (agosto de 1.271), sin dejar hijos, quedaba este territorio a disposición del nuevo Rey de Francia, a quien la historia llama el "Atrevido", no sabemos por qué, en vir-

tud de un antiguo tratado entre San Luis y el Conde D. Ramón de Tolosa, padre de la recién fallecida Condesa Juana.

Francia, hasta la muerte del Santo Rey, se había desentendido bastante de ese mosaico de condados y señoríos feudales del "Midi". Años atrás, sin embargo, el tratado de Corbeil, suscrito por San Luis y por Jaime, dejó preparado el terreno para que la potencia ultrapirenaica pudiera un día extenderse sobre tan ricos territorios, que, a modo de Estados-tapones, separaban Francia de Aragón y Cataluña. D. Jaime, al allanarse a tal convenio, salía perdiendo evidentemente, pues, a cambio de ilusorios derechos de San Luis sobre Cataluña (que se hacía remontar a los tiempos de Pipino y de Carlo-Magno) él cedió derechos bien sólidos. Francia renunció "generosamente" en Corbeil (esto ocurrió en 1258) a toda pretensión acerca de los Condados de Barcelona, Urgel, Basalú, Ampurias, Cerdeña, Confiant, Gerona y Ausona, mientras que la Corona de Aragón hacía otro tanto sobre los Condados de Tolosa y Saint-Gilles, el Ronergne, el Quercy, el Ducado de Narbona, el Agenois, Marquesado de Provenza, los vizcondados de Beziers, Agde, Nimes, Albi, Carcasoma y Redes, sin contar otros territorios, todos los cuales formaron parte del Principado de Cataluña y los Condes Soberanos de éste ejercieron su autoridad en ellos, a lo largo de los siglos.

Un historiador español (Giménez Soler) no perdona a D. Jaime este tratado. Otro, francés del "Midi", también se lo censura aunque el sentimiento patriótico de la "gran Francia" cubra un poco su pensamiento. Es lo cierto que ese conglomerado de comarcas soberanas, unas, y semi-soberanas, otras, en los albores de la Edad Media e incluso bien avanzada ésta, tenía caracteres políticos y filológicos entre sí y con Cataluña, pero distintos del resto de España y acusadamente antagónicos con relación a la Francia central y septentrional.

En el siglo XIII, este antagonismo era tan decidido que muchos de tales territorios anhelaban su incorporación pura y simple a la Corona de Aragón, antes que caer en el poder del poderoso vecino.

¡Y fue entonces, en ese favorable momento de la Historia, cuando D. Jaime, como desentendiéndose de ellos, se allanó a que Francia, tarde o temprano, se los incorpore sin lucha!

¿Por qué esta actitud inhibitoria del "Conquistador"? Más de una vez se nos ha presentado tal problema histórico a nuestra consideración y como no podemos atribuir a debilidad la conducta de D. Jaime, hemos de suponer que esa mirada de águila que, como Rey, le caracterizaba y al que hemos aludido ya, le hizo comprender que, así como las Baleares serían siempre territorio español (él pensaba no en aragonés, ni en catalán, sino en español, adelantándose gigantescamente a la concepción política medioeval) era ilusorio creer que, al fin y al cabo, los Pirineos, frontera natural de España y Francia, no llegarán a separar de modo firme y permanente ambos países.

El mismo historiador francés a que antes hemos aludido, Mr. De Tourtoulon, es de esta opinión y pone de relieve la desventaja obtenida por Aragón en el Tratado de Corbeil, donde, a cambio de ditirambos y de humo, el Rey D. Jaime regaló a Francia algunos de sus actuales Departamentos...

Lo hecho, hecho, y el Monarca aragonés no se arrepintió luego: aún conservaba algo al norte de los Pirineos, sobre todo su bella y querida ciudad natal, Montpellier... Había obtenido un "statu quo" con Francia y quiso mantenerlo: no más conflictos con ella, no más rozamientos. Una razón robustecía entonces esta política conciliadora (y no olvidemos que D. Jaime amaba la paz con los pueblos cristianos, tanto como la guerra contra los infieles): acababa de morir San Luis y el nuevo Rey francés, Felipe III, estaba vi-

do de pocos meses antes de D.^a Isabel, hija del aragonés. Es decir, que esta pieza, este eslabón que en el tablero diplomático, representaba la unión de los intereses de Aragón y Francia, desapareció, cabalmente cuando este pueblo estrenaba Rey. Felipe constituía, en aquellos momentos, una incógnita y aunque sus exsuegro no era un pusilánime, estaba el fin de su vida, había guerreado mucho, dentro y fuera de casa, y, al cabo de 58 años de reinado y de 63 de edad, su amor a la paz pesaba tanto en su espíritu como su repugnancia a lanzarse a toda clase de aventuras, habiendo enfrente un Monarca joven y desconocido como tal.

Por eso, porque los tolosanos recordando con amor a D. Pedro II el "Católico", volvieron sus angustiados ojos a Aragón, temerosos de caer en poder de Felipe, porque no éste, que desca-saba entonces, sino su hijo y heredero, que llevaba el mismo nombre que aquel bravo Rey, vencido en Muret, cuando peleaba a favor del "Midi" (no por motivos religiosos, bien entendido, sino por móviles estrictamente políticos, que le hacía honor) porque, su hijo, decimos, el también desconocido Infante D. Pedro, ya "un poco Rey" de Aragón, acogía con entusiasmo a los tolosanos y se aprestaba a acudir en su ayuda; porque, en fin, veía D. Jaime que era inminente un choque entre Felipe y D. Pedro, cortó su descanso en Torrellas y se trasladó a Zaragoza, desde donde circuló órdenes terminantes para que cesasen los ya iniciados preparativos bélicos del Infante.

No quería conflictos con Francia. El tratado de Corbeil se interponía como un muro infranqueable entre ese país y Aragón y D. Jaime sabía hacer honor a sus compromisos. Avanzaba, desde el norte, el flamante Rey, al frente de su hueste, en tanto que D. Pedro, dispuesto a batirle, reunía un poderoso ejército; la causa era noble y pura, porque el Infante sólo quería responder al apremiante llamamiento de los tolosanos y defenderlos contra esa aborrecida Francia. Ya veremos, cómo años después, D. Pedro podría invocar tan caballerescas razones para otra empresa que no quedó

frustrada como ésta. Frustrada, sí, pues, pese a la férrea voluntad de D. Pedro, el Rey, su padre, le conminó a abandonarla; si él, D. Jaime, (le decía) entendiera que aquella aventura había de reportarle honra y provecho, le favorecería, pero, por no juzgarlo así, le desautorizaba.

Porfió el hijo, insistió el padre y, comoquiera que conservaba éste intacto su prestigio y su condición de Rey, ordenó a rajatabla que se deshiciera la hueste. Esto ocurría el 15 de octubre y, obedientes a la orden expresa del Monarca. Esta vez los ricos hombres que ya se habían agrupado alrededor del Infante (astro naciente, cuya luz prometía igualar o superar la del astro que caminaba a su ocaso) se volvieron a sus castillos, empezando por los bastardos Fernán Sánchez, el turbulento, y Pedro Fernández de Híjar, el discreto hijo de la dama aragonesa D.^a Berenguela Fernández, joven valiente y apuesto que, al revés del anterior, no dio disgustos a su padre, ni pretendió hacer sombra al Infante D. Pedro, su hermano.

Quedóse éste mohíno ante la firme actitud del Rey, pero supo ser dócil: si el padre sentía hacia él un cariño creciente con ribetes de auténtica admiración, el hijo, impetuoso, ardiente, vehemente, honraba y veneraba al padre y rendía vasallaje al Rey. Su irritación se replegó en su alma, se tradujo no más en un alejamiento, en una sorda cólera que el tiempo se encargaría de mitigar. Era entonces cuando le hacía una hija más, una niña angelical, pura y bellísima, por cuyas venas parece que corría la sangre y el celestial rocío de su próxima pariente la dulce Duquesa de Turingia, la que, cambiando la diadema real de Hungría, por la Corona del cielo, era ya Santa, proclamada como tal por la Iglesia, esa Isabel, en fin, honra de su estirpe esclarecida, la memoria de la cual constituyó siempre un culto para la difunta Reina de Aragón, D.^a Violante, y en honor de quien la recién nacida fue llamada también Isabel.

Nació esta niña cuando un estado de frialdad separaba al Rey del Infante y lo que fue peor, cuando, indignado éste de una

conducta sistemáticamente tortuosa por parte del bastardo Fernán Sánchez, decidió tomarse la justicia por su mano.

Artero y ambicioso, Fernán Sánchez había militado al lado de los ricos hombres rebeldes en las últimas alteraciones que éstos suscitaron, algunos años atrás. Ya que no podía aspirar a otro título que al de bastardo del Rey (título, por cierto, usual en aquellos tiempos en los que parecía que esta maldita pieza resultaba imprescindible en el mecanismo de la Realeza y del Gobierno) quería descollar de algún modo y como ni Infante de Aragón podía ser llamado, bastó a su dañada condición erigirse en paladín de los Nobles levantiscos. El Monarca veía esta actitud con magnanimidad en él característica y, así como perdonaba a los Nobles, perdonaba al bastardo.

En cambio, el Infante heredero a duras penas podía refrenar su justa ira y solamente el respeto a su padre, le impidió asestar a su hermano el merecido castigo. Pero otras razones y muy poderosas, como vamos a ver, le movían a una pronta y decisiva intervención, pues se precipitaban acontecimientos de suma gravedad para el Reino, acontecimientos que iban a amargar la asenderada vida del anciano Monarca.

III

Corría el año 1.272. D. Jaime, viajero infatigable, tras su breve descanso en el Moncayo, había estado en Zaragoza, Maella, Lérida, Alcañiz, otra vez Zaragoza, Munébrega, Daroca, Valencia, nuevamente en Lérida y Játiva.

Todos estos viajes, (cuyo itinerario es fácil seguir hoy consultando la colección diplomática conservada en los Archivos) tuvieron lugar en el otoño de 1.271 y en los dos primeros meses del año de la Natividad de 1.272. Así, pues, vemos que los dos Reinos, Aragón y Valencia, y el Condado de Barcelona eran constante objeto de su atención. Todavía en febrero se trasladaba a Valencia y a Lérida.

Disponíase por entonces a castigar un desmán cometido por el poderoso rico-hombre D. Artal de Luna contra pacíficos vecinos de Zuera (uno de esos vulgares atracos en campo abierto, que los señores feudales solía cometer de vez en vez para no enmohecer sus armas) cuando, al salir de Valencia hacia Mouviedro (la heroica Sagunto, de impercedero renombre) un emisario de su hijo Fernán Sánchez le alcanzó, entregándole una carta. Leyóla el Rey y quedóse perplejo: en ella, el bastardo le daba cuenta de que su hermano el Infante acababa de atentar contra él; su casa de Buriána había sido asaltada por un grupo de hombres capitaneado por D. Pedro: espada en mano, le buscaron por todas las habitaciones, hasta por debajo de las camas, en tanto que él, Fernán Sán-

chez, avisado a tiempo, pudo escapar con su mujer, D.^a Aldonza de Urrea, salvando así su libertad. Pedía, pues, el amparo del Rey, alegando que si esa era la conducta del Infante entonces, no podía sino esperar males mayores cuando éste heredase la Corona. De paso, vertía veneno en la misiva, al añadir que solo aspiraba aquél a suceder en el Reino viviendo aún su padre.

"Cuando nos oímos esto (escribe el Monarca en su autobiografía) sentimos un vivo pesar y exclamamos que preferíamos perder por ello mil marcos de plata, antes que supiera tal cosa nadie más que Nos, el Infante y el mismo Fernán Sánchez."

No desconocía D. Jaime la animadversión que existía entre los dos hermanos, pero, ante la gravedad de la situación, decidió llevar el caso a unas Cortes que, convocadas en Ejea, habían de reunirse inmediatamente en Lérida; allí comparecería el mismo Infante para explicar lo ocurrido y dar razón de su proceder.

Reunióse la asamblea en Lérida, efectivamente (marzo de 1.272) D. Pedro desoyó las dos primeras citaciones que se le hicieron y sólo a la tercera se decidió a acudir allí.

Sin poseer la gigantesca talla de su padre, era D. Pedro un arrogante joven, en el que la viril belleza del Rey se retrataba con sus más acusados perfiles. Tenía a la sazón unos 32 años.

A la requisitoria real, el Infante respondió con evasivas, velando adrede los móviles que le impulsaron contra el bastardo, cual si no juzgara decoroso para él justificarse. D. Jaime pesaroso, le instó a una reconciliación, a lo que no se mostró aquél propicio, en vista de lo cual, previa consulta con los ricos-hombres y siendo Justicia del Reino Rodrigo de Castellezuelo, el Monarca le privó de la procuración general, de que le había investido en 1.269.

Otros asuntos se abordaron en estas Cortes: se impuso severo castigo, a D. Artal de Luna y a los caballeros de su Casa que ha-

bían cometido, como ya se había dicho, un acto de bandolerismo, contra los vecinos de Zuera. Finalmente, el Rey aprovechó la ocasión para prohibir a los Nobles toda intervención armada a favor del Conde de Foux, en un conflicto que éste tenía con el Monarca francés. Era, en poco tiempo, la segunda prueba que D. Jaime daba de una política, más que neutral, netamente inhibitoria con relación a las comarcas ultrapirenaicas y también, de modo paralelo, era por parte de Felipe III, un claro indicio de que el Midi le interesaba mucho más de lo que le interesó a su Padre, San Luis.

El silencio de D. Pedro ante las Cortes de Lérida no ocultaba una confesión de culpabilidad en la violenta tensión con su hermano bastardo. Los hechos que inmediatamente después ocurrieron demuestran que, como acabamos de indicar, no juzgó conveniente ni por ocasión, ni por el lugar, publicarlos; pero sucedió que días después, en tierras valencianas, coincidieron el Rey y el Infante. Éste, a pesar de haber sido severamente sancionado por su padre con la privación de su cargo, manifestó gran alegría al verle, lo que D. Jaime aprovechó para tratar, de nuevo, de un arroyo amistoso, también infructuosamente, porque D. Pedro, sin dar explicaciones, se marchó, con sólo tres caballeros de su séquito, de noche y como quien huye para tener libertad de acción.

Ante tal gesto, que más parecía un reto al Rey y un ultraje al padre, púsose éste definitivamente de parte de Fernán Sánchez, dispuesto a protegerle, y el taimado bastardo se apresuró a darle las gracias, sintiéndose seguro, no obstante haber formado ya un potente partido, que él capitaneaba, de descontentos reclutados en la Nobleza de Aragón y en la de Cataluña, un tanto inquieta ante la perspectiva de perder mucho cuando el Infante llegara a ceñir la Corona, ya que recientemente había tenido ocasión de conocerle, como Lugarteniente del Reino, y sabía que su carácter, harto más severo y mucho menos dúctil que el de su padre, no sufría desmayos, para reprimir los cuales empleaba métodos expeditivos. En la

memoria de todos estaba lo acaecido con el rico-hombre D. Guillén Ramón de Odena, quien pagó con la vida un acto de rebelión.

Todo debía conocerlo el Infante y, en vista de la gravedad que iba adquiriendo la situación y de que el Rey, por ignorancia o por mal entendida bondad, daba muestras de amparar al bastardo, decidió, por último, hablar.

Dos mensajeros despachó al Rey: un jurisconsulto (así lo llama Abarca) Tomás de Junqueras, y un caballero, D. Ruy Giménez de Luna, los que, en nombre de aquél expusieron si no todos los motivos, sí varios, los más abultados, que determinaban la enemistad entre ambos hermanos, y por los cuales aconsejaba a su padre que en manera alguna se pusiera al lado de Fernán Sánchez. Fue el hombre de leyes quien habló al Rey, en presencia de un nutrido grupo de Nobles, que ocultaban sus traidores manejes bajo la máscara de la cortesía.

Señor: —le dijo (y es el propio D. Jaime quien nos transmite las palabras del orador)— el Infante nos envía a Ruy Giménez y a mí para que os digamos que el haberse salido el otro día de Valencia no fue con ningún fin siniestro, ni para haceros ninguna injuria, sino por no tener que daros cara a cara un desaire, negándose a lo que Vos le pedisteis. Quiere además que os manifestemos una cosa que hasta ahora había guardado muy secreta, y que hubiera continuado guardándola, si no fuera por el interés que os tomáis por Fernán Sánchez. Debéis, pues, saber que éste ha hecho contra Vos tales cosas, que no merece que intercedáis por él para que el Infante le perdone: él ha dicho que Vos no debéis reinar; él ha intentado hacer envenenar al Infante; y él, finalmente, conspiró con algunos Ricos-hombres para que se levantase contra Vos vuestra tierra. Así está dispuesto a probarlo el Infante en su lugar y tiempo, como también que en aquella conspiración tomaron parte muchos Ricos-hombres y los más de ellos, de Aragón.

La acusación era terminante. El Rey aceptó la querrela y volvióse a los cortesanos que le acompañaban, directamente aludidos en las últimas frases. Entre ellos, estaba D. Gimeno de Urrea, suegro del bastardo y uno de sus más incondicionales adeptos. Bernardo Guillén de Entenza, Fernández de Lizana, experto ya en traiciones, Pedro Martínez de Luna y otros debieron sentir la mirada de su Soberano, clavada en ellos, mientras les decía:

Ya veis cuán graves cargos acaban de hacerseos a vosotros, aragoneses. Menestar será que alguien responda a ellos.

Yo respondería de muy buena gana, —replicó con desenfado D. Gimeno de Urrea— si aquel legista no fuese una persona vil. Dárele, sin embargo, un igual suyo para que responda por mí y nombraré para esto un caballero.

Era lo usual en aquellos tiempos y en tales circunstancias. La altivez no permitía dialogar con quien fuera inferior en rango; pero esos usos servían muy bien al traidor acusado para salir del apurado lance. Y así terminó la reunión.

Transcurrieron varios días: contra lo prometido, D. Gimeno de Urrea no envió a nadie para justificarse. Quedaba, pues, en pie la acusación y como el Rey, fluctuando entre la severidad y el amor a la paz, sólo tomara medidas defensivas por si el Infante intentara un acto de violencia, parecía que se volvía a poner del lado de Fernán Sánchez.

Y así era, en efecto: en vez de llevar a cabo una investigación en regla sobre los hechos denunciados, procuró una vez más la reconciliación entre los dos hermanos y, con ella, la paz de sus Reinos. Bien estaba, consideradas las cosas una simple discordia familiar, pero fue un error, que le acarreó gravísimas consecuencias.

Por lo pronto, convocó Cortes en Alcira, dentro de ese mismo año (1.272), al solo fin de resolver el asunto. Hubo gestiones

cerca del Infante, que irritado, sin duda de la inverosímil calma de su padre, se fortificó en varios lugares del Reino de Valencia. Esas gestiones fracasaron y cuando todo hacía temer un conflicto armado entre D. Pedro, por una parte, y el Rey y el bastardo (ahora juntos) por otra, muy pocos días antes de Navidad, el propio Infante, de modo absolutamente inesperado, fue quien resolvió la tensión, al presentarse a su padre, en Játiva y suplicarle que le perdonara.

¿Qué móvil dictó esta actitud? Por nuestra parte, creemos que el amor filial, o, si se prefiere, el respeto. Porque en esa escena (que, narrada al pormenor por el Monarca, recuerda muchísimo a la parábola del hijo pródigo) D. Pedro pidió perdón, sí, mas solamente por la irritación y la pena que su propia conducta pudo causar a su padre, al negarse a toda avenencia con el bastardo, pero no se retractó en modo alguno de la acusación lanzada contra éste, acusación que, por lo tanto, quedaba en pie. No lo olvidemos, porque en Játiva, lector, únicamente terminó un acto de tragedia.

Antes dijimos que los mensajeros del Infante, al comparecer ante el Rey, en Valencia, dijeron algunos, no todos, de los cargos que el primero conocía, contra Fernán Sánchez. Conviene señalar otros, que entonces fueron omitidos, pero que los cronistas antiguos (la Crónica de San Juan de la Peña y Bernardo Desclot) no dejan de recordar, agravios que, por tener un carácter personal, no era oportuno referir al Monarca.

Aparte el sentimiento de instintiva aversión frecuente entre hijos legítimos e hijos bastardos, así como la condición aviesa de estos últimos, cuando nacen junto a un Trono que jamás podrán ocupar, Fernán Sánchez está juzgado por el tribunal de la historia, basándose simplemente en los hechos que jalonan su biografía. Inquieto, conspirador impenitente, capitoste contumaz de todo movimiento subversivo, constante obstaculizador de la autoridad real y, como arriba indicamos, cabecilla del feudalismo, porque a otra categoría más alta no le era posible llegar, el bastardo (cuya edad

ignoramos, pero no sería mucho mayor, aunque sí algo, que la del Infante) ocultaba a duras penas su odio contra éste, quien, por temperamento, le pagaba en la misma moneda, y, con intención de molestarle en sus más delicados sentimientos, llevó a cabo, con su suegro D. Gimeno de Urrea, un acto que nunca podría perdonarle D. Pedro.

Al final del primer capítulo de esta obra, hicimos rápida alusión al hecho: cuando, fracasada la expedición naval a Tierra Santa, los pocos buques que allá arribaron dieron la vuelta a Cataluña, tocaron en puertos sicilianos. Entre ellos, estaba la embarcación a cuyo bordo iban Fernán Sánchez y D. Gimeno.

Pues bien, reinaba en Sicilia, por exclusiva voluntad del Papa (lo era a la sazón, 1.270, Clemente IV) el Príncipe francés Carlos de Valois, hermano, aunque muy diferente de carácter, de San Luis. Vencedor de los últimos Hohenstauffen en Benevento, 1.266, y en Tagliacozzo, 1.268, este déspota sojuzgaba a su pueblo con inusitada violencia y, receloso de posibles vengadores de Conradino, sólo veía un remoto peligro en Aragón, porque allí, como esposa del Infante heredero, vivía Constanza de Suabia, hija del vencido en Benevento, Manfredo, y sobrina del vencido en Tagliacozzo y asesinado en Nápoles, Conradino.

De la poderosa dinastía alemana, era, pues, Constanza la legítima heredera y esto tal vez tuviera intranquilo al Rey Carlos. Una política de zapa, a falta de otra más eficaz y más consonancia con sus sanguinarios procedimientos, sería buena y el astuto francés la llevó a cabo, aprovechando la casual llegada a sus puertos del bastardo aragonés.

Recibido fastuosamente, agasajado y hasta armado caballero por el Rey de Sicilia, Fernán Sánchez quedó muy amigo suyo... Tanto que se dijo entonces y la noticia llegó a oídos del Infante, que se había tramado algún plan siniestro contra éste. Sería o no cier-

to, pero, en todo caso, apuntemos que eso era habitual en aquellos tiempos, que el francés estaba acostumbrado a medios rápidos y decisivos y, en fin, que, por parte de Fernán Sánchez, no habría inconveniente en figurar una vez más como conspirador, máxime si en la trama se le prometieron ayudas para ser un día Rey. Todo esto se dijo entonces.

Pero lo cierto es que, como afirma Zurita, siempre tan ponderado, el odio entre ambos hermanos subió de punto tan luego como, concluida esta singladura en un puerto siciliano, Fernán Sánchez regresó a Aragón. Pedro, esposo de una Hohenstauffen, era paladín declarado de los derechos de ella y de sus hijos (ya tenía, además de Isabel, antes citada, dos varones, D. Alfonso y D. Jaime). Su carácter impetuoso y su rígido concepto no sólo de la dinastía a la que su mujer pertenecía, sino también del engrandecimiento y lustre de la Corona de Aragón, motivos eran para que considerase a Carlos de Valois como declarado enemigo y como notorio usurpador de un trono que pertenecía legítimamente a Constanza y que, más adelante, pertenecía a sus mismos hijos.

Consecuencia lógica de este punto de vista, era que todos los amigos de su enemigo se convertirían automáticamente en enemigos suyos y como Carlos y Fernán Sánchez acababan de dar ostentosa muestra de amistad y camaradería, Fernán Sánchez era ya su enemigo.

¿Hubo intento de envenenar al Infante, como éste lo aseguró? Difícil es saberlo a ciencia cierta, mas quedóle la sospecha de ello y, desde luego, lo evidente, lo positivo, fue que, como antes se dijo, la escena de Játiva entre el Rey D. Jaime y el Infante heredero, no abatió las espadas levantadas por los dos hermanos.

Asuntos de Castilla, asuntos de Navarra, asuntos familiares, vigilancia de fronteras, equilibrio en el interior... D. Jaime no vuelve ya a gozar de reposo. Su yerno, el Rey de Castilla (que por en-

tonces tiene el problema de los Laras) busca su ayuda y se celebra una nueva entrevista en Requena, donde D. Jaime promete asistirle si hubiera peligro por la eventual llegada de las tropas marroquíes llamadas por el Monarca granadino. Alfonso, alarmado, desea que su suegro y su cuñado se reconcilien (todavía no había tenido lugar la escena de Játiva), porque son muchos los riesgos comunes. Murcia recibe la visita de D. Jaime y de D. Pedro, pero no de los Infantes que tienen esos nombres, sino de otros dos habidos de D.^a Teresa Gil de Vidaure, a los cuales no ha mucho ha declarado legítimos en un testamento otorgado el 26 de agosto de 1.272.

Durante el curso de un viaje a Montpelier, en el verano de ese año, había caído enfermo el Rey y tan grave se sintió que quiso perfilar una vez más su última voluntad. Entonces confirmó el testamento de 1.262, renovado en 1.270, pero introdujo una interesante modificación: reconoció, en efecto, como hijos legítimos a los que nacieron de esa noble dama aragonesa, con la que estuvo casado en secreto, viudo ya de D.^a Violante de Hungría (fallecida en octubre de 1.252). Reconocidos, pues, ahora los llama a la sucesión, a falta de los dos Infantes y de los hijos legítimos de éstos, noble acción del magnánimo Monarca, sin duda, pero no bastante para consolar a la desventurada D.^a Teresa, que enferma y abandonada por el Rey, tan enamorado de ella un tiempo, sabía que en el voluble corazón de éste había sido sustituida por otras mujeres, la última de las cuales D.^o Berenguela Alfonso, emparentada con la Casa Real de Castilla, acababa de morir.

Fue lástima que en el testamento de 1.272 se mantuviera la cláusula de la división de sus estados, tan contraria al espíritu unitivo de la Monarquía y tan opuesta al criterio del Infante heredero.

Los asuntos de Navarra a que hace un momento aludimos, no parece que tuvieron la importancia que les da Zurita (quien escribe que se llegó por entonces al estado de guerra entre ese Reino, regido por D. Enrique, y el de Aragón), pero sí debió atraer la aten-

ción del Infante, el cual no perdía de vista cualquier motivo que redundase en mengua o en detrimento de sus futuros Estados. D. Enrique no tenía hijos varones y D. Pedro pensaba en una probable sucesión, bien para sí, o ya para su descendencia. El cronista Moret opina que, ante las insinuaciones que al navarro se le hicieron por aquel tiempo, tanto por parte de D. Jaime, como del Infante, (en la época de tirantez entre ambos) guardó una prudente neutralidad y se mantuvo cortés y equidistante. Ya veremos luego que este pueblo, que no tenía razón de ser, como soberano, en vez de unirse a sus hermanos de Aragón, buscó su porvenir en otra parte. Por lo pronto, hizo jurar como heredera a su hija D.^a Juana, que sólo contaba dos años de edad. Él, tras un breve reinado, se murió en julio de 1.274.

En el interior, D. Jaime procuraba vivir en paz. Fue por entonces, 1.272, cuando hizo donación de las alquerías de Rahallo y Abricato, en el Reino de Valencia a un joven paje de la Infanta D.^a Constanza, que había venido a España con su séquito, del que formaba parte su propia madre, llamada D.^a Bella, viuda de un caballero calabrés, gran amigo del difunto Rey Manfredo, muerto también en la batalla de Benevento. Esta merced del "Conquistador" no merecería ser mencionada, si no fuese porque el agraciado, a la sazón casi desconocido, bien pronto iba a cobrar fama universal, como uno de los marinos más grandes de todos los tiempos. Se llamaba Roger de Lauria.

Duraba todavía la permanencia del Rey en Montpellier cuando, a 30 de enero de 1.273, circuló órdenes a todos los Ricos-hombres de Aragón y Cataluña para que, en la primavera inmediata, estuvieran prontos a seguirle en una expedición militar contra los moros granadinos y los traidores Laras, a ellos unidos. Esta ayuda era la acordada con su yerno en las recientes conferencias de Requena.

Invocaba D. Jaime, al hacer este llamamiento, un "Usatge", titulado "Prínceps namque", cuyo texto catalán dice así: "Lo Prínceps, si per quelque cas sera assetiats, o ell tendrá sos inímlies assetiats o oira algun Rey o Príncep venir contra si a batallar, e amonestara sa terra que li acorrega per letras, o per missatges, o per costumias ab las quals sol esser la terra amonestada, co es ab farons, tots homens, axí Cavallers com pedons qui hajan edat e poder de combatre, qui aco oiran, ni veuran, com da que en aco fer li pora, perdre deu totos temps tot quant per ell tenga. E cell qui per ell res no tindra, esmeuli lo falliment e la deshonora que feta li haura, ab haver e ab Sagrament jurant ab las propias mans. Car negun hom no den fallir al Príncep a tan gran ops necessitat."

Era una guerra en perspectiva, fuera, ciertamente de las fronteras. El usatge estaba claro, pero no especificaba demasiado y, de pronto, la Nobleza catalana, capitaneada por el poderoso Ramón Folch, vizconde de Cardona, sintió el prurito de examinar ese texto, con la minuciosidad propia no de un jurisconsulto, sino de un vulgar leguleyo. Era una actitud totalmente nueva y el Rey debió quedarse sorprendido, ante tal "aplicación", porque en lugar de obedecerle pura y simplemente, el Vizconde y otros Nobles alegaron que el ultraje no les obligaba a acudir al llamamiento real, ya que se trataba de asuntos ajenos a la Corona...

D. Jaime insistió: la lucha iba a ser contra los sarracenos y era el colmo de la miopía por parte de los desobedientes creer que, en caso de victoria granadina, no se verían seriamente amenazados los dominios propios, mucho más teniendo en cuenta que, requeridos los beni-merines del Rey de Marruecos Abu Yussuf Yacub, éstos se contentarían con mordisquear las fronteras del castellano.

En aras de su amor a la paz, ya antes había intentado volver a la obediencia de su real yerno a los Laras refugiados en Granada, enviándoles a D. Pedro Giménez, Obispo electo de Segorbe, para negociar un arreglo. Fracasada por el momento esta gestión, mani-

Como eran los mismos días de la tensión con el vizconde de Cardona y demás Nobles de su parcialidad, no quiso el Rey dejar las cosas en una situación desairada para él y nuevamente les requirió no ya para que acudiesen a su anterior llamamiento, sino para que le entregasen todos sus castillos, que embargaba, en castigo de su desacato.

El orgulloso magnate, (un gigante, como el mismo Monarca) respondió que tampoco se consideraba obligado a tal entrega, pero que, ante la insistencia de su Rey, o, más exactamente expresado, del Conde de Barcelona, estaba dispuesto a someter el caso al juicio de las Cortes. Esta respuesta, hecha ya en un tono de mayor comedimiento, no movió el ánimo de D. Jaime, que reiteró la orden precedente. Entonces, el vizconde anunció que haría entrega de los castillos que tenía en feudo, pero no por los motivos que alegaba aquél, sino llanamente, según costumbre de Cataluña. La tirantez, como se ve, no dejaba de existir, pero, impaciente el Monarca por acudir al Concilio, no replicó al de Cardona y, tras una breve permanencia en Torrellas, con su hijo el Infante D. Pedro, a ruegos de éste, prosiguió su camino, por Perpiñán y Montpellier, donde descansó ocho días.

A fines de abril, llegó con su comitiva a Viena del Delfinado, última etapa antes de Lyon. Acompañábanle el Arzobispo de Tarragona y los Obispos de Barcelona, Valencia, Mallorca y Magalona.

Una vez allí, el Papa le despachó un mensajero, con la súplica de que se detuviese veinticuatro horas, a fin de prepararle un recibimiento solemne. En efecto, en San Saforin, a tres leguas de Lyon, permaneció un día, y al día siguiente "al rayar el alba (escribe el mismo Rey) nos levantamos, dirigiéndonos a esta ciudad, donde entramos el día primero del mes de mayo; saliendo a recibimos, una legua antes de llegar a ella, todos los Cardenales, el Maestre del Templo de ultramar, En Juan Gil y En Gaspar de Rose-

lló, que guardaba la villa por el Papa, y además de muchos otros Obispos y Ricos-hombres. Tanta era la multitud de gente que allí había (continúa, con visible complacencia, el real cronista) y que nos salió a recibir, que para andar el espacio de una legua y poder llegar a la casa del Papa tuvimos que luchar desde la mañana hasta el mediodía. Después de esto, el Papa dio orden a los porteros que no guardasen la puerta y que a cuantos dijeran los nuestros que podían entrar, se lo permitiesen; de modo que cuando Nos entramos, entraron también todos los caballeros y además cuantos quisieron."

Gregorio X (su nombre era Teobaldo Visconti) había sucedido a Clemente IV en el cónclave celebrado en Viterbo el 1º de septiembre de 1271, tras una vacante de la Santa Sede que duró dos años, nueve meses y dos días. Dividíanse los Cardenales en criterios irreconciliables, porque los dos Papas precedentes fueron franceses y una parte de los 15 electores que componían entonces el Sacro Colegio propendía a un nuevo Pontífice de ese país. Con quien a toda costa quería un Papa a su medida.

Al cabo, se nombró una comisión de seis Cardenales para que, sin más demora, propusiesen un candidato y, así, se buscó una persona ajena al Sacro Colegio. Fue acertada la elección, porque el nuevo Papa fue uno de los más excelentes del siglo XIII.

El secreto del éxito memorable en su paso por la Santa Sede consistió en que, al revés de casi todos sus antecesores, se mantuvo alejado de la política europea, en general, y equidistante, especialmente, de la larga y funesta lucha de güelfos y gibelinos, que tanto daño causó a la Cristiandad y tanto menzó el prestigio de la Sede Apostólica.

Gregorio X tuvo el buen sentido de ser, ante todo, Sacerdote, y por eso tan pronto como fue elegido Papa, convocó ese Concilio Ecuménico (el 14º de los hasta entonces celebrados), cuyo progra-

ma, antes mencionado, se reducía a puntos estrictamente eclesiásticos, porque sabido es que la Cruzada a Tierra Santa, ideal constante de la época, pese a medios de fuerza naturales en la empresa, era un asunto que afectaba al honor de todos los cristianos del Medioevo, que no reconocían para el logro de su empeño más autoridad suprema que el padre común de los fieles.

Esto, en cuanto a uno de los tres puntos del programa, el que puede ser considerado como más secular. Otro, la reforma del Clero, era urgente: las contiendas entre el Pontificado y el Imperio, las investiduras de cargos y beneficios y la rudeza de los tiempos, factores eran que determinaban una sensible relajación en las costumbres generales y este mal llegó a atacar a los clérigos. Siglos de corrupción, en que la moral cristiana se olvidaba o se pretería, la Santa Sede, consciente de su deber, acudió al remedio y honra a Gregorio X el haberse apartado de los negocios temporales y dedicar su atención a lo que entonces, antes y siempre era y es cometido primordial suyo. Es grato ver que hasta un ilustre historiador moderno, poco afecto a la Santa Sede, aunque no sectario, Mr. Simonde de Simondi, emita el siguiente juicio a cerca de ese Pontífice: "Fue, dice, un glorioso pontificado el de Gregorio X; había dejado huellas imperecederas en la memoria de los hombres, si hubiese durado más tiempo, o si este Papa venerable hubiera tenido sucesores dignos de él. Italia quedó casi completamente pacificada, por su espíritu imparcial, tras el furor de las pasadas luchas civiles, que parecía haber hecho desaparecer hasta la esperanza de remedio; el interregno imperial se terminó mediante la elección de un príncipe que se cubrió de gloria y que fundó una de las más poderosas dinastías europeas; la Iglesia griega fue reconciliada con la latina y la querrela entre francos y griegos por el Imperio de Oriente se apaciguó mediante un acuerdo justo y honroso; un Concilio Ecuménico al que asistieron 500 Obispos, 70 Abades mirrados y otros mil Religiosos y Teólogos, fue presidido por este Pontífice y estudió leyes útiles para la cristiandad, dignas de tan

augusta asamblea. Tales son los hechos que hacen notable el Pontificado de Gregorio X."

Y éste era el Papa que, al mediar el día 1.^o de mayo de 1274, recibió con visible alegría al Monarca de Aragón, que, como esforzado paladín de la Iglesia, llevaba ante él una incomparable historia en defensa de la Cruz contra la Media Luna, una limpia ejecutoria de acendrada fe y lo que pudiéramos llamar en frase administrativa, una "hoja de servicios", en la que figuraban 30 victorias contra las armas sarracenas, tres Reinos conquistados para el Cristianismo, 2.000 Templos erigidos o restaurados en honor de la bendita Madre de Dios (así se complace en repetirlo multitud de veces en su autobiografía) y, en fin, ningún ataque a la Santa Sede, a lo largo de más de sesenta años de reinado.

"Estaba el Papa, —escribe el mismo D. Jaime— en su cámara, cuando le dijeron que Nos llegábamos; al oírlo, salió al punto revestido, pasó por delante de Nos y se fue a sentar en su silla, en cuyo acto le hicimos aquella reverencia que los reyes hacen al Papa y es costumbre de hacer. Habíamos puesto a su lado una silla para que nos sentásemos, junto a la suya a la parte derecha; y pasando Nos a hablarle, le dijimos: que ya veía como habíamos llegado el día que nos señaló; que aquél era el primero; y así que no era regular hablar de negocio alguno por entonces; y por último que al día siguiente volveríamos a su presencia, oíríamos lo que él nos dijese y le responderíamos de modo que quedaría satisfecho de Nos."

Éste es el estilo, ingenuo, sencillo, familiar, encantador, que campea en toda la autobiografía real. D. Jaime, ante el Vicario de Cristo, se expresa con soltura, pero también con respeto, con confianza filial, que no excluye la veneración debida al único ser de la tierra ante quien se considera inferior. Por lo demás, una circunstancia le permitía esta llaneza, (llaneza que no desagradó al venerable auditorio): D. Jaime era el único Rey que asistía en persona al Concilio, no obstante haber sido otros varios convocados.

El 7 de mayo, después de un ayuno general de tres días, el Papa abrió el 14º Concilio Ecuménico, en la Iglesia Catedral de San Juan. Por la mañana, Gregorio X, acompañado por dos Cardenales-Diáconos, se trasladó desde su residencia a ese Templo, donde se revistió de los hábitos pontificales blancos, así como del pallium, tomó asiento en el coro en un trono alto, alrededor del cual estaban los Cardenales-Diáconos, y dio a todos la bendición apostólica. Cerca de él, se veía la majestuosa figura del Rey de Aragón. En el centro de la nave se hallaban los Patriarcas latinos, Pantaleón, de Constantinopla, y Opizio, de Antioquía. Los demás Cardenales estaban repartidos a los lados: los Cardenales-Obispos, a la derecha, y los Cardenales-Presbíteros, a la izquierda. He aquí los nombres de estos purpurados: Pedro, recientemente creado Cardenal, Obispo de Ostia y de Velletri (el futuro Papa Inocencio V); Ottobuoni Fieschi, Diácono, de Título de San Adrián (el futuro Adriano V); Pedro, Obispo de Tusculum (más tarde, Juan XXI); Juan, Obispo de Porto, Buenaventura, el gran fraile dominico, que hoy veneramos en los altares, a quien hacía poco el Papa había hecho Cardenal-Obispo de Albano; Simón, de San Martín; Ancher, de Santa Praxedes; Guillermo, de San Marcos; Simón, de Santa Cecilia (el que, siendo ocho años después Papa, con el nombre de Martín IV, tan furibundo enemigo fue de Aragón y, sobre todo, de su Rey); Uberto, del Título de San Eustaquio, Jaime, de Santa María "in Cosmedin"; Godofredo, de San Jorge "ad Velum aureum"; y, en fin, Mateo, Cardenal-Diácono, como los tres precedentes, del Título de Santa María "in Portien."

Un Papa y cuatro futuros Papas se juntaban allí, pues. Acababa de fallecer, al dirigirse al Concilio, el sabio dominico, lumbrera de su siglo y asombro de todos los tiempos, Tomás de Aquino, veíanse congregados entre la numerosísima concurrencia, los procuradores de los Reyes de Francia, Felipe III, Alemania (el que pronto sería elegido Emperador, Rodolfo de Hansburgo), Ingla-

terra, Eduardo I, y Sicilia, Carlos de Volois (o de Anjou, como preferentemente le llamaron sus oprimidos vasallos).

Gregorio X pronunció el discurso inaugural, tomando como tema el texto del Evangelio de San Lucas: "Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum" y entonces hizo alusión al triple fin que se propuso al convocar el Sínodo. Con este discurso, terminó la sesión preparatoria, en al que también habló, luego, el Cardenal Buenaventura.

Días antes, el dos de mayo, había tenido lugar una entrevista, de carácter privado, entre el Rey y el Papa, al que acompañaban varios Cardenales. En ella, D. Jaime expuso al Pontífice el gusto con que había acudido a su llamamiento, hizo alarde de su erudición bíblica, al glosar varios versículos del Antiguo y del Nuevo Testamento, formuló votos por el éxito del Concilio y, con franqueza netamente aragonesa, aseguró al Papa que, en el curso de las próximas sesiones, se comprometía él a descubrirle "a todos cuantos no tengan ánimo de servir a Dios", para lo cual añadió, "tanto he de hacer y decir, que ellos mismos se habrán de declarar a la fuerza". Y concluye el real escritor este relato con las siguientes frases cuya ingenuidad, verdaderamente encantadora, revelan su carácter: "Al oír estas palabras, sonrióse el Papa y los Cardenales, satisfechos de lo bien que habíamos hablado, con lo que les dejamos muy complacidos."

Y, en efecto, como lo prometió, lo hizo: en la segunda sesión, que tuvo lugar el 18 de mayo, se abordó el asunto de la expedición a Tierra Santa. Tras unas palabras del Pontífice, llenas de celo por la empresa, D. Jaime se levantó para hablar, como único Rey presente, y expuso su plan, consistente en el envío allá de una fuerza de vanguardia, encargada de fortificar algunos lugares estratégicos, que favorecerían ulteriores desembarcos. El propio Rey aportaría la ayuda que se le pidió, bien fuese pagando un diezmo de las ventas eclesiásticas de sus dominios, bien, en el caso de que S.S.

deseo de aprovechar la oportunidad para hacerse coronar por manos del mismo Sumo Pontífice y a tal fin, su séquito era portador de una preciosa corona, de oro y pedrería, cuyo valor, elevadísimo entonces, era de 100.000 libras tornesas.

Era una ilusión, un fervoroso anhelo: recibir el símbolo de la realeza de manos de un Papa era en ese siglo de fe y de sentimientos caballerescos, un rito solemne. Creía D. Jaime que no surgiría ni el más pequeño obstáculo para el logro de sus deseos, ya que su nombre constituía por sí solo una recomendación, si es que recomendación hacía falta para ese acto de filial adhesión al Padre común de los fieles.

Pero, con verdadero estupor, supo que en respuesta dada a sus mensajeros, Gregorio X solamente accedería a coronar al Monarca aragonés en el caso de que éste renovase el tributo sobre su reino (un día establecido con disculpable ligereza por D. Pedro II, el "Católico", ante el Papa Inocencio III) y de que, además, pagase a la Santa Sede todas las anualidades atrasadas y no satisfechas aún.

Al oír esto, D. Jaime sintióse indignado.

"Nos maravillamos, —escribe—, en gran manera de que el Pontífice nos pidiese a la sazón tributos del tiempo de nuestro padre y cuyo importe podría ascender por lo más a once mil mazmudinas; pero no nos parecía razonable que nos hiciese tales demandas, en ocasión en que acabábamos de darle consejo y ofrecerle socorros que tenían doblado valor del que nos reclamaba; finalmente, en cuanto a firmarle escritura confesándonos tributario suyo, no lo haríamos de ninguna manera, porque los servicios que Nos habíamos prestado a Dios y a la Iglesia de Roma bien merecían, a nuestro entender, que se renunciase respecto de Nos a tan mezquinas exigencias".

Esta respuesta fue transmitida a Gregorio X. Quiso éste suavizar un poco su actitud precedente, pero como alegara que quería

consultar el caso con dos Cardenales que habían quedado en Roma, el Rey, que ya estaba irritadísimo, replicó:

“Nos hemos venido a la Corte del Papa no para hacernos tributario suyo, sino para que nos concediese nuevas gracias y ya que él no quiere coronarnos sino con esa condición, nos importa muy poco volvernos sin corona”.

Tal fue el triste episodio. El Papa, que debió enterarse de la airada actitud del Rey, procuró extremar, en los días siguientes, la nota de benignidad hacia éste. Ordenó, en efecto, que se rezase una oración especial por el Monarca de Aragón en las Misas solemnes y otras plegarias con idéntica intención, y escuchó con paternal benevolencia una súplica que D. Jaime le hizo en favor del Infante D. Enrique de Castilla, hermano de Alfonso el Sabio, preso en Nápoles por voluntad de D. Carlos, Rey de Sicilia tras la batalla de Tagliacozzo. Este ruego debió formularlo con alguna viveza y hasta dando a entender a su augusto interlocutor que la Santa Sede tenía algo de culpa en la prisión, porque el Papa respondióle suavemente:

Salvando vuestro honor, he de deciros que andan equivocados los que tal os dijeron, pues la Iglesia no tiene la menor parte en que D. Enrique esté preso; y, al contrario, he rogado yo algunas veces a Carlos que lo soltase, aunque se ha excusado siempre de hacerlo, diciendo que había recibido de él muchas graves injurias.

Prometió, no obstante, el Papa hacer nuevas gestiones en favor del Infante y, al cabo del 21 de estar en Lyon D. Jaime, decidió regresar a sus Reinos, donde tan necesaria era su presencia. Así pues, al anochecer del 20 de mayo, fue a despedirse del Pontífice y, a solas con él, le dijo:

Santo Padre, Nos queremos marcharnos, pero para que no nos suceda lo que dice el proverbio, “quien loco a Roma va, loco volverá”, ya que no tuvimos nunca la satisfacción de ver a otro

Papa sino a vos, deseáramos que nos confesaseis y nos absolvieseis de nuestros pecados.

Accedió de buen grado Gregorio X a esta piadosa súplica y cuenta el Rey que, habiéndole manifestado todas sus buenas y malas obras, en cuanto le fue fiel la memoria, el Pontífice le dio la absolución, sin imponerle otra penitencia sino que perseverara en el bien y se apartara del mal.

“Hincámonos, luego, de rodillas, —concluye D. Jaime—, y poniéndonos él la mano sobre la cabeza, diónos por cinco veces su bendición apostólica; después de lo cual le besamos la mano y nos despedimos para volvernos a nuestra tierra. Al día siguiente salimos de Lyon, nos fuimos otra vez a Viena, y de aquí regresamos a Cataluña”.

Se ha dicho que el “estilo es el hombre” y, en efecto, ninguna descripción más acabada puede hacerse de D. Jaime, como la lectura de su autobiografía. El carácter abierto, sin doblez, terso, ingenuo, casi infantil a veces, se descubre siempre a través de sus páginas. Es una lectura que nos cautiva, que nos atrae hacia él. Su último coloquio con el Papa, que acabamos de transcribir, revela que su malhumor por lo de la frustrada coronación se le había pasado y que, sin perder la reverencia debida a su interlocutor, esa llaneza candorosa no le cohibía para pedirle con el pintoresco adagio popular que repitió, la humilde confesión de sus culpas.

Este carácter se manifiesta en todo momento. He aquí un episodio más de los muchos que podríamos citar. Al salir de su penúltima conferencia con el Papa, montó a caballo, y “al espolearlo, —dice el Monarca—, hicimosle saltar garbosamente, de modo que admirados los franceses, no pudieron menos de exclamar: ¡No es tan viejo ese Rey como decían, pues bien podía repartir aún sendos lanzazos a los turcos!”.

En tanto que, fracasada la empresa de Tierra Santa, el Concilio perseguía otras tareas con éxito, D. Jaime llegó a Montpellier (29 de mayo) y allí cayó otra vez enfermo de gravedad, aunque por pocos días, pues él mismo se hizo conducir al Santuario de Nuestra Señora de las Tablas, para implorar de la "Bendita Madre de Dios", a Quien siempre, aún en medio de sus calaveradas, había servido con esa piedad tan honda, tan conmovedora, que a cada paso pónese de manifiesto en su propia historia, el milagro de su curación. "El milagro, se realizó, —dice su biógrafo Mr. de Tourtoudon—, y, agradecido el viejo Monarca, consagró a la Santísima Virgen un cuadro, que existía aún en aquella Iglesia en el siglo XVI".

La situación política de sus Reinos no sólo no se había apaciguado durante el mes que durara su ausencia de ellos, sino que seguía amenazadora, por la obstinación del Vizconde de Cardona y de sus amigos. Contribuyó a la tirantez una pretensión (no sabemos hasta qué punto justa) del Infante heredero, siempre quieto en Cataluña: en esos días dispuso que, no pudiendo heredar las hembras, debían ser devueltas a la Corona por Bernardo de Orriols unas tierras que Ponce Guillén de Torrellas le había dado como dote de su hija.

Los Nobles, ya irritados, se enfurecieron más y, al llegar D. Jaime a Corona y requerir, con frases amenazadoras, al Vizconde para la entrega de varios castillos, la tormenta estalló. Un cambio de mensajes entre este magnate y el Monarca solo sirvió para que, a las amenazas de éste, respondiera el primero con amenazas y así como la revuelta de los Laras en Castilla se cuajó en la conspiración de Lerma, en Cataluña fue Solsona el foco de la rebelión. Allí se congregaron con el de Cardona los siguientes Ricos hombres: **Hugo**, conde de Ampurias, **Arnaldo Roger**, conde de Pallars, **Armenгол**, conde de Urgel, **Guillén de Anglesola**, **Berenguer de Puigvert**, **Pedro de Berja**, **Berenguer Arnaldo de Anglesola**, **Ramón de Anglesola** y unos cuantos más.

D. Jaime quiso agotar los medios pacíficos, no sólo por su innata magnanimidad, aún mayor a los 66 años de edad, sino porque amaba a Cataluña con especial fervor: siempre le habían sido fieles los naturales de este pueblo, siempre ese mismo Vizconde de Cardona, tan semejante a él en lo físico, habíase mostrado bueno y bravo caballero y piadoso cristiano. Una querrela entre el Rey y la Nobleza catalana le parecía inconcebible a D. Jaime y le causaba desazón. Así, pues, trató de un arreglo y, por lo pronto, desautorizó a su hijo D. Pedro en el asunto antes referido. No bastó esta prudente medida para suavizar la actitud de los magnates y el de Cardona, contestando al Monarca sobre la entrega de los castillos, se negó en redondo a hacerlo, porque los de Cardona, Castelví, Sallta, Cama rasa y Cubells no los tenía antes como feudo, sino que siempre él y sus antepasados, desde hacía trescientos años, los tuvieron en heredad y franco alodio, razón por la cual no quería romper lo que estaba consagrado por costumbre tres veces secular.

Fueron inútiles las gestiones de arreglo, entabladas por generosos mediadores. Una gravísima noticia llegó por entonces a oídos del Rey: habíase establecido un estrecho contacto entre esos Nobles y otros de Aragón, capitaneados por el bastardo Fernán Sánchez; de manera que, en los últimos meses de 1.274, la revolución ya generalizada en su planteamiento, sólo esperaba la chispa que habría de hacerla estallar y como elemento, el más destacado y peligroso de ella, figuraba ese mismo Fernán Sánchez.

Manifiestamente los hechos iban a dar cumplida razón al Infante D. Pedro.

IV

En varios meses del año 1.274 el Infante heredero estaba como a la expectativa. Tras la reconciliación con su padre, quédase a vivir en Cataluña. Allí, sin responsabilidades en la gobernación del Estado, toaca el freno: ha sido obediente hijo, pero está convencido de que el Rey sigue una política errónea, bien que inspirada en altísimas razones. Probablemente mira con atención el curso de los acontecimientos, porque es un Príncipe que estudia concienzudamente la "carrera de Rey".

¡Cuánto más impetuoso es que su padre! Se le parece, sí, en nobleza de sentimientos, en valor, en acendrado amor a sus Reinos... Mas no en ftema: de más grandiosos planes. D. Pedro sólo sabe, para lograr sus fines, un camino: el más corto: una vez adoptado un proyecto, lo persigue con inquebrantable voluntad y si bien sabrá, como Rey, disimular e incluso esperar (aunque no por mucho tiempo) es también implacable. Su padre lo había sido dos o tres veces a lo largo de 66 años de edad y 61 de reinado: bien sabía todo el mundo que, en cierta ocasión, mandó arrancar la lengua al Obispo de Germa, Berenguer de Castelbital, al que acusó de haber revelado un secreto de confesión del propio Monarca, que a éste perjudicaba... D. Pedro sería también implacable, llegado el momento: en su alma fogosa, apasionada, palpitante, había una concepción de la idea autoritaria, en abierta pugna con los procedimientos de su padre. Su concepto de la realza no es el de la época en que vive, ni, mucho menos, el que en Aragón se tiene.

No: el Infante D. Pedro es un hombre convencido de que Europa va evolucionando rápidamente; de que el feudalismo agoniza; de que, para que los pueblos no sucumban, hay que establecer un principio unitario, ordenador, poderoso y núcleo de la expansión vital de los municipios y de la clase llana ... D. Pedro sabe eso: tiene 35 años, ha vivido siempre atento a los negocios de Estado que un día regirá y conoce los males de la fragmentación, tanto del territorio, como de la autoridad. En una palabra: D. Pedro quiere que el Rey sea Rey... Se adelantaba a sus tiempos; eran ideas propias de tres siglos después.

Durante el forcejeo entre su padre y la insurreccionada Nobleza, calla. Calla, también, cuando D. Jaime le desautoriza, el regresar del Concilio. Calla, aún conociendo los pérfidos manejos de su hermano. Fija su atención en Navarra, donde por fallecimiento del obeso Rey D. Enrique (julio de 1.274) es Reina una niña de tres años, bajo la tutela de su madre, francesa. Navarra es la hermana primogénita de Aragón, pero es un pueblo que no tiene razón de ser, como soberano, según dijimos antes. Hay que volverlo a unir al poderoso Reino de Aragón y, de acuerdo con su padre, inicia negociaciones activísimas con los naturales del país. Hace lo mismo Castilla y ¡coincidencia singular! es también el Infante heredero, D. Fernando de la Cerda, quien intriga para incorporar Navarra a su Reino. Transcurren varios meses de cabildeos, negociaciones, pactos, promesas, movimientos de tropas castellanas. Se piensa en matrimonios entre la niña-reina y el primogénito del Infante aragonés, D. Alfonso... Y, al fin, la Reina madre, astuta y ante todo francesa, resuelve el pleito: se va a Francia, habla con su primo, Felipe III, y éste, que decididamente siente atracción por el "Midi" y los Pirineos, decide, de acuerdo con su prima, que la reinécita con quien se casará en su día será con el Príncipe heredero de Francia, con el futuro Felipe IV el Hermoso... Los navarros, dóciles a la Reina madre, D.^a Juana, olvidan sus promesas solemnes a cas-

tellanos y aragoneses, dejan burlados a D. Fernando y a D. Pedro y, muy gozosamente, se entregan a Francia.

Es un lamentable capítulo, pero no el único, de la fluctuante historia de Navarra.

Un arte difícil es el de saber perder y D. Pedro lo practicó muy bien en su vida. Si los franceses ganaron la partida, gracias a los mismos navarros, un día u otro le conocerán a él los franceses... Su ex-cuñado, Felipe es un hombre de suerte, porque mediocre Rey, va logrando éxitos..., que otros parece servirle en bandeja de plata: el "Midi", casi se lo regaló D. Jaime el "Conquistador" y Navarra, los navarros, como acabamos de decir. En su tiempo, Francia se ensancha hacia el sur y cualquiera diría que, con Felipe III, inicia una política anti-española que durará por desgracia, mientras Francia sea Francia y España sea España. Hay inmensa distancia entre ese Rey y San Luis IX, su padre, y sin embargo, no hace un papel desairado al lado de éste. Lo malo para él y para su país vendrá al cabo de once años, pues hurgó a Aragón, y a este Reino no se le hurga impunemente.

El Infante D. Pedro parece ver, en cuanto a los vecinos ultrapirenáicos se refiere, mucho mejor que D. Jaime. Ya entonces advina el peligro francés y si no cabe la posibilidad de atajarlo es porque los asuntos de casa apremian. La Nobleza catalana, en unión cordial con la aragonesa tiene su participación, su responsabilidad, en el "affaire" navarro.

Corre el mes de octubre de 1.274. Han fracasado los procedimientos pacíficos, como han sido estériles las cartas que el Rey ha escrito a su hijo bastardo, en las que procuraba apartarle de sus dañados planes. En la localidad de Estadilla, los revoltosos magnates han concertado sus esfuerzos para el alzamiento. Lerma, en Castilla; Solsona, en Cataluña; Estadilla, en Aragón... ¡Bien laboran

las Noblezas de esos tres pueblos en pro del "engrandecimiento" patrio!

Ahora surge otro lugar geográfico para punto de conspiración: Ager. Allí, ya en estrecha camaradería, catalanes y aragoneses, con un bastardo al frente, dan los postreros toques al plan de conjunto y se lanzan a la lucha. Figuran, del lado aragonés, nombres prestigiosos: Gimeno de Urrea, digno suegro de Fernández Sánchez, Pedro Cornel, Marco Ferriz, Jordán de Peña (hermano uterino del bastardo), Artal de Luna... Esos nombres, lector amigo, los hallarás siempre en la historia de las rebeliones de la Nobleza, a lo largo de dos o tres reinados y, sobre todo, durante el del gran D. Jaime I el "Conquistador".

Los ricos-hombres catalanes se lanzaban a la lucha con cierto rubor, sin mucho entusiasmo, con ganas de acabar pronto mediante un acuerdo entre ellos y D. Jaime, a quien no cabe duda que reverenciaban y admiraban. Examinadas detenidamente sus conductas, se echa de ver una semejanza notable con esos pequeños conflictos familiares de hijos buenos, pero mimados y caprichosos, con padres complacientes en demasía: hay barullo, gritos, golpes, alguna rotura de muebles, tal vez, actitudes violentas, pero, en el fondo, poca cosa: el cariño es hondo y recíproco y, pasada la borrasca, no quedan huellas. No es raro observar el fenómeno en familias cuyos miembros, de sangre ardiente, se quieren entrañablemente entre sí. Por lo demás, importa tener en cuenta que no existiendo entonces un bloque de tipo nacional, compacto y firme, sino suma de minúsculas soberanías, presididas en su conjunto por un señor que, de derecho, es el verdadero soberano, no se consideraba gran delito revolverse de cuando en cuando contra él, con tanta mayor razón cuanto que este señor crecía, crecía sin cesar (porque era superior en talento a los otros) y ellos menguaban de continuo.

Cortésmente, antes de batallar en campo abierto, el Vizconde de Cardona, con fecha de 25 de septiembre del año indicado, se había dirigido al Rey, despidiéndose de la fe que le debía como a su señor natural. Las costumbres, entre rudas y caballerescas, de la época, tenían estas exquisiteces y los "Usatjes" consagraban tales cartas de deseximent, especie de desafío, o, si se prefiere, de saludo con las espadas, antes de comenzar el duelo.

Decía, en sus letras, el Vizconde que, por el agravio hecho a él y a sus parciales, al quebrantarles sus costumbres, al quitarles sus castillos, "y otros tuerfos" hechos a ellos y demás ricos-hombres catalanes, se despedían de él, declinado la responsabilidad de los males que se siguieran. Eso sí, "Dios sabía cuan grave les era que hubiesen de contender con el Rey".

Cada uno de los otros magnates, en su respectiva carta de deseximent, señalaba el agravio que creía haber recibido, aunque, en tesis general, todos aludían, como el de Cardona, al quebrantamiento de las costumbres y usos, o, más bien, privilegios, que según ellos, el Monarca había llevado a cabo.

D. Jaime, que en punto a caballeridad y respecto a las leyes de hidalguía, no iba a la zaga de los rebeldes, les respondió, a 30 de octubre, desde Barcelona, que siempre estaba pronto a llevar el pleito a conocimiento de su Corte. En todo caso, si ellos no lo querían así, esperaba que, conforme a lo que los "Usatjes" preceptuaban, dejaría transcurrir el plazo de treinta días, antes de romper las hostilidades... No dejaba de hacer cierta elegancia en el prólogo de la inminente lucha, que, en Cataluña, rompieron en seguida los Nobles, capitaneados entonces por el poderoso Conde de Ampurias, Hugo IV, asaltando la villa de Figueras, saqueándola, derribando su castillo y quemando el lugar, que pertenecía, por cierto, al Infante D. Pedro.

El Rey no pudo impedir este atentado: la ofensiva había corrido a cargo de los rebeldes y él llegó tarde. Cataluña estaba en armas; llovían sobre D. Jaime las "cartas de deseximent" y aunque una lucida parte de los ricos-hombres de allí no formó parte de la fracción rebelde, la situación era muy apurada. Tampoco el estado llano se sumó ahora al movimiento. Honra es para él esta actitud y honra es decir que, al lado del Rey-Conde y siéndole fieles en esa coyuntura crítica, estaban Guillén de Cervellón, Berenguer de Entenza, Vizconde de Cabrera, Galcerán de Pinós, Ramón de Cabrera, Maymón de Castellví, Berenguer de Rosanes, Guillén de Curte, Guillén de San Vicente y otros cuantos más.

Dispuso D. Jaime que sus tropas ocupasen los puntos estratégicos para contraatacar, pero antes el Obispo de Barcelona y D. Gonzalo Ibáñez, Maestre de Santiago, quisieron ahorrar sangre y males sin fin a Cataluña. Fueron al Monarca y sin dificultad obtuvieron de él permiso para un nuevo intento de arreglo. Unos delegados de D. Jaime (el Comendador de Montalbán y Hugo de Mataplana, Ardiciado de Urgel) fueron despachados a los rebeldes y, por lo pronto, se acordaron treguas de diez días, contados a partir del 19 de noviembre.

Paralelamente, los disturbios de Aragón se empezaban a perfilar y, a semejanza de lo ocurrido en Cataluña, Fernán Sánchez y sus secuaces enviaron al Rey sus cartas, en las que se "desnaturaban", tras alegar multitud de supuestos agravios que éste les había inferido. Era entonces el 24 de noviembre: dos días después, el Rey les respondió con calma que estaba aparejado para que por sentencia arbitral, se cortasen las discordias. En Aragón, la dirección inmediata de la causa real corría a cargo del Infante D. Pedro.

Las gestiones iniciadas por el Obispo de Barcelona y el Maestre de Santiago prosperaban, tomando un giro favorable; a fines de noviembre, o, tal vez, al comenzar el siguiente mes, estando el Monarca en Villafranca del Panadés, de paso para Tarragona, se pre-

sentaron ante él el Vizconde Cardona, Berenguer de Puigvert y muchos otros ricos-hombres del partido rebelde, acompañados por el magnánimo y hábil Obispo implorando la gracia de D. Jaime, suplicándole que les perdonara "si en algo habían errado" (!!) y, en fin, pidiéndole que señalase jueces, que en su día dijieran de parte de quién estaba la razón.

"Queriendo Nos acceder, —escribe el Rey, sin el menor asomo de ira, ni siquiera de impaciencia, con esa tranquilidad y sencillez en él características—, a sus súplicas, nombramos por jueces al Arzobispo de Tarragona, al Obispo de Gerona, al Abad de Fuentfría, a En Raimundo de Moncada, a Pedro de Berga, a En Godofredo de Rocaberti y a En Pedro de Queralt; y luego los que nos lo pidieron entraron con Nos en Tarragona, donde señalamos plazo para mediados de la cuaresma, de acuerdo con dichos jueces. Para tal tiempo dijimos que debían hallarse en Lérida todos los ricos-hombres de Cataluña y Aragón; que Nos estaríamos allí asimismo el día señalado, con nuestro hijo el Infante En Pedro; y que entonces los antedichos jueces podrían conocer de las cuestiones que existían entre Nos y ellos; todo lo que resolvióse extenderlo por escritura".

Tales eran los tiempos; tales los usos. Hoy, a vista de pájaro, juzgaríamos las cosas mucho más sencillamente: crimen de lesa majestad, con circunstancias agravantes. Pena de muerte. Pero entonces, no: querellas entre ricos-hombres, por una parte, y señor de ricos-hombres (un poco más elevado que ellos) por otra; diferencias de supremacía; o, como antes apuntamos, simple disputa familiar. El Monarca comparecería ante los jueces nombrados, igual que Cardona y sus amigos comparecerían... Lo de Figueras, asalto, saqueo e incendio, con su obligado séquito de víctimas, era de poca importancia, por lo visto. En el siglo XIX, ese modo de ser, ese régimen político embrionario, de transición, erróneo, absurdo, producía admiración a algunos autores de Derecho y a algunos historiadores, afiliados unos y otros a la escuela liberal.

El único que en 1.274 no estaba conforme con todo eso seguía siendo el Infante D. Pedro.

No era sólo su pacifismo lo que inducía al Rey a pactar con los sublevados: influa también la circunstancia de que, una vez más, iban a visitarle sus hijos los Reyes de Castilla. Resultaba inadecuado recibirles en plena guerra civil.

Alfonso el Sabio era hombre fastuoso, pero bien intencionado: tenía un poco de delirio de grandezas, según se apuntó en otro capítulo. Aunque la situación interna de sus Reinos no estuviese aún consolidada, tras la rebelión de los Laras, aunque no resultara él un Monarca del temple de su padre San Fernando III (paralela situación con lo que ocurría en Francia, al comparar, como antes lo hemos hecho, a Felipe III y a San Luis IX); aunque, en fin, más convenía a Castilla y León que el Rey Sabio se contentara con la herencia que, bien maciza y rica, le había legado el Rey Santo, es lo cierto que Alfonso continuaba obsesionado con la corona imperial. Al fin y al cabo, una parte de los Príncipes electores le había designado: eran los días en que, muerto Guillermo de Holanda, candidato papal al Imperio, los votos se había dividido entre un inglés, Ricardo de Cornouailles, y él, Alfonso de Castilla. Desde entonces (1.257), pese a la visible repugnancia de la Santa Sede por ratificar la elección a favor suyo, ya que su competidor había muerto en 1.271, el castellano no cejaba. Los Papas, Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV y Gregorio X, que a la sazón reinaba, de un modo más o menos declarado, no le fueron favorables: tal vez, la parte vencedora en la guerra contra Federico II, sus dos hijos, Conrado y Manfredo, y su nieto, Conradino, tal vez, decimos, no olvidaba que el Rey de Castilla era hijo de D.^a Beatriz de Suabia, que ésta era hija, a su vez, del Emperador Felipe, sobrina del Emperador Enrique VI, y, sobre todo, prima hermana del Emperador Federico II el excomulgado, el tremendo rival de los Papas. Por lo tanto, Alfonso venía a ser por consanguinidad, un Hohenstauffen; esto bastaba

para resultar persona no grata a cualquiera de los Pontífices expresados.

No tuvieron éxito jamás las negociaciones que entabló cerca de la Corte de Roma, para lograr la imperial diadema, ni su bien probada adhesión al Pontificado, ni siquiera las virtudes de su padre (más tarde declarado Santo). Gregorio X, deseoso de poner término al interregno imperial, acababa de ratificar la elección hecha el año anterior, de Rodolfo de Hansburgo, como Emperador de Alemania y, a pesar de todo, nuestro caballero seguía imperturbable en sus sueños.

Nada mejor imaginó, pues, que visitar al Papa, aprovechando su permanencia en Lyon, para pedirle que rectificando su acto, le concediese a él la Corona y, así, sin oír la voz de la lógica, sin reparar que era ilusoria su obstinación, se puso en viaje, con la Reina D.^a Violante, su esposa, y varios de sus hijos (otoño de 1.274), dejando, como regente en Castilla a su primogénito, D. Fernando de la Cerda.

El camino que adoptó fue el de Aragón, no sólo por ser el mejor (por Navarra, no podía pasar, dados los incidentes derivados de la sucesión, tras la muerte de D. Enrique el Gordo) sino también por conferenciar de nuevo con su suegro y aliado, que tanto le amaba.

Fue a mediados de diciembre cuando ambos Reyes se encontraron en Tarragona; juntos todos, pasaron después a Barcelona y allí tuvieron lugar las conferencias acerca del motivo que impulsaba a D. Alfonso en su jornada a Provenza.

Trató de disuadirle D. Jaime, alegando, muy juiciosamente, que sería imposible conseguir del Papa la anulación de lo hecho, por lo cual no convenía a la dignidad real exponerse a un desaire. Porfió el Sabio y, ante su decisión, hubo de allanarse su suegro, convencido de que regresaría con las manos vacías.

Durante el mes y medio que, próximamente, duró la permanencia de los Reyes de Castilla y sus hijos en Barcelona, ocurrió allí la muerte del santo dominico Fr. Raimundo de Peñafort, una de las más legítimas glorias de España. Enfermo de gravedad desde mucho tiempo antes y dado lo avanzado de su edad, quisieron visitarle en el Convento de los Predicadores de la ciudad condal los dos Reyes, que profesaban singular cariño al humilde anciano. El 6 de enero de 1.275, estando en su celda ambos Monarcas, al mediar el día, Fr. Raimundo, que rezaba con débil voz el Salmo "Oigate el Señor en el día de la tribulación; defiéndate el nombre de Dios de Jacob", entregó su alma dulcemente. A su entierro concurrieron, entre inmensa muchedumbre, los dos Reyes, tres Infantes de Castilla (uno de ellos el futuro D. Sancho IV el Bravo) y el Infante D. Jaime, segundogénito del Conquistador.

Estuvieron los viajeros en Barcelona hasta fines del mes, y luego se trasladaron todos a Perpiñán, donde D.^a Violante y sus hijos (excepto D. Sancho, que debió regresar enseguida a Burgos permanecieron hasta la vuelta del Monarca, tras su entrevista con el Papa. D. Jaime, por su parte, libre de sus tareas de anfitrión, se ocupó de los negocios de Estado y, conforme a lo convenido, convocó Cortes (26 de enero) que habían de tener lugar en Lérida el día de Carnestolendas.

Un instante nos hemos de ocupar de Alfonso el Sabio, antes de volver a los asuntos de Aragón.

En Beaucaire vio no una, sino varias veces al Santo Padre. Este, cortés y deferente en lo exterior, permaneció inmovible ante el deseo del castellano. Su actitud estaba definida: el Imperio pertenecía a Rodolfo de Hansburgo, lo que si bien por una parte hería los sentimientos de aquél, no dejaba de ser un beneficio para Castilla, donde era necesaria la permanencia constante de su Rey. No podemos imaginarnos hoy cómo habría podido D. Alfonso ser al mismo tiempo, en ese siglo tempestuoso en que empezaban a

dibujarse los vaivenes precursores de las nacionalidades modernas, Rey de Castilla y León y Emperador de Alemania, porque si acá la obra de la reconquista, tras las grandes victorias de San Fernando, importaba no malograrla, sino dar cumplido fin a lo comenzado bajo tan favorables auspicios, en el Imperio, heterogéneo, carcomido por intestinas luchas, con fronteras abiertas a muchos peligros, con el sedimento corrosivo del feudalismo y con el problema italiano (cáncer de la causa imperial desde hacía varios años), todo se hallaba en lamentable estado y la presencia de un Emperador indígena, conocedor de tantos factores, siempre en la brecha, con vigilancia ininterrumpida, era no ya necesaria, sino vital. Pues bien: creemos, dados los actos que jalonan la vida de este Monarca, que, como Emperador de Alemania habría fracasado irremisiblemente. Agradecemos, por lo tanto, la actitud de Gregorio X en el negocio.

Otros dos favores le pidió el Rey: el Ducado de Suabia y la concesión de Navarra, mediante un futuro matrimonio de la reinaña y de uno de sus nietos. Ambos ruegos fueron, asimismo, desestimados. El primero, por razones semejante a las que concurrían en lo del Imperio; el segundo, porque Felipe III y el Papa habíanse concertado ya para que, como arriba dijimos, la niña se casase en su día con el Príncipe francés Felipe, y, a tal fin Gregorio X había dispensado del impedimento nacido de parentesco entre ambos.

Tal fue el resultado de las conversaciones de Beancaire, en los meses (hasta el otoño) que duró la estancia allí del Monarca castellano. No fue esto lo peor, sin embargo, sino que, durante su ausencia de Castilla, el Rey de Marruecos había acudido finalmente a la cita que, antes, le diera su colega y amigo de Granada. Más adelante veremos con qué consecuencias. Volvamos a los asuntos de Aragón.

Era a principios de marzo de 1.275 cuando se reunían las Cortes de Lérida, convocadas por D. Jaime con el exclusivo objeto de zanjar sus desavenencias con la Nobleza. Puntualmente acudieron el Rey, el Infante D. Pedro, el Arzobispo de Tarragona, los Prelados de Gerona, Zaragoza y Barcelona, los Nobles adictos al Monarca (entre ellos, Ramón de Moncada, señor de Fraga, otro Ramón de Moncada, Procurador de Aragón, Berenguer de Entenza, Guillén del Castelnou, Jofré de Rocaberti, Jaime de Cervera, Ferriz de Lizara, Guillén de Pueyo, Blasco de Alagón, Atho de Foces, García Ortiz de Azagra, Pedro de Queralt y varios más), y los Procuradores de Zaragoza, Huesca, Calatayud y Teruel (cuatro por cada ciudad).

Un síntoma significativo reveló bien pronto la inutilidad de estas Cortes: el partido rebelde, capitaneado conjuntamente ya por Fernán Sánchez y el Vizconde de Cardona, no quiso entrar en la ciudad, por no considerarse seguro... Las conciencias de esos ricos-hombres debían estar poco tranquilas, porque persistieron en mantenerse en Corbins, cerca de Lérida, y se limitaron a despachar a las Cortes, como representantes suyos, a dos caballeros, Guillén de Castellví y Guillén de Rajadell, no obstante haberles mandado a decir el Rey que podían ir en persona con entera seguridad.

Hubo más: en lugar de esperar el resultado de un verdadero pleito civil, que no otra cosa era la tarea que tenían que tratar las Cortes, los rebeldes exigieron, ante todo, que el Rey devolviese a Fernán Sánchez los lugares y castillos que, por su orden, habían sido ocupados por el Infante D. Pedro. Veamos cómo escribe D. Jaime este momento de tan triste historia; así comprobaremos una vez más la ponderación de su alma ante la inconcebible audacia de los Nobles:

"Respondímosles que tampoco teníamos obligación de hacer restituir a Fernán Sánchez lo que nos pedían, por cuanto él, Gimeno de Urrea, En Artal de Luna y En Pedro Comel, sin ofre-

cérsele a estar a derecho, habían desafiado al Infante En Pedro, y, además que, sin la misma formalidad, se había propasado a hacerle algunos daños; por lo que ninguna obligación teníamos de devolverles nada, mayormente sabiendo que Fernán Sánchez se nos había apoderado a la fuerza de los castillos de Alquézar y Nabal, los cuales no querían restituírnos y los retenía sin razón”.

La calma del Rey era tan grande como la cólera del Infante. Tras una declaración de los jueces, que desestimaron de plano la pretensión, se mandó a los de Corbins, por escrito, que respondieran pura y simplemente a la demanda, pero éstos no sólo no obedecieron, sino que arrojaron al suelo la orden y se negaron a abonar las costas, como las pedía el Rey.

El fracaso de la reunión era, pues, evidente. Los rebeldes se marcharon para volver a tomar las armas y el Infante, con la expresa autorización del Rey, su padre, hizo otro tanto, contento, porque, al fin, la situación podía resolverse de una vez, al tener él las manos libres.

D. Jaime se encargaría de Cataluña y el Infante, de Aragón. Era cuanto él deseaba, ya que en Aragón Fernán Sánchez sería precisamente su adversario. Tanto el Rey, como D. Pedro, iban a adoptar la única solución que la gravedad del caso requería, por dolorosa que esa solución fuera para el primero, quien, al despedirse de su hijo le encargó que “se desenvolviere bien las manos e hiciese a sus enemigos cuanto mal y daño pudiese”.

Carta blanca. El Infante no pedía más y, con rapidez y denuedo, salió a campaña. Tal vez en esos momentos recordase toda la serie de desmanes perpetrados por el bastardo: su avieso carácter, su ambición desmedida, la envidia que sentía hacia quien pronto ceñiría la Corona, la amistad que contrajo en Sicilia con su mortal enemigo Carlos de Anjou, los pactos traidores que, después de ese viaje, hizo con los ricos-hombres catalanes y aragoneses,

pactos en los que el propio Infante era el principal atacado, pero que, al cabo, se dirigieron también contra el Monarca... Cuando la maldad, acicateada por la ambición, rompió incluso los vínculos de parentesco, tras haber quebrantado los de la autoridad, o se sucumbe en la lucha, o se triunfa matando. También, ¡ay! cuando el odio es entre hermanos, suele ser más despiadado.

No necesitaba, ciertamente, D. Pedro las severas órdenes que su padre le dictó, al separarse en Lérida: la paciencia del Monarca fue inmensa, fue larga; pero se había acabado de pronto y para siempre: "si Dios era de ello servido, purgaría de tal manera la tierra que, mientras él viviese, estaría en paz y después de sus días no tendría el Infante tanta contienda con sus ricos-hombres". Así se expresa Zurita, al relatar el instante en que padre e hijo, al despedirse para su respectiva campaña, se citan en Lérida, tan luego como el segundo dé por terminada la que se le encomienda y, con su ejército, acuda a ayudar al Rey.

Comenzaba el mes de abril. D. Pedro inició sus operaciones sin demora: la rapidez, que era su rasgo característico, se manifestó entonces y, perfectamente al tanto de los movimientos del bastardo, le siguió de cerca: supo que éste, con poca tropa, iba recorriendo sus castillos (aún tenía, no obstante haberle embargado muchos su padre), preparando la lucha civil, animando a su gente. A lo largo del valle del río Cinca, el Infante fue persiguiéndole con todo sigilo.

Cruzó este río Fernán Sánchez, con dirección a Huesca. Se enteró D. Pedro de que el propósito que tenía era visitar Antillón, feudo de sus antepasados por línea materna, hoy pobre lugar, pero no entonces, que tenía un fuerte castillo. Dispuso una emboscada con cien jinetes, que, en efecto, sorprendieron al bastardo, pero no pudieron apresarle, porque, a uña de caballo, escapó con dirección sureste y, seguido muy de cerca por los soldados del Infante, tuvo

apenas tiempo para encerrarse en el fuerte castillo de Pomar, sobre el Cinca, legua y media al sur de Monzón.

Ya quedaba entablado el duelo a muerte entre los dos hermanos; ya Fernán Sánchez estaba bajo la rencorosa mirada de D. Pedro, sin auxilio, casi solo, cogido de improviso cuando menos podría imaginárselo. Comprendía que la salvación era difícil, porque las tropas del Infante rodeaban el castillo por los dos lados del río, en tanto que el mismo D. Pedro, avisado por su gente acudía a dirigir lo que más que asedio, era una caza. ¿Qué podría hacer el perseguido? Carecía de una hueste que pudiera proteger la retirada; el bastardo no tenía recursos para sostener un sitio por poco que durase, y pensar que el Infante le concedería perdón, fuera ilusorio. No quedaba, pues, sino recurrir a una estratagema, casi desesperada para huir.

Es el cronista Bernardo Desclot, contemporáneo de aquellos sucesos y bien informado de cuanto escribe, quien narra el desenlace de la contienda:

"D. Fernán Sánchez, visto que el castillo no podía defenderse y que él estaba a punto de caer en manos del Infante D. Pedro, dijo a su escudero que ensillase "Asenyallat", el mejor de sus caballos; le hizo vestir a él con su traje y armas y le dijo que, tan pronto como saliera del castillo, se lanzara a galope tendido, mientras él saldría calladamente por otra puerta, vestido muy pobremente, como un pastor".

Era un ardid que, en el mejor de los casos, bien podía costar la vida al pobre escudero, héroe anónimo, que, por lealtad, o por temor, no vaciló en obedecer a su señor, aun conociendo el riesgo a que se exponía.

Hechos los preparativos, el escudero y varios hombres de armas, salieron y, al momento, fueron vistos por los centinelas del Infante, que corrieron hacia él. Una breve carrera bastó para dete-

nerle, pero esos momentos bastaron también a Fernán Sánchez para escabullirse a su vez, por el lado opuesto, disfrazado de pastor.

Apresado el escudero y descubierto el engaño, se organizó inmediatamente una batida, que, al poco tiempo, dio el fruto apetecido. Vióse acosado el supuesto pastor, por todas partes; trató de atravesar el río, empresa arriesgadísima, porque éste es allí ancho y caudaloso, no obstante lo cual se metió en él, pero sintió miedo y retrocedió para meterse en unos matorrales. Por el momento lo consiguió y acaso habría hallado allí su salvación si no hubiese sido visto por unos auténticos pastores, que, interrogados por las tropas del Infante, descubrieron el sitio en que se ocultaba.

Lo demás fue cuestión de poco tiempo: cogido, sin resistencia alguna, sus perseguidores le condujeron hacia el campamento. Notificaron al Infante cuanto acababa de ocurrir y le preguntaron qué debían hacer con el prisionero.

Ahogarle en el río —respondió D. Pedro, lacónicamente.

Y, al llegar la noche, Fernán Sánchez fue echado al Cinca, el suave rumor de cuyas ondas sería, tal vez, la única plegaria que se elevó a Dios por el alma del desdichado bastardo...

La Historia, que tiene sus bellezas, tiene también sus horrores. En ese siglo XIII, posiblemente como ninguno otro pródigo en hirientes contrastes, las bellezas y los horrores se suceden, se entremezclan en verdadero vértigo. La virtud, con que un San Francisco de Asís, un Santo Domingo de Guzmán, un Santo Tomás, un San Buenaventura, una Santa Isabel de Hungría, otra Isabel, infanta, hija del mismo Pedro, tantos y tantos más, esmaltan esa centuria, se junta con la rudeza bárbara de unas costumbres semif feudales aún, de una moral todavía en formación, de unas ideas erróneas del bien del mal, que manchan su paso por la Historia; y se deleitan hoy la fe robusta del Medioevo, las prácticas caballerescas, el rígido y vivaz concepto del honor y de la galantería, si cautivan

esos torneos en que es preciadísimo galardón de los vencedores un simple pañizuelo perteneciente a las damas objeto de su culto y de su amor, o una sola sonrisa de sus labios de coral; si los ritos obligados que han de observarse con religiosa minuciosidad antes de ser armados los caballeros; si, en fin, ese sentimiento, místico y épico, a veces infantil e ingenuo, que es la esencia de la Edad Media, llena a ésta de incomparable encanto, causan también repugnancia sus crímenes, el desprecio a la fe jurada; la frecuente ausencia de escrúpulos ante situaciones o actos que hoy se disimulan, por respeto, o se ocultan, por pudor; el desenfado con que se procrean hijos bastardos y se coeducan con los legítimos, sin cuidado de silenciar su condición; el cinismo con que, dando funesto ejemplo a las clases inferiores, los mismos Reyes, aún los más grandes y piadosos, como D. Jaime, tienen sus concubinas; y los daños que muchos Monarcas causan a sus pueblos por medio de esos bastardos a los que se afanan por proporcionar pingüe herencia.

Tal fue la tragedia de Pomar. Tales las reflexiones que nos sugiere esa tragedia y tal el borrón que para siempre manchará la historia del futuro D. Pedro III el Grande.

No han de desconocerse, como circunstancias atenuantes, los crímenes de la víctima que en el fondo del Cinca duerme su sueño eterno, ni ha de olvidarse que, ante el Derecho de ese siglo y de todos, Fernán Sánchez, mal hijo, ingrato, pérfido, traidor y contumaz, merecía la pena de muerte. Asimismo hemos de ver, en la conducta de D. Pedro, más que al hermano, al Infante heredero, que ha soportado con paciencia ejemplar los ultrajes del rebelde; que, castigado y depuesto un día por el Rey, ha sabido retirarse a Cataluña, sin rechistar, y allí ha apurado el cáliz de la amargura, sabiendo que Fernán Sánchez preparaba un alzamiento general no sólo contra él, sino contra el mismo Soberano.

Es de notar, además, un párrafo de Desclot, poco mencionado por los historiadores modernos y que conviene transcribir: "El

Infante D. Pedro hubiera deseado que se escapara (Fernán Sánchez) pero puesto que así ocurrieron las cosas, no quiso sustraerlo a aquella justicia a la que había ofendido".

Con todo, la Historia vitupera este castigo, no porque en sí fuera injusto, sino por la fría orden que dictó su ejecución y por el vínculo de parentesco existente entre el juez y el reo.

Por eso, nosotros creemos que si D. Pedro, obrando como hombre de Estado autorizado implícitamente a todo por su padre, fue justo, como hermano, fue despiadado. Tan despiadado como lo son los historiadores que califican su conducta en Pomar de vulgar fratricidio.

La autobiografía del Rey D. Jaime es indiscutiblemente suya: si él no la escribió en persona, la dictó a uno o varios amanuenses de su confianza. Ahora bien, sus últimos capítulos dan la impresión de estar escritos por tales amanuenses después de fallecido el Soberano, o, por lo menos, no revisados por él. Tal es la opinión de distinguidos historiadores, que se extrañan de cómo cuenta D. Jaime su reacción al tener noticia de la muerte de su hijo:

"Llegó a nuestros oídos, —escribe—, antes de salir de Perpiñan, cómo el Infante En Pedro, teniendo sitiado un castillo de Fernán Sánchez, había preso a éste y le había hecho ahogar; de lo que nos alegramos por cierto, pues era dura cosa que siendo él nuestro hijo y después de haberle hecho tanto bien y honrado con pingüe patrimonio, se levantase aún contra Nos".

No nos atreveríamos, por nuestra parte, a negar, ni a afirmar la verdadera paternidad de ese comentario. En todo caso, nos guardaremos mucho de enjuiciar al Rey, aún dado caso de que él fuera su autor.

Muerto Fernán Sánchez, oyeron sin dificultad en poder del Infante los lugares y castillos sublevados, y aunque la cronología de

estos sucesos ofrece no pocas oscuridades y suscita gran perplejidad entre los historiadores, creemos que, terminada la corta campaña contra la Nobleza de Aragón (que en mucho tiempo no volvió a alzarse contra la autoridad real) el victorioso Infante permaneció allí durante todo el verano siguiente, en espera de su padre. Tal vez sea entonces, o en otoño, cuando realizó un viaje, casi de incógnito, a París, donde celebró varias entrevistas con el Monarca francés, si bien se ignora en absoluto el motivo y el tema de tan misterioso acto, ni siquiera, se prueba que hizo tan extraño viaje.

Correspondía al Rey D. Jaime sofocar la rebelión por la parte catalana, según hemos dicho, y, a tal fin, en la primavera de 1275, mientras duraban las operaciones militares de su primogénito en Aragón, él ordenó una fuerte concentración de tropas en Barcelona y aprovechó este tiempo para visitar en Perpignan a su hija la Reina de Castilla, que todavía estaba allí esperando el resultado de las entrevistas de Beaucaire.

En seguida, regresó a Cataluña y en una campaña de pocas semanas, por los últimos días de mayo y el mes de junio, según creemos (dada la confusión de fechas a que acabamos de aludir y lo dudoso de la cronología aceptada por Zurita) la fracción rebelde, estrechamente acosada en Rosas por las fuerzas reales, vióse obligada a rendirse y a entregarse a merced del Monarca, quien, siempre magnánimo, accediendo a los ruegos de los vencidos, convocó nuevas Cortes, que habían de reunirse también en Lérida el 1º de noviembre de ese año.

El Infante D. Pedro fue avisado por su padre para que concurreriera a ellas. Había hecho, poco antes, una vez regresado de su misterioso viaje a París, una correría contra varios ricos-hombres catalanes no rebeldes a él, ni al Rey, sino hostiles al Vizconde de Castelnou, amigo de D. Pedro. Una vez más, el denuedo y la valentía de éste tuvieron entonces ocasión de manifestarse y el bélico lance se exterminó de manera satisfactoria.

Llegó la fecha señalada para las Cortes: si D. Jaime, visiblemente achacoso y fatigado, hubiese creído cuanto los rebeldes le prometían, la paz surgiría rápida y seguramente. Pero no se realizó tan bello programa, por las consabidas y exorbitantes existencias de esa Nobleza y a pesar de la buena disposición para la concordia, tanto por parte de aquél, como del Infante, que acudió con exactitud a Lérida. Bruscamente, el Vizconde de Cardona, el Conde de Ampurias y demás de su partido, abandonaron la ciudad, sin dar la menor explicación, con cuya conducta la rebelión proseguía, de manera oficial, (digámoslo así), aunque ya sin brío y sin empeño, porque herida por la anterior victoria del Soberano, pronto sucumbiría a manos de D. Pedro.

En esas Cortes fue jurado como sucesor de la Corona tras D. Pedro, su primogénito D. Alfonso, quien, como sabemos, pertenecía, por su madre D.^a Constanza, a la dinastía condal de los Staufen.

No era solamente el cansancio lo que determinaba la situación creada otra vez entre la Nobleza catalana rebelde y el Rey, situación incierta, rara, inadmisibile, que era teóricamente de guerra y prácticamente de paz. Otra razón y bien considerable, movió a D. Jaime y a D. Pedro a dejar las cosas así (espadas levantadas y brazos quietos) y esta razón era la tormenta que venía por la parte de Castilla, o, dicho de otro modo, la invasión de Andalucía por los benimerines acaudillados por el Rey de Marruecos. Retrocedamos un poco y trasladémonos a los dominios de Alfonso X el Sabio.

V

Sevilla y septiembre de 1.273. Hay alegría en los semblantes, hay fiestas suntuosas y rivalizan en gentileza y en recíprocas muestras de afecto los Reyes de Castilla, D. Alfonso, y de Granada, su huésped, Mohammed ben Alhamar, el segundo de la dinastía nazarita. La rebelión del Infante D. Felipe (el ex-Arzobispo electo de la perla del Betis, que colgó los hábitos para casarse con una princesa escandinava) y de los Laras, acababa de resolverse en una visita conciliadora al Monarca ofendido y es el nuevo Rey de Granada quien acompaña a sus amigos castellanos, que antaño buscaron cobijo y amparo en la Corte de Alhamar I, a fin de solemnizar la paz y de resellar el vasallaje con aquél.

Sucédense juegos y saraos en el bello alcázar hispalense: allí los caballeros granadinos multiplican las cortesías y hacen ostentosa prueba del refinamiento adquirido en la ciudad del Darro y del Genil, pues no en vano el Rey difunto y su hijo y sucesor pasan por ser los más sabios, más apuestos y más caballerosos de cuantos les precedieron y les seguirán. Del segundo, Mohammed, dice un historiador árabe: "Aventajaba a todos los reyes en magnificencia, en fortaleza, en valor, en prudencia, en constancia, en experiencia y conocimiento de todas las cosas. Grande y hermoso de rostro, gallardo de cuerpo, arrogante y gentil en sus maneras, compuesto y esmerado en su traje, elegante y cortés en su habla, ya se expresase en árabe, ya en español, cuyo idioma poseía como el más culto castellano, amante de las letras y protector de los doctos,

era mirado como el honor del islamismo, y amábale y reverenciábale el pueblo".

Él, más que los reconciliados Laras y más que D. Felipe, es en esos días el héroe de las fiestas y búscase su conversación culta y amena, aun por las más linajudas damas sevillanas.

Por su parte, Alfonso, pacífico y fastuoso, no escatima los agasajos a su huésped egregio y lleva su amabilidad hasta el punto de armarle caballero, a la usanza de Castilla. ¡Ah! Mohamed, que es buen musulmán, sin duda, no rehuye este galardón, el más eminente de la edad media, porque, cultísimo y versado en la historia, sabe sin duda que, muchos años antes, todo un Sultán Saladino, honra y prez del Islam, buscó con golosa avidez, de los mismos Cruzados a quien venció en cien batallas, esa lumbrera de la Media Luna cuyo nombre hizo palidecer a esforzados guerreros cristianos, buscó, digo de ellos, el favor de ser armado caballero. Y si Saladino mendigó ese preciado don, bien puede el Monarca Nazarita de Granada sentirse ufano de ostentarlo y de que sea un Rey tan celebrado por su sabiduría, como lo es Alfonso de Castilla, quien le arme caballero.

La paz queda bien pronto concertada: más que nadie, la desea éste, que se consume de impaciencia por dejar sosegados sus Reinos y por poder atender a la cuestión de la corona de Alemania. Acaso la deseaban también los ex-rebeldes, un poco avergozados en Sevilla de su deserción. La busca, en fin, el propio granadino, que ama a su pueblo y que, valentísimo en la guerra (recientes están sus triunfos sobre los walfes insurrectos de Málaga, Guadix y Comares) se siente más dichoso en su Corte, tratando con literatos, con sabios, con artistas.

Las negociaciones no han podido ser más rápidas y todo quedaría satisfactoriamente concluido, si no fuera por una sola intervención de la Reina D.^a Violante.

Un día, ésta conversa, rodeada de varias ricas-hembras de su Corte, con el Monarca musulmán: le interroga acerca de las costumbres de su país, de las mujeres granadinas, de los serrallos, tal vez; con soltura y galantería, responde el moro. Todas le escuchan con avidez y luego, de improviso, la Reina le suplica una merced. Mohammed contesta que, si está en su mano concedérsela, para él un ruego de D.^a Violante es una orden.

Vaya si sólo de vos depende —agrega ésta con suave sonrisa.

Decidla, pues.

Os ruego que concedáis treguas de un año a los walies de Málaga, Guadix y Comares.

El granadino no esperaba tal súplica, ni, menos, imaginaba que, en tal coyuntura, la Reina rozara siquiera un tema político. Sin embargo, su palabra está dada y es, ante todo, un gentilhomme. Accede a la petición y sabe disimular muy bien su profundo desagrado.

Pocos días después, siempre colmado de atenciones por los castellanos, se despiden ambos Monarcas y Mohammed retorna a Granada.

Su palabra a la Reina le impide guerrear con los tres walies rebeldes, tan protegidos por D. Alfonso: es una constante amenaza, que le estorbará la completa pacificación del Reino y comprende muy bien que aquella le ha atado las manos durante doce meses. ¡Tan fácil como le sería desembarazarse de esos tres inquietos gobernadores!

Deja pasar el plazo, pero su cólera aumenta y, convencido de que ha sido juguete de un ardid, tal vez tramado por el Rey de Castilla y llevado a cabo por su esposa, se promete a sí mismo tomar cumplida revancha.

Año y medio después (marzo de 1.275) el castellano está ausente de sus Reinos, quedando en ellos como Regente su primogénito, mozo de unos veinte años, inexperto, que también tiene ambiciones territoriales, a costa de Navarra, y que por entonces está lejos de las fronteras granadinas.

Antes que buen caballero, es el Nazarita fiel creyente y olvida pronto los agasajos que en septiembre de 1.273 (671 de la era musulmana) se le habían prodigado en Sevilla. Una desmedida ambición le embarga y, convencido de que el momento es favorable para llevar a cabo sus planes, escribe al Rey de Marruecos, Abú Jacob Yussuf (Aben Jucef, le llaman nuestras crónicas) y le pinta con risueños colores la situación, para que, aliados en comunidad de doctrina y de odio a los cristianos, acuda al frente de un ejército y, juntos, invadan Andalucía, a cuyo fin, le ofrece los puertos de Tarifa y Algeciras, para que le sirvan de puntos de partida y de arsenal.

Es la segunda invitación que se le hace, porque Almahar I le había brindado un ofrecimiento semejante pocos años antes. Jacob no duda y ahora acepta con alegría. En 1.258 había sucedido a su hermano Abu Jahía en el imperio de los Beni-Merines; en 1.269, venció a los Almohades de Marruecos y estableció allí su dinastía; tenía por entonces unos sesenta años y soñaba con nuevas expansiones territoriales. España era el obligado campo que se abría a sus miradas y precisamente el Rey de Granada le llamaba en su auxilio. Una invasión más, y bien potente, iba a sufrir la península, tras las de los almorávides y los almohades. Bien pudiera ocurrir en 1.275 lo que en siglos anteriores estuvo a punto de lograrse y no se logró: la dominación de España y el vencimiento de los cristianos.

Abú Jacob tenía ya listo todo para la expedición y hasta acababa de ocultar astutamente sus preparativos a ese temible Gacum

(D. Jaime I de Aragón) enemigo número uno del Islam, pidiéndole una flota so color de castigar a los rebeldes ceutís.

Un cuerpo de caballería, fuerte de 5.000 hombres, mandado por el príncipe Abú Zyan, cruza el estrecho y toma posesión de los dos puertos ofrecidos por el granadino. Era esto a mediados de abril de 1.275. Desde allí, destaca el moro rápidas columnas de jinetes, en diversas direcciones, para tantear el terreno, hacer "razzie" y coger botín y cautivos. Un mes más tarde, el propio Jacub, al frente de un ejército, que cifran las crónicas en 17.000 jinetes, sin contar una inmensa muchedumbre de peones, atraviesa ese pasillo del Mediterráneo, que tantas veces vio espectáculos semejantes, toma tierra en Tarifa y marcha en seguida a Algeciras, donde le espera Mohammed de Granada, para acordar el plan de campaña.

Por lo pronto los tres walfes rebeldes, bien a instancias de su Soberano (como afirma el Marqués de Mondéjar), bien por sentirse atemorizados ante perspectiva de la derrota de su protector el Rey de Castilla, como dicen casi todos los demás historiadores españoles, o ya porque Jacub los convenciera de que había que abandonar rencores para combatir al enemigo común, según aseguran los historiadores árabes, se sumaron al ejército granadino marroquí.

Tembló Castilla ante el tremendo peligro: bien ajena a él, España entera parecía haber dado al olvido la obra santa de la reconquista y ahora sesteaba o se entrega a luchas intestinas, como acababa de suceder en Castilla y como sucedía en Aragón. Para colmo de males, Alfonso X, siempre iluso, pordioseaba en Provenza un Imperio que ya había sido adjudicado a otro.

Desempeñaba el cargo de Adelantado mayor de la frontera cristiano-granadina ese D. Nuño de Lara, ayer rebelde y hoy (conseguidas las aspiraciones suyas y de sus partidarios, por la debilidad

del Monarca) reconciliado. En ese puesto de honor, la Providencia le deparaba un Jordán, donde lavar podía sus pasados yerros.

La ofensiva partió, naturalmente, de los infieles: en Algeciras se había acordado que tres fuertes columnas, a modo de flechas, se dirigieran una al norte, hacia Jaén, compuesta por tropas granadinas; otra, al noroeste, hacia Córdoba, formada por los guerreros de los walíes de Málaga, Guadix y Comares; y la tercera, exclusivamente nutrida de soldados marroquíes, al oeste. Sevilla era la ambicionada meta de este cuerpo del ejército.

D. Nuño reunió apresuradamente su hueste. Desde el corazón de Castilla partían expediciones de socorro con dirección a Andalucía; una elemental prudencia aconsejaba esperar su llegada y cubrirse con el Guadalquivir, a modo de barrera estratégica, pero ello obligaba a abandonar ricas y populosas villas y fértiles comarcas, por lo que el Adelantado no pensó siquiera en hacerlo; hay que decir en honor suyo que era valiente hasta la temeridad. Sabía que el enemigo era inmensamente más numeroso que la gente por él reunida y, sin embargo, no vaciló en salir a su encuentro partiendo de Écija: el campo de batalla iba a ser el valle del Genil, no lejos de Osuna y de Herrera.

Pronto se avistaron los dos ejércitos. Comprendió en seguida D. Nuño que la morisma duplicaba, por lo menos, a su hueste, pero dispuso la formación para la lucha y fue él quien embistió las nutridas filas enemigas, bien seguro del resultado final. Sus hombres no conocían el miedo y ellos fueron los que le empujaron a la lid.

El mismo Abú Jacub mandaba el ejército contrario: al ver que los cristianos se disponían al ataque, ordenó, a su vez, que sus tropas adoptaran la mejor forma para resistir la acometida y a juzgar por lo que refieren las crónicas árabes, esa forma era la consabida media luna, táctica vieja y favorita de todos los ejércitos musulmanes.

“La tierra se estremeció, —cuentan esos mismos cronistas—, al estruendo de los tambores y trompetas y al horrible alarido de los combatientes. Dilataron los musulimes sus haces y rodearon a los cristianos, que peleaban con mucho valor; pero envueltos por los árabes, fueron vencidos...”

Tan recio y tan bravo fue el primer choque que las lanzas, espadas y mazas de las tropas castellanas abrieron anchos huecos en líneas agarenas. Verdaderos leones, acuchillaban y mataban, y hasta Jacub creyó un momento en la derrota de los suyos; pero la abrumadora superioridad numérica de éstos se impuso al fin. Tropas de refresco les rodeaban, les estrechaban por todas partes y aquellos valientes fueron cayendo ensangrentados, sin salvarse más que algunos pequeños grupos, que pudieron refugiarse en Écija al fin de la fatal jornada.

En medio de los montones de cadáveres de uno y otro bando, entre los de cuatrocientos hombres de su hueste, estaba también sin vida D. Nuño de Lara, que había peleado con sobrehumana energía: “como un bravo león, —dice un historiador árabe—. Por su lanza murieron muchos valientes musulimes”.

La victoria de éstos era completa, pero no decisiva. Écija se sostuvo gallardamente, reforzada su exigua guarnición por varias compañías llegadas allí, al mando de D. Gil Gómez de Villalobos. Otras tropas procedentes del norte y apresuradamente enviadas por el Infante D. Fernando y por su hermano D. Sancho, iban acudiendo a Andalucía.

La cabeza de D. Nuño de Lara fue enviada a Mohammed de Granada, como trofeo de la sangrienta batalla de Écija y dice que, al contemplarla, el Rey exclamó: “¡Gualá! Amigo mío, que no merecías tal muerte”.

Nosotros creemos, por el contrario, que la gloriosa muerte de D. Nuño, defendiendo la cruz y la bendita tierra española, fue

espléndida contrapartida de su pasada rebelión y que las faltas que había cometido contra su Rey quedaron borradas en esa lid.

¡Cara debieron pagar su victoria los sarracenos y extraordinario hubo de ser el valor de aquel puñado de cristianos! Sólo así se explica la lentitud, la parsimonia de los vencedores; no consta que cayera en poder de éstos ninguna villa, ni lugar, de importancia. Es cierto que el pánico de la población civil había sido grande y que mucha gente buscó la salvación en la huida. También lo es que los granadinos, en su marcha al norte, talaron las campiñas andaluzas y llegaron hasta Martos; que, allí, unidos a los walfes, razzizaron a su antojo; cierto, en fin, que, por su parte, Jacub avanzó por el oeste y noroeste, dejando atrás Écija, y alcanzaron el Guadalquivir junto a Palma del Río. Pero todo esto, por doloroso que fuera a los castellanos y por más daños que sufrieran en sus bienes, era de escaso volumen, y no preludiaba en modo alguno una invasión en regla. Compárese el minúsculo avance del ejército agarenos en 1.275 con la relampagueante invasión del siglo XIII y se verá la enorme diferencia entre las consecuencias de la batalla de la Janda, en 711 y de Écija, 564 años después.

Acudían, en tanto, muchos contingentes a las comarcas amenazadas y se organizaba la resistencia, aprovechando la inverosímil lentitud del enemigo. Desde Burgos, sede, a la sazón, del Regente D. Fernando, partían órdenes y correos a todas partes; la noticia de la derrota y muerte de D. Nuño de Lara había llegado allí muy pronto y una especie de movilización general fue la consecuencia. D. Fernando, que, en ausencia de su padre, daba muestras de gran habilidad en el gobierno, se dispuso a partir, al frente de nuevas tropas, pero a pequeñas jornadas, con objeto de que se le fuesen agregando las que venían de diversos puntos del Reino. Era a primeros de junio y casi dos o tres semanas después de la batalla de Écija. Ya que otra cosa no se pudiera hacer, él quiso desde luego acudir, aunque faltase no poco por organizar; así, pues, determinó

que su hermano D. Sancho permaneciese en Burgos hasta terminar la concentración de soldados y él se puso en camino.

Una repentina enfermedad le sobrevino en Villa Real (hoy Ciudad Real) y en poco tiempo arrebató la vida de este joven príncipe, que aún no había cumplido los veinte años y que tantas esperanzas había dado ya de ser un día excelente Rey. Con cristiana serenidad había visto venir la muerte y ésta le cogió preparado. Un cuidado de orden temporal le turbó en ese trance y le hizo adoptar medidas adecuadas para prevenirlo: dos hijos le quedaban de su matrimonio con D.^a Blanca de Francia: D. Alfonso y D. Fernando. El derecho de representación no estaba aún implantado en Castilla, y sí solamente estatuido por el mismo Monarca a la sazón reinante, en sus "Partidas". Sabido es que este código celeberrimo, orgullo de la legislación española, no tuvo efectividad práctica hasta el siglo siguiente, razón por la cual era uso inmemorial en Castilla la sucesión por línea directa y por proximidad entre el causante y el descendiente. El moribundo se figuró que, a su fallecimiento, su primogénito bien pudiera ser preterido, y, llamando a la cabeza del lecho en que yacía a su amigo D. Juan Nuñez de Lara, hijo mayor del difunto D. Nuño y más leal que éste a la Corona, le encargó que velara por el niño D. Alfonso, para que en su día sucediera al Rey, y que le cuidase siempre.

Ocurrió la muerte del Infante en el mes de agosto y bien pronto llegó la noticia a oídos de D. Sancho, su hermano segundo, que tenía entonces diecisiete años y que, en punto a valentía personal, igualaba por lo menos al malogrado hermano. De manera inesperada encontrábase eventual sucesor a la Corona, e implícitamente, Regente del Reino. Ambicioso por temperamento, ¿pensó en la posibilidad siquiera de que los tiernos hijos del fallecido pudiesen pretender derecho alguno? Acabamos de decir que el de representación, ya establecido teóricamente por su propio padre, no se había estrenado hasta ese momento. D. Sancho conocería, con seguridad, esta ley y tal vez temió que, con ocasión tal, se pu-

siera en práctica. Su actividad en esos momentos y sus manejos para atraerse la voluntad de los más conspicuos ricos-hombres del Reino, como lo era, por ejemplo D. Diego López de Haro, Señor de Vizcaya, demuestran que no estaba seguro de la herencia y que, por otra parte, no quería de ninguna manera perderla. Entre la Corona y él existían tres obstáculos, a saber: dos niños de pocos años y una ley de las Partidas. Por el momento, ésta debió causar más inquietudes al Infante, que ambos huérfanos.

No hemos de tratar de las vicisitudes ocurridas en Castilla, con ocasión de tal pleito sucesorio, por no corresponder a nuestro objeto, pero teníamos que aludir a este asunto por las derivaciones que tuvo, años después, y que entran de lleno en la Historia de Aragón. Baste decir 1º, que a partir de la muerte de D. Fernando de la Cerda, D. Sancho se considera heredero; 2º, que no está seguro de su derecho y 3º que, por no estarlo, tendrá que intrigar.

Sigamos el relato de la invasión, que sí tiene estrecha relación con el reinado de D. Jaime y con la biografía del Infante D. Pedro, su hijo.

Muy enérgica y muy acertadamente, D. Sancho adopta las medidas oportunas para sujetar al enemigo. De todas partes, van acudiendo tropas; es casi imposible, sin embargo, concertar las marchas y las operaciones militares. Ocurre que uno de esos pelotones avanza denodadamente hacia Andalucía, mandado por un Prelado, lo que no tiene nada de extraño en esos tiempos y menos aún en España, donde la guerra contra el Islam es eminentemente religiosa y, por serlo, los príncipes de la Iglesia suelen ser valientes guerreros.

Este Prelado es D. Sancho, Arzobispo de Toledo, hijo del Rey D. Jaime I de Aragón. Es el mismo a cuya primera Misa, siete años antes, asistieron D. Jaime (su padre) D.^a Violante, Reina de Castilla, su hermana, y D. Alfonso X el Sabio, su cuñado. No desmiente la

raza: por sus venas corre la sangre generosa y ardiente de los bravos Monarcas de Aragón y de los Condes-Soberanos de Barcelona. Por eso, tan pronto como se entera de la derrota de Écija, organiza su hueste, procedente de las ciudades y villas de Toledo, Guadalupe, Madrid, Alcalá y Talavera. Ha obtenido de su Santidad Gregorio X (por letras expedidas en Beaucaire, con fecha 3 de septiembre) la autorización de publicar la Cruzada, con lo cual logra reunir buen golpe de soldados y, en octubre, sin terminar la concentración, pónese en movimiento, camino de Andalucía.

¿Qué han hecho y qué hacen desde mayo hasta octubre los vencedores de Écija? "Razzie" y nada más: muchos estragos, mucho daño en las márgenes meridionales del Guadalquivir y ninguna operación militar. Repetimos lo dicho hace un momento: ¡qué diferencia entre Taric y Muza, antaño, y Mohammed y Jacob, entonces! No puede explicarse bien lo que sucedió: cabe pensar en el prestigio de las armas de Castilla, en el de su Rey, en el temor, por parte de los moros, de que sus contrarios preparasen una amplia contramano de fatales consecuencias; cabe pensar que no fuera muy sólida la alianza entre el granadino y el marroquí; tal vez comprendieron que si un minúsculo ejército de unos ocho mil combatientes (más no serían) habíales causado cuantiosas bajas en la batalla de Écija y hécholes dudar, un momento, de la victoria, un ejército considerable les arrollaría irremediable y completamente.

Esas depredaciones por tierras de Jaén retenían grandes núcleos de la morisma. El eco de los daños que causaban y la dolorosa noticia de que, en una de ellas, había apresado el enemigo crecido número de cristianos de ambos sexos y de todas las edades, llegó a oídos del Arzobispo y, sin esperar la llegada, que le habían anunciado ser inminente, de un fuerte contingente de tropas que le traía D. Lope de Haro, decidió correrse hacia Martos, para tender una emboscada a la columna granadina que iba a pasar por allí con sus cautivos y con copioso botín. Cierta caballero castellano, comendador de Martos, le acució a ello, contra el prudente dicta-

men de otro, aragonés, llamado Sancho de Huerta, que le aconsejó, visto el escaso número de guerreros que le acompañaba, que aguardase los refuerzos de D. Lope. No era el Arzobispo, ni por su edad (unos 30 años) ni por temperamento, apto para refrenarse; así, pues, se lanzó a la loca aventura y situóse con su gente en las cercanías del lugar llamado Torre del Campo, situado a poco más de dos leguas al oeste de Jaén.

El 21 de octubre tuvo lugar el encuentro: sorprendidos los sarracenos, al principio, no tardaron en darse cuenta de la débil fuerza enemiga que les acometía, sin orden, confusamente, y reaccionaron con brío. Breve fue la lucha: sólo unos cuantos cristianos quedaron prisioneros, porque los demás sucumbieron. Entre los primeros, por desgracia suya, figuraba el Arzobispo D. Sancho de Aragón. Una violenta disputa surgió entonces entre los marroquíes y los granadinos, sobre quién de ellos se haría cargo del importante cautivo, disputa a que puso término el Arraez de Málaga, quien se lanzó de improviso contra el Prelado y le atravesó con una azagaya, dejándole muerto, porque, dijo: "No quiera Alá que por un perro cristiano mueran tantos buenos caballeros".

Cortáronle la cabeza y la mano en que tenía los anillos pastorales y, hecho esto, ufanos con el nuevo triunfo, abandonaron el campo de batalla.

Llegó a éste, al siguiente día, D. Lope de Haro; supo la derrota y muerte del Arzobispo y se lanzó en persecución de los vencedores, a los que alcanzó. Entablóse un nuevo combate, de resultado indeciso, por haber sobrevenido la noche, no obstante lo cual se logró recuperar la Cruz Arzobispal y el pendón de D. Sancho, dándose muerte al infiel que los llevaba.

Algún tiempo después, fueron rescatados también la cabeza y la mano del Prelado, que, con su cuerpo, hallado por D. Lope, en el lugar de la refriega, fueron enterrados en la Catedral de Toledo,

en la Capilla llamada de la Cruz o de los Reyes viejos, como, tomando la noticia de otro escritor antiguo, refiere el marqués de Mondéjar.

El Infante D. Sancho, que no descuidaba ningún medio para obtener la declaración de heredero de la Corona, tan pronto como regresara su padre de Beaucaire, tuvo el supremo acierto de hallar el camino mejor y más noble para lograr sus propósitos: con energía y rapidez, según dijimos antes, había tomado el mando de las operaciones militares y dictado las medidas adecuadas para tener a raya a la morisma. Todo ello resultó eficaz, sin duda, pero donde su talento brilló con máximo esplendor fue en la orden que dio a las naves castellanas para que surcasen las aguas del Estrecho y estorbasen toda relación entre los sarracenos de África y España.

La Marina española, en cuanto a Castilla se refiere, puede decirse que estaba entonces en su primera juventud; el Rey San Fernando III había sido el creador de la misma, como fue el Almirante Ramón Bonifaz el animador, el impulsor y el genio que movió a ese Monarca para empezar a construir los buques en las atarazanas de Sevilla. Nutríanse las primeras tripulaciones con marineros de Cantabria y de Vizcaya, canteras antiquísimas de esforzados hombres de mar; paulatinamente, la flota castellana, que, al comienzo de su infancia, sólo podía aspirar a combatir "zabras", o "cárabos" piratas marroquíes, a bordo de frágiles leños, fue haciéndose fuerte; en los tiempos de Alfonso el Sabio, eran numerosas las galeras, tanto que el dominio del Mediterráneo occidental ya no fue exclusivo de genoveses y pisanos, en lo que al comercio se refiere, ni de las naves corsarias berberiscas, en punto a comercio guerrero. Si muy pronto correspondería puesto preeminente a las soberbias flotas catalanas, Castilla, más modestamente (porque los buenos tiempos no llegarían para su marina hasta el siglo XIV, con D. Pedro I el Cruel y, sobre todo con D. Enrique II) podía permitirse el lujo de hacer temblar a todo un Abú

Jacob Yussuf, Rey de Marruecos y penúltimo invasor musulmán de nuestra patria.

Antes, empero, de referir la parte que cupo a D. Sancho en el feliz desenlace de la expedición de los beni-merines, volvamos los ojos a Cataluña y relatemos la importante cooperación prestada a sus hermanos castellanos, por los guerreros aragoneses, catalanes y valencianos.

La fatal noticia de haber muerto en acción de guerra el Arzobispo de Toledo, su hijo, debió llegar a oídos del Rey D. Jaime en Lérida, donde, como sabemos, estaba con motivo de las fracasadas Cortes allí convocadas el 1º de noviembre de 1.275. También se enteró de las operaciones militares llevadas a cabo entonces en Andalucía y de la grave amenaza que se cernía sobre todos los Reinos cristianos de la Península: su clarividencia y el amor hacia sus hijos los Monarcas de Castilla, le movieron de consuno a tomar urgentes medidas para una nueva guerra contra los infieles, pues si bien la seguridad de los pueblos castellanos la hacía causa suya por ese cariño paternal, estaba completamente convencido de que, en caso de un triunfo del Islam sobre el vecino Reino, sus propios dominios serían objeto de ulteriores codicias del enemigo, como meses atrás lo decía a los obcecados ricos-hombres catalanes.

Despachó, pues, al Infante D. Pedro hacia el territorio fronterizo, por el lado de Murcia, al frente de mil hombres de caballería y cinco mil de a pie; mientras él, D. Jaime, aunque hacía algún tiempo tenía la salud quebrantada, se trasladaba a Tortosa y desde allí hacía llamamiento general a todos sus Reinos para ir en socorro de Castilla. No dudaba en tomar parte personalmente en esa expedición, ya que, como escribe Zurita, "consideraba los grandes favores que Nuestro Señor le había hecho en las guerras que había tenido con los infieles, porque en ellas había sido servido que por su causa fuese tan ensalzada la Fe y con más aumento que por otro Príncipe alguno; y entendía que en su tiempo se podía recibir irre-

parable daño en sus conquistas y en las tierras del Rey de Castilla, que tenía por hijo; y también le movía el dolor y sentimiento particular a querer tomar venganza de la muerte del Infante D. Sancho, su hijo".

Esto tenía lugar hacia la segunda quincena de noviembre, D. Pedro, obediente como siempre a la voluntad de su padre e intrépido y denodado, como era, avanzó hacia el sur, cruzó el Reino de Murcia, penetró en el de Granada y llegó en su impetuosa marcha hasta la comarca de Almería, asolando todos los lugares sarracenos.

Era un verdadero "tirón", un "jaque" al Rey de Granada: la hábil maniobra tuvo pleno éxito, pues Mohammed se sintió de pronto muy amenazado por la parte oriental de su Reino y se vio precisado a llamar parte de sus tropas para la defensa de Málaga, que corría riesgo de caer en poder del Infante aragonés.

Mas si éste dio ese jaque, de tan eficaz resultado, el Infante D. Sancho de Castilla, su cuñado, dió, a su vez, el jaque-mate en el Estrecho. Abu Jacob, que hacía una campaña absurda, más parecida a operaciones de bandidaje, que a verdadera guerra (sus correrías llegaban hasta las cercanías de Sevilla, sin más objetivo que el de robar) se vio desamparado por su colega y aliado Mohammed de Granada; el ejército marroquí encontróse, pues sólo y mal abastecido. Las naves castellanas bloqueaban las costas andaluzas, impidiendo el paso de convoyes de víveres.

Fue un soberbio golpe en dos tiempos, que tuvo inmediatos resultados. Jacob temió el hambre en sus cuantiosas huestes, supo que, si por el lado oriental se cernía un peligro, por el norte, y a lo largo de la frontera, pasado el momento de alarma, se iban juntando fuerzas considerables, todo lo cual le desanimó, haciéndole retroceder, con su ejército, a Algeciras. Ya estaba el Rey de Castilla, de regreso de Beaucaire, en Toledo. Un cambio de mensajes se entabló entre ambos Soberanos y, a fines de 1.275 o primeros del

Cejijunto y adusto, D. Pedro, como si no lo oyera, prestaba en cambio viva atención a la formidable acusación, hasta que, terminada su lectura, tomó la palabra.

Barones, —dijo—, bien veréis y reconoceréis cómo yo podría hacer recaer sobre el Conde el peso de la ley; mas le perdono y le otorgo de nuevo mi afecto y mi gracia, así como quiero que vuelva a ser de los nuestros. Si él quiere estar conmigo, le daré cuanto necesite y cuarenta caballos; y si luego desea tornar a sus estados y allí ha menester de mi amparo, le ayudaré con toda voluntad.

El Conde arrojó a los pies del Infante y se los besó, en tanto que los circunstantes, emocionados prorrumpían en gritos de júbilo ante tan inesperado desenlace.

Y así terminó el juicio, que pinta al vivo las costumbres de la época y el punto de gravedad a que llegó la rebelión de la Nobleza, revelando, además, que el infante que fue severo, despiadado, en Pomar, era también accesible a sentimientos generosos cuando la generosidad podía hermanarse con un rígido concepto de la justicia.

Quedaba así zanjada la tensión, aunque, como veremos, por poco tiempo. Desde Valencia, el Rey envió a Cataluña órdenes a fin de que estas desavenencias no se reprodujesen y, temeroso de que su hijo distrajesen fuerzas para sujetar definitivamente a los magnates, dispuso que nadie guerrease ya, ni molestase a éstos. Todas las energías tenían que concentrarse contra el verdadero enemigo común.

Parecía que, en las postrimerías de su reinado, se centuplicaban las fuerzas del Monarca: revivieron en su imaginación los días de su juventud, las jornadas de gloria en que, enhiesta su señora, puesto a la cabeza de sus guerreros, fueron cayendo Mallorca, Ibiza, Menorca, uno a uno, los pueblos de Valencia, hasta que esa carrera de gloria culminó con la caída de la ciudad opulenta,

gemas espléndidas que se añadieron a la Corona de los Berengueres, de los Alfonsos, de los Ramiros y de los Pedros de Aragón.

Estaba en el 68 año de su existencia y aunque sentíase cansado y notaba que la salud decaía por momentos, quiso ser una vez más el adalid de sus ejércitos, porque sabía que, sólo con su nombre, el enemigo se sentía aterrado. Cuando era joven, decía con disculpable orgullo que "auyentaba a los moros con sólo la cola de su caballo".

La insurrección cundía y, avanzada la primavera, adquirió gravísimo cariz. Hasta la Corte papal debió llegar el eco del levantamiento, porque Gregorio X aconsejó a D. Jaime que expulsara de sus reinos a la población musulmana, medida radical, sin duda, pero la única eficaz en la Edad Media española, donde era difícilísima la convivencia entre las dos razas y las dos creencias religiosas.

El Rey juró, en efecto, arrojar a los sarracenos. Dictó disposiciones para que la represión se circunscribiera por el momento a los lugares insurreccionados, Tous, Gallinera, Alcalá y su valle, Pego, Turbena, Guadalest, Confrides y Finestrat, y él partió para Alcira con objeto de observar de cerca la marcha de las operaciones militares; luego, marchó a Játiva, coincidiendo este viaje con la máxima virulencia del levantamiento.

Al principio, fue éste capitaneado por un moro llamado Abraham, pero después tomó el mando un antiguo cabecilla, Azadrach, que muchos años antes, y de un modo bien traidor por cierto había atentado contra la vida del Conquistador. Fugitivo desde entonces en el Reino de Granada, sus correligionarios se acordaron de él y le llamaron. Pronto acudió y organizó el movimiento, dándole brío mayor.

Alcoy, sublevado por él, fue el primer objetivo de las tropas reales: una columna de éstas, fuerte de dos mil infantes y doscientos jinetes, que se dirigía allí, cayó en una emboscada, no lejos de

Cocentaina: tras brava pelea y a pesar de la briosa resistencia de nuestros almogávares, quedaron vencidos, pero la victoria enemiga costó la vida a su cabecilla, Azadrach.

Esto cundió por todas partes: lugares hasta ese momento sosegados, se levantaron también y bien pronto todos los moros del Reino de Valencia estuvieron en armas.

Un hijo bastardo del Monarca aragonés, ese D. Pedro Fernández de Híjar, que siempre aparece en las páginas de la historia aureolado por la honra y que, noble y modesto, a la vez, supo observar una conducta digna, mesurada y simpática, dirigía desde algún tiempo antes, las operaciones represivas. Pues bien: casi al mismo tiempo de la derrota de Cocentaina, el Híjar tomó por asalto Beniopa, reducto de los rebeldes, compensando, en parte, ese desgraciado lance. Sin embargo, un fuerte núcleo de moros granadinos, que había acudido allí en auxilio de los sitiados, al ver esto, se corrieron hacia Luchente, villa situada entre Játiva y Gandía. Nunca como entonces lucharon tan valientemente los sarracenos y no parecía sino que Valencia toda iba a caer en sus manos.

Confusamente llegaron a Játiva noticias de estas marchas y contramarchas del enemigo: díjose que Luchente había sucumbido ante su empuje y que todos los cristianos habían sido pasados a cuchillo. Tan grave noticia, movió al Rey a tomar el mando, en persona, de sus tropas, empeñado en dirigir las operaciones, aunque su salud decaía visiblemente. El calor era excesivo, pues ocurrían estos hechos en los comienzos del mes de julio, y temiendo que D. Jaime no pudiera resistir este esfuerzo, rogándole sus capitanes que no saliera de Játiva y que confiara la dirección a D. García Ortiz de Azagra, caballero de la Orden de los Templarios, y a D. Pedro y a D. Guillén de Moncada.

Resignóse el Monarca y permaneció allí, en tanto que la columna de tropas se encaminaba hacia Luchente, atravesando el

puerto de Beniganim. Esta caminata bajo un calor tórrido, fatigó a hombres y a caballos, de tal manera que en las proximidades de Luchente no podían ya más de cansancio y de sed y quiso entonces la desgracia que el enemigo, allí apostado, dándose cuenta del lamentable estado de la hueste cristiana, cayera de pronto sobre ella, con espantosa gritería. Procuraron los soldados resistir el choque pero en breve la pelea se transformó en una matanza: allí cayeron, los primeros, D. García y casi todos los caballeros más distinguidos. Poco tiempo después, el campo quedó sembrado de cadáveres y el enemigo, dueño de él.

Como un rayo, la noticia de este nuevo desastre llegó a Játiva y fue para el Rey el golpe mortal. Las dos últimas páginas de la Crónica Real, dictadas por el propio Monarca (nosotros creemos que lo fueron) o tal vez escritas por su fiel amanuense, testigo presencial de los postreros acontecimientos, producen viva impresión. He aquí cómo relatan este episodio:

"Cuando llegó a nuestra noticia el descalabro que acababan de sufrir los cristianos, nos estremecimos y enojamos en gran manera; y habiendo enviado a buscar a nuestro hijo el Infante En Pedro, al cabo de pocos días compareció éste en Játiva con numerosas fuerzas de Ricos-hombres y caballeros, y le hicimos quedar allí con todos los suyos para mantener la frontera contra los moros.

A causa de los trabajos que acabamos de sufrir, permitió Dios que se alterase nuestra salud, pero, con todo, nos marchamos de Játiva y nos fuimos a Alcira para poder desde allí enviar provisiones al Infante y a los suyos. Agravóse con esto nuestra enfermedad; y, así, viéndonos por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo con buena y clara memoria, nos confesamos repetidas veces con los Obispos y algunos Frailes Predicadores y Franciscanos, con grande contrición de nuestros pecados y derramando abundantes lágrimas. Purgado así con la confesión de nuestras culpas munda-

nas, recibimos con suma alegría y satisfacción el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo."

Esto dicta el héroe a sus amanuenses (probablemente alguno o varios religiosos). Una vez más, se ve al hombre tan bien como si le conociéramos en persona, noble, valiente, piadoso, paternal, y siempre encantadoramente ingenuo. Su grandeza estriba en la sencillez de todos sus actos; no hay en él empaque, ni artificio. D. Jaime es el Rey que mejor conocemos de nuestra historia y hoy, al cabo de setecientos años, leyendo su autobiografía, parece que pertenece al círculo íntimo de nosotros; parece que se interesa por nuestras existencia; que, como un padre, vela por las generaciones sucesivas, con íntimo cariño; que, en esos últimos momentos de su vida, piensa en cada uno de los españoles de los siglos posteriores al suyo, porque España, en su total expresión, es el ideal a que tendió siempre.

Prescindimos de los relatos de Desclot, Muntaner, Zurita y otros autores, para referir los postreros días de aquella figura gigantesca de nuestra historia. Ningún relato puede ser tan fiel y conmovedor como los tres capítulos finales de su autobiografía:

"Conociendo Nos entonces que continuaba agravándose de día en día nuestra enfermedad, enviamos un mensaje a nuestro hijo el Infante En Pedro, para que compareciese personalmente en Alcira; y sabiendo él en qué estado nos hallábamos, salió en seguida de Játiva, vino donde Nos estábamos, y, la misma noche que llegó, se presentó a hacernos reverencia, como debe hacerla un buen hijo a su padre. Al día siguiente, volvió a vernos; juntos, oímos Misa, y luego de concluida ésta, en presencia de muchos Ricos-hombres, caballeros y ciudadanos que allí había, le dijimos: que Nuestro Señor Jesucristo nos había favorecido muy particularmente en este mundo, más que a todos nuestros enemigos, pues había permitido que reinásemos en servicio suyo por espacio de más de sesenta años, los cuales no había memoria de que los

hubiese reinado ningún Rey, desde David o Salomón; que fuese devoto de la Santa Iglesia, y que viese de qué manera nos habíamos granjeado el afecto y amor de nuestros súbditos, de quienes habíamos sido muy honrado. Sin esto, le declaramos que todas esas mercedes conocíamos que nos las había dispensado Nuestro Señor Jesucristo, porque, en cuanto alcanzaban nuestras fuerzas, habíamos procurado siempre seguir su regla del mejor modo posible y cumplir sus mandamientos; y que por lo mismo debía él tomar ejemplo de Nos en todo lo bueno, para que siguiendo el mismo camino se viese igualmente favorecido. Finalmente, le mandamos y pedimos que amase y honrase a su hermano carnal el Infante En Jaime, a quien habíamos señalado ya determinada herencia, para evitar que tuviesen entre sí el menor altercado; pues podía tenerse ya por muy satisfecho, toda vez que le dejábamos a él todo el gobierno y la porción más considerable de nuestros Estados, mayormente, si se hacía cargo de que el Infante En Jaime le amaba a él y le obedecería en todo lo que debiese como a su hermano mayor. Cuando le hubimos hecho esas advertencias en presencia de todo el consejo, le encomendamos que para honrar nuestra memoria continuase amando y honrando al Obispo de Huesca, que había sido criado y hecho educar por Nos desde niño; que por nuestra mediación había obtenido también el Obispado y que nos había servido hasta aquel día como canciller de nuestra Corte. Recomendámosle asimismo al sacrista de Lérida, hermano de dicho Obispo de Huesca, al arcediano de Urgel, a todos los demás letrados de nuestra Corte y generalmente a todos los de nuestra compañía, con quienes le encargamos que continuase los mismos buenos oficios que Nos les habíamos prestado, para que ellos le correspondiesen también del mismo modo; y por último, después de haberle dado algunos otros consejos, que sería largo referir, dímosle, como a hijo, nuestra bendición paternal.

“Seguidamente, rogamos a nuestro hijo que marchase y fuese a proveer de vituallas y demás necesario todos los castillos

del Reino de Valencia, encargándole que procurase continuar la guerra con vigor, y muy particularmente que echase del Reino a todos los moros, ya que tan traidoramente se habían portado con Nos repetidas veces; puesto que del mismo modo que se habían esforzado en hacernos daño siempre que habían podido, en pago del bien que les dispensábamos, así también lo harían con él, si les dejaba permanecer en la tierra. Suplicámosle por último que si acontecía que Nos muriésemos de aquella enfermedad, mientras él andaba ocupado en abastecer y guarnecer los castillos, no se distrajese en aquella sazón para sacarnos del Reino, a fin de que la tierra no padeciese daño por su ausencia, sino que en caso de morir en Alcira, el Obispo de Huesca y demás de nuestra comitiva nos enterrasen en Santa María de Alcira, o en Santa María de Valencia, conforme lo habíamos ya dispuesto; y luego, terminada la guerra, nos hiciese él conducir a Santa María de Poblet, donde Nos dejáramos ordenado que se nos sepultase.

“Acogió el Infante con sumisión todos nuestros consejos y mandatos, como hijo obediente a su padre; accedió a nuestros ruegos y nos prometió cumplirlo todo como acabábamos de ordenárselo. Entonces, antes de que se partiese, delante de él y de todos los Ricos-hombres, caballeros y ciudadanos que habían oído nuestras palabras, renunciarnos el Reino a favor suyo, instituyéndole nuestro universal heredero en todas nuestras tierras; todo, para mayor honra y gloria de Dios y de su bendita Madre, que tanto nos había honrado y favorecido en este mundo, y en remisión de nuestros pecados. Vestimos luego el hábito del Cister, e hicimos nuestra profesión en aquella Orden. Cumpliendo en seguida nuestro hijo las órdenes que acabábamos de darle, se despidió de Nos, y con él los Ricos-hombres y caballeros que le acompañaban, derramando todos abundantes lágrimas; y se volvieron a Játiva para guarnecer y guardar aquella frontera.

“Al cabo de algunos días, constante en nuestro propósito de retirarnos a Poblet para servir a la Madre de Dios en aquel Monas-

terio, salimos de Alcira y llegamos hasta Valencia; pero aquí se agravó nuestra enfermedad y no permitió el Señor que continuásemos nuestro viaje.”

He aquí, lector, la última palabra de la Crónica Real. Bien fuera redactada por D. Jaime, bien dictada a su amanuense, o ya habiendo sido autorizado éste anteriormente por el Monarca a que, testigo de esos postreros días de su vida, los relatase él como si le fuesen dictados según hasta entonces lo había hecho, es lo cierto que el valor histórico de esta crónica y de estas páginas finales, es de primer orden. Por eso, dijimos antes que preferíamos la Crónica Real a cualquiera otra fuente de información, ya que, además, en esos capítulos transcritos se ve con vivísima claridad la esencia de todo un reinado, el alma del Monarca y los altos ideales que en ella anidaban.

En casi todos los manuscritos de la Crónica, después de los dichos, hay un párrafo final, que con sencillez, donde se adivina la congoja del amanuense, dice así:

“Aquí en Valencia, seis días antes de las calendas de agosto (27 de julio) del año 1.276, murió el noble En Jaime, por la gracia de Dios Rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, Conde de Barcelona y de Urgel, y señor de Montpelier, cujus ánima per misericordiam Dei requiescat in pace. Amen. Vivió el Rey D. Jaime después de la toma de Valencia treinta y siete años.”

VI

¡Feliz el pueblo que tuvo tal Rey y dichoso el siglo en que vivió! En los tiempos de un San Fernando [I] de Castilla y de un San Luis IX de Francia, D. Jaime el "Conquistador", como Monarca, iguala e incluso supera a ambos. Guerrero intrépido y hábil caudillo, es, sobre todo, un genial hombre de Estado, muy grande, demasiado grande, para el marco en que se desarrolló su existencia. Aragón y Cataluña, con los otros Reinos por él conquistados, fueron angosto campo para tan inmenso Rey. España entera, "su España", fue el móvil que dictó sus empresas, fue el norte que miró en su ruta, fue el ideal de su vida; y por eso a España, como unidad política, pertenece su historia.

El más vivo deseo de paz presidió su política, tan pronto como consideró terminada la expansión de sus dominios y este modo de ser resulta bien chocante en un tiempo en que la guerra dictaba todas las actividades de los pueblos. Ya solamente bajo tal aspecto, D. Jaime se adelanta a su siglo; pero si se agrega a eso su multiforme preocupación por el desarrollo interno, su amor a la justicia, la vigilancia exquisita con que velaba por ésta, la organización de la misma, los adelantos en sus procedimientos y, en otro terreno, la gradual mejora en el sistema administrativo de los pueblos que constituían la Corona de Aragón; si se considera la protección real a las bellas letras (él era un excelente prosista, como, más adelante, su primogénito y sucesor será un poeta notable) se comprenderá algo que tal vez pudiera tildarse de exageración; al-

go que, en dos palabras, acabamos de decir: D. Jaime es un Monarca que reúne casi todas las virtudes del tiempo en que vivió y muchísimas de siglos posteriores; lo bueno de la Edad Media y el progresivo espíritu de la Edad Moderna se aúnan en él. Por eso, añadimos ahora que si fue un Rey que, en cierto modo, se ahoga en la estrechez, en la angostura de Aragón y Cataluña, que necesita más amplio escenario para desenvolver sus dotes, es también un Soberano que rompe, o trata de romper por lo menos, la estrechez, la angostura de su siglo. Tal como le hizo Dios, pudo haber sido un magnífico Emperador del Occidente cristiano, en plena centuria post-renacentista.

Sinceramente lo creemos así. ¡Lástima grande fue que una oligarquía altiva cohibiera con frecuencia a un Rey, que valía mil veces más que ella! Y, sin embargo, ¡cuánto amaba a esos Nobles que le obstaculizaban y a ese pueblo que, en caso de opción, siempre se ponía frente a él y junto a los Ricos-hombres! En el calvario de su reinado, raras veces se irrita, casi nunca se encoleriza: pasma leer su autobiografía, bajo este aspecto, pues jamás escribe con pasión, ni siquiera cuando refiere la guerra abierta o solapada que se le hace. No: con paciencia inagotable, sin saber hallar el comentario más benévolo, el juicio más amplio y generoso y en cuanto a sus reacciones como Rey, sólo diremos, porque estas palabras lo reúnen todo, que para una vez que castiga, novecientas noventa y nueve perdona. En cambio, su perdón es perfecto: en perdonar es maestro consumado.

Al lado de tan excelsas cualidades como Rey, tiene graves defectos como hombre. Anteriormente hemos aludido a ellas y no insistiremos mucho. Los Papas, los vicarios de Jesucristo, actuando como tales (y en este terreno sentimos vivísima complacencia al contemplarlos) le amonestaron repetidas veces, cual amorosos padres que se ven en la ineludible obligación de corregir a un hijo cuyas demás virtudes proclaman; pero D. Jaime había fabricado una ética para su uso (arriba lo dijimos) y todavía produce asom-

bro leer esta ética especial, en varios pasajes de su crónica. Habla de sus pecados, los reconoce e incluso les da, a veces, una denominación especial (probablemente, para distinguirlos, porque todos son parecidísimos entre sí y cabe la confusión). Una vez por ejemplo (en el capítulo 260 de su autobiografía), se refiere al "pecado de D.^a Berenguela", al aludir a su senil enamoramiento de D.^a Berenguela Alfonso, que no fue, por cierto, su última aventura. Pudo hablar también del "pecado de otra Berenguela", o del "pecado de D.^a Sybila", o, en fin, de otros pecados, siempre unidos a nombres femeniles. Su siglo, en este punto, tenía la manga ancha, como sabemos, y en cuanto a él, se había construido una balanza, pero con pesas falsas: en un platillo, colocaba uno de estos "pecados de D.^a Fulana", o todos, tal vez, y en el otro ponía sus proezas, sus victorias sobre los infieles, las 30 batallas campales que les ganó, los 2.000 templos erigidos por él en honor de la Virgen Santísima; ponía, también, su fervor religioso, sus prácticas piadosas, el sincero entusiasmo por su Fe. Contemplaba ambos platillos, decretaba que el segundo pesaba incomparablemente más que el primero y se absolvía a sí mismo sin dificultad... Por nuestra parte, señalamos la paradoja y ponemos este solo comentario: si no hubiera tenido el Rey tales debilidades, si no hubiese condescendido con sus pasiones, ese siglo XIII, que tuvo un San Fernando, un San Luis y una Santa Isabel, habría contado con otro Santo Rey, probablemente, un San Jaime I de Aragón. En la infinita misericordia de Dios, en su infinita sabiduría, ¿existirá ese Santo?

En su tiempo, la Corona de Aragón alcanzó la mayoría de edad y, dentro de lo movedizo de las organizaciones políticas medievales, el bloque de sus dominios quedó compacto para entrar en la Historia de Europa cuando lo tuviera a bien. Faltó tiempo para hacer esta entrada al reinado de D. Jaime, pues en el orden providencial, la misión de éste era la de formar el pueblo y consolidarlo.

Lo aragonés estaba terminado al morir D. Jaime. Faltaba lo catalán. No sabemos si le hubiera gustado llevarlo a cabo, dado su amor a la paz, pero sí podemos asegurar, que por lo menos, con visión profética, trazó un itinerario a sus sucesores y que este itinerario, en armonía con el genio de la raza, era el mar. El Mediterráneo baña sus costas y sobre su superficie las galeras catalanas eran cada vez más numerosas, más eficientes. Pensando en este mar, planeó el matrimonio del Infante heredero y como a lo largo de la Historia existe un país que ha despertado la codicia de los pueblos audaces, país que se llama Italia, D. Jaime también fijó sus miradas en Italia, o, más bien, en la esmeralda que a sus pies existe: en la opulenta isla de Sicilia.

Señalado el rumbo y fijada la meta, no correspondió al "Conquistador" recorrerlo: era incumbencia de alguno de sus sucesores, pero en el "haber" de D. Jaime hay que poner la designación del rumbo y la fijación de la meta.

Ahora bien: de esas dos manifestaciones distintas, o, mejor dicho, opulentas, a saber: el egocentrismo y el expansionismo, ¿cuál era la acertada? ¿Cuál convenía más a las circunstancias y al desarrollo histórico de España? No queremos terciar en este debate, que continúa en el campo de la historiografía. Un renombrado crítico aragonés del siglo pasado, que escribió mucho, que acertó en algunos de sus juicios y que erró en otros, habla con su pintoresco estilo acerca de lo que, más adelante, llevó a cabo el hijo y sucesor de D. Jaime; lo hace en tono despectivo, mordaz; no vacila en llamar a la expansión aragonesa por el Mediterráneo una loca aventura, una ambición vana... Tal vez tenga razón, pero la Historia, guste o no guste a ese autor y a los que como él opinan, está hecha a fuerza de "locas aventuras", de "vanas ambiciones", y en la Edad Media, por mucho que lo lamenten algunos moralistas, un pueblo que se reconcentrase sistemáticamente dentro de sus fronteras, que no quisiera mirar más allá de ellas y que no tuviera aspiraciones, un pueblo así, que vegetara, huraño, al acabar la siega

periódica de sus campos, desengañémonos, era un pueblo destinado a sucumbir tarde o temprano.

Esta verdad, agradable o enojosa; esta ley histórica (que tiene acusados perfiles en el Medioevo, el cual, en la Humanidad, es la edad del crecimiento de las futuras naciones), esta necesidad de expansión, en fin, la vieron los Reyes de Aragón y, a su cabeza, D. Jaime I.

Libro segundo

I

A los 36 años de edad sube al trono de Aragón D. Pedro III.

No es fácil ser digno sucesor de D. Jaime, siguiendo el féretro en que descansa el cadáver del Conquistador, los valencianos le lloran, como luego le llorarán los catalanes y los aragoneses. Muerto ya, caen todos en la cuenta de que han perdido un gran Rey, que les amaba como un padre. Se abre ahora una interrogante: ¿Cómo será el hijo?

Se le conoce bastante, sin embargo, pues en el último lustro de la vida de D. Jaime ha sido ya un poco Rey, como antes dijimos; se sabe que es enérgico; a veces, frío; llegada la ocasión, despiadado; que es cauteloso; que sabe esperar, pero que, terminada la espera, es rápido en la acción, como un relámpago. Se sospecha también que, de carácter menos franco que su padre, es disimulado; que oculta muy bien sus pensamientos; y, en fin, que no otorga con facilidad su confianza a nadie.

¡Ah! Es que su aprendizaje le ha enseñado mucho: ha visto cómo, a la noble franqueza de su predecesor, se ha respondido con arteria; que a su magnanimidad, se ha opuesto la dureza, la traición. Ha aprendido que no conviene creer demasiado en protestas de amistad y que debe procederse menos democráticamente que

antes, para ser un poco más Soberano. Atisba una Monarquía de estilo moderno, sin llegar al absolutismo; porque, si no, parece la institución en medio de una oligarquía que crece en altivez, acaso porque vislumbra su propio fin y ha de defenderse. ¡Oh, los "Usatjes"!

En una palabra: el hijo no se parece demasiado al padre, en cuanto a los procedimientos, sí, mucho en cuanto a los ideales, bastante en lo físico, muy poco en la visión de la política exterior. Andando el tiempo, uno de sus descendientes, que también se llamará Pedro, tendrá con él más semejanza que la existe entre el nuevo Rey y el que acaba de fallecer en Valencia. Eso sí: Pedro III, en la comparación con su homónimo, resultará más beneficiado: tiene algo que si no se puede llamar enteramente simpatía, cabe calificar de majestad personal.

A nadie en aquellos días se le ocurriría que ya, al subir al Trono, antes, tal vez, tenía el nuevo Monarca un pensamiento fijo, una idea obsesionante, o, si se quiere, un programa de gobierno. Hoy, cuando se le puede estudiar a vista de pájaro, es fácil descubrirlo.

Entre el momento en que sucede a D. Jaime y el cumplimiento de tal programa, media una serie de problemas, algunos de ellos graves, toda vez que, a la muerte del Conquistador, no es nada tranquilizadora la situación en el interior, ni dejan de existir motivos de preocupación para el Monarca, más allá de las fronteras. Pues bien, esos asuntos hay que resolverlos antes de abordar los que constituyen la "idea fija", como acabamos de llamarla, es decir: el fin político de su reinado. Esto era evidente y D. Pedro III se puso a la tarea.

Contaba con excelentes amigos, con apoyo popular, con una hueste popular cada día más fuerte, diestra y numerosa: había sobre todo, una incomparable tropa de choque, y compuesta de

guerreros duros, ágiles, sobrios, resistentes y extraordinariamente aptos para el ataque. Eran hombre que estaban formados para la lucha, que de la guerra habían hecho su profesión y que, en cierto modo, solo sabían eso: guerrear. En el reinado anterior existía ya esta tropa; bajo D. Pedro, se desarrollará y alcanzará sus mejores tiempos. Los "almogávares", así se llamaban, vivían con sencillez, vestían tan rudamente que parecían guerreros de los tiempos bárbaros, un tanto salvajes, con sus abarcas, sus zamarras de cuero, sus armas rudimentarias. Los más, llevaban largo el cabello, tenían barba poblada, eran morenos en grado tal que parecían negros. Se alimentaban con lo que buenamente podían, incluso con raíces de plantas, a falta de más nutritivo manjar y, si faltaba ése, bien podían pasar algunos días sin probar bocado. En cuanto a bebidas, el agua les bastaba.

Con estos hombres contaba el Rey, como cuerpo de asalto: sólo esperaban campo de batalla, enemigo enfrente y un caudillo para ordenar un poco su empuje, porque, toscos como eran, sabían obedecer y no carecían de cierta disciplina. Contaba también con amigos, según acabamos de decir, pero él, al revés de su padre, podría prescindir de ellos: prefería que le buscasen, en vez de ir a buscarlos.

Había otros seres con los que D. Pedro contaba absolutamente, a saber: con su esposa D.^a Constanza, con sus hijos D. Alfonso, D. Jaime, D. Fadrique, D. Pedro, D.^a Isabel y D.^a Violante: todos eran mozos o niños, en 1.276, pero no le dieron disgustos jamás. El primogénito, D. Alfonso, que tenía entonces unos trece o catorce años, ya había sido jurado como heredero de la Corona, en las segundas Cortes de Lérida, en noviembre de 1.275.

En cambio, un punto negro existía para él, en la familia: su único hermano varón, D. Jaime, a quien, como sabemos, el difunto Monarca había dejado en herencia el Reino de Mallorca y los territorios de Montpellier, Rosellón, Confluent, Cerdeña, Valespir,

Coplliure y Carlat. Recordemos que, con anterioridad a este reparto testamentario, D. Pedro había protestado secretamente, ante varios testigos (entre ellos, Fr. Raimundo de Peñafort, hoy venerado en los Altares) de toda desmembración territorial que mermara los dominios de la Corona de Aragón. Por eso, ni tal testamento, ni la veneración a la memoria de su padre, ni siquiera las postreras y patéticas recomendaciones de éste, días antes de la muerte, le conmovían. Su hermano iba a detentar porciones importantes de territorio, lo que le producía viva irritación. Ya se encargaría él de someterle total o parcialmente. Convenía aguardar, no obstante, pues un problema agudísimo requería su atención: la sublevación de los moros de Valencia.

Después de este problema, venían los demás, a saber: 2º: la actitud, todavía no apaciguada, de la Nobleza catalana; 3º: las relaciones con Castilla, donde se vislumbraban en esos momentos serios motivos de inquietud por la sucesión a la Corona; 4º: Navarra: ya sabemos que, aspirante a la herencia del Rey D. Enrique el Gordo, sus pretensiones se vieron frustradas merced a los manejos de la Reina viuda, D.ª Juana, que, al regalar a su primo el Monarca francés, su única hija, le regaló virtualmente el Reino. 5º: por asociación de acontecimientos: Francia. Francia era para D. Pedro un tema de estudio especial y no sólo por la cuestión navarra, sino por otras, relacionadas con la "idea obsesionante" a que antes nos hemos referido.

Una ceremonia había que llevar a cabo antes de abordar el precedente cuestionario: la de la coronación y jura del nuevo Rey: esto interesaba poco, acaso, a D. Pedro, pero muchísimo a los aragoneses y catalanes, muy celosos de las formalidades protocolarias. Así, pues, antes de transcurrir agosto de 1.276. es decir, antes de cumplirse un mes de la muerte de D. Jaime, pactáronse treguas entre los cabecillas sarracenos y el Monarca de Aragón. Si a éste interesaba un lapso de tiempo para esas ceremonias, que eran un poco prolijas, a los moros también convenía reagrupar sus huestes

y, muy principalmente, esperar la prometida llegada de refuerzos granadinos y marroquíes. Si bien ya había paz entre Castilla y ambos pueblos, Aragón podía continuar siendo objeto de actos de hostilidad por parte de ellos, aunque fuese de la manera solapada, tan propia de los sarracenos y del carácter de la secular lucha.

Acordadas treguas por tres meses y convenientemente distribuidas tropas en los castillos fronterizos, D. Pedro (que tenía buen cuidado de no titularse todavía Rey, sino "Infante primogénito heredero", para no suscitar incidentes por tiquismiquis con aragoneses y catalanes) se trasladó a Alcira, desde Játiva; luego, a Valencia, donde permaneció hasta fines de octubre; desde allí dictó órdenes para los asuntos de guerra con los moros y para asegurar las fronteras de Castilla y Navarra.

Fue en Valencia donde recibió la primera embajada: procedía de su real cuñado castellano, D. Alfonso el Sabio, y la componían D. Suero, Maestre de Calatrava y Juan Arias. Su objeto era simplemente renovar la paz existente entre las dos Coronas y reafirmar las cordiales relaciones. D. Pedro, muy al corriente de los asuntos de Castilla y, como dice Zurita, nada contento del sesgo que allí tomaban los relativos a la eventual sucesión de aquel Monarca, se limitó a acoger cortésmente a los enviados y, por vía de respuesta, les dijo que no era Rey aún y que, no podía, pues, obrar como tal hasta que recibiese la Corona. Después de esto, —añadió—, tendría la ocasión de enviar, a su vez, sus embajadores a la Corte castellana, con idénticos fines. Era una encubierta evasiva, que tenía dos ventajas: una, halagar a los aragoneses y catalanes, al ver que, puntual observador del ceremonial, no quería ejercer prematuramente actos de soberanía; otra, ganar tiempo, para ver cómo se desenvolvían las cosas al otro lado de la frontera occidental, donde se perfilaba una disensión entre los huerfanos de D. Fernando de la Cerda, su madre, D.^a Blanca y hasta la misma Reina D.^a Violante, por un lado, y el Infante D. Sancho, por otro. Estos asuntos sucesorios interesaban mucho a D. Pedro, por el momen-

to más inclinado al mayor de los huérfanos, D. Alfonso, sobrino-nieto suyo, que a D. Sancho, su sobrino carnal, pero, en todo caso, no quiso ser sino espectador del posible litigio.

A fines de octubre, se trasladó a Teruel y luego a Zaragoza, donde todo estaba ya preparado para la solemne ceremonia de la jura y coronación.

La animación era extraordinaria en la capital aragonesa: muchedumbre de forasteros, llegados con motivo de las fiestas, inundaban las calles y por doquiera veíanse suntuosos cortejos de Nobles, comparsas, danzas, juegos, toda la brillantez, en fin, usual en tales ocasiones. Las músicas recorrían toda la ciudad y en las afueras celebrábanse vistoso torneos, donde la flor de la caballería hacía ostentación de su destreza. Uno de tales juegos, llamado el "bohordo", atraía preferentemente la atención, pues consistía en que cada jinete, en furiosa carrera de su corcel, tenía que perforar con su lanza, que había de carecer de punta, una tabla puesta verticalmente, a cierta altura. Ya de noche, lucían por calles y plazas vistosas iluminaciones y ante el palacio donde moraban los Reyes, bailaban multitud de parejas, todas vestidas con sus mejores galas. La población judía tomaba activa parte en estos festejos.

En el aspecto religioso, había para los príncipes la obligación de ayunar los tres días inmediatamente anteriores a su coronación. Un retiro riguroso era asimismo preceptivo y luego confesión y comunión. La víspera de la ceremonia, y tras armar caballeros a varios de sus amigos, el nuevo Rey se trasladaba a caballo desde el palacio a la Iglesia donde había de tener lugar la coronación. Fue la de San Salvador, en esta ocasión, y entre apiñadísima muchedumbre que aplaudía a la regia comitiva, entre ovaciones, cantos, música y cabalgatas, pisando flores durante todo el trayecto, se llegaba al templo, a la entrada del cual el Prelado, los demás Obispos asistentes y el Clero, recibían al Príncipe. Este, avanzaba hasta las gradas del Altar mayor, donde oraba un momento, se le tributaba

nuevo homenaje, hacía pública colación de dulces y vino, servido por altos personajes y, en fin, despejado el Templo, se retiraba a la Sacristía, donde durante la noche, descansaba, mientras algunos magnates de su séquito hacían la vela de armas, uno de los más bellos ritos de esa época caballeresca.

D. Pedro observó puntualmente todo el ceremonial y cuando, al siguiente día (16 de noviembre de 1276) llegó el solemne momento de la coronación, después de ceñirse la espada y de blandirla por tres veces, habiendo asistido en privado a una Misa, mostrose de nuevo en público, rodeado por brillantísimo cortejo, respondió a las preguntas de ritual que le hacía D. Bernardo de Olivella, Arzobispo de Tarragona y luego, ungido por éste con óleo santo, sobre el pecho y los hombros, fue coronado. El rito era como una prolongación del que en tiempos de su abuelo D. Pedro II el Católico se observó al ser éste coronado por el gran Papa Inocencio III; pero el nuevo Rey, para no caer en un acto que ese predecesor suyo llevó a cabo entonces y que nunca le perdonaron los aragoneses (el de hacerse tributario de la Santa Sede) tomó diadema, la ciñó a las sienes de su bella esposa D.^a Constanza, y dijo que no recibía la corona de manos del Arzobispo en nombre de la Iglesia Romana, "ni por ella, ni contra ella".

Tal declaración (que algunos historiadores creen se hizo por escrito) se debió a su arraigado sentimiento de independencia de toda otra soberanía, en cuanto a lo temporal, y equivalía a la airada actitud que observó D. Jaime, cuando, en Lyon, se negó a satisfacer los tributos que, muy poco oportunamente, le mandó pedir el Papa Gregorio X, como obligado trámite para coronarle.

Terminada la ceremonia y prestado el juramento de fidelidad al Infante heredero, D. Alfonso, por parte de los Ricos-hombres, mesnaderos y caballeros, así como de los procuradores de las ciudades y villas, el Rey D. Pedro III permaneció en Zaragoza hasta el 7 de diciembre.

Por entonces, su hermano D. Jaime se coronó también Rey de Mallorca, de cuyo Reino tomó efectiva posesión, igual que, algo más tarde, de los demás territorios que le correspondieron con arreglo de las disposiciones testamentarias de su padre.

Sigamos ahora el itinerario de D. Pedro, que es interesantísimo: salido de Zaragoza, hallámosle en Zuera, unos 40 kilómetros al norte, desde el 11 de dicho mes, hasta dos o tres días después. El día 20, está en Daroca, no lejos de la frontera castellano-aragonesa, y allí permanece hasta el 8 ó el 10 de enero del siguiente año. ¿Por qué este viaje, que le aleja de Valencia, donde, terminadas las treguas con los sarracenos, tanto urgía su presencia? He aquí la explicación: había recibido cartas secretas de su hermana D.^a Violante, Reina de Castilla, en las que le daba cuenta de que en las Cortes de Segovia, celebradas poco antes, había sido declarado heredero de esa Corona el Infante D. Sancho, que se captó las voluntades de casi todos los Ricos-hombres, por el valor y habilidad desplegados en la guerra contra los moros. D. Alfonso, su padre, vaciló algo cuando, en Toledo se le planteó abiertamente el pleito sucesorio, pues si bien la legislación de las Partidas, de la que era autor, le obligaba a aceptar el derecho de representación, según hemos dicho ya, la costumbre, las circunstancias y la opinión de sus consejeros, a cuya cabeza figuraba su propio hermano D. Manuel, y le movían a declarar heredero al Infante D. Sancho, que, por su parte, no había dejado de poner en juego todos los medios para obtener esa condición. En Segovia, decimos, acabó de conseguir su propósito. La reina D.^a Violante, por amantísima madre que fuera, era todavía más amantísima abuela: los tiernos huérfanos del malogrado D. Fernando, vivían con ella y con la joven viuda de éste, D.^a Blanca y la solución acordada en Cortes contrariaba no poco a la Reina. No supo o no pudo evitarlo: probablemente, entre ella y el Monarca, su marido. Hubo amargas conversaciones sobre este asunto y acaso D. Alfonso no quedó tampoco satisfecho del acuerdo. Pero la altiva aragonesa, irridadísima, no se contentó con una

oposición platónica, ni con meros reproches conyugales, sino que adoptó un partido audaz, que podía resultarle caro. Pensó que la seguridad personal e incluso la vida de los niños corrían grave peligro por una posible violencia del Infante del Infante de D. Sancho, quien tal vez no estuviera muy seguro del derecho que le asistía para ser sucesor del Reino, y por eso escribió al Monarca de Aragón, su hermano, solicitando la venia de éste para huir allá con D.^a Blanca y los huérfanos y quedar bajo su protección.

D. Pedro III también estaba quejoso de los acuerdos de Segovia, aunque no se nos alcancen los motivos. En todo caso, las cartas de su hermana le agradaron: al aceptar su punto de vista y el proyecto de fuga, empezó a desarrollar un sutilísimo plan, que favorecía inesperadamente los ulteriores y trascendentales proyectos que abrigaba: en poder suyo los dos huérfanos, iba a tener una magnífica baza para posibles actitudes hostiles por el lado de Castilla, ya que se convertía en árbitro de sus destinos: el Infante D. Sancho era audaz, impulsivo, belicoso, y no tan de fiar como el Rey, su padre. Si un día abrigaba propósitos abrigaba propósitos agresivos contra él, (incidentes fronterizos, había varios, sin mayor alcance), D. Pedro erigiría paladín de la causa de los pequeños desheredados y suscitaría la discordia en Castilla. Convenía, pues, a D. Sancho, ante el hecho consumado, permanecer pacífico para con su tío, y éste, desembarazado de inquietud, podía sentirse seguro en sus fronteras occidentales.

Un razonamiento semejante cabía hacerse en cuanto a las fronteras del norte: Felipe III de Francia, viudo, desde 1271, de D.^a Isabel, hermana del aragonés; era hermano de D.^a Blanca y con seguridad se pondría de parte de ésta, frente a D. Sancho, pero se cuidaría muy mucho de molestar al aragonés, custodio de los dos niños, que eran sobrinos comunes de ambos Reyes. En una palabra: tenía D. Pedro la clave de la compleja situación exterior y, llegado el caso, jugaría las cartas oportunas.

He aquí por qué prestó su completo y entusiasta apoyo al proyecto de su hermana D.^a Violante y he aquí por qué, también, uno de sus primeros actos de gobierno fue aprovechar la ocasión que, como llovida del Cielo, se le ofrecía. Bien podía esperar un poco los asuntos de Valencia.

Su pretexto de ir a su villa de Guadalajara, D.^a Violante salió de Segovia en los últimos días de diciembre, acompañada por su nuera y por sus dos nietos. El viaje no suscitó extrañeza por el momento y, así, sin tropiezos, los fugitivos llegaron a dicha ciudad y, en seguida continuaron su camino por Sigüenza y Medina Celi, desde donde se trasladaron a Ariza, dentro ya del territorio aragonés. Era el 8 de enero: a pocas leguas, de Daroca, estaba D. Pedro, que, noticioso de esta feliz llegada, acudió a verse con los viajeros y, puestos en seguridad, no vaciló en escribir al Obispo de Segovia, comunicándole lo sucedido. Según Zurita, se declaró paladinamente coautor de todo, ya que "vistas las cosas que habían precedido a la salida de la Reina y de los Infantes, había procurado con ella, por la seguridad de su persona y de sus nietos, que estuviesen fuera del poder y tierras del Rey de Castilla."

Este paso retrata, por sí solo, el carácter del Monarca que estrenaban los aragoneses. Es casi seguro que, en igualdad de circunstancias, D. Jaime no hubiera procedido así. El vio tan solo una compleja jugada, cuyos efectos serían lejanos, y, con sagacidad de gran político, dirigió la trama. Poco o nada podía perder y, en cambio, existían mil probabilidades de ganar. Tal vez, su hermana aventuraría mucho y sus sobrinos-nietos, algo, porque la reacción de D. Alfonso y, más aún, de D. Sancho, fue violentísima. Algún historiador insinúa que el primero protegió secretamente la fuga a Aragón; no lo creemos, pues por primera vez en su reinado se mostró implacable con dos personajes que él creyó habían ayudado a su mujer, nuera y nietos.

De estos dos personajes, el primero era su propio hermano el Infante D. Fadrique, una de las más interesantes figuras de ese tiempo: aventurero y audaz, la Corte castellana fue para él, años atrás, pobre escenario para su inquieta condición. Hijo segundo de San Fernando y de D.^a Beatriz de Suabia, su primera mujer, era un excelente guerrero, que tomó parte en la conquista de Sevilla. Su madre, al morir, le dejó heredero del ducado de Suabia y demás bienes que tenía en Alemania. Lo malo era adueñarse de tal herencia. D. Fadrique, tal vez enemistado con su hermano D. Alfonso, ya Rey de Castilla, se marchó de España y se ofreció al Rey moro de Túnez, que le agasajó mucho: allí permaneció siete años, al cabo de los cuales se identificó tanto con la vida y costumbres del país, que más parecía un musulmán, que un cristiano. En Italia había guerra entre Carlos de Anjou y el partido gibelino, que todavía pensaba en el último Hohenstauffen, Conradino; era unos años antes (1.267) de la fatal batalla de Tagliacozzo. Buen escenario era aquel para la sed de aventuras de otro hermano suyo, D. Enrique, que también se había enemistado con el Monarca castellano y andaba buscando campo a su ambición, a su audacia y a su inquieto espíritu. Allí guerreó D. Enrique (más adelante trataremos detenidamente de este Infante, cuya vida supera en interés a la de D. Fadrique) a favor del angevino; luego, acreedor de éste, que no le devolvía una suma de doblones prestados, se enemistó con él, pasándose al partido de los Hohenstauffen. Era el momento adecuado para D. Fadrique: una solapada traición del Rey moro de Túnez, que pudo costarle la vida, decidió a huir de allí y halló en Sicilia magnífico palenque: guerras, no faltaban, ciertamente, pero la de Sicilia le resultó conveniente, tal vez por ayudar a su hermano. No narraremos sus proezas, que parecen novelescas; únicamente diremos que, durante algunos meses, fue casi dueño de la isla, hasta que la ruina de los Hohenstauffen le obligó a marchar. Pasó a España, se reconcilió con su hermano D. Alfonso, fue designado por éste mediador entre él y los sublevados Laras, dio sesudos consejos al Rey en la guerra con los beni-merines y, más bien como grave

hombre de Estado, que no como audaz aventurero, tomó parte en las Cortes de Segovia, donde él y su yerno D. Simón Ruiz de los Cameros (estaba éste casado con D.^a Beatriz Fadrique de Castilla, hija mayor y de una dama italiana, de la Casa Malaspina) fueron de los poquísimos que allí mostraron su disconformidad con la designación del Infante D. Sancho para eventual sucesor de la Corona, lo que atrajo sobre ambos automáticamente el odio de éste y la animadversión del mismo Monarca.

Pues bien: si D. Fadrique era unos de los dos personajes con los que D. Alfonso iba mostrarse implacable en seguida, el otro era su yerno, D. Simón Ruiz de los Cameros. Tal vez, ambos cooperasen a la fuga de la Reina, de D.^a Blanca y de los hijos de ésta, a Aragón. Nada tendría de extraño; tampoco lo sería que fueran los inductores de tal fuga. En todo caso, el Rey lo creyó así y, a falta de otras víctimas de su ira, ambos pagaron por todos.

Un Monarca tan ponderado, tan amante de la justicia, autor del más ilustre monumento jurídico de nuestra patria; un hombre tan bondadoso como lo era él, se sintió de pronto déspota oriental y, si proceso, sin la menor formalidad judicial, sin oír siquiera a los supuestos reos, uno de los cuales era hermano suyo e Infante de Castilla, dio orden a D. Diego López de Salcedo para que prendiera a éste y le ahogara, como dice la "Crónica de Alfonso el Sabio", crimen que tuvo lugar casi al mismo tiempo que otro, pues, también por orden del Soberano, el Infante D. Sancho detuvo a D. Simón Ruiz de los Cameros y, en Treviño, le quemó vivo en la cosa donde moraba.

Estas dos bárbaras ejecuciones, que deshonoran la historia de Alfonso X, no han sido hasta ahora, que sepamos, objeto de un detenido estudio, que bien se merecen, por cierto. En cambio, ya de antiguo, se trató de buscar si no una justificación, sí una explicación, aunque harto infortunada: cuanta Zurita, tomando la noticia de viejos cronicones, indudablemente, que, muy crédulo el Rey

a las predicciones de astrólogos, sabía por éstos que un día moriría destronado, a manos de un hombre de su misma sangre, y que, figurándose que tal hombre fuese su hermano o el yerno de éste, se adelantó y les hizo matar, pagando ellos solamente, como hemos dicho, las consecuencias del acto llevando a cabo por D.^a Violante. Bien puede suponerse, añadimos por nuestra cuenta, que el Infante D. Sancho debió sentirse satisfecho de esa "justicia" del Rey, al desaparecer de escena los dos votos de calidad que se le opusieron en las Cortes de Segovia, y que, en cambio, concibió rencor profundo, aunque secreto, hacia su real cuñado de Aragón, bajo el amparo del cual se quedaban esos niños que, cuando fueran hombres, sin duda sería para él temibles adversarios.

Y mientras, impotente, veíase obligado a ocultar su encono, el hábil Rey de Aragón, tranquilo por sus fronteras occidentales, volvía a ser guerrero y se dirigía, por Segorbe y Murviedro, a Valencia, donde se hallaba ya el 25 de enero, para aplastar definitivamente a los sarracenos de ese Reino, que tanto habían amargado los últimos días de D. Jaime.

Desolador era, en verdad, el estado del Reino de Valencia, a causa de la rebelión de los moros: no es posible suponer que éstos creyeran en una victoria sobre los cristianos, pero sí cabe pensar que estaban decididos a luchar hasta morir y que contaban, fundamentalmente o no, con el socorro ulterior de Granada y de Marruecos. Una campaña de guerrillas, organizada por ellos, ocasionaba daños grandísimos por todos los contornos: partidas volantes entraban en los pueblos, robaban, mataban, talaban las mieses y llevaban el terror en muchas leguas devastaciones, la hez de la canalla (bandoleros, criminales, vagabundos) se aprovechaba del pánico y campaba por sus respetos: lo que no hacían o no podían hacer los sarracenos, lo cometían estos forajidos y no era raro ver por caminos y sembrados multitud de cadáveres insepultos, como era frecuente el lamentable espectáculo de aldeas incendia-

das, de saqueríos saqueados y de pacíficos vecinos bárbaramente ahorcados en los árboles.

Sin duda, había comunicación entre los cabecillas moros y sus correligionarios de Granada y de África, pero traducida en una ayuda relativa, más bien a base de provisiones y de dinero, que de hombres. La organización de la lucha daba fruto al enemigo, sin duda, si tan solo se tratase de inferir daños a la población cristiana, mas no como guerra propiamente dicha, porque hasta el más torpe comprendería que, para acabar con ese estado de cosas, bastaba proponérselo. Una prueba de ello fue que, por esos días coincidiendo casi con la llegada del Rey a Valencia, los sarracenos se replegaron de pronto y se concentraron en el fuerte enriscado castillo de Montesa y en la villa de este nombre, en número de 30.000 hombres, sin contar mujeres, niños y ancianos. Allí esperaron la ayuda de sus amigos, esa ayuda siempre prometida y nunca cumplida. Si llegaba, la campaña bien pudiera merecer tal nombre; en otro caso, cuanto hasta entonces hicieron no pasaría de vulgar bandidaje, dictado por la desesperación, pero irremisiblemente condenado a ser ahogado en su propia sangre. Por lo demás, concentrados allí, iban a facilitar la tarea del Rey de Aragón.

Montesa es hoy un municipio sin gran importancia: está situado en una altura, a menos de dos leguas al sur de Enguerra: las importantes ruinas del castillo que en otro tiempo coronaba la villa, todavía permiten hoy considerar su reciedumbre. Resistió la acción de los siglos; fue propiedad primero de los Templarios y luego sede de otra Orden Militar creada por D. Jaime II de Aragón en 1.317, en sustitución de esa desgraciada Milicia medioeval; sus dependencias fueron testigo de muchas e interesantes páginas de la Historia patria. Pero en el siglo XVIII el día 23 de marzo de 1.748, al amanecer, tembló el monte, y en pocos momentos aquella soberbia mole, que pudo abrigar en solo su patio de armas 2.000 hombres, se desplomó. Nuevas sacudidas sísmicas se sucedieron en años siguientes. Hoy sólo quedan restos de sus muros, algunos

pasadizos subterráneos, que se desconocían tal vez a lo largo de los años, y la espantosa hoquedad de sus vastas habitaciones.

Tal es y tal fue el castillo de Montesa, que dio su nombre a la nueva Orden Militar que, como supervivencia de la de los Templarios, creara en los albores de la XIVª centuria el segundo-génito de D. Pedro III, de este Monarca que, en esos días postreros de enero de 1.277, se disponía, desde Valencia y Játiva, a acabar allí con la insurrección sarracena.

Antes, hubo que exterminar a las partidas sueltas de facinerosos que infestaban el país, así como algunos nidos de sarracenos que todavía, a manera de cinturón de hierro, existían en los alrededores de Montes. Estas operaciones de limpieza duraron un par de meses. A primeros de abril quedó despejada la situación y reducida la resistencia a solamente la villa y el castillo.

Consérvanse aún entre los documentos del Archivo de la Corona de Aragón, algunas comunicaciones dirigidas por el Monarca a los cabecillas moros, para que entregasen la fortaleza, comunicaciones que fueron desoídas. Obstinados en su insensata actitud, todavía aguardaban socorros y como era de temer que así ocurriese, dictó órdenes a fin de que una flota de galeras catalanas, al mando de D. Pedro Queralt, a quien nombró entonces Almirante (5 de agosto de 1.277), guardase las costas. Como "almirante adjunto", designó a Guillermo de Marsella.

Hecho esto, el Rey dispuso el cerco de Montesa, en los primeros días de abril. Valencia, Játiva, Gandía y Alcira fueron los sitios donde permaneció el Monarca, desde dicho mes, hasta fines de septiembre, salvo una breve estancia en Cocentaina. Cuando no, en el campamento de las tropas sitiadoras. Estas, escasas al principio (1.700 hombres, según Zurita) aumentaron a partir de los primeros días de julio, llegando a constituir un respetable ejército, toda vez que las noticias de un inminente desembarco de fuerzas

de socorro, procedentes de Marruecos, eran cada vez más alarmantes. Así lo creían siempre los sitiados, que en abril y mayo parecían querer ganar tiempo, fingiendo negociaciones de paz con el Rey e incluso pactando la entrega de la villa y el castillo, que se efectuaría en la última decena de mayo. D. Pedro había facultado ya un caballero de su Casa, llamado Ximeno de Zapata, para tomar posesión de Montesa, pero bien pronto, ante una evasiva del alcaide moro, Mahomet Benahie Benaica, le dirigió un verdadero "ultimátum", con fecha 22 de mayo, desde Alcira, exigiéndole una respuesta que asegurase el cumplimiento de la entrega.

Fue entonces cuando, ante la negativa del cabecilla (que debía estar convencido de la llegada de refuerzos) D. Pedro dio la orden que hoy llamaríamos movilización general, limitada por el momento (era el 28 de mayo) a Aragón, Valencia y diversas dignidades eclesiásticas de ambos Reinos y de Cataluña. La concentración de las fuerzas debía estar hecha entre el 24 de junio y el 8 de julio. Pero todavía consideró conveniente ampliar el llamamiento y el 3 de julio dictó una orden circular a los caballeros de Cataluña para que asistieran pertrechados a la guerra (por lo que parece, algunos se habían mostrado remisos al anterior llamamiento) y, de una manera concreta, citó también, desde Játiva, diez días después, al Vizconde de Cardona. Este debía ser hijo del otro Ramón Folch, que tan deslealmente se portó con D. Jaime en los años 1.274 y 1.275. el flamante Vizconde, menos gigantesco de estatura que su predecesor, se le parecía en cuanto a espíritu propenso a la rebelión. Luego comprobaremos esta afirmación. Existen documentos que acreditan nuevos llamamientos del Monarca a valencianos (20 de julio, desde el Real de Montesa) y catalanes (21 de agosto, en igual sitio).

Por entonces, sin embargo, las noticias que se recibieron fueron mejores: una amenaza del monarca de Castilla contra el puerto de Algeciras (que, como se recordará estaba en poder de los beni-merines de Marruecos desde 1.274) determinó a los africanos

sin el socorro que esperaban. Cuenta Zurita que, tranquilo D. Pedro, dio contraórdenes a fin de que la gente de Cataluña se volviese a sus tierras. Bastaban ya valencianos y aragoneses para dar cumplido remate al asedio. El fruto estaba maduro y era hora de cogerlo.

El 29 de septiembre debió ser la fecha señalada para el asalto: muy conocedor del terreno, el Rey formó sus tropas y dispuso un ataque frontal y diversivo, con la mayor parte de ellas, y otro, el más importante, dirigido hacia un cerro inmediato al castillo de altura superior a éste, posición clave que, una vez ocupada, le haría dueño de todo lo demás.

Al amanecer dio comienzo el avance: el mismo Rey (que, según Desclot, casi no se quitó la armadura durante todo el tiempo que habían durado las operaciones de sitio) tomó el mando de las fuerzas que componían el segundo cuerpo, almogávares e infantería, principalmente, y, a la cabeza de ellas, como un soldado más, se lanzó por el abrupto camino que, en empinada cuesta, llegaba hasta arriba, en tanto que el primer cuerpo se batía ya bravamente con los defensores de Montesa.

Los sarracenos no habían descuidado la defensas del cerro, cuya importancia estratégica conocían, y, así, el avance de los cristianos les cogió alerta: una espesa nube de dardos empezó a caer sobre éstos y, por si fuera poca la reacción, bloques de piedra rodaron luego en gran cantidad, causando sensibles estragos.

No obstante, el asalto prosiguió y, al fin, los nuestros llegaron a la altura, donde, enfurecidos por la resistencia y las pérdidas sufridas, pelearon con renovado ardor, cuerpo a cuerpo, con la morisma, dispuesta a la más encarnizada defensa. Por fin, la victoria de éstos se perfiló: los almogávares dieron cuenta de los enemigos que aún disputaban sus posiciones y, de pronto, el pánico cundió: unos huyeron, otros fueron lanzados hacia el abismo y en

seguida, los que combatían en la villa y en el castillo, al ver la derrota de los del cerro y que el estandarte real ondeaba allí triunfante, perdieron el ánimo y se rindieron incondicionalmente.

Montesa, el castillo y los inmensos tesoros allí acumulados por los sarracenos, que sumaban todas sus riquezas (pues habían sido de antemano transportadas a ese baluarte central de la insurrección) cayeron en poder del ejército cristianos y, al cabo de pocos días, los demás núcleos enemigos y los lugares que aún estaban en sus manos, se entregaron también, porque no en balde el ataque había desarticulado definitivamente todo el mecanismo del levantamiento.

La campaña (la última campaña digna de tal nombre contra la Media Luna, añadimos nosotros, hecha por la Corona de Aragón) había terminado y esta decisiva victoria tenía el sello característico de todas las de D. Pedro, como hemos de ver y como hemos visto ya, pues al infligir a su desdichado hermano Fernán Sánchez el supremo castigo, dos años y medio antes, junto al castillo de Pomar, dijimos que la insurrección aragonesa de la que el bastardo era cabecilla, cesó automática y fulminantemente. El castillo de Pomar y el castillo de Montesa fueron, aparte los horrores inherentes a las circunstancias, dos aciertos estratégicos de primer orden.

Zurita, poco aficionado a comentarios, cronista insigne que relata todos los pormenores, pero no historiador, sin duda, terminada la narración de la toma de Montesa con estas palabras:

"Entregada Montesa, los que tenían los castillos más fuertes vinieron a la merced del Rey, y los más desampararon la tierra, y con esto se acabó de cobrar lo que estaba rebelado; y se fortificaron los castillos fuertes, porque no se pusieron en otra tal aventura: pues si no fuera por el esfuerzo y valor del Rey estuvo en condi-

ción de perderse y fuera de más trabajo cobrarlo, que se tuvo en conquistarlo.”

Palabras que en un autor tan escueto y sobrio como él, ponen de relieve la magnitud de la campaña, la gravedad a que llegó la situación y la clarividencia y valor del Rey que llevó a feliz término la empresa.

El día 1º de octubre vemos ya a D. Pedro en Montesa: desde allí debieron partir multitud de disposiciones para organizar la región y luego el Monarca regresó a Valencia, tras una breve permanencia en Játiva y Bocairente. En la capital levantina estaba a mediados de mes y allí, casi constantemente, estuvo hasta fin del año. Después, hay una corta excursión a Calatayud, donde suscribe una donación, a favor de D.^a Alaschara, Infanta griega, de una alquería cercana a Valencia. Este documento lleva fecha de 13 de enero de 1.278; pero a fines de éste o muy a primeros de febrero, vuelve a Valencia y permanece en ella (salvo alguna brevísima escapada a Alcira, Játiva y Gandía) hasta el 7 de mayo, día en que le hallamos en la villa de Cabanes (Castellón de la Plana), camino de Cataluña, díscola y contumaz todavía. Ahora bien; si la bondad y la excesiva condescendencia de D. Jaime I no lograron destruir allí el fermento de la rebelión, D. Pedro III sabría usar de otros medios de muy distinta índole, sin duda, muy lamentables, si se quiere, pero medios que son insustituibles desde que la Humanidad es Humanidad, desde que fallan la persuasión y la calma y desde que frente a unos recalcitrantes que desoyen razones, se pone un Monarca enérgico que sabe adonde va.

II

Quedaba, pues, el 2º problema de la tarea inicial del nuevo Monarca, resuelto el de los sarracenos valencianos, tan castigados por él que, como hemos dicho, el proceso de la Reconquista, en cuanto a la Corona de Aragón se refiere, estaba terminando.

Ahora tocaba el punto a los rebeldes catalanes, o, más bien, a su arisca Nobleza y aunque importa al historiador no generalizar en sus juicios, bueno será señalar, de pasada, que los Nobles de Cataluña, en esos siglo XIII y aún antes, se preocupaban de sus privilegios, que de otros asuntos de harta mayor importancia. ¡Ah! Los "usatjes", como antes dijimos. ¡Ah! Los fueros, franquicias y libertades de tan alta casta. ¡Ah! Estorbar la obra del Monarca, bien que esta obra tuviese inmensamente más alcance que esos decantados privilegios... Y, de paso, ir minando la autoridad real, como, descaradamente, lo habían intentado con el ilustre Soberano fallecido, que, bueno hasta la exageración, toleró desmanes y rebeldías.

Pero ya el mando estaba en otras manos y con Pedro III no se jugaba impunemente, lo cual tal vez no supieran del todo esos rebeldes. A lo sumo, lo sospechaba, pero siguieron sus designios, por si acaso la paciencia del difunto padre la hubiera heredado el hijo.

Si queremos encontrar un origen próximo de la situación airada de los Nobles catalanes, hemos de referirnos, en apretada síntesis, a la familia de los Condes de Urgel, a los enlaces matrimoniales, entre sus miembros, al parentesco que vinculó a D. Jaime, flamante Rey de Mallorca, casado con Esclaramunda, hija del Conde de Foix, y con la mareante trama que, por éste y otros enlaces, se formó no sólo en Cataluña, sino también en ese mosaico de Condados, Baronías y Señoríos, de fondo esencialmente feudal, situado al otro lado de los Pirineos, mosaico bien mermado, por cierto, últimamente, por los condescendencias de Jaime I con el Monarca francés, ya no San Luis, sino su hijo, Felipe III, que, por su matrimonio con la Reina niña de Navarra, inauguraba unas miras perjudiciales hacia el "midi" francés e incluso hacia la misma Cataluña; esto último no parece, por lo demás, que preocupase poco ni mucho a los próceres catalanes, pero, contemplados los acontecimientos a vista de pájaro, bien se puede afirmar que la multisecular antipatía (más o menos disimulada) entre Francia y España la inauguró, unilateralmente, ese Felipe III, a quien llaman los franceses el "Atrevido".

Unilateralmente, acabamos de decir, pero hay que añadir que no era Pedro III de Aragón un pusilánime, para no advertir, en la actitud de la nobleza catalana una tendencia, por razones familiares, al principio, con las miras políticas de Francia.

Y, claro está, el joven Rey de Aragón, obró en consecuencia. Bien reciente estaba su actitud magnánima y conciliadora en extremo para con el rebelde Conde de Ampurias, a quien, no sólo perdonó la vida, sino que, según Desclot, tras la lectura de una minuciosa acta de acusación, le otorgó su afecto y gracia, ante la estupefacción de sus compañeros de rebeldía, que asistieron a la escena.

Recuérdese también que los Nobles catalanes se mostraron poco propicios, en ocasión a la grave amenaza sarracena bien reciente, de los valencianos; y, de paso, no olvidemos que, cuando el amago cristiano contra Almería y Málaga, capitaneado por D. Pedro, aún Infante heredero, amago que resultó brillante y eficaz, los Nobles catalanes, basándose en sus privilegios, no quisieron acudir a la lucha, por no estar, según ellos, obligados a salir de sus fronteras, salvo en el caso de que el mismo Rey (D. Jaime) capitanease la operación.

Todo esto y mucho más, v.gr.: la acción conjunta de los rebeldes aragoneses y de esa Nobleza catalana, cuyo episodio trágico culminó en el Castillo de Pomar y en el río Cinca, no podía apartarse de la memoria de Pedro III, quien, según apuntamos más arriba, sabía perder, pero también, añadimos ahora, sabía esperar.

Tercos y obcecados, habían molestado a D. Jaime I, durante el levantamiento sarraceno en Valencia, presentándole, o alegando diversos "agravios" inferidos a ellos, de orden territorial, a ambos lados de los Pirineos, culminando sus exigencias con la petición, por parte de Armengol, primogénito del Conde de Urgel (D. Alvaro) y acaso azuzado por el Infante D. Jaime, ya Rey de Mallorca, de derechos que, sobre tal condado, consideraban lesionados por el "Conquistador". En fin, mancomunados los descontentos, parentesco, ambición afín de medro a costa del Soberano y deseo de sacudir el vasallaje que debían a la Corona de Aragón, alegaban agravios, solicitaban resarcimientos por supuestos actos de la soberanía y se llegó, en fin, ya siendo Rey (que no olvidaba) a adoptar una actitud de abierta rebelión, sin querer escuchar razones, ni admitir buenos oficios prodigados unas y otros por el Rey. Corría el año 1.277.

En tal actitud emprendieron esos obcecados una serie de marchas, depredaciones y daños, que herían literalmente los más

elementales derechos del Monarca. Importa señalar algunos nombres de los rebeldes, que así mancharon sus estirpes: D. Alvaro, hermano de Armengol de Urgel, Arnaldo Roger (Conde de Pallars), Ramón Roger, Ramón de Angresola, Ramón Guillén de Fosa, el Vizconde de Vilamur, Pedro de Moncada, Berenguer de Puigvert, Guerau Alamany de Cervelló y su hermano Pons de Ribelles, Hugo de Troja, Guerau y Berenguer Despés, Gispert de Guimerá, Jaime de Peramola y otros varios, que podrían sumar dos docenas de rebeldes, cabezas de grupos pertenecientes al estado llano, que, como repetidamente hemos dicho, se arrimaban por entonces muy gustosamente a esos señores feudales, con mengua de sus obligaciones al Rey y a la misma Cataluña.

Nuevamente, pues, enviaron sendas cartas de desafío, o *de-seviment* al Monarca y se confederaron, según refiere el nada sospechoso historiador Moufer para "hacer guerra al Rey", todavía, a la sazón, ocupado en aplastar la rebelión sarracena en Valencia.

Talando tierras pertenecientes a los lugares del Obispado de Urgel, ocupando diversos castillos y desoyendo sistemáticamente las amenazas del Monarca, éste circuló, al fin, órdenes taxativas al Gobernador de Cataluña, Ferriz de Lizana, y a los "vegueres", "bailles" y demás autoridades reales, para reunir una tropa, mientras ordenaba a los Nobles adictos al mismo Monarca que se dispusieran a fin de llevar su ofensiva contra el foco de la rebelión, medidas que, sin perjuicio de gestiones de paz, bien directas, bien indirectas, dieron tiempo, a la vez, para que la rebelión cobrase mayores vuelos y para reunir una hueste considerable, bajo las mismas órdenes de D. Pedro III, que en 1.278, libre ya del problema sarraceno, acudió en persona a Cataluña, pero esta vez no como Infante heredero, sino como Rey agraviado.

Al llamamiento de éste, habían acudido no solamente fuertes contingentes de Aragón y Valencia, sino también de la misma

Cataluña, porque las gentes empezaban a caer en la cuenta de que los magnates rebeldes solo atendían a sus intereses, a sus menudencias, en vez de más altos empeños, y de este modo, mientras los últimos, en su ciega obstinación ocupaban castillos y hacían cuanto daño podían, avanzaba hacia ellos la poderosa hueste real, llegándose, antes del choque, a situaciones no exentas de comicidad, ya que, sabedores los adversarios del turbión que los amenazaba, osaban proponer al Monarca "soluciones" que, de ser aceptadas por éste, suponían el triunfo de la rebelión y el vilipendio del Rey ofendido.

Era el Conde de Foix el más conspicuo del grupo rebelde y fue el Obispo de Urgel, leal a la Corona, quien sufrió los mayores daños por parte de ese magnate, a quien acompañaba el Conde de Urgel y los Vizcondes de Cardona (¿cómo no?) y de Ager, amén de los susodichos Nobles de menor lustre y de otros más, los cuales, sabedores de que era ya tarde para negociar, tomaron a viva fuerza los lugares y castillos de Pons y Monmagastre. Avanzaba el ejército real y fue entonces cuando los adversarios, o, por lo menos, el grupo más destacado de ellos, no sintiéndose seguros allí, se trasladaron a la fuerte ciudad de Balaguer y alguna otra posición en el vizcondado de Castelló.

Todavía, sin embargo, hubo intercambio de proposiciones, que hallaron favorable acogida en el Rey, y en diciembre de 1.278, se creyó que se llegaría a un arreglo pacífico del conflicto, aunque sin resultado, pero sirvió el lapso de tiempo de tales tratos para algo que importaba mucho a D. Pedro.

Su hermano D. Jaime, aunque luchó bravamente al lado del Rey, jugaba, en la pugna, bazas poco claras y, en todo caso, su conducta desagradaba, por dudosa, a D. Pedro. Este logró entonces obligarle a declararse feudatario suyo, como Rey de Mallorca y Señor de algunos lugares ultrapirenaicos, (20 de enero de 1.279). Ya

sabemos que nunca se conformó D. Pedro con la partición de los territorios pertenecientes a la Corona de Aragón y, pese al testamento de su padre (por él repudiado secretamente ante Notario) y a las últimas disposiciones, ya próximo a su muerte, la visión política del nuevo Rey era más perspicaz que la de D. Jaime: Mallorca, Rosellón y Cerdeña, separados de Aragón, Cataluña y Valencia, serían, con el tiempo, fácil presa para Francia, cuyo Rey acabamos de indicarlo, miraba hacia el sur y el sudeste. Por eso, si pudiera decirse que D. Pedro no fue leal, como hijo y como hermano, preciso es reconocer que fue clarividente como Rey.

En tanto, fracasadas las postreras negociaciones de paz, se precisaron cuatro motivos, por los rebeldes catalanes, que tendían a justificar su actitud y sus desmanes. Es Monfar quien los puntualiza, sin defenderlas, a saber: 1º: porque no celebraba Cortes generales, en Cataluña; 2º: porque no les confirmaba los privilegios y libertades; 3º: porque les hacía nuevas demandas, al solicitar de ellos otros servicios; 4º: porque querían los Nobles que les hiciese francos en alodio sus bienes, como lo eran antiguamente.

Tales exigencias no las admitió el Monarca, que, por lo demás, al ser coronado en Zaragoza, determinó que en lo sucesivo cualquier lugar perteneciente a la Corona sería bastante para ser Rey. Es cierto, no obstante que en Valencia y en Zaragoza habíase ceñido la diadema real; que, en efecto, no consta que ni en esos días, ni nunca, lo hizo en Cataluña; y que ya había manifestado, más o menos claramente, que hallaba abusivos ciertos privilegios de que gozaban los próceres catalanes, en menoscabo del Poder soberano, por lo cual bien pudiera creerse que a partir de los mismos comienzos de su reinado, determinase una mudanza en las costumbres, pues no en vano hemos dicho ya que sus ideas, como Soberano, se adelantaban a las que imperaban hasta entonces y que, por arraigadas que fuesen en sus dominios ciertas libertades y franquicias (casi siempre, a favor de la Nobleza) no era D. Pedro

hombre para verse mermado en su papel. El vasallaje obligaba a los Señores a servir al Rey, cuando éste las necesitase.

Hubo, pues, nuevas negociaciones, del Soberano, pero, como antes se apuntó, fallaron los tratos y así transcurrió más de un año y medio, en el que Pedro III, ocupado por los asuntos de Valencia y por otros (que en el próximo capítulo señalaremos) rotos los tratos y ya en declarar de son de guerra, a ella acudió, bien a su pesar.

Ramón Floch, vizconde de Cardona, el inquietísimo adversario del Monarca, tomó la iniciativa de las hostilidades, mientras D. Pedro estaba en Aragón; con correrías sucesivas, muy dignas ser calificadas de bandidaje, este individuo taló una parte de Cataluña, llegando hasta cerca de Barcelona, cuyos habitantes, leales al Rey y a sus propiedades, salieron al encuentro del rebelde, le hicieron huir, maltrecho y con pérdida de hombres y mal lo hubiera pasado si el veguer de la ciudad, prudente y temeroso de mayores daños, no permitiera perseguirle hasta sus dominios, dando, al mismo tiempo, como era su deber, cuenta al Rey de tal felonía, en lo que le secundaron los fieles barceloneses, víctimas de las depredaciones cometidas por el Cardona.

Un llamamiento general a las armas, ordenado por Pedro III, a lo largo del año 1.279 y comienzos de 1.280, hizo que, al fin, se formase un ejército, que Monfar y otros autores, cifran en 3.000 jinetes y cerca de 10.000 infantes. Balaguer, sobre el Segre, punto de reunión de los rebeldes, era el objetivo de las operaciones militares.

Si bravos y valientes eran las huestes que acaudillaban el Conde de Foix (principal cabecilla de la facción) y otros prohombres catalanes, flor de su aristocracia, si sus efectivos, no superiores a 8.000 infantes y jinetes, más valientes, mejor mandados y

harto mayores en número, eran las fuerzas reales. Corría el verano de 1.279.

Balaguer, por bien guarnecida que estuviese, por sus admirables medios naturales de defensa y por el valor de su guarnición y de sus jefes (digno de mejor cause) fue rodeado, quedando, como única vía de comunicación con el exterior, el río Segre.

Todos los medios de ataque usuales en aquellos tiempos, fueron emplazados por los sitiadores. Un historiador habla de "cinco trabucos, llamados brizolas", especie de anticipo de la posterior artillería, lo cuales, empezaron a lanzar, contra las fortificaciones de la villa enormes piedras, que destrozaban no sólo con éstas sino las mismas casas, que ellas amparaban. Así pasaron varios días: los rebeldes reconstruían por las noches cuanto los sitiadores destruían cada jornada, pero la situación, naturalmente, era insostenible, sin que valiera al de Foix y a sus amigos un intento, bien menguado, de socorro, dirigido por Ramón Roger, hermano del Conde de Pallars, así como otros simpatizantes suyos (Anglesola, Marcha-Fava, Miralpeix, etc.). Cierta ardid de guerra, tendente a reforzar la guarnición, al amparo del río, fracasó y el Rey, a fin de evitar todo socorro, lo cerró, con dos puentes, uno de estacas, arriba, y otro, de barcas, abajo, con lo que se completó el cerco.

No fue esto lo peor, sino que la gente civil de Balaguer empezó a sentirse irritada con los cabecillas, viéndose malparados por el asedio y dañados en sus tierras circundantes, con escasez de víveres, con lo que se mostraron claramente opuestos a los Nobles. Pudieron incluso enviar emisarios al Rey, lo que, sabido por Foix y sus amigos, se imponía la rendición si más combates, aunque a ello se decidieron temerosos de la ira del Monarca, ya que en el ánimo de todos estaba el recuerdo de lo que, siendo solamente Infante, hiciera en el Castillo de Pomar, sobre el Cinca, con su rebelde hermano bastardo Fernán Sánchez. El dilema presentábase claro: o

sucumbir dentro de Balaguer (¿quién sabe si a manos de sus mismos habitantes?) o entregarse a la merced del Soberano, que un día, en la precedente rebelión, como recordaremos, perdonó al Conde de Ampurias, cuando la vida de éste sólo pendía de una orden del ofendido Infante (aún no era Rey) D. Pedro de Aragón.

Optaron por rendirse y fue lo menos malo. Era fines de julio de 1280 y, mohínos y arrepentidos se presentaron ante D. Pedro III, saliendo desarmados de Balaguer, postrándose a sus plantas, y pidiéndole perdón y que les tratase con piedad.

El Rey, sin mirarles, ni hacerles caso, se limitó a entregar los presos al Infante heredero, D. Alfonso, y luego encadenados fueron llevados, con buena escolta a diversos castillos de Cataluña, donde, según Desclot, con grillos y cadenas, permanecieron un lapso de tiempo relativamente breve, pues consta que tres años después, estaban libres y adictos al Monarca, que, con arreglo a Derecho y habida cuenta de su rebelión, depredaciones, guerra, con pérdida de soldados reales, y rompiendo sus vínculos de vasallaje, pudo, sin duda, haberles entregado al verdugo.

Causa hoy pasmo esta conducta de un Rey con quien no se jugaba impunemente y mayor asombro produce lo que hizo con el principal culpable, ese Conde de Foix, traidor reclacitrante, que, ya preso, no se recataba de decir que tan pronto como pudiera, haría mayores daños a quien acababa de perdonarle la vida, dejándole la cabeza sobre los hombros. Oyó el Rey estas bravatas, más tarde, y, bien encerrado el rebelde en el Castillo de ... D. Pedro, ¿cómo reaccionó? Pues, a ruegos de la Reina de Mallorca, cuñada del traidor y cuñada del Rey, le puso en libertad, como dando a entender que le importaban muy poco esas baladronadas, seguro de que llegado el caso, de nada le servirían.

Gran Rey y, digámoslo de paso, gran concedor de tales próceres, porque tiempo después, en ocasión más trascendental, todos ellos se portaron con lealtad acrisolada y denodado valor, bajo el mando del mismo Soberano, entonces ofendido.

Bien logró, como antes, en Valencia, pacificar la rebelión catalana: Montesa y Balaguer fueron los colofones de ambas campañas victoriosas, pero importa señalar al historiador imparcial que, así como en la primera rebelión de los Nobles catalanes, reinando todavía D. Jaime, el pueblo llano fue instrumento dócil de esos próceres, en la segunda no ocurrió igual y no sólo en Barcelona, sino también en las otras provincias permanecieron los catalanes casi indiferentes a la contienda. Su proceder, en el asedio de Balaguer mostró bien a las claras la repulsa a esos revoltosos, por alto que fuese su linaje.

Y lo era, en verdad: todos los historiadores, tomando sus datos de los grandes cronistas Monfar, Desclot, Zurita y Feliú de la Peña, citan los nombres de estos Nobles, que entonces y antes, bajo D. Jaime I, no supieron serlo, al contrario de otros que, para mayor lustre de sus armas, permanecieron fieles a los dos Monarcas. Inútil nos parece dar aquí la lista de los vencidos antes en su primera sublevación, acaudillada por el Conde de Ampurias, y en la reseñada ahora, cuya figura más destacada es la del Conde de Foix, pero conviene decir que los vastos planes del flamante Monarca entraban, a la vez, dos aspectos, que, aunque pudieran considerarse antagónicos, a él le interesaba con juntarlos, a saber: recortar poderes y limar privilegios más o menos feudales, a la alta Nobleza de Aragón y Cataluña, por una parte, y por otra, atraer a todos a su persona, no solamente por el valor con que, desde años antes, supo dar cumplida nuestra en la guerra contra los moros de Valencia (recordemos su heroísmo en Montesa), sino por las repetidas muestras de piedad con los vencidos en todos los lugares pertenecientes a la Corona de Aragón.

Si le importaba mucho la total pacificación interior y, de paso, solucionar con habilidad, cautela y destreza, unos cuantos problemas a los que, algo de pasada, hemos aludido en páginas anteriores. Y ello será así, porque sus vastos planes, como Rey, desbordaban, con mucho, el marco de sus fronteras. A estos problemas vamos a hacer ahora referencia, ya que por el momento, ni en Aragón, ni en Cataluña, ni en Valencia, quedaban cuestiones pendientes, que ofreciesen gravedad.

Castilla, ante todo: ya se ha visto que las relaciones entre D. Alfonso X y el Infante presunto heredero, D. Sancho, por una parte, y D. Pedro de Aragón, por otra, eran cordiales. Es verdad que la cuestión allí suscitada por la muerte de D. Fernando de la Cerda, primogénito del Sabio Monarca, ofrecía dudas, inquietudes posibles conflictos; mas eran cosas de fuera de las fronteras de Aragón; es verdad, también, que había estrecho parentesco entre ambas Coronas, lo que por el momento, bastaba para la tranquilidad del Soberano; es verdad que éste, con habilidad consumada y con posible (no comprobada) intervención personal suya, los dos huérfanos de ese D. Fernando, fallecido en Villa Real, así como su madre y su viuda, habían buscado refugio, o amparo, o ambas cosas a la vez, en Aragón, magníficas bazas en las manos de D. Pedro, según hemos dicho ya, para jugarlas, si procedía y como procediese, en determinadas circunstancias, que entraban de lleno en el juego político de esos años; es verdad que D.^a Violante, esposa del Rey de Castilla, amante madre de D. Sancho y amantísima abuela de los dos niños huérfanos, llamados D. Alfonso y D. Fernando, y acaso no tan dócil esposa del Rey de Castilla, había regresado, a ruegos (o mandato) de éste, a la Corte castellana, muy probablemente de pésimo humor contra el marido y contra el hijo, D. Sancho (ya jurado heredero del Reino, en las Cortes de Segovia, en 1.276); es verdad que, en cambio, la joven viuda D.^a Blanca de Francia, habíase partido, desde Aragón, a su país, en demanda de ayuda de su hermano el Rey Felipe III, a favor de los ya desheru-

dados huérfanos; es verdad que, como repetidas veces hemos dicho, este Monarca miraba constantemente hacia el sur y, por el matrimonio de su hijo, el futuro Felipe IV, con la Reina de Navarra (niña de trece años y él mozo de quince) enlace que, desde su infancia era previsible porque vivía y se había educado en la Corte de San Luis, resultaba un enojoso asunto tanto para el aragonés, como para los castellanos, padre e hijo, que habían planeado conjuntamente la invasión, conquista y reparto de ese absurdo Reino pirenaico; es verdad, en fin, que, con esos sucesos, no dejaba de estar un tanto preocupado D. Pedro de Aragón, cuñado (no lo olvidemos) de D. Alfonso, ex-cuñado de Felipe III y el Conde de Foix, parentescos que tenían a un tiempo ventajas (un poco teóricas) e inconvenientes (bastante más acentuados) por choque de ambiciones territoriales a uno y otro lado de la cordillera fronteriza de los tres Reinos. Y si todos esos factores eran verdades notorias, D. Pedro tenía otra razón derivada de sus futuros proyectos, estrechamente coincidentes, pero en sentido opuesto, con otros cuyo principal protagonista era el tío del Rey de Francia, ese Carlos de quien más adelante nos ocuparemos con superabundancia.

Fijémonos bien, para cabal conocimiento de los sucesos que estamos relatando, en la madeja de parentescos, tomando como eje a D. Pedro III de Aragón.

Este estaba casado con Constanza de Sicilia, hija de Manfred, bastardo, a su vez, del Emperador Federico II de Hohens-
taufen (enemigo de la Santa Sede, que le había excomulgado); era, también, hermano de D.^a Violante, Reina de Castilla (hija, como él de D. Jaime I el Conquistador); era hermano, asimismo, de D. Jaime, Rey feudatario de Mallorca, casado con D.^a Esclaramunda, hija de los anteriores Condes de Foix y hermana del que, ya siendo Conde, acababa de ser vencido por el Monarca aragonés, y, a sus ruegos, más tarde librado de su prisión en el castillo de Ciurana; era cuñado de Alfonso X de Castilla, tío, por consiguiente, del fu-

turo Sancho IV el Bravo, y tío político de la joven Infanta viuda de D. Fernando de la Cerda, que, a su vez, como hemos dicho, era hermana de Felipe III de Francia y sobrina de Carlos de Anjou, entonces Rey de Sicilia-Nápoles, por gracia de la Santa Sede.

Al quedar, pues, en su poder (medio prisioneros, medio huéspedes) los huérfanos de D. Fernando de la Cerda y D.^a Blanca de Francia, ya, ésta, al lado de su hermano, en territorio francés y en busca del apoyo para sostener, contra los acuerdos tomados ya en las Cortes de Segovia, los derechos de sucesión de la Corona de Castilla, como nieto del Rey "Sábio", convirtiéndose D. Pedro III de Aragón en árbitro de una serie de acontecimientos, que si, por sí solos, eran muy importantes para su Corona, para la de Castilla y, por parentesco, para las de Francia, Mallorca y Nápoles-Sicilia, la penetrante mirada del Rey D. Pedro III, fija en los derechos de su mujer, nieta del Emperador Federico II e hija y eventual heredera de Manfredo, que litigaba la Corona de Sicilia contra Carlos de Anjou, imagine el lector el destacado papel que le tocaba en la partida que pudiera desempeñar en el occidente de Europa y en el Mar Mediterráneo, y que el plan más caro que maduraba, a partir de su matrimonio con Constanza, consistía en sostener, arma en mano, el indudable derecho de ésta a la Corona de Sicilia-Nápoles, que si, "de jure", ceñía las sienes de ese Carlos de Anjou, tío del Rey de Francia y protegido por la Santa Sede, Manfredo lo había sido "de facto". La tarea consistía en obtener, "de facto" y "de jure" esa Corona, para su mujer, heredera del bastardo de Federico II, y un tiempo, Rey a pesar de Francia y de Roma, Corona que, obtenida, se incorporaría a la de Aragón.

Católico sin tacha, D. Pedro, en lo temporal, no admitía el "dominio eminente" de los Papas sobre los territorios en litigio y, por otra parte, Carlos de Anjou se cuidaba ya muy poco de figurar como Monarca feudatario y, con cetro de hierro, dominaba el sur de Italia y la bella isla de Sicilia. Solamente se acordaba de ese "do-

minio eminente" pontificio, cuando podía convenirle para sus propios fines.

Queda, pues, descubierta, en las precedentes explicaciones, o, mejor expresado, en la visión de conjunto expuesta, la idea-clave de la tarea que, desde sus tiempos de Infante y, según acabamos de puntualizar, desde su matrimonio con Constanza, tenía que poner en práctica el hijo de Jaime I, idea-clave que, de ser lograda, haría aparecer en la Historia de la Europa medioeval un país hasta entonces casi ignorado más allá de los montes Pirineos y más allá de las islas Baleares, conquistadas por el ilustre padre, que, en su brillante reinado (uno de los más largos que se recuerdan) fue el complemento, por Levante, de la toma de Valencia.

Hacia ese Levante, mar adentro, iba el hijo a proseguir la epopeya de su progenitor y, de paso, a hacer acto de presencia en el juego de la política europea.

Estudiemos, por separado, las etapas previas a tan brillante empresa.

III

Si durante las guerras que, bien a su pesar, hubo de sostener Pedro III con los sarracenos del Reino de Valencia y, luego, con los propios rebeldes de Cataluña, hubo demostrado, según ya queda dicho, ser un excelente capitán y un esforzado soldado, hay que añadir ahora que, durante ambos conflictos y después, como hemos de ver, supo de ser un gran político y, sobre todo, un experto diplomático.

Sus planes, ya muy de antes, eran otros e importábale, ya que no pudo evitar ni el terrible alzamiento musulmán, ni, antes y durante él, el escandaloso afán de medros de sus propios vasallos catalanes, le urgía, repetimos, aplazar las luchas con unos y otros, haciendo cuanto pudo para pactar treguas con los primeros y estar a derecho con los segundos, proponiéndoles todo género de concesiones, que éstos, en su obcecación, o, más bien, en su orgullo, o rechazaron, o evitaron, haciendo más difícil un acuerdo con su paciente Soberano.

Hubo, pues, que batallar y lo que no ganaron treguas, ni concesiones, lograronlo las armas. Pero durante esos turbulentos años iniciales de su reinado, o sea desde mediados de 1.276, hasta la total victoria, en verano de 1.280, el Rey batallaba y se preparaba, a un tiempo, para desenvolvimiento de sus ulteriores proyectos.

Por lo pronto, en plena lucha, mandó construir buques en Barcelona y Valencia que, terminados, bogaron por el Medite-

rráneo, a fin de obtener de los reyezuelos de Túnez y Treuccón (hoy, Orán y sus alrededores argelinos) los tributos que, de tiempo atrás, estaban obligados a pagar a los Monarcas de Aragón y que, pese a sus requerimientos, no hacían efectivos.

Nombrado jefe de la expedición naval Conrado de Llanza (que, siendo mozo, aún, había venido a España, en el séquito que acompañó a D.^a Constanza, con ocasión de su boda con el entonces Infante heredero D. Pedro, igual que otro, llamado Roger de Lauria, ambos de ilustre prosapia) y aprovechando el Rey la demanda de auxilio que le hizo el tunecino Mirabusach, contra su hermano, ambos pretendientes al trono de Túnez, surgió la ocasión para que la naciente marina de guerra aragonesa diese cumplida prueba de su arrojo y el valor, mostrando, de paso, que ese jefe, como otros que luego cobrarían mayor celebridad, iban a ser artífices de hazañas inconcebibles.

Diez buques bogaron a Túnez, para abastecer de agua, en cuya ocasión una flota, mucho más numerosa, de moros, aparecieron allí. No obstante, Conrado de Llanza decide atacarla y con habilidad suma, con denuedo tal que llenó de temor al enemigo, la venció tras rudo combate, rescató a los cautivos cristianos que en las naves sarracenas iban al remo y consiguió apresar las naves enemigas, llevándolas a Valencia.

Aunque los cronistas de esa operación naval no están enteramente claros en su narración, el historiador Bofarull ha sabido, a nuestro juicio, puntualizar los hechos. Parece ser que esta expedición lo fue, en efecto, para cobrar el tributo no pagado, pero, a consecuencia de la mencionada pugna entre los hermanos africanos, uno de ellos, el vencido, buscó el amparo del Monarca aragonés y le pidió su ayuda para destronar al vencedor, a cambio de lo cual le prometía, si lograba sus propósitos, no sólo pagarle puntualmente el tributo, sino también hacerse cristiano, establecer alianza con Aragón, permitir la presencia permanente en Túnez de un cón-

sul catalán y favorecer el comercio entre ambos países, con otras ventajas muy curiosas, v.gr.: que el alcaide mayor de Túnez estuviese a merced del Rey de Aragón, que éste pudiera cambiar siempre que quisiese, que llevasen en las huestes la señora real de las barras y otras cosas, todas ellas tales que, bien mirado, hacía de Túnez un tributario de Aragón.

El éxito de la expedición realizó el programa y aún con creces, pues Conrado Llanza asentó en el trono al protegido de su señor, emprendió el regreso a Cataluña, batió a naves berberiscas, obtuvo cuantioso botín y así, triunfante, dio cumplimiento a su misión.

Las fechas de ambos hechos de armas resultan, también, como sus pormenores, un tanto confusas, pero nos parece que debieron tener lugar en los años 1.277 y 1.278. De todas maneras, hemos hecho referencia al doble asunto no por su importancia intrínseca, sino por dos razones harto más destacables. La primera (apuntada hace un momento) por el rápido auge y pujante acción de los buques construidos por orden de D. Pedro; por aparecer ya los preclaros nombres de Conrado Llanza y, aún en bruma, pero en seguida brillante, de Roger de Lauria y algunos otros que pronto, con ellos, se harían dueños del Mediterráneo occidental y central. La segunda razón (quizá de más relieve), porque, como punto estratégico de primer orden para ulteriores planes, Túnez pasaba a ser, desde 1.278, una base naval de la Corona de Aragón, según veremos. Importa, pues, no olvidar estos episodios, que, por sí solos ni siquiera los hubiéramos mencionado.

Y hemos de pasar ahora a otro escenario y a otro punto de capital importancia para los vastos planes elaborados por el Rey, planes que, conforme a lo dicho más arriba, desbordaban los límites de sus dominios, heredados de su padre. Y aunque la trascendencia de tales planes haya de ser objeto de otros capítulos, es necesario, para su cabal conocimiento, hablar de sus prolegóme-

nos, aunque ya forma parte de éstos la aventura tunecina a que acabamos de hacer referencia.

Si, pues, con Castilla no había problemas, por lo menos a corto e incluso a medio plazo, sí pudiera haberlos con ese Rey de Francia Felipe III, quien, por su primer matrimonio, fue cuñado de Pedro el Grande de Aragón. Era un Monarca un tanto misterioso, ni tan cabal ni envidiable como su padre, hoy venerado en los altares, con el nombre de San Luis, ni tan sinuoso, cruel, taimado e incluso depravado como su hijo y heredero, que un día se llamaría Felipe IV el Hermoso. Digamos, de paso, que a los franceses más que a los españoles, les gusta mucho eso de añadir al nombre de cada uno de sus reyes, un adjetivo, pomposo o no, y, así, si a Luis IX se le llamó y fue "Santo", a ese hijo, un tanto desdibujado en la historia, le apellidan el "Atrevido" (ellos sabrán por qué), como al nieto le calificarán de "Hermoso", ignoramos si con razón o sin ella. Más adelante, hablarán de Luis "el Hutin" y de Felipe "el Largo", etc.

Pues bien: la perspicacia de nuestro Monarca Pedro III el "Grande" (podemos, siempre, asegurar que los fue) no se le ocultaba, que de Pirineos arriba, reinaba un ex-cuñado cuya mirada constantemente se proyectaba hacia el sur de su país, como tampoco podía olvidar que era sobrino carnal de Carlos de Anjou (mortal enemigo del aragonés, aunque esta enemistad estuviera entonces latente, para hacerse bien pronto patente); y como así era, como sospechaba de su propio hermano D. Jaime, Rey feudatario de Mallorca y Señor de Varias ciudades y porciones del "midi" francés, o, mejor expresado, ultrapirenáico; como entre estos señores figuraba uno, Montpellier, patria chica por haber nacido allí, su padre, D. Jaime I, oficialmente bajo el dominio de ese hermano sospechoso y, lo que es peor, codiciada por Felipe III, era conveniente aclarar actitudes y despejar incógnitas, por lo cual una entrevista "a tres" se imponía.

¿Quién la propuso? Discútese este punto, pero bien pudiera afirmarse que tanto interesaba a cada uno de ellos que si la iniciativa partió, acaso, del francés, lo mismo hubiera podido partir de nuestro D. Pedro. En cuanto al de Mallorca, se contentaría con ir en compañía de su hermano y ser un poco preterido, sin dejar de ser, y con razón, parte interesada.

Tenemos a la vista el texto de una carta escrita por el Monarca de Aragón, a su colega francés, fechada en Tarragona en agosto de 1280, que nos place copiar, no sólo por su contenido, si no también como curiosa muestra del género epistolar, entre Reyes, en esos años postreros del siglo XIII. Dice así:

“Al Ilustre Rey de Francia. Ya sabéis que hemos recibido las cartas de vuestra excelsa Majestad, en las cuales, por el afecto sincero que la excelsitud de vuestra benevolencia nos manifiesta, nos dais a conocer vuestros arduos negocios y la entrevista que dispusisteis celebrar con el Rey de Castilla y del ínclito Príncipe de Salerno, las cuales nos han sido sumamente gratas, pensando que en la citada entrevista, con la extraordinaria prudencia de vuestra grandeza se concertarán grandes cosas que serán aceptas a Dios, útiles a todo el mundo y también fructuosas para el honor vuestro y nuestro. Y porque procurásteis comunicárnoslo, tributamos múltiples acciones de gracias a vuestra benignidad. Por lo demás, vuestra excelencia no ignora que a causa de ciertos negocios, despachados hace poco, que tenemos en ciertos lugares de Cataluña, hemos manifestado a vuestra serenidad que nos complacería celebrar una entrevista con vos en lugar y tiempo oportuno para vos, cuya entrevista recordamos nos ha pedido vuestra excelsitud en otro tiempo. Y puesto que para la entrevista que debéis tener con el Rey de Castilla, estáis en la región de Tolosa, adonde creemos que hemos de acercarnos, nos parece conveniente que, antes de vuestra entrevista con el antes dicho Rey, tengamos una entrevista y conversaciones con vos en la ciudad de Tolosa ocho días antes de la fiesta de San Miguel. Tanto más cuanto no creemos que poda-

mos fácilmente tomar parte de vuestra entrevista con el Rey de Castilla, ya que por la sospecha que de nosotros tiene dicho Rey que queremos turbar vuestra paz y la suya, no le sería nuestra presencia grata. Cualquiera que sea lo que la intención de vuestra alteza disponga acerca de lo anterior, os suplico que os dignéis comunicármelo rápidamente, a causa de la brevedad del tiempo."

Esta interesante carta, escrita en latín, en su original, pone de relieve que si Felipe tenía afán de ver al Rey de Aragón y éste, a su vez, al de Francia, los asuntos afectaban, por igual a ambos, y no dejamos de notar, en su redacción, la sutileza, por parte del aragonés, un tanto maquiavélica, relativa a posibles escrúpulos que nacerían en el ánimo de D. Alfonso de Castilla. Escrúpulos ¿de qué? Si se tratase, tal vez, de Navarra (que bien pudiera ser) era, ya, asunto terminado, y por cierto, a favor del francés. Parece, pues, que todo esto era una mera fórmula, sin contenido ninguno.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la tan deseada entrevista tuvo lugar, precisamente en Tolosa, en ese "midi" francés donde, a un tiempo, se entremezclaban miras, inquietudes y apetitos conjuntos de Castilla, Aragón y Francia. En cuanto a los escrúpulos relativos al Rey de Castilla, se relacionaban, según Zurita, a los Infantes de la Cerda, cuyos intereses ya defendía abiertamente Felipe, intrigado por su hermana, la joven viuda D.^a Blanca. Dicho queda que D. Pedro, en el litigio, guardaba una actitud neutral, muy conveniente, sin duda para sus ulteriores proyectos.

Parecen ciertas las fechas en que tuvieron lugar las entrevistas: debieron ser en la segunda quincena de septiembre de 1280. Tanto Muntaner, como Desclot y Zurita conceden importancia al acontecimiento y dan pormenores del suntuoso séquito y esplendor del boato, que llevó consigo el aragonés, a quien acompañaba su hermano D. Jaime, a la sazón malhumorado con el Monarca francés, que, fingiéndose amigo suyo y prometiéndole su devolu-

ción pronta, estaba ya en posesión de Montpelier, contra los derechos del mallorquín.

Regalos, torneos, mutuos agasajos, fiestas, protestas de amistad..., todo lo usual, en fin, propio de negociaciones internacionales, donde los puntos de vista son opuestos, dan pábulo a Muntaner para fantasear un poco en su brillante Crónica, al describir la entrevista de Tolosa. Pero señálese un extremo que, a decir verdad, ofrece intereses y muestra actitudes harto elocuentes, por uno y otro lado.

Es el caso que, con el Rey de Francia fue a Tolosa su sobrino, el Príncipe de Tarento, hijo de Carlos de Anjou. Era, sin duda, mejor persona que su padre, pero, por muy afectuoso que ese mostrase durante los quince días que duraron fiestas y conversaciones; por más que el Monarca francés hizo para presentarle grato a su egregio colega aragonés, poniendo de relieve sus relaciones de parentesco, derivadas del primer matrimonio de Felipe con la hermana de D. Pedro, además de otros vínculos algo más lejanos; por más, en fin, que el angevino convidó, de acuerdo con Felipe a un banquete, sistemáticamente el aragonés rehusó toda muestra de acercamiento al hijo de su enemigo, mostrándose siempre alejado de él y hasta claramente adusto.

¿Era la tal entrevista un sondeo recíproco de actitudes? ¿Era un proyecto para disuadir D. Pedro al francés en el afán de éste a la posesión de Montpelier? ¿Era, en fin, un deseo, por parte de uno u otro de dar de lado a Castilla en sus proyectos, no olvidados, en Navarra? Bien puede creerse que de todo hubo. Por lo pronto, quedó al descubierto el encono de D. Pedro hacia el Príncipe de Tarento; quedó semi zanjada la difícil cuestión de Montpelier. Sólo, decimos, semi zanjada, pues, tras poseerla por breve tiempo el mallorquín, al cabo del francés se quedó con la ciudad natal del "Conquistador", y, así, tras esas ceremonias usuales, el antagonismo, pese a regalos, banquetes y fiestas ostentosas por una y otra

parte, las conferencias se terminaron con sonrisas y promesas de amistad entre los dos egregios protagonistas, sí, pero nada más. La realidad la dice, en pocas palabras el gran Cronista Desclot: "D. Pedro se marchó disgustado" y, sin decirlo él, es seguro, añadimos nosotros, que disgustados quedaron también, en mayor o menor grado, D. Jaime y Carlos de Anjou, Príncipe de Tarento, sin perjuicio de que estos dos últimos permanecieran unos días más, muy amigos, en esa ciudad de Montpellier, manzana de la discordia, lo que aumentó el antiguo enojo del Rey de Aragón hacia su hermano D. Jaime.

Promesas de "eterna amistad", ser amigo o enemigo de los amigos o enemigos del otro, zalemas y demás componentes de esos actos, siempre iguales a lo largo de la Historia... y, al final, ya lo veremos, ruptura.

¿Hubo, como algún historiador dice, una gestión diversiva, a cargo del Infante D. Sancho, de Castilla, cerca de su tío D. Pedro, durante esas negociaciones? No puede asegurarse, pero es verosímil; a este sobrino, que hubo de resignarse a que el aragonés tuviera en su poder a los Infantes de la Cerda, como mal menor para él, le importaba muchísimo más su tío, que el Rey de Francia: uno, peligroso, sí, pero no probable contrario a él, en la cuestión (oficialmente resuelta en las Cortes de Segovia) de la sucesión a la Corona castellana; otro, decidido amparador de sus sobrinos, pero al lado de allá de los Pirineos. El aragonés era para el castellano mucho más interesante; el francés, podría llegar a serle vecino terrible, sobre todo si llegaba a un acuerdo con D. Pedro y, claro está, había que estrechar amistades con su tío oriental y aún darle toda clase de pruebas de afectos, v.gr.: la de cederle la parte que a D. Sancho le correspondiese del Reino de Navarra..., cuando el Reino de Navarra dejase de ser rica presa de los franceses. Promesas de esa índole poco trabajo costaba hacerlas.

Y, convencido de ello, el Infante solicitó, tras lo de Tolosa, celebrar, a su vez, conversaciones con D. Pedro III de Aragón, custodio de los dos pobres huérfanos de D. Fernando de la Cerda, que, adolescentes todavía, se vieron amablemente, pero también cuidadosamente prisioneros de las pasiones humanas, en un castillo de Játiva durante varios años. Más tarde, frustrados los intentos para otorgarles territorios en el Reino de Murcia, y siendo ya libres y mayores, contrajeron matrimonio: el mayor, D. Alfonso, (que obtuvo bienes en Castilla, v.gr.: Alba de Tormes, Béjar, Valdeconeja y otros cuatro más, aunque un tanto desparramados) se casó en Francia con Mafalda, Condesa de Clermont, y de ellos descende los posteriores Duques de Medinaceli. El menor, D. Fernando, también libre, contrajo matrimonio con D.^a Juana de Lara.

Pues bien: si al Monarca aragonés le interesaba mantener, según sabemos, en su poder a los dos niños huérfanos (semi-rehenes, semi-bazas para su juego político), a los castellanos, padre e hijo, no les disgustaba que ambos, ya que no estuvieran bajo su mirada, permanecieran en Aragón, impidiendo que fuesen prenda de ese Felipe III de Francia.

El 27 de marzo de 1281, tuvieron lugar las regias entrevistas concertadas, en Campillo, sito a medio camino de Agreda a Tarazona. Con Alfonso X de Castilla, acudieron allí su hermano el Infante D. Manuel; sus hijos D. Sancho (ya presunto heredero de la Corona) y D. Juan; el Obispo de Palencia y otros Prelados, así como el Marqués de Monferrant, yerno del Monarca, además de varios magnates. Acompañaron, por su parte, a D. Pedro III de Aragón sus hijos D. Alfonso y D. Jaime (los cuales, andando el tiempo, ceñirían sucesivamente la Corona de su padre), el Obispo de Tarazona, el Nuncio del Papa (a la sazón lo era Martín IV, de pésimo recuerdo para los españoles), tres hermanos bastardos del Rey, así como otros personajes, en número de doce o catorce. Como nota curiosa, refiere el historiador D. Víctor de Balaguer que el punto de reunión estaba precisamente en la conjunción de Aragón y Castilla

y que todavía en el siglo XIX se señalaba el sitio donde ambos Monarcas coincidieron a la mesa, cada uno dentro de su propio Reino.

Todo, al revés de lo ocurrido en Tolosa, marchó muy bien y hasta se echaron los cimientos de una alianza ofensivo-defensiva entre los dos Reinos; las demás cuestiones estaban por debajo de ésta, en punto a importancia, pues aunque Zurita afirma que allí se trató, con mayor o menos secreto, la conquista de Navarra, para ser repartida, era esto algo no maduro todavía, sin embargo de lo cual (ya antes hemos aludido a ello, D. Sancho prometió a su tío que lo que le correspondiera en el reparto, se lo cedía). Otros castillos y lugares, dentro del Reino de D. Alfonso y objeto de pequeños litigios e incidentes, éste prometió dárselas a su egregio cuñado aragonés.

Todo parece, pues, indicar, bien a las claras, que Aragón, en estas reuniones de Campillo, salió beneficioso y no consta la reciprocidad de dones, por parte de éste, por lo que cabe suponer que los cautivos en Játiva bastaban para la tranquilidad de D. Alfonso y, sobre todo, de D. Sancho. En cuanto a los vínculos de parentesco y a la amistad entre Castilla y Aragón, objeto de máxima solicitud del difunto Rey D. Jaime (que se nos representa como patriarca amoroso de varias familias reinantes) puede ser así, que facilitasen los acuerdos pactados, pero no olvidemos que, en política, el afecto juega mínimo papel. En todo caso más vivamente se mostró efusivo D. Sancho, que pudiera mostrarse D. Alfonso, tal vez porque en el ánimo de éste (un tanto versátil e indeciso) empezara a germinar la duda acerca de si fue, o no acertada la designación de heredero a favor de su segundo hijo, en lugar del nieto, porque lo hecho en las Cortes de Segovia iba en contra de lo estatuido por el mismo Monarca en sus Leyes de Partida, o sea el "derecho de representación". Un "fait-accomplí" al que, de buena o mala gana, hubo de someterse.

Dice Zurita y conviene no olvidarlo, que "la causa por la que el Rey de Aragón retenía en su poder a D. Alonso y a D. Hernando (los Infantes de la Cerda), allende de la seguridad de sus personas, era por se asegurar del Infante D. Sancho y tenerle apremiado que en sus hechos y negocios no se entremetiese para estorbar la empresa que mucho antes tenía en su pensamiento de tomar contra Carlos, Rey de Sicilia; y para refrenar al Rey de Francia que no le fuese enemigo y estuviese en este hecho de por medio. Y con estas prendas, con gran prudencia, gobernaba sus hechos y entretenía los Reyes de Francia y Castilla, pendiendo una negociación tan grande como esta de su voluntad", añadiendo que le convenía asegurarse D. Sancho de su propio padre, el Rey de Castilla, no obstante los acuerdos ya tomados en las recientes entrevistas regias, referentes a sus sobrinos, pues ya se recelaba de esa indecisión a que acabamos de aludir, con tanto mayor motivo cuanto que entonces algunos ricos-hombres castellanos estaban descontentos de D. Sancho y de las Cortes de Segovia, tan favorables a él. Era (adelantémoslo) el embrión de una gran lucha que se avecinaba en Castilla, entre un Rey pusilánime (no lo fue con su hermano D. Fadrique y con Ruiz de los Cameros, ciertamente) y un Infante ambicioso que, sin titubear, iba a lo suyo, aunque, si no bastase con lo decretado en las repetidas Cortes de Segovia, acudiría a las armas para defender su herencia.

Todo quedaba bastante bien arreglado por el oeste y por el sur (Murcia, recobrada por los aragoneses y valencianos, tras el levantamiento sarraceno, dominado gracias a la acción conjunta de D. Alfonso el "Sabio" y Jaime I (que le devolvió caballeramente el reino recuperado a su yerno); por el momento, no había peligro por el norte, aunque las cosas allí no estaban tan claras; el Mediterráneo, antes infestado por piratas y corsarios berberiscos, era ya poco problema, pues las naves catalanas lo iban dominando; Mallorca aunque a regañadientes de D. Jaime, formaba un feudo del real hermano mayor de éste; las finanzas se robustecían,

en virtud de disposiciones de D. Pedro... No parecía, pues, nublado alguno, tras las recientes guerras de Valencia y Cataluña y la múltiple labor diplomática, dirigida por D. Pedro, que incluso mediante los desposorios de su santa hija D.^a Isabel, (en 1.282, convertidos en boda más adelante, en 1.288) con D. Dionis, Rey de Portugal y el envío a éste de una embajada especial, pudo restablecer en ese Reino la paz entre el Monarca y un hermano suyo, ya a punto de batallar entre sí, el aragonés, que como amante hijo, había cumplido en 1.278 los últimos deseos de su padre, trasladando al Monasterio de Poblet sus restos mortales, que, provisionalmente reposaban en Tarragona, podía entregarse, con relativo desembarazo a su "gran empresa", o sea, a Sicilia, que era de su muy cara esposa, la Reina D.^a Constanza.

Sí, ciertamente, no faltaban obstáculos e incluso los había bien difíciles de superar, pero era de fronteras afuera y D. Pedro tenía iniciativa, imaginación, destreza, habilidad y fuerzas para no parar mientes en ellos. Ya iremos comprobándolo.

En todo caso, queda narrado así lo que bien podemos llamar la parte interna del Reinado de D. Pedro III, parte ciertamente pródiga en aciertos y fiel ejecutoria de que el sucesor de Jaime I el "Conquistador" era digno de él y que le cupo dar fin.

Pero concluida ya, virtualmente, esta doble tarea, hemos de llevar nuestras miradas a más dilatados horizontes, no previstos, tal vez, por D. Jaime, pero sí incrustados, valga la palabra, en el alma de su sucesor, horizontes que, como repetidas veces hemos dicho, se derivaban de aquel enlace nupcial planeado por su padre, contra los deseos de la Santa Sede, pero que el Monarca juzgó oportunos y quién sabe si convenientes, también para la grandeza y lustre de la Corona de Aragón. ¿Los previó? Acabamos de apuntar con un "tal vez", nuestras dudas, pero algo parece indicar que, al elegir para esposa de su hijo primogénito a Constanza, heredera del "excomulgado Manfredo, Rey de Sicilia", D. Jaime I, buen

católico sin duda ninguna, venció la oposición del Papa y la muchacha italiana vino a Aragón (por cierto, conducida por aquel bastardo Fernán Sánchez, de tan triste recuerdo), desposóse con éste y fue Reina de Aragón, Reina tiernamente amada por su marido, pese a las liviandades usuales en aquellos tiempos en los que, como mancha capaz de romper el más limpio blasón de Monarcas y magnates, se podía ser (hasta cierto punto, claro está) buen esposo, y de paso, tener una o varias favoritas, con la consiguiente prole de hijos bordes; mancha, añadimos, que, con contadas excepciones, se extendió a las regias dinastías castellanas y aragonesas. No en balde, las costumbres y permisiones del Korán habiáanse infiltrado, pese a la Religión Cristiana, a lo largo y a lo ancho de la Península Ibérica en los cinco siglos que, en el décimo tercero, vivían en ella cristianos y musulmanes, siempre, sí, luchando, pero con el contagio de esas permisiones y costumbres que los segundos transmitían a los primeros.

Amante esposo, D. Pedro III, fue tan desordenado, casi, como su ilustre padre, aunque, claro es, no le alcanzó en este extremo. Más comoquiera que, con arreglo a la ética de entonces, resultaba ya pieza obligada de las Casas reinantes la plaga de los bastardos, D.^a Constanza de Sicilia (hija, al fin, de un bastardo, aunque acaso legitimada por subsiguiente matrimonio de su padre) debió pasar por los usos de la época y, a su vez, ser amadísima esposa del Monarca aragonés e incluso motor principal de la empresa a que éste iba a lanzarse, o sea, a la aventura siciliana, ya que, como dice donosamente el cronista Muntaner, "muy cerca tiene la guerra si está cerca de su casa; y mas cerca todavía, si la tiene en su almohada".

Y D. Pedro III debió pensar, al contraer matrimonio con esa joven extranjera, que la sabiduría de su propio padre, tendría razones, a largo plazo, para haberse fijado, no obstante su religiosidad, precisamente en esa hija de un Rey excomulgado por la Santa Sede, que en esos tiempos se consideraba con poder bastante para

deponer y nombrar reyes, sobre todo en la península italiana. Muy pronto hemos de ver esto y no allí, sino en la misma tierra aragonesa.

Cuenta Muntaner y con él refiere Zurita, que Constanza, huérfana ya de Manfredo (muerto en la batalla de Benevento contra Carlos de Anjou, en 1.266) anhelaba que, como heredera de su malogrado padre, el Rey, su esposo, vengase esa muerte y recobrase el Reino de Sicilia. El primero de dichos autores, con su habitual lirismo, dice que, ante las acongojadas súplicas de su esposa, a la que tanto amaba, "compartía sus sentimientos y un lamento de ella le partía el corazón".

Y así entramos en una fase enteramente nueva de la Historia de España, fase al llegar la cual todos los escritores diríase que se sienten absortos e incluso achicados, ya que hasta entonces (corría el año 1.282) sus plumas hánse limitado a no escribir sino lo ocurrido entre los Pirineos y el Cantábrico, por el norte; Portugal y el Atlántico, por el oeste; Andalucía y el estrecho de Gibraltar, por el sur; y el Mediterráneo, hasta las Baleares, por el este.

Entremos, pues, con Pedro III el Grande, en la Historia universal.

Libro tercero¹

I

El 29 de octubre de 1.282, en la plaza del Mercado, de Nápoles, caía, bajo la espada del verdugo, la cabeza de Conradino de Suabia, el último Staufen, el más amable, el más inocente, de la estirpe, el mozo de 17 años, cuya sola culpa fue intentar la recuperación de una corona que le pertenecía.

El verdugo, propiamente dicho, no era el hombre que dejó caer el arma fatal sobre el cuello del bello mancebo, sino Carlos de Anjou, flamante Rey de Nápoles-Sicilia, por obra de sus victorias en Benevento y Tagliacozzo y por obra, también, de la Santa Sede. El vástago imberbe de la estirpe condal de los Staufen pagó los yerros de sus antepasados y concentró el odio de sus enemigos; pero el recuerdo de su breve y heroica gesta y, más aún, de su trágico fin, perdura todavía y si la Historia parece estremecerse al relatar la ejecución del malogrado Conradino, en esa Nápoles medioeval, bella y traidora, no hace más sino prolongar el grito de horror que, en el mismo patíbulo, lanzó el Duque Federico de Austria, deudo y compañero de infortunio del ajusticiado, momentos antes de que su propia cabeza rodase junto a la de él.

¹ Este primer capítulo lo copio al pie de la letra de la "Introducción de mi obra inédita titulada "Historia del Cisma de Occidente".

Con tal episodio, presenciado por el Monarca vencedor, cualquier contemporáneo habría dicho que la lucha secular entre el Pontificado y el Imperio había terminado definitivamente y que había concluido con el triunfo del primero, sobre el segundo...

Sí: todo parecía indicarlo: la contienda había absorbido las fuerzas de ambos bandos y a lo largo de dos siglos las vicisitudes de la colosal refriega muestran la gama de la epopeya medioeval, con todos sus horrores, pero también con todas sus bellezas, porque no debemos olvidar que allá en los orígenes de la lucha, uno de los Emperadores alemanes fue Federico "Barbarroja", personificación, casi mítica, de la grandeza del país centroeuropeo, guerrero afortunado, gran político, gran impulsor de la gloria de su patria y aglutinante de poetas, trovadores, paladines y cortesanos, que, como maravillosa y polícroma estampa, como acabada ejecutoria de la epopeya germánica, cautiva hoy, aún, no sólo a los mismos alemanes, sino a quienes, sin serlo, se recrean con las páginas de las crónicas vetustas y polvorientas del medioevo, ya que en ese reinado venturoso la caballería logra su esplendor y se entrecruzan y llegan hasta nosotros el estrépito de sus torneos, las canciones del "lied", el homenaje de los caballeros a la belleza de las damas, la música de las fiestas cortesanas o castellananas, las plegarias a la Virgen y los suspiros de amor, maravillosa sinfonía que no carece de tremendas disonancias y que termina en un gemido de agoría, cuando, camino de Tierra Santa, como paladín de las cruzadas, el Emperador, mitad caudillo, mitad penitente, cae en un río y perece, pero no su recuerdo, porque durante años y años, los alemanes no creyeron en su muerte, hasta el punto de que siglos más tarde, en sus veladas todos los ancianos contaban a sus nietos, al amor de la lumbre y entre libación y libación, que el Emperador vivía y que en cualquier momento aparecería con brillante armadura y al frente de su hueste de caballeros cruzados.

Repitámoslo: la decapitación de Conradino podía considerarse como el sangriento colofón de la pugna bisecular. La Santa

Sede, convencida de que no podía subsistir como poder temporal en una Italia dominada por el Imperio, había peleado con tesón para librarse del dogal germánico, y, carente de fuerzas unilaterales italianas, buscó la ayuda de Francia.

San Luis no quiso mezclarse en la contienda: santo y sabio, vio luces y sombras en los planes pontificios; consumado Monarca, tenía determinados aspectos de la política papal y, anhelando la paz, rehuyó ser beligerante; tal vez, no compartía la opinión general de sus contemporáneos, según la cual el Pontificado y el Imperio simbolizan las dos espadas de que habla el Evangelio (San Lucas, XXII, 38), ni siquiera los dos Poderes, espiritual y temporal, bajo los cuales la Cristiandad halla cobijo y amparo.

Pero si el Santo Rey permaneció ajeno a la contienda, un hermano suyo, perfecta antítesis de Monarca, aceptó la invitación pontificia: Italia, que siempre constituyó el sueño dorado de Europa entera, atrajo, naturalmente, al ambicioso Carlos de Anjou, cuya codicia no tenía, en verdad, que ser azuzada por su propia esposa, y, al frente de aguerrida hueste, acudió al llamamiento de Urbano IV y entró en la península apenina para combatir por el Papa contra los últimos Staufen: Manfredo, primero, y luego Conradino.

¡Brava ayuda logró la Santa Sede! Es indudable que, para la Historia, el airón de guerra del Anjou era muy bello y su misión muy noble: ¡Libertar a la asfixiada Iglesia, del yugo de la casa de Suabia! Pero Francia, siempre romántica a su modo en los móviles aparentes de sus empresas, tiene hambre de botín y, en todo caso, se hace pagar sus servicios a elevadísimo precio. Carlos, buen guerrero, hombre frío y de corazón duro como el pedernal, taciturno, bilioso, calculador y taimado, tenía puestas sus miras en esa Italia, bellísima e incitante, por cuyos encantos, sin par, Federico II de Suabia, el más discutido de los Stauffen, tan vez también, el más frío político de su dinastía, pese a sus errores, casi renegó de su patria alemana; en esa Italia meridional, Nápoles-Sicilia, cuya con-

quista por el Emperador le costó mucha sangre, muchas excomuniones, muchos disgustos, y, en fin, la ruina de su Casa, la corona y la vida.

Dos campañas, o, mejor dicho, dos batallas, bastaron para lograr su intento: en Benevento, Manfredo, un bastardo, pero noble y digno de su esclarecido abuelo, fue vencido y muerto; en Tagliacozzo, su sobrino, Conradino, resultó también desbaratado; días después, cayó en manos del vencedor, que, ante la estupefacción de una Europa hecha a todo género de violencias, y tras una parodia de juicio, cuyo relato todavía hoy causa ira leer, condenó a muerte a aquel héroe, casi niño, por la edad, pero hombre y bien hombre de corazón, por la serenidad con que afrontó el trance fatal y, en fin de cuentas, como Manrique, digno descendiente de un linaje, en el cual, con vicios o con virtudes, los héroes abundan ciertamente y donde el miedo no tuvo jamás cabida.

¿Era, en efecto, la tragedia de Nápoles el epílogo de la colosal contienda entre el Pontificado y el Imperio? Todo parecía indicarlo así, decíamos antes, pero la Historia recoge un episodio (acaso adornado, después, por la leyenda) sin importancia visible, que, momentos antes de la ejecución tuvo lugar y este episodio fue que Conradino, desde el cadalso, se quitó el guante de su diestra y lo lanzó entre la aterrada muchedumbre. El guante lo cogió un caballero, partidario de la víctima y, andando el tiempo, consiguió sacarlo de Italia...; como una reliquia venerada, lo llevó a España, en uno de cuyos reinos ceñía la diadema un hombre casado con la hija mayor de Manfredo, el vencido en Benevento; a él se lo entregó y este hombre, consciente de los derechos de su esposa, hecho, así, depositario de la muda protesta del ajusticiado, tomó sobre sus hombros la tarea de luchar contra el tirano de su deudo, tarea que, con sin igual denuedo y energía supo llevar a bien cumplido término.

Hablamos, lector, del Rey D. Pedro III de Aragón, llamado el "Grande", de ese Rey que aún hoy, tal vez por ser español, estima de una conspiración de silencio por los historiadores extranjeros y, sobre todo, entre éstos, por los italianos.

Y he aquí cómo, contra lo que podía suponerse, la lucha de los Papas contra los Stauffen tuvo un nuevo acto, cuyo protagonista, ignorado por Europa hasta entonces, entró en escena, pisando fuerte... Tan fuerte que, al cabo de pocos meses, vencía al vencedor de Manfredó, al verdugo de Conradino; le arrancaba la ensangrentada corona, de sus sienes, y en la opulenta isla de Sicilia, en la que pudiéramos llamar esmeralda de doble reino italiano, elevaba las banderas de las barras de Aragón y, de paso, libraba al Papa, a pesar suyo, de la ominosa alianza del francés.

España hacía su aparición, pues, y bien de lleno, sin duda, en la tumultuosa historia de Europa, donde el Pontificado, Alemania, Francia, Inglaterra, Bizancio e Italia había desempeñado exclusivamente los principales papeles.

Era entonces el año 1.282.

II

No es posible al historiador fijar las ideas directrices de los hombres que protagonizan los acontecimientos, según hemos dicho ya, mas cabe adivinarlos o, al menos, deducirlos por los hechos, en todo, o en parte. Sirva esta consideración obvia como introducción al hecho, bien destacado por cierto, de que un pueblo, como el aragonés-catalán-valenciano, o sea, en términos escuetos, la Corona de Aragón, hasta muy al cabo del siglo XIII dedicada, como Castilla-León, a una labor interna, de reconquista y consolidación, en los límites de la Península Ibérica, se lance de pronto a una empresa ultramarina, de no menguado alcance, tanto por su importancia en sí, como por las circunstancias y los personajes que en ese tiempo brillaban: circunstancias y personajes que hubieran asustado, acaso, o, por lo menos, influido en contra para el solo intento.

Ya hemos dicho que llegó el momento, en el curso de la Historia patria, en que los españoles rompen sus fronteras y pareciéndoles pequeño el escenario en que, hasta entonces, se han movido, casi ignorados por una Europa que creía que empezaba en las mismas cumbres de la cordillera pirenaica, por el norte y el mar por los demás lados (¡fastidioso Jaime I, que, sin permiso de nadie, cobra las Baleares!) se lanza intrépidamente a un "plus ultra" inesperado.

Hemos nombrado a D. Jaime I de Aragón, el gran Monarca cuyo reinado personifica ya que no la gran aventura por el oriente de esas mismas islas por él conquistadas, sí lo que bien pudiéramos calificar de embrión de tal empresa, que no él, sino su hijo primogénito, ha de realizar, porque si, a fuerza de investigaciones, quisiéramos señalar el preciso momento, "ad extra", en que cabe fijar el comienzo de la gran aventura, tendremos que situarnos, de nuevo, en el reinado de D. Jaime I.

Es el historiador español D. Fernando Soldevila quien puede apuntarse el tanto de este acierto cronológico. Fue así:

Tratábase de buscar esposa para el heredero de la ilustre Corona, que solamente tenía veinte años (no precisamente vírgenes, digámoslo de paso, pues ya era padre de dos niños y una niña) y el Rey, según dijimos al comienzo de este libro, consciente de la importancia del previsto enlace, tiende su mirada en torno suyo, buscando la futura nuera, que llegaría a ser nada menos que Reina de Aragón y mientras cavilaba parece ser, según Muntaner, que "de muchas partes le proponían muchos y honrosos matrimonios de hijos de emperadores y reyes", pero he aquí que el otro gran cronista de la Corona, Bernardo Desclot, dice, por su parte, que de las dudas le sacó, hacia el año 1.259 un Monarca perteneciente nada menos que a la Casa Imperial de los Staufen, esa célebre dinastía alemana, que centra la atención de Europa entera durante más de dos siglos, a partir de 1.138, en que, tras los Emperadores de la Casa de Franconia, ciñe la Corona Conrado III.

Es verdad, sí, que no se trata de un Emperador, el que va a dar una solución al problema de ese matrimonio que preocupa al Monarca aragonés: no. Es nada más que Rey de Sicilia, pese a la Santa Sede y pese a quien, por ella ayudado, lidia con el "intruso", contra el que ha sido o va a ser repetidamente excomulgado, al que se le considera bastardo de Conrado IV y nieto de Federico II (este enemigo número uno del Pontificado). Se trata de Manfredo de

Staufen, un Rey más bien "de facto", que "de iure", de Nápoles-Sicilia, la porción meridional de Italia, para rescatar la cual un Papa, Clemente IV, ha ofrecido su dominio, como feudo, al hermano de San Luis Rey de Francia, ya que éste, según sabemos, no ha aceptado el ofrecimiento.

Aparece, así, mezclado con la Historia de Aragón, esa odiosa figura, cuyo recuerdo, en negro y en rojo, estremece todavía a quien lee la Historia del medioevo. Se trata de Carlos de Anjou, el siniestro tirano, llamado por una Santa Sede, errante alrededor de Roma, por los perennes disturbios de los mismos romanos; por una Santa Sede, cuyos sucesivos Papas, en esos años, estaban fatalmente puestos en medio de un mosaico de repúblicas, marquesados, ducados y señoríos de marcado sabor feudal, ya que era inconcebible entonces y lo fue y ha sido a lo largo de los siglos, que un Poder esencialmente espiritual, como el del Vicario de Jesucristo, no estuviera asentado en una porción del suelo italiano, lo que nada tiene de extraño; lo malo era la vecindad de cuantos principillos rodeaban al patrimonio de San Pedro y peor, aún, el turbulento modo de ser de aquellos tiempos, de aquellos hombres y de aquel modo de desenvolverse la historia italiana, especialmente en la Edad Media.

Pero si nada tiene de extraño y si es bien natural, en cambio, que los Papas defendiesen sus propios dominios y su propia libertad de movimiento, no deja de ser lamentable que, en sus luchas tendentes a tal fin, intereses temporales hicieran aparición. Debe insistirse en que eran, además de Vicarios de Jesucristo, Monarcas de un trozo de Italia, trozo del que sus vecinos y los que no lo eran, trataban constantemente de adueñarse. No olvidemos, repitémoslo, insistir en este aspecto del Pontificado medioeval, para que el historiador sepa enjuiciar atinadamente los acontecimientos que entonces, antes y después, tuvieron por teatro a Italia y por una gran parte, como protagonistas a los mismos Papas y, por nuestra parte, hemos de cuidar severamente de distinguir y separar la ta-

rea espiritual de éstos, ajenas a cualquier crítica, de cuanto, en lo puramente temporal, o, si se quiere, político, iban llevando a cabo, porque bueno será decir que, con contadísimas excepciones y sin remontarnos más lejos de los principios del siglo XIII, inaugurando con la brillante figura del gran Inocencio III, sus sucesores, hasta el final de esta misma centuria, y en mayor o menor grado, dieron demasiada importancia, no siempre acertada, a su papel de Reyes, con relación a su carácter de Sumos Pontífices de la Santa Iglesia. En cierto modo puede decirse que se consideraban con poder para dar o quitar coronas a los Monarcas cristianos.

Hecha esta salvedad por parte del autor de la presente obra, apasionadamente católico-apostólico-romano, sigamos, sin demasiados pormenores muy a flor de tierra, la actividad que, relacionada con la inminente contienda entre Carlos de Anjou y Pedro III de Aragón, desplegaron dos o tres Papas.

No era, por cierto, nueva la tirantez, el encono, entre ambas testas coronadas: venía de más atrás: de 1.258, cuando hubo un litigio entre San Luis, Rey de Francia, y Jaime I, Rey de Aragón, acerca del "midi" francés, manzana de discordia que estuvo a punto de producir una guerra, evitada por la prudencia de los dos. Pues bien, pacífico por temperamento y casi terminada su labor de "Conquistador", como le llama la Historia, D. Jaime fue débil, ante la actitud de su contrincante y esta debilidad estaba en clara oposición con la ya incipiente impetuosidad de su primogénito, D. Pedro. Uno, cincuentón, no quería más luchas; otro, mozo de dieciocho años, de sangre hirviente, pero amante y sumiso hijo, tascaba el freno, veía cómo ese "midi" y, un poco más a oriente, Provenza, se afrancesaban ostensiblemente, a expensas de la Corona de Aragón. "Ya (dice Fernando Soldevila, en su obra *Pedro el Grande*) gran parte de los dominios del Conde de Tolosa, habían pasado a los Capetos, (la dinastía reinante en Francia)". Ya quedaba poco por salvar de manos de los franceses, y fue cabalmente entonces cuando, pese a Jaime, en un pugilato por la mano de Beatriz de

Provenza, entre un príncipe Staufen y otro francés, triunfa la candidatura de éste; ella y su madre lo decidieron y, así, ese rico territorio caía bajo la influencia de Francia, pues Carlos, el hermano menor de San Luis, al casarse, se hizo Conde de Provenza, siéndolo ya de Anjou, en el noroeste de su país, que es con el que le conoce la Historia.

A partir, pues, de tal matrimonio (enero de 1.246), ante el incontinido, pero no incontenible afrancesamiento de la región ultrapirenaica en la que tenía dominio Aragón, nace, como dice certeramente el mismo Soldevila, la rivalidad entre el flamante Conde consorte de Provenza y el Infante heredero de Aragón, que veía mermados sus futuros dominios.

En esta situación, nada puede extrañar que, siendo ya Rey, y con ocasión de las conferencias en Tolosa, la adustez del Monarca hacia el hijo del Conde, no tratase de disimularla, (puesto no olvidemos que su mujer era la hija y heredera del desventurado Rey Manfredo) y, por lo mismo, pasando el vencedor a ser ya Rey de Nápoles-Sicilia.

Por esta asociación de acontecimientos y sin que dejemos de admitir que hubiese conjunción de sentimientos en el ánimo del Monarca, en el que se hermanaban el amor a su mujer, huérfana del vencido y privada de su trono siciliano, y el rencor a su antiguo rival en el "midi" francés, así como la innegable sed de engrandecimiento de sus propios reinos para mayor lustre de la Corona de Aragón y de paso el afán de una revancha en otros lugares, moviese al impetuoso Pedro III a llevar sus miras y sus armas hacia lo que, con entera razón y buena fe, consideraba patrimonio de su esposa y de su descendencia.

Sí, ciertamente: sus proyectos, cada vez más acuciantes le habían movido, una vez ceñida la real diadema, a llevar a la práctica proyectos de largo alcance. Triunfante en el alzamiento sarra-

ceno en Valencia y de la soberbia rebelión de Cataluña; ofendido también por el amistoso contacto que, años atrás, se estableció entre Carlos de Anjou y el bastardo aragonés Fernán Sánchez, al regreso de la frustrada expedición a oriente, actitud que, vista la traición del bastardo hacia su padre, culminó en su desastrosa muerte en el río Cinca, el nuevo Rey aragonés se decidió.

Todo, en efecto, contribuyó a que el máximo programa de Pedro III, desde antes de su ascensión al Trono, estuviese cifrado en acelerar sus preparativos para esa misión en el Mediterráneo central, y damos por indudable que la cuestión tunecina, ya historiada someramente (pues, en sí misma, careció de importancia, como no sea la de dar fama a la incipiente escuadra catalana y a su almirante Ramón Marquet), sirvió para tener en su día una plataforma de arranque a sus planes; después de todo, como dijimos en capítulos anteriores, poca distancia hay entre esa plataforma de Túnez y las bellas costas meridionales de Sicilia.

Cuentan las Crónicas que, mucho tiempo antes de que Carlos de Anjou fuera Rey de Nápoles y de esa isla, su esposa lloraba porque solamente era Condesa, mientras sus hermanas eran: Margarita, Reina de Francia; Leonor de Inglaterra y Sancha, por su matrimonio con Ricardo de Cornualles, Reina de Romanos. Lloraba porque en fiesta palaciega, no pudo sentarse en trono, como la primera, sino en lugar un tanto inferior de rango, conforme a la etiqueta de aquellos tiempos; y tanto lloraba que su marido (como, después sucedió entre D. Pedro y la Reina Constanza, su esposa) le prometió ser Reina, igual que sus hermanas. Era poco antes del llamamiento hecho por Urbano IV.

Tal era la situación, pero conviene señalar, como notas de importancia, unas cuantas fechas tendentes a esclarecer cuanto acabamos de decir. Veamos, pues, una pequeña cronología de los acontecimientos en Alemania, Francia, Italia y España.

Primero: al fallecer en el 1.250 el discutido Emperador Federico II (del que no nos hemos de erigir ni apologistas, ni detractores, pero ante el cual la historia tiene que detenerse un momento en su vertiginoso curso) sobrevino una situación confusa en la Corona del Imperio alemán, y los nombres de Guillermo de Holanda, Ricardo de Cornualles e incluso, como se ha dicho ya, nuestro Alfonso X de Castilla, pasan, sin relieve, con los de Conrado IV y Edmundo: es un interregno que termina en la elección de Rodolfo de Hansburgo, en 1.273, dinastía que dura hasta los primeros años del siglo XX. Pero ese interregno, que demuestra una verdadera anarquía, cuyas ramificaciones alcanzan a Italia, es, en todo caso, un capítulo más, el último, de la bisecular lucha entre el Pontificado y el Imperio, pugna en la cual uno y otro quedan malparados y cuyo final va a ser la lucha por Sicilia-Nápoles.

En 1.263 el Papa francés Urbano IV, ofrece la Corona de este doble Reino a Carlos de Anjou, el siniestro hermano de San Luis de Francia. Es aceptada, con ansia, la oferta, que da ancho campo a las ambiciones del francés y a las de su esposa. En 1.265, a la cabeza de un ejército franco-provenzal, entra en Roma, donde se le declara Rey, prestando juramento de fidelidad y homenaje a la Santa Sede, obligándose, además, a no aceptar el Imperio (suponemos que este punto no le costaría mucho concederlo) ni Lombardía, ni Toscana. Ya en son no de guerra, sino de Cruzada contra el Monarca Staufen de Sicilia, emprende una marcha hacia el sur.

En la Santa Sede se han sucedido diversos Papas, a lo largo de casi todo el siglo XIII, a saber: Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX, Celestino IV, Inocencio IV, Urbano IV, Clemente IV, Gregorio X, Inocencio V, Adriano V, Juan XXI, Nicolás III y Martín IV. En éste ha de detenerse nuestra narración; francés hasta el fondo de su alma, ha de chocar con Pedro III de Aragón, como pronto veremos: es muy amigo de Felipe III de Valois y de su tío Carlos de Anjou..., cuando todavía estaban recientes Benevento y Tagliacozzo.

Nápoles-Sicilia, por invitación de la Santa Sede, caen bajo la protección de Francia.

Estamos ya, pues, con cuatro figuras señeras: el Papa, el Rey, el tío del Rey (los tres franceses) y Pedro III de Aragón. Sabemos cuál ha de ser el escenario; sabemos los prolegómenos de la contienda; puede, pues, alzarse el telón, al fondo del cual bien podemos imaginarnos los cuerpos inocentes y ensangrentados de Manfred y de Conradino.

Ante la Historia, siempre resalta, entre otras cualidades, la de reservado y en extremo cauto, que caracteriza al Monarca aragonés, Pedro III. Sí, mucho antes de ceñir la Corona heredada de D. Jaime I, tenía su obsesivo plan de estorbar y derrocar a ese ambicioso Carlos de Anjou, que había mermado los dominios españoles en el "midi" francés, tal designio y tal aversión los mantuvo en el mayor secreto y, según ya hemos visto, su campaña naval en el Mediterráneo occidental, le proporcionó, con la victoria, una plataforma de lanzamiento para el logro de su proyecto. Lo demás vendría en seguida, pues ya desde antes del comienzo de su reinado, en 1.276, habíase iniciado en Cataluña y Valencia la construcción de una escuadra, que no sólo fuese, como, hasta entonces lo había sido, inferior a las de Génova y Venecia, dueñas del Mediterráneo, con la de Pisa, en menor grado, sino que llegase a sobrepujarlas y hacerse, con ellas, la primera potencia naval de ese mar.

Así pues, a la naviera se consagró con ardor extraordinario y con destreza tal que cualquiera diría que era ya un verdadero técnico en cuestiones navales. Si como acabamos de apuntar, sus preparativos remotos acaso los inició siendo Infante, tan pronto como ciñó la Corona cursó órdenes perentorias, fijo su pensamiento en la importancia y en el alcance de su empresa, de indudable carácter marítimo; maderas, perchas, hierro, esparto, betunes, lino y cuanto en aquel tiempo era imprescindible para la construcción

de una flota de guerra, fue apilándose a lo largo de la costa septentrional del Reino. Afortunadamente, los recursos de éste bastaban y para la inmediata labor contaba con los expertos marino catalanes, por lo que, con rapidez asombrosa, (no más de dos años se emplearon en la construcción de una escuadra numerosa y eficaz por todos conceptos) quedaron colmados los deseos del Monarca.

El armamento de las tripulaciones fue, al mismo tiempo, objeto de especial vigilancia, porque ya, antes, dice un autor, "la ballesta catalana no tenía rival; el temple de las flechas conocíalo mejor que nadie los "viroteros" catalanes y un escudo, un capace-te, o una coraza fabricados en Barcelona no desmerecían de las mejores armaduras milanesas más que en el primor del cincel".

En cuanto a las provisiones de boca, tan importantes como las de guerra, circuláronse múltiples disposiciones en Aragón, Valencia y Cataluña para su inmediata y exacta obtención, requiriéndose, a tal fin, a todas las autoridades para facilitar cuanto los oficiales reales pidiesen y otros impuestos de carácter extraordinario, en los cuales tanto cristianos, como moros y judíos, súbditos del Monarca hubieron de aportar, formaron un fondo que, sin mayores dificultades, cubrieron los gastos.

En cuanto al personal, hubo un primer plan, una especie de leva general, que si llenaba, ciertamente, el número de hombres de guerra y marinería, no resultaba idóneo, por lo cual el mismo Rey lo desechó, adoptando el de alistamiento de gente experta en navegación, con lo que la eficiencia suplía con ventaja al número.

¡Qué actividad, qué animación en los astilleros catalanes! El ruido de martillos, sierras, hachas y demás herramientas, llenaba de vida una ancha franja costera y diríase que, al conjuro de los anhelos del Rey, todos rivalizaban en trabajar con infatigable afán, con verdadera maestría, en la construcción de buques, siempre

cumpliendo las minuciosas instrucciones del Soberano y de los más expertos marinos. Los cronistas Desclot y Muntaner hablan de esta actividad; uno, con su medido y escueto estilo; otro con lírico entusiasmo. Lo que hoy llamaríamos razón de Estado constituía, en cuanto a la financiación de la empresa se refiere, la fuente principal de los fondos necesarios y, en honor a aragoneses, catalanes y valencianos, hay que añadir que hubo una general respuesta de cooperación entusiasta a las intenciones del Rey. Eso, sin contar con dinero abundante, procedente de Génova y Bizancio, los más seguros aliados de Aragón.

Pero nadie conocía esas intenciones: podía suponerse que se trataba de una expedición contra los musulmanes... ¿Cuáles? Tal vez los del norte de África: tal vez más lejos, algo así como una Cruzada (y bien recientes estaban las de Federico II de Staufen, más diplomática que militar, y las de San Luis). Cruzada que, podía considerarse como una continuación de la fracasada llevada a cabo años atrás por D. Jaime I. ¿Cruzada? Pero ¿con probabilidades de éxito? Se habían sucedido muchas y, salvo triunfos efímeros, la verdad era que, en 1.282, en esos mismos días en que tanto se trabajaba en las costas catalanas, Tierra Santa seguía en poder de los infieles. Es posible que hasta Aragón hubiese llegado la noticia de que Carlos de Anjou, Rey de Nápoles-Sicilia, en el apogeo de su poder y de su ambición, preparaba en sus puertos del mar Tirreno una poderosa flota contra el Emperador Miguel Paleólogo, su enemigo de turno. Entonces, ¿se trataba de auxiliar a ese gobernador de Constantina Ibn Hasan, protegido del Monarca aragonés, porque estaba en lucha con el Rey de Túnez, Ibrahim Abu Ishak, a quien, gracias al almirante Conrado Lancia, un día nada lejano ayudó, por orden de D. Pedro? Bien podría ser ésta la razón aparente de la empresa.

Sí, sí: había varias posibilidades, pero nadie sabía exactamente ni la meta, ni las singladuras, ni el mismo objeto de la potente flota en avanzada construcción; nadie, salvo el Rey y tal vez, dos

O tres personas de su intimidad, v.gr.: su esposa, Juan de Crócida y alguno otro, posiblemente siciliano. Y ocurrió que la clamorosa actividad constructora tuvo un amplio eco: llegó a Provenza, a París, a los señoríos norte-italianos, a la misma isla de Sicilia, (la sufrida víctima de la tiranía angevina); llegó, como luego lo comprobaremos, a Constantinopla; y llegó, sobre todo, a Viterbo, residencia del nuevo Papa, Martín IV, el protector (o protegido) de Carlos de Anjou, su principal apoyo en el occidente europeo, su adalid, incluso. Y la historia prueba superabundantemente que el Pontífice cuya elección, tras la muerte de Nicolás III, en 1281, fue debida a la descarada presión ejercida sobre los Cardenales, por el propio Monarca de Nápoles, iba a ser pieza importantísima en favor de su compatriota.

Naturalmente, brotó la expectación: ¿contra quién se dirigía la escuadra? París y Viterbo se lo figuraron; Felipe III indagó cerca del Rey D. Pedro, por medio de dos embajadores, Alejandro de Locsa y Juan de Caravaix; su curiosidad que frustrada por las ambiguas respuestas del sagaz Monarca. Martín IV, tuvo más clara visión de la tormenta que se avecinaba y temió que estallaría sobre su gran amigo Carlos, que ultimaba entonces sus propios preparativos para ir a luchar contra el Emperador bizantino Miguel Paleólogo, pero, cauto y previsor, plenamente conocedor de la actitud papal con relación a él, Pedro, a modo de "desviación, envió al Pontífice a Galcerán de Timor, caballero de la Orden del Hospital, haciéndole saber que su fin e intento (es Zurita quien así lo refiere) era ir contra los enemigos de la fe y le suplicaba la concesión de la indulgencia que se solía dar a los que iban a semejantes expediciones; pero Martín IV respondió ásperamente que bien se le alcanzaba ser otros sus móviles y que en realidad, el Rey de Aragón se proponía atacar a Carlos de Anjou. Probablemente esta respuesta e incluso esta actitud, las esperaba el Rey, pues, con las negociaciones, ganaba tiempo para dar los últimos retoques a la armada y, de paso, para quedar bien ante el mundo cristiano, ya que oficial-

mente (valga la frase) si su objetivo era la lucha contra el Islam, no halló amparo en el Papa.

Mas adelante, hemos de estudiar minuciosamente los paralelos manejos diplomáticos que, al margen de la Santa Sede, se llevaban a cabo, de un extremo al otro, del Mediterráneo.

Sí: el occidente europeo sabía que el Rey de Aragón, con poderosa armada, iba a partir hacia el Mediterráneo central y, claro es, no lo ignoraba Carlos de Anjou, bien instruido por su amigo el Pontífice; pero, orgulloso, dio poca importancia a sus avisos, unidos a los de su propio tío el Monarca francés, o, absorbido por los inmediatos acontecimientos en Bizancio, cuyo Imperio constituía ahora la clave de su ambición (¡nada menor que alcanzar la corona imperial de oriente!); la verdad fue que no tomó precauciones especiales y, de este modo, facilitó la tarea del aragonés. Nápoles, bajo su férreo gobierno, prosperaba, pues bueno es reconocer que, en medio de su dureza, de sus crueldades, de su violento modo de ser, allí, en la parte continental de sus dominios, introdujo notables mejoras y se desenvolvió con acierto: no era amado por nadie (salvo, acaso, por su séquito francés) mas se le respetaba, o, mejor dicho, se le temía, lo cual le importaba mucho, y si sus compatriotas, provistos de los resortes de la administración, y las tropas extranjeras, eran, sí, odiados por los napolitanos, no imaginó peligro ninguno para sí. Estaba en el cénit de su poderío, y no en balde, nuestro cronista catalán Muntaner nos dice con la brillantez que le es característica: "Pero él (Carlos) confiaba tanto en su caballería y en el gran poder que tenía, que decidió en su mente, no sospechar de nadie y es natural que así pensara, pues tenía consigo cuatro cosas que no había ningún Rey del mundo que las tuviese. Primeramente, que era considerado como el más sabio príncipe y el mejor en armas que en el mundo hubiese después de la muerte del buen Rey D. Jaime de Aragón; y la otra, que era el más poderoso Rey del mundo, pues por entonces era dueño y señor de todo cuanto había tenido el Rey Manfredo; además, era Conde de Pro-

venza y de Anjou; además, era senador de Roma y vicario general de toda la tierra de ultramar y jefe mayor y señor de todos los cristianos que estaban en aquellos mares, tanto de las Ordenes del Temple y del Hospital y de los Alemanes y de todas las ciudades, castillos y villas y de otras naciones de cristianos que allí estuviesen o fuesen; además, era vicario general de toda la parte güelfa de Toscana, de Lombardía y de la Morea. Luego, tenía en su apoyo al Santo Padre Apostólico y toda la Santa Iglesia, que le tenía como a su confelonioero y regente. Por otra parte, contaba con la Casa de Francia, ya que cuando su hermano Luis murió y dejó por Rey al Rey Felipe, le recomendó encarecidamente a su hermano el Rey Carlos; de manera que contaba con su sobrino el Rey de Francia igual que si fuese el Rey San Luis, su hermano, que viviese”.

Así dice el cronista y añade sentenciosamente:

“De modo que, considerando este su poder, poco podía temer el Rey de D. Pedro III de Aragón; y así su corazón se confió más en este poder, que en el poder de Dios...; con que Dios demostrará su poder sobre él y hará comprender a todo el mundo que nada puede superar al poder suyo”.

Frente a la jactancia y ostentación de los preparativos navales del angevino, ultimaba los suyos el aragonés y sí, en efecto, no contaba con el formidable poder del primero, tenía a su favor importantes bazas, a saber: el disimulo; dinero constante de sus Reinos y del amenazado Emperador bizantino, con quien estaba en secretos tratos, de que luego nos ocuparemos; el amor de sus aragoneses, catalanes y valencianos, que con alguna pasajera excepción, acudieron a su llamamiento; la pericia de Ramón Marquet, Pedro Queralt, Berenguer Mallol y Roger de Lauria, quien bien pronto se mostraría como un cumplido, valiente y entendido Almirante; con la bravura de sus guerreros y con insuperable destreza en el manejo de los hilos de una vasta y compleja madeja de idas y venidas de hábiles agentes, de oriente a poniente, o sea de

Constantinopla a Barcelona, pasando por dos o tres ciudades sicilianas.

Con eso contaba el aragonés y, en cuanto al disimulo de sus concretos planes, basta un dato, registrado por diversos cronistas de aquel reinado y transmitido a modernos historiadores, demostrativo de la importancia que daba Pedro III a la discreción; cuando, entre otros varios magnates de sus Reinos, Arandu Roger, Conde de Pallars, le suplicó que descubriese donde era su voluntad de hacer guerra y contra quién, porque sería dar mayor ánimo a los que le iban a servir y gran consolación a los naturales de sus reinos, Don Pedro (lo refiere Zurita) respondió que si él entendiese que su mano izquierda quisiese saber lo que la derecha había de hacer, él mismo la cortarfa.

Con reserva, o sin ella, lo indudable fue que la expedición contaba, bien a las claras, con el general aplauso y que llegó un día en el cual sus buques quedaron listos para partir hacia un destino desconocido, por el momento, pero, en todo caso, hacia oriente.

Hasta en la minuciosidad de sus órdenes (había estado, a lo largo de un año, en diaria correspondencia con Ramón Marquet y con el encargado de las atarazanas) número y clase de buques, maderas que habían de emplearse, armas e incluso colores diversos con que debían ser pintadas las unidades navales que, al quedar concentrada la flota, en la primavera de 1.282; hasta en tales pormenores, decimos, mostróse la perfecta conducta de sus súbditos hacia el Monarca. ¡Bien se había trabajado, en menos de dos años! Rivalizaron en laboriosidad Colibre, Rosas, Torrellas, Palamó, San Feliú, San Polo de Maresma; Barcelona marcaba la pauta en febril actividad, y añádase las de Tarragona, Tortosa, Peñíscola, Valencia y todos los puntos de la costa que podrían ufanarse de su maravillosa contribución a lo que ya era una realidad: la flota real estaba en condiciones de medir sus fuerzas con las mejores del Mediterráneo.

Dijimos que hasta los altivos señores catalanes, poco inclinados a ofrecer sus hombres (pues se empeñaban en ser señores feudales, a los que el sentimiento de la patria les era desconocido) hubieron, al fin, de someterse, y a fin de evitar conflictos, llegóse a la conclusión de pagar una cantidad previamente estipulada, en cambio de prestación personal del servicio que se exigía a sus vasallos, para satisfacer (dice el historiador Naval Salas), con este medio los sueldos de los que voluntariamente acudiesen a inscribirse. Hay que señalar, como nota de mal gusto, la actitud del Conde de Ampurias, que prohibió la cooperación de sus hombres.

Aunque el día señalado para la partida fuese el 15 de abril de 1282, no fue posible llevarla a cabo, por imprevistas dificultades de última hora, emanadas de esa actitud (mezcla de orgullo, de desobediencia y de desprecio por parte de ciertos magnates catalanes, pero, superadas que fueron, se reunió la hueste en Tortosa, para, desde allí, dirigirse a Port Fangó, donde estaba concentrada la flota, cuyos estandartes y flámulas de diversos colores (blanco, rojo, amarillo, azul) flotaban al viento. Eran unas 180 velas, bajo el mando (más honorario, que efectivo, de Jaime Pérez, hijo natural del Rey), entre galeras, naves armadas, leños de remos, táridas, uxeres y buques de transporte. La gente de armas, en ellos embarcadas, sumaban 20.000 almogávares, mil ballesteros y dos mil de a caballo. El mismo D. Pedro III iba a bordo, como jefe natural de la expedición. El mando efectivo lo ejercía, como vice-almirante profesional, Ramón Marquet y a sus inmediatas órdenes estaban los expertos Berenguer Mallol y Pedro Queralt, comandantes de sendas escuadrillas.

Quedaba en el Reino un buen contingente de hombres de armas, pesarosos de no participar en la expedición; quedaban la Reina D.^a Constanza, el Infante heredero, D. Alfonso (a los que el Rey dejaba como regentes durante su ausencia, con minuciosas medidas para todo evento) Prelados, Nobles y gente llana, que, identificados en esos momentos con el Monarca, se despidieron de

él llenos de emoción... Y quedaba, en fin, la incertidumbre, un tanto atenuada, se nos antoja, porque, por lo menos, podía suponer que el objetivo sería la ayuda al Gobernador, o reyezuelo de Constantina, quien, pocos meses antes, había suplicado al Monarca aragonés, protector suyo desde algunos años antes, su apoyo contra el Rey de Túnez, que había invadido sus dominios, excelente pretexto para el aragonés, puesto que, así, estaba en condiciones a falta de la indulgencia papal solicitada y denegada, para acudir en defensa de su protegido, pretexto que unos lo creyeron ser (como el Pontífice francés Martín IV); otros, pudieron considerarlo razón para la empresa.

En todo caso, ni siquiera los mismos sicilianos sabían a ciencia cierta si, en su angustiosa situación (de la que en seguida hemos de ocuparnos) podían, o no, contar con Aragón, ya que unos mensajeros por ellos enviados al Rey, en demanda de inmediato socorro de la Isla, amenazada por la barbarie de su Monarca, Carlos de Anjou, recibieron una respuesta vaga y evasiva, que, sin embargo, les proporcionó alguna esperanza.

La fecha exacta de la partida no nos es conocida, pues varían, según los autores que de este extremo se ocupan. Pudo ser el primero de mayo, como dice Javier de Salas; pudo ser unos días después (Romey señala el día 10 de ese mes); y pudo ser, según Zurita, el 3 de junio. Poco importa el dato, ya que lo evidente es que, en la primavera de 1282 la marina española leva anclas en Port Fangós, pone proa al este y boga, hendiendo las aguas del Mediterráneo, que, así, dejaba de ser dominado por los genoveses, los pisanos, los berberiscos y los mismos provenzales y franceses, para que las barras de Aragón les advirtiesen que tenían en su superficie una flota hasta entonces desconocida por su poderío.

¿Quién era beneficiaria de él?

III

Nota.- Como algunos historiadores extranjeros y españoles niegan, soslayan o tratan de atenuar la conspiración, nos remitimos a la extensa y minuciosa "Historia de Cataluña", de D. Antonio de Bofarull y Brocá. Tomo III, página 364, 365 y siguientes. Allí, al hacer la crítica de la obra de Amari y de la de Victor Balaguer, por terminantes argumentos (demasiado largos, tal vez) se evidencia documentalmente la existencia de la conspiración y el papel que en ella desempeñaron el Rey de Aragón, el Emperador de Constantinopla y sobre todo, Juan de Prócida. Honra a este historiador salir por los fueros de la verdad, con tanta mayor razón cuanto que (varias veces lo hemos dicho en esta obra) hay una innegable e incluso descarada propensión en la Historiografía, a silenciar o minimizar el papel de nuestro Monarca aragonés en todo el asunto de las "Vísperas sicilianas". En sucesivas páginas, hemos de atribuir, como es debido y con estricta imparcialidad, la respectiva parte de gloria que ha de corresponder a los protagonistas.

Ya nadie duda entre los historiadores que, más o menos bajo cuerda, más o menos visiblemente, desde los años 1.278 y 1.279, hasta 1.282, hubiese montado en el mar cuyas aguas cortaban las proas de los buques españoles, una red de intrigas, negociaciones, idas y venidas, cuyos polos, señalados en el anterior capítulo, eran, por oriente, Constantinopla, y por occidente, Barcelona. Eran polos, en medio de los cuales, la bota de la península italiana, parece que

va a dar un puntapié a una especie de pelota, la isla de Sicilia. Y, como máximos protagonistas de esas negociaciones, activos o pasivos, al principio, estaban un Papa, un Emperador y dos Reyes, llamados, respectivamente Martín IV, Miguel Paleólogo, Carlos de Anjou y Pedro III de Aragón, alrededor de los cuales, figuraban, con diferente relieve, un Noble italiano, Juan de Prócida; unos cuantos emisarios, cuyos nombres irán apareciendo en nuestro relato; unos marinos catalanes o al servicio de Cataluña; unos jefes populares sicilianos; un príncipe, hijo del angevino; un Cardenal-Legado y, entre sombras, otras personas que, con dudas acerca del papel que tuvieron en el inmediato drama, o son artífices de su desenvolvimiento, o son víctimas, o son intrigantes sin mayor trabajo que el de dar alguna pincelada, no sabemos si sentimental, o sencillamente erótica; bien entendido que no, en este aspecto, del lado de Carlos, pues entre sus vicios, hay por lo menos, que registrar una virtud harto rara en sus tiempos y en su alcurnia; la de ser sólo esposo, sin amantes y sin prole ilegítima. La Historia no registra en sus páginas ni un solo bastardo de Carlos de Anjou, ríndenos, gustosos, este homenaje al hermano de San Luis.

De conspiración hablan claramente los Cronistas de aquel tiempo, tanto españoles, como italianos, pero hipercríticos historiadores de época posterior tratan de ignorarla, con notorio afán de minimizar el preeminente papel que, en tal conspiración, desempeña el Monarca aragonés... Tan preeminente que, sin la menor duda, bien puede ser considerado éste como el máximo protagonista de cuanto ocurrió a partir de 1282; y como es imposible a los historiadores extranjeros, principalmente a los italianos silenciar a nuestro héroe, optan por semi-borrarle en sus respectivas obras, cual figura nebulosa entre el pueblo siciliano, para ellos auténtico y único artífice de su propia gesta. Es igual: con conspiración, o sin ella, Pedro III ganó una Corona.

Pero ya, últimamente, dejando atrás al parcial aunque erudito historiador Miguel Amari, clásico investigador del alzamiento

to siciliano, otros autores modernos, entre ellos Steven Runciman, habla, en su obra "Vísperas sicilianas", escrita en 1.957 de la "gran conspiración", a la que específicamente dedica el capítulo XII y, sin quererlo, tal vez, da al tema un adecuado colorido y al protagonista su relevante personalidad. Bien es verdad que ignorar a aragoneses, catalanes, valencianos, ignorar a D. Pedro III el Grande, resultaría absolutamente imposible, pese a parciales afanes y a premeditados propósitos.

Dicho queda quienes iban a representar los principales papeles en cuanto iba a ocurrir, por lo cual, aunque someramente, vamos a esbozar las figuras del Papa Martín IV y del Emperador de Oriente, Miguel Paleólogo; sólo de ellos dos, pues los Reyes de Sicilia y Aragón son ya bien conocidos y, en el curso de nuestra historia, lo serán más. Empecemos por el Pontífice.

Nicolás III, su inmediato predecesor, había fallecido repentinamente cerca de Viterbo, el 22 de agosto de 1.280, después de tres años de ceñir la tiara. En su tiempo se trató de unir la iglesia griega, a la latina, siendo Miguel Paleólogo, Emperador, el más destacado propulsor de la tan anhelada unión; pero ni su pueblo cismático, consiguieron los propósitos de aquél. Excelente Papa, pudo, con más éxito, aflojar, ya que no romper el dogal angevino que le ahogaba y hasta se le supone afecto a la Casa Real de Aragón, cuyos proyectos, en secreto, favoreció. Lo evidente es que Carlos de Anjou se alegró mucho de su fallecimiento y que, hizo todo cuanto pudo para que la elección de nuevo Papa recayera en persona afecta a él, lo que logró cumplidamente y por medios expeditivos.

Llevaba vacante, en efecto, la Santa Sede nada menos que seis meses, después de la muerte de Nicolás III y los Cardenales, reunidos en Viterbo, (pues ya hemos dicho y repetido que en esos siglos bajo-medioevales, Roma era un hervidero de pasiones y tumultos, que hacían la casi imposible para que en la ciudad hu-

biese un Papa) no llegaban a un acuerdo: o angevinos, o neutrales, los purpurados dejaban transcurrir días y semanas en inútiles forcejeos, hasta que la descarada presión de Carlos de Anjou consiguió resolver la pugna: el francés Simón de Bric, Cardenal del Título de Santa Cecilia, fue elegido y aunque se resistió a ello, ciñó la tiara y tomó el nombre de Martín IV, en honor a San Martín, Obispo de Tours, ciudad en que, siendo canónigo y tesorero de la Iglesia de este Santo, había residido, antaño, largo tiempo.

El nuevo Papa fue en seguida no a Roma, sino a Orvieto, donde inauguró su Pontificado, cuya historia no hemos de narrar, pero sí conviene, para el objeto de la presente obra, dar algunas indicaciones íntimamente relacionada con ella.

El historiador de los Papas Agustín Saba, como otros, antes y después de él, hacen hincapié en la trayectoria netamente francófila, o mejor dicho angevina, del flamante electo; a Carlos le favoreció, le ensalzó, casi le obedeció en sus planes políticos y, como dice ese autor, "su obra aparece comprometida en defender los destinos de Carlos de Anjou, pero además de no conseguirlo, hizo que las censuras que con exagerada frecuencia y, a la vez, con poca serenidad y aun menor imparcialidad lanzaba, fuesen poco respetadas y temidas".

Sí: en efecto: fulminó excomuniones y entredichos, sin tasa, y, con especial relieve, se ensañó al declararse adversario de la Corona de Aragón, contra Pedro III, contra sus partidarios, sus colaboradores, sus proyectos, sus aliados, mientras prodigaba ayuda, espiritual y material a su buen amigo Carlos, culminando esta actitud del modo más escandaloso cuando en el mismo año de la terminación de la cuestión siciliana, al excomulgado Pedro III de Aragón, triunfador de la contienda, ¡le privó de la Corona aragonesa! ¡¡Se la otorgó, claro que sin efectos, al hijo del Monarca francés Felipe III el Atrevido!... para sólo obtener la derrota definitiva y el desastre integral de la colaboración franco-pontificia. Huelga

decir que el Rey de Aragón siguió siéndolo y que, después de su fallecimiento, sus sucesores, con imperturbable regularidad, fueron Reyes, mientras que el elegido por el Papa, ambos franceses, en lugar de la real diadema, solo pudo ponerse en sus sienes (y eso unos minutos) un capelo, por no tener a mano otro cubre-cabezas más idóneo.

Martín IV, en fin, pasa por la Historia patria, tan desgraciadamente anti-español y tan ostensible afecto a Francia, como tres siglos después pasó el napolitano e irascible Pontífice Paulo IV.

Pongamos punto aquí a cuanto a Martín se refiere, y, brevemente, hablemos de un Cardenal, cuyas cualidades como diplomático no brillaron, precisamente por el éxito y sí por la dureza de su actitud, en la misión que le fue encomendada por ese Papa francés.

El 12 de abril de 1281, éste hizo una primera promoción de Cardenales: fueron nueve, entre los cuales figuraban cuatro italianos; un inglés, que era médico, y cuatro franceses. Parece ser que el más próximo al Papa, o el que gozaba de mayor ascendiente en la Curia, era el italiano Gerardo Bianchi, del orden de los Obispos, a quien se le dio el título cardenalicio de Santa Sabina. Pues bien: este Purpurado, como hemos de ver después fue el elegido para una labor en momentos muy difíciles y, pese al deseo de una de las partes contendientes, los sicilianos, de llegar a la paz con el irritado Pontífice, se hizo fiel portavoz no sólo de las instrucciones, airadas, recibidas, sino, también del tono furibundo de su poderdante, tono sí de Soberano "temporal" más o menos agraviado, pero poco en consonancia con el carácter sacerdotal de uno y otro. El resultado, dadas las circunstancias, fue un rotundo fracaso. Y si el momento era de extrema tensión, tal vez, incluso obedeciendo a su señor (lo que era natural, sin duda) una dosis de ductilidad, unas expresiones más sosegadas, pensamos que habrían evitado o modificado el curso desastroso de los acontecimientos. No: el Cardenal Berardo Biachi demostró cumplidamente sus escasas o nulas con-

diciones para diplomático, o, mejor expresado, para sacerdote en misión de paz.

Y queda, ahora, fijar nuestra atención en el importante personaje que, como antes hemos dicho, representa, en el oriente, uno de los polos de la contienda; el Emperador griego de Constantinopla Miguel VIII Paleólogo. Aquí hemos de extendernos más, toda vez que él juega importante papel en la historia de Europa en el siglo XIII.

El viejo imperio Bizantino, nacido a la muerte de Teodosio el Grande, en la persona de su hijo Arcadio (año 395) había prolongado su existencia, desde entonces, hasta la Dinastía de los Comnenos, con Alejo I (en el siglo XI). Después, con ocasión de una de las Cruzadas, sobreviene un giro total: un Emperador, Balduino de Flandes, inaugura una serie de Monarcas latinos, tomada ya Constantinopla por los cruzados, serie que dura poco, pero cuenta con la animadversión de los griegos y en 1206 la Casa griega de los Liscaris forma un Imperio independiente, reconstituido por sus conquistas militares, en la persona de un niño, Juan Lascaris, bajo la tutela de un experto caudillo, hábil, afortunado, dotado de gran talento y, al mismo tiempo de acusados perfiles de crueldad y de ambición, el cual, haciéndose eco del odio que inspiraban los latinos (su toma de Constantinopla, en 1204, fue seguida de depredaciones y de ruinas, en las que desaparecieron innumerables tesoros de arte, ciencias y Letras), fue, más tarde, tronco de una nueva Casa reinante, la de los Paleólogos, cuyo primer Emperador fue ese Miguel, del que vamos a hablar.

Eran los dominios del nuevo Imperio un conglomerado de territorios autónomos, a los que, rápidamente, habían acudido, so capa de cruzados, o post-cruzados, multitud de soldados, Nobles, aventureros, procedentes de Francia, Flandes, Alemania y, sobre todo Italia, en su porción veneciana, pronto en pugna con otra porción genovesa: guerras en miniatura, crímenes, traiciones y des-

trozos, habían ido sucediéndose a partir de la inesperada conquista de Constantinopla, y en este caos de ruinas, la duración de la cual fue de medio siglo, los países balcánicos y parte del Asia Menor, se convirtieron en Imperio, Reinos y Señoríos, cuya historia la constituyen una serie de actos de barbarie, en la que esos aventureros del occidente europeo dieron elocuente muestra de las más ruines pasiones, granjeándose, como acabamos de decir el odio de los griegos, habitantes naturales de aquellos territorios, otrora brillante y fastuoso Imperio de Bizancio. Ambiciones de diversa índole, la mejor de las cuales era de orden crematístico-comercial, a cargo, claro está, de esa Venecia mercantil y astuta, siempre traidora y siempre al acecho de factorías en radio cada vez mayor, esas depredaciones que estaban un poco al margen de la Historia del centro y del oeste de una Europa trepidante, tenían, necesariamente, que acabar, tan pronto como hubiese una figura destacada, que en corto o largo plazo, supiese unir, como fuera, los fragmentos del viejo y fastuoso Imperio Romano de Oriente.

No se llegó, ciertamente, a tan hermoso fin, pero, por lo menos, surgió, sí, un hombre que supo concentrar los diversos poderes y hacer el papel de Emperador de la antigua Bizancio.

Este hombre fue, repetimos, Miguel Paleólogo, miembro de una ilustre estirpe bizantina, quien, con sus victorias militares logró ser regente, primero, y Emperador, después.

Sí: primero, regente, o tutor, como se prefiera calificar su cometido, cerca de un niño, Juan Lascaris, de ocho años de edad, hijo del anterior Emperador de la misma dinastía, Teodoro II, muerto en Magnesian, a orillas del río Herno, en agosto de 1.258.

Había dispuesto éste que su hijo quedase bajo la tutela de su primer ministro Muzalón, pero a los nueve días se hizo cargo del huérfano un gran caudillo de su ejército, favorecido por una gran parte de sus compatriotas y miembro de esa nobilísima familia bi-

zantina, que había proporcionado ya eminentes personajes al Imperio, desde los tiempos del Emperador Alejo I, a fines del siglo XI. En rápida y brillante carrera, este afortunado vástago, Miguel Paleólogo, supo obtener victorias, supo medrar y, al fin, supo usurpar el Trono de los Lascaris a ese niño, por el sencillo procedimiento, muy propio de la época, tanto en oriente como en occidente, de encerrar al huérfano, no sin disponer que, antes, le sacaran los ojos, una barbarie más de las muchas que refiere la Historia Universal.

Tal era el Emperador de Bizancio, veintidós años más tarde, o sea, en 1.282, y tal era la persona que, con mucha suerte, probada en diversas ocasiones, sujetaba ese oriente europeo, que, desde algún tiempo atrás, constituía la suprema ambición de Carlos de Anjou, Rey de Nápoles-Sicilia, primer potentado de una Europa que solo sabía guerrear y el cual, por razones de parentesco, creía tener indiscutibles derechos a arrancar la corona imperial a quien se la arrancó a un niño, ya ciego y a buen recaudo.

Había, en efecto, parentesco, aunque lejano, pues la hija menor del angevino, habida de su primer matrimonio con Beatriz de Barcelona, heredera de Provenza, llamada como ella y fallecida en 1.275, estuvo casada con Felipe de Courtenay, Emperador nominal de Constantinopla, cuyo padre (consuegro, por lo tanto, de Carlos) era Balduino II, que sí fue Emperador, cuando reinaba allí la dinastía francesa, (muerto en 1.280) pero antes de que se ciñera la corona imperial los Lascaris. Y bastaba esto y aún sobraba para la ambición desmedida del Rey de Sicilia, que deseaba extender su poder hacia oriente y, si lo conseguía, se convertiría en la primera potencia de la Cristiandad, incluso mayor que la de Rodolfo de Hansburgo, el flamante Emperador alemán. Por lo demás aquel Balduino II le había cedido sus derechos en 1.267.

La tentación era, por lo mismo, muy del gusto del angevino, quien, próximo ya a los sesenta años, nunca olvidó que era francés

y, por no olvidarlo, la dinastía griega de los Lascaris y del usurpador, también griego, Miguel Paleólogo, se convertían en automáticos enemigos suyos, bien que no le faltaban enemigos que le rodeaban por el norte (Rodolfo y parte de la Italia septentrional gibelina); por el oeste (Aragón), por el centro (su Nápoles y, más acusadamente, su Sicilia) y ahora ya por el este, pues Paleólogo sabía ser su adversario y que los tentáculos del angevino, ya hincados en algunos territorios balcánicos, se iban a extender hacia el mismo corazón del Imperio Bizantino, tras luchas anteriores entre ambos, que contribuyeron al temor de Miguel, por una parte, y a la incontenible e irritada ambición de Carlos, que en esas luchas había llevado la peor suerte, por otra. Fue esta lid uno de tantos y tantos episodios de la historia del Imperio de Oriente, siempre en ebullición.

Sino que, mientras el francés, seguro de sí mismo, de sus fuerzas, incluso espirituales, como luego veremos, se preparaba concienzudamente para una guerra mitad naval, mitad en tierra firme, mediante la construcción en los astilleros italianos de respetable escuadra; desoyendo las indicaciones de su sobrino el Rey de Francia, Felipe III (que cada vez estaba más convencido de que otra flota aragonesa en construcción tenía objetivos no destinados a la costa norte-africana, que era la "verdad oficial" veladamente llegada a sus oídos, sino contra su impetuoso tío de Nápoles-Sicilia); y desoyendo otros prudentes consejos de sus parientes franceses y de sus escasos partidarios italianos; mientras, despectivo y soberbio, Carlos, decimos, hacía alarde de su impertérrita despreocupación, el Emperador, un poco asustado, trataba de conjurar el peligro que le amenazaba.

Y trataba de esto desde varios años atrás, concretamente desde que en 1264, no contando, transitoriamente con sus aliados genoveses, decidió reconciliarse con los venecianos. Buscaba ayuda en indígenas y extranjeros, aunque de los primeros no se fiaba mucho y a los otros sabía que era difícil hallarlos; y, por estar

en estas zozobras, el Emperador Miguel había iniciado lo que bien pudiéramos llamar una jugada fuerte, que, sin embargo aún en el caso de triunfar, podría acarrearle en su propio Imperio desastrosos efectos. Tratábase de la cuestión religiosa, es decir: de resolver ya la vieja separación entre las Iglesias de Occidente y de Oriente. Esta última, como sabemos, no reconocía la autoridad de los Pontífices romanos y tenía su disciplina y su dogma propios.

Era anhelo nobilísimo por parte de la Santa Sede llegar a la unión, pero en anteriores intentos a tal fin nada se había conseguido y el cisma de oriente iniciado por Focio, Patriarca intruso de Constantinopla a fines del siglo IX y consumado, pocos años más tarde por el Patriarca Miguel Cerulario, duraba en pleno siglo XIII, tras fugaz unión bien reciente.

Muy arraigados tenían los griegos no sólo sus sentimientos abiertamente hostiles a la Iglesia de Roma, sino también un punto del Dogma, contenido en el Credo, por el cual parecía casi imposible superar las dificultades, tanto más cuanto que había sido el mismo Miguel quien, al ocupar Constantinopla el 25 de julio de 1.261, había puesto fin no sólo al Imperio latino, sino a la unión concertada años antes entre las dos Iglesias, expulsando al Patriarca latino y poniendo en su lugar al griego Arsenio: la frágil unión había durado veinte años solamente. ¿Cómo pues, el Paleólogo iba a osar convertirse, en 1.274, en paladín de una unión definitiva? Estas razones, no precisamente religiosas, debieron moverle a iniciar una nueva política de acercamiento, pero aún hoy mismo se piensa por los historiadores que, en medio de tales intenciones de orden extra-religioso y dictadas por el oportunismo o por el temor y pese también a su alma en la que anidaban la ambición, la falta de escrúpulos y, no lo olvidemos, la crueldad (el ciego Juan IV Lascaris seguía encarcelado por voluntad del usurpador victorioso) bien pudiera creerse que su pensamiento, en cuanto al cisma, propendiese, de buena fe, a la aproximación a la Iglesia de Occidente. No de otro modo puede explicarse su actitud personalísima

en Constantinopla, donde, con pequeñas excepciones, y de un modo bien ostensible, duraba y aun crecía la tendencia separatista, con pormenores que no nos incumbe relatar aquí, pero que son conocidos por la Historia.

Era, sí, una jugada tan atrevida, tan audaz, como peligrosa para el Emperador, su causa y tal vez su vida, pero Miguel Paleólogo se había lanzado de lleno a ella, desde el Concilio Ecuménico de Lyon (14^o de los grandes Sínodos) en 1.274, es decir: desde catorce años antes del momento a que hemos llegado en nuestro relato histórico: allí, donde presidía el Papa Gregorio X (hoy venerado en los altares), los delegados de la Iglesia bizantina, presentes ante la numerosa asamblea, habían dado seguridades y hecho promesas de acatar la autoridad del Sumo Pontífice Romano, con todas sus consecuencias, de modo tal que el cisma parecía terminado en breve plazo, con la reconciliación.

Pero solo lo parecía. En sus dominios, una hostilidad iba creciendo y, a pesar de que hasta el mismo Emperador se erigió una vez, públicamente, en apologista, con acusados perfiles de improvisado teólogo, de la verdad católica latina, a pesar de haber dictado en Constantinopla algunas medidas para resellar la unión, la verdad era que poco o nada se había logrado desde la terminación del Concilio y que los sucesivos Papas no creían en el éxito de la unión.

Alguno de los mismos, concretamente, el francés Martín IV, no disimulaba su indignación contra lo que suponía ser una artera maniobra por parte de Miguel Paleólogo. Es posible que en Viterbo, o en Orvieto (lugares habituales, con Perugia, de la residencia pontificia, nunca Roma) se conociese bien la irritación general en el Imperio, contra todo lo tendente a la unión. Pero también es posible que la francofilia del Papa, azuzada por Carlos, le impidiera disimular su mal humor y hacer cuanto estuviese de su parte para facilitar lo acordado catorce años antes en el Concilio.

Hubo de todo, pues si en Oriente muy pocos estaban propensos al Emperador y, por lo tanto, a la unión de las Iglesias, en la Italia pontificia faltó la prudencia, escaseó el tacto y... sobró el afán de ayudar al "amadísimo hijo Carlos", en su propósito de marchar contra Miguel Paleólogo, sin disimular la persuasión de ser todo falsedad en las palabras y en los fines imperiales. Era, pues, inevitable no sólo el rompimiento de los acuerdos de Lyon, sino una nueva guerra dictada exclusivamente por la ambición de Carlos, Rey de Sicilia, de Jerusalem (nominal, por supuesto), Conde de Provenza, de Anjou, de Maine, Senador de Roma, Señor de varios territorios norte-italianos, Protector de los Cristianos en Oriente, etc.

Y, como por otra parte, en el occidente extremo europeo, por motivos ajenos al cisma y a la Religión, suponía, o sabía el Papa que un impetuoso Monarca se aprestaba para combatir (basado en muy sólidas razones) contra ese prepotente Monarca; y como además, es siempre cierto el adagio de que "los enemigos de mis amigos son siempre enemigos míos", he aquí que, muy a pesar suyo, Pedro III de Aragón tenía también como adversario de sus planes nada menos que al Sumo Pontífice, Martín IV, quien, por añadidura, no olvidaba que la esposa del Monarca aragonés era hija del varias veces excomulgado Manfredo Staufen y única superviviente libre (pues los tres hijos, casi niños, de Manfredo, vivían en una segura prisión de Nápoles) de Casa imperial de Suabia, contraria a la Santa Sede, por lamentables circunstancias que acaso más de una vez, con prudencia y buena fe por ambas partes, pudiera haber ahorrado ríos de sangre, a lo largo de más de cien años, en una Europa que, bajo los grandes ideales del Medioevo, iba viviendo a la sombra del Pontificado y del Imperio, todo contribuía, por tales causas, a hacer estériles los logros unionistas del Concilio.

No olvidaban eso Martín IV, ni, menos todavía, olvidaba, como arriba hemos dicho, su origen francés, pero, en cambio, olvidaba que si uno de sus predecesores, Urbano IV, también francés,

llamó, en mala hora, a su compatriota Carlos de Valois, Conde Anjou y hermano de San Luis (quien vio muy claro que no convenía acudir al llamamiento pontificio), para vencer a los germanos, otro Papa, algo después, Clemente IV, espantado del duro gobierno del mismo Carlos, hubo de amonestarle, nada más que amonestarle, sin perjuicio de no hacer nada contra el tirano y flamante Rey de Nápoles-Sicilia, ni siquiera se horrorizó tras el "asesinato legal" de Conradino, ni se le ocurrió la idea, de usar contra el verdugo la misma arma que había usado contra la infeliz víctima, esa excomunión, que, en cambio, prodigó su sexto sucesor, el francés acabado de citar, elegido en 1.281.

Así, pues, una conjunción de fatales circunstancias, de errores, torpezas, ambiciones y deslealtades, determinaron, al iniciarse el verano de 1.282 que el latente conflicto estallase y una nueva conflagración no en el oriente, ni en el occidente del Mediterráneo, sino, primero, en Italia meridional, dominada por el angevino, y, luego, al sur de los Pirineos, guerra cuya culpa no debe atribuirse, en justicia, a Pedro III, sino repartirla, en mayor o menor grado, entre el Rey Carlos, el Papa y el Emperador Miguel Paleólogo, como vamos a probarlo cumplidamente.

Todo favorecía a Carlos, en ese año y bajo ese Pontificado, para emprender, sin más demora, su ambiciosa expedición contra el Emperador Miguel, pero su claro entendimiento no tuvo en cuenta que, precisamente desde aquel "asesinato legal" en la persona de Conradino, una general desbandada de los gibelinos de Italia se iba esparciendo fuera del alcance del francés; eran portavoces del infortunio y pronto sería semilla de impensada revancha; por ejemplo: ya en los meses siguientes a la tragedia napolitana, algunos fugitivos habíanse trasladado a Aragón, sabedores, o no, de que allí, como Reina consorte, estaba una Staufen, y entre esos fugitivos, arribaron a la corte de Roger de Lauria, que había sido amamantado por la misma nodriza de la Reina; llegaron otros más, que, en los tiempos del Emperador Federico II, desempaña-

ron, a sus órdenes, funciones de gobierno; y llegó, en fin, el ex-médico del mismo Emperador, que le colmo de atenciones, como tal; lo fue, asimismo del Cardenal Orsini (el futuro Papa Nicolás III) y del Rey Manfredo. Era una persona que tenía gran talento, gran afecto a la causa gibelina, en la pugna entre el Pontificado y el Imperio, gran destreza y, sobre todo, un don inigualable para dirigir una conspiración, cuando precisamente entonces la necesitaba Sicilia, harta de los agentes franceses en la Isla, al servicio de Carlos, agentes que vejaban día tras día a los isleños, con sus extorsiones, su implacable dureza, sus expolios y con esa condición, muy francesa en todos los tiempos, de mostrarse fiera rapaz, cuando se siente fuerte y vencedora.

Pues bien: Juan de Prócida (cuyos sesenta y seis años, en 1.276, no le restaban cualidades y energías para erigirse si no en el jefe de un alzamiento anti-francés, sí en instrumento de gran relieve (reconocido por todos los historiadores) de un plan que, como hemos dicho en capítulos precedentes, germinaba ya en las mentes de la real pareja aragonesa.

Este plan, que se avivó en la Reina, tan luego como supo la muerte de su padre en la batalla de Benevento, llegó al colmo, en ella, en el Rey y en todos los gibelinos exiliados, cuando se enteraron, primero de la crueldad de Carlos con el joven Staufen Conrado, y después, al conocer los brutales abusos de las autoridades angevinas en la desgraciada isla de Sicilia.

Todos los cronistas de aquellos sucesos, tanto españoles (Zurita, Desclot y Muntaner) como extranjeros, corroboran, con ligeras variantes y mayor o menor extensión, un largo y pormenorizado relato bien conocido hasta nuestros días, que escrito en dialecto siciliano, ha sido objeto de controversia en cuanto a la exactitud de su contenido, pero no en cuanto a su esencial veracidad. Un erudito autor muy posterior a los sucesos, llamado Rosario Gregorio, al escribir su "Biblioteca histórica de Sicilia bajo los Reyes de

Aragón", se extrañaba de que los cronistas italianos Bartolomé de Neocastro, Nicolás Specialis y otro, anónimo, citado por el sabio Martenne, silenciaran en sus obras el nombre de Juan de Prócida, pero, en sus trabajos de investigación acerca de este punto, logró encontrar en la Biblioteca de Palermo una crónica siciliana, cuyo autor se ignora, titulada así: "Quistu y lu ribeblamentu di Sicilia, qualli ordiun e feichi Miser J. Procida". El dialecto siciliano está anticuado, pero el relato, que coincide, en lo fundamental, con otros coetáneos, es de riquísimo contenido, lleno de colorido, de nervio y de numerosos detalles. Se puso en duda, y aun algún historiador moderno así lo hace, de si se trataba de una auténtica referencia con garantías de veracidad, o algo parecido a una entretenida novela.

Y ocurre, sin embargo, que los que así dudan, (v.gr.: el excelente historiador inglés, Steven Runciman) han llegado, en sus atinados estudios, a la conclusión de que todo el fondo del relato en cuestión es cierto; tan cierto que, más o menos adictos a su contenido y cotejándolos con datos rigurosamente comprobados por la Historia, no han vacilado en servirse de él, para sus respectivas obras.

Puede, sí, haber retoques fantásticos, divagaciones o consideraciones vulgares, propias de una leyenda, mas, repetimos, del manuscrito han bebido quienes a esta página de la Historia han dedicado sus afanes y, de todas maneras, quiérase o no admitirlo, el relato en cuestión es de obligada consulta.

Por nuestra parte, hemos de añadir que, tras múltiples lecturas, cuanto vamos a escribir a continuación lo admiten los muchos historiadores, o, más bien, la totalidad de las obras en las que la presente, por modesta que sea, está basada y que no cabe duda que esa página titulada "La víspera siciliana" es conocida universalmente, con entera conformidad, en sus líneas fundamen-

tales, con cuanto el anónimo autor de lo referido en el manuscrito descubierto por el investigador arriba citado, nos ha transmitido.

Hay, repetimos, algunos extremos de escasa importancia en que el autor parece que imagina escenas; otros, como enseguida veremos, en los que algún hipercrítico de los muchos que abundan hoy en el campo de la Historiografía, dan por supuesto que Juan de Prócida no actúa personalmente, sino por medio de deudos o amigos; pero es igual; este personaje no es un mito; existió, vivió durante setenta años o más: fue el alma de la gran conspiración de incalculables resultados en la trayectoria que el Monarca angevino se había trazado.

IV

Sin el menor esfuerzo pudo Juan de Prócida, una vez al lado de la Corte aragonesa, hallar buen ambiente para sus planes y no debe extrañar que su fama, su condición de ex-catedrático de la Universidad de Salerno (fundada por Manfredo, como tantas otras instituciones culturales) su declarada adhesión a Carlos de Anjou y la elevada condición y nobleza de su prosapia (era señor de la isla de Prócida) hiciesen que muy pronto D. Pedro III le nombrara Canciller de la Corona de Aragón, como, antes había sido Canciller del Rey Manfredo, y le otorgara dos o tres señoríos en Valencia. En su nuevo cargo pudo moverse con desembarazo, siempre favorecido por el aragonés y su esposa, para ir desenvolviendo todo cuanto, de tiempo atrás, venía preparando. En su alma había además, un motivo de odio contra los angevinos, pues, según parece, al ser despojado de sus posesiones en Italia (ya él fugitivo, a la sazón, en el norte de la Península, en un ambiente saturado del buen recuerdo de los Staufen), su misma mujer fue maltratada y una hija violada, por el oficial francés encargado de su busca y captura, que era (dicho sea de paso) un desmán usual, allí, por los soldados invasores.

Estaba perfectamente al corriente de la política mediterránea y, por estarlo, sabía que las miras de Carlos se concentraban ahora en el extremo oriental del "mare nostrum" y que el Emperador Miguel hallábase un tanto apurado en Constantinopla, por la situación inquietante de sus dominios, dificultosa y quizá artificial-

mente unidos bajo su cetro; por las continuas guerras que le promovían los vencidos, pero no domeñados, latinos, en las mismas fronteras del oeste; por un pueblo que no olvidaba la brutal mutilación del niño-heredero Juan IV, ordenada precisamente por Miguel en 1.261, para, en seguida, usurparle el trono, y, en fin, por la cuestión religiosa, ya que si oficialmente se estipuló en Lyon la unión de las dos Iglesias, el Emperador sabía que la inmensa mayoría de sus súbditos aborrecían la obediencia al Papa, porque aún se conservaba vivo el recuerdo ingrato de la conquista de la opulenta capital del Imperio, por esos Cruzados, que si no llegaron a ser dueños de los Santos Lugares, sí, en cambio, dieron cumplida muestra de su barbarie y de su rapacidad cuando, en 1.204, tomaron la antigua Bizancio.

Mejor que todo esto, conocía Juan de Prócida la triste situación de Sicilia, donde los ánimos se caldeaban en el odio hacia sus opresores franceses, que vejaban cuanto podían a los naturales, que les exprimían, a fuerza de tributos, les acechaban, les privaban de los bienes que adquirían por su trabajo por dárselos a franceses y que, siempre altaneros, siempre ávidos de botín y bajo el influjo de las más ruines pasiones del alma, que se despiertan cuando las circunstancias hicieron de los vencedores auténticos déspotas, en la Isla. Allí se crecían por momentos, con tanta mayor impunidad, cuanto que, salvo en fugaz ocasión, el Rey Carlos, siempre en la Italia central (había hecho de Nápoles la capital de sus dominios) solo de Sicilia se ocupaba por medio de los virreyes que allí mandaban en su nombre, acaso más duros que él.

Y la sorda tempestad aumentaba con ritmo creciente, desde que la victoria angevina en la acción de Tagliocozzo, hizo sueños de Nápoles-Sicilia, en 1.268, a los soldados angevinos. Eran ya catorce años de esclavitud, sin muestras de ceder. Allí, los invasores franceses se sentían los amos y las autoridades no atendían poco ni mucho a las quejas que de cuando en cuando les presentaban los oprimidos indígenas.

¡Ah, cuánto se acordaban éstos, no sólo de aquellos normandos de los lejanos tiempos; de aquel Rey a quien llamaban Guillermo el Bueno, que ciñó la corona cien años antes; incluso de los sarracenos, anteriores a los mismos normandos, que, por lo menos, si conquistaron, supieron ser más civilizados que los actuales dominadores! ¡Cuánto se acordaban, pese a sus notorios defectos y desafueros, del Emperador de la Casa de Suabia, Federico II, ese Staufen, que, en medio de sus yerros y sus reconocidos métodos de gobierno (por lo demás propios de la época), tuvo la virtud de prendarse de Italia y de la bella isla siciliana, hasta el punto de ser, más bien que Emperador de Alemania, Soberano de ambos Reinos italianos y, por serlo, enemigo de la Santa Sede, (sin proponérselo expresamente) que no podía admitir estar enclavada en medio de dos porciones imperiales y que, de mucho tiempo atrás, se consideraba capaz de poner coronas, o quitarlas, tarea que sólo la sabiduría del gran Papa, Inocencio III, con su inmenso talento, sus probadas virtudes, su dúctil y habilísima política, pudieron producir excelentes frutos y convertirle casi en incomparable árbitro de la Europa cristiana, al alborar el siglo XIII!

Sí, Juan de Prócida no ignora, a sus 66 ó 67 años de edad, cuando a España llegó, y situado en preeminentes puestos, todo ello, que ya había alcanzado el colmo la continua afrenta que sufrían los sicilianos, y tampoco ignoraba, por sus relaciones con éstos, que se tascaba el freno a la general indignación; que se presagiaba el estallido final; y que solo se esperaba una ocasión propicia y una dirección certera y fuerte.

Y por saber todo esto, el Canciller del Monarca aragonés, trenzó los hilos de la trama, porque las circunstancias parecieron favorables, cuando eran Papas San Gregorio X (que solo pensaba en una nueva Cruzada y en la unión de las Iglesias Romana y Bizantina, sin mezclarse en las ambiciones de Carlos de Anjou), Juan XXI, el portugués, nada afecto a éste, y Nicolás III, del que todo indicaba estar en completo desacuerdo con los planes ange-

vinos y que, según algunos historiadores, era adversario oculto de ellos y quizá intervino en los planes elaborados por el mismo Juan de Prócida.

En los dos últimos Pontificados, ya éste vivía en España, no antes, pero sus conocimientos databan desde los días de Urbano IV, Clemente IV, San Gregorio X y los fugaces Inocencio V y Adriano V, esos tiempos en que la ayuda francesa decidió la caída de los Staufén y el exilio del Canciller en la parte septentrional de Italia y, acaso, en la meridional de Alemania y en los dispersos focos gibelinos que no le eran hostiles, mientras logró, en 1.273 ó 1.274, que su hermano Andrés pasase al seguro servicio del Marqués de Montferrato, yerno de Alfonso X de Castilla, y sólo vino a Barcelona, como acabamos de decir a principios de 1.275, cuando ya tenía fija en su mente la posible solución de la cuestión siciliana, solución del todo igual a la que, a su llegada, encontró en la Infanta Constanza, y en su consorte, pero que, por respeto y sujeción filial al Rey D. Jaime, solo estaba en proyecto.

¿Es cierto que ya por entonces Juan de Prócida inició sus actividades, tendentes a buscar conjunción de voluntades en Sicilia, por un lado, y ayuda militar y dineraria, por otro? Así lo dice la Crónica, así lo confirman varios autores de aquellos tiempos y así lo recogen los historiadores, en general. Nosotros nos sumamos a esta opinión.

Runciman (a quien seguimos, con preferencia al dudoso Amari) supone que, por la edad, no debe creerse que el mismo Prócida, disfrazado, o no, de Religioso franciscano, pudiera hacer varias travesías (el Cronista Villani dice concretamente que Prócida fue dos veces a Constantinopla) entre Barcelona, Sicilia y Constantinopla, incluso también a Gerona, pero, en esto discrepamos del autor inglés, porque hay buenas razones para creer que Prócida, pese a su edad, era hombre fuerte y vigoroso, ya que, a partir de esa época, vivió veinte años más. Sí: en persona, a juicio

nuestro, llevó a cabo sus trabajos, sin perjuicio de admitir, como posible, que sus dos sobrinos, hijos de su hermano Andrés, coadyuvaran a ellos, y en cuanto a otra duda de ese autor, derivada de que la firma de Prócida, como Canciller del Rey D. Pedro, aparece en los documentos oficiales, desde 1.279, a 1.281, carece asimismo de valor probatorio, ni admitimos que esos viajes los realizó en el trienio inmediatamente anterior. Por lo demás, bien supo desenvolver sus dotes diplomáticas ante el Paleólogo, haciéndole ver el peligro a que estaba expuesto, por obra de Carlos, inducido por su yerno Balduino: se jugaba el trono y la vida.

En resumen: él, en persona (así lo creemos firmemente, como la inmensa mayoría de los historiadores) o valiéndose de sus sobrinos, provistos de minuciosas instrucciones suyas (como supone Runciman) fueron los artífices materiales de la trama y, en fin de cuentas, poco importa este punto de duda suscitado por tan distinguido autor, sin dejar bien sentada nuestra absoluta seguridad de que fue Juan de Prócida el cerebro organizador, a las inmediatas órdenes del Rey de Aragón. El viajó; él habló con Miguel Paleólogo; él también, o en su capital, o en la misma Génova (declarada enemiga "de facto", de Carlos), se puso al habla con los genoveses; él tomó el oro que le entregó el Emperador oriental, y lo puso a disposición de su Rey; él, muy probablemente, por no decir seguramente, logró hacer contrabando de armas, a favor de los sicilianos y, en fin, canalizó esfuerzos, sujetó impacencias e infundió ánimos a éstos, mientras, ya en Cataluña, el Monarca aragonés, por su parte, activaba la construcción rápida y eficaz, de su propia escuadra, en perfecta sincronía con actividades diplomáticas y militares. Ello, sí, llevó varios meses, como hemos dicho, y, logrados los medios, los propósitos y los fines, quedaba establecida, así, una verdadera alianza entre el Rey, el Emperador y un poco en segundo plano, Génova. Ya en el curso de las negociaciones, se trató, como era usual entonces, de una boda entre una In-

fanta aragonesa y el primogénito del Emperador y sucesor de éste, Andrónico.

Pero cooperación militar no era dable ofrecer, por parte del Paleólogo, ya que hartas preocupaciones le embargaban: todos sus hombres de armas los necesitaba él, no sólo para la seguridad en las fronteras, como hemos dicho, sino también para oponerlos, en su día a la prevista expedición del angevino. Sin embargo, consta que, a falta de esta ayuda, puso a disposición de la empresa buenas monedas de oro, tan buenas, como abundantes, con lo cual surgía lo que pudiéramos llamar el "socio capitalista" en la común tarea. Dio, en efecto, para empezar, 30.000 onzas de ese rico metal.

Todavía, la actividad de Prócida, según las diversas Crónicas coetáneas, que corroboran sustancialmente lo que dice la famosa anónima del "Ribell amentu", pudo llegar al mismo palacio del Papa, que lo era Nicolás III, residente en Viterbo, o, mejor especificado, en el castillo de Suriano, muy cerca, y aunque Runciman no cree que éste se mezclase en el asunto, bien puede suponerse que, por lo menos, lo conoció. En todo caso, no existen pruebas documentales que confirme cuanto narra la Crónica y repiten los historiadores. El Pontífice no era afecto, en realidad, al temible amo de gran parte de Italia, pero se mantuvo neutral, o, si se quiere, a la expectativa de los acontecimientos y téngase en cuenta que su paso por la Santa Sede fue breve, para peligrosas aventuras y él era prudente. Creemos que este extremo, relatado por la Crónica con diversos pormenores, no resiste a una concienzuda investigación, aunque no hemos querido omitirlo aquí, como no lo omiten otros autores.

Abundaban en Sicilia los esbirros y espías de las autoridades angevinas, razón por la cual es natural que las conversaciones subversivas se llevasen a cabo con el mayor secreto, que no impide conocer hoy, puntualmente, los nombres de Paluniero Abbate, Alaimo de Lentini, Gualterio de Caltagirone y otros, sin olvidar a

Machalda de Scaletta, esposa de Alaimo, la cual, más adelante, vuelve a aparecer en la historia de las "Vísperas". Y no deja de ser probable, por lo menos, que en algunas ocasiones la conspiración se desarrollase en la isla de Malta, alejada de la policía de Carlos.

En cuanto a Génova, la cosa variaba: en Oriente privaban los genoveses con el Emperador mucho más que sus constantes rivales, los venecianos, y, por lo mismo, Juan de Prócida pudo contar no sólo con su riqueza (creada por el activo comercio a lo largo del Mediterráneo) sino también con buenos barcos.

Todo marchaba, pues, a entera satisfacción de los Monarcas aragoneses, de Juan de Prócida, de Miguel Peleológo y de los patriotas sicilianos, iniciales en la conjura, cuando un acontecimiento, con el cual no contaban, estuvo a punto de frustrar la conspiración. Deliberadamente, hemos silenciado aquí más de una carta que está contenida en la Crónica anónima, en la cual, como en otras, se dan prolijos pormenores de la intervención del Papa Nicolás III, carta dirigida a D. Pedro de Aragón cuyo tenor equivalía a otorgarle una completa libertad para su campaña contra Carlos y, de paso, a una donación de la corona napolitano-siciliana, a favor y de otras misivas entre el Papa, el Rey y el Emperador, sin que dejemos de dar por supuesta una correspondencia epistolar, cruzada del uno al otro lado del Mediterráneo, con posibles escritos de la Italia papal, en ese momento presidida por dicho Pontífice, nada angevino.

Pues bien: el acontecimiento fue la muerte del Papa Orsini y la elección del francés Simón de Bric, que tomó el nombre de Martín IV, en el año 1.281, cuando estaba ya a punto de terminarse, o, por lo menos, muy adelantada, la construcción de la escuadra real de Aragón. Y este nuevo Papa, desde el comienzo de su Pontificado, era declarado y abierto amigo y casi protector (después casi protegido) del odioso Monarca de Sicilia.

Este contratiempo lo supieron Prócida o sus representantes, en ruta desde Constantinopla a Cataluña (1.281), y aunque en Sicilia produjo consternación a los conspiradores de la isla, él se mantuvo firme, alegando, entre otras razones, que era tarde ya para volverse atrás y que ni en Aragón, ni en oriente sería posible frenar los preparativos, que se consideraba serían terminados pocos meses después, o sea en la primavera de 1.282.

Hemos ahorrado al lector infinidad de pormenores, tomados de la Crónica del "Ribellamenti", cuya traducción íntegra tenemos a la vista, inserta en la "Historia de España" del francés Carlos Romey (obra por muchos conceptos llena de interés y de noticias no halladas en otras, incluso escritas por españoles). Fácil, pues, nos hubiera sido copiarla, bien en su totalidad, bien parcialmente, ya que es poco menos que desconocida; pero, sin desecharla en redondo, repetimos que contiene la verdad sustancial de los acontecimientos.

Conviene ahora, a nuestro propósito, añadir a lo dicho antes, que se va abriendo camino, en opinión nuestra, la tendencia a considerar esa Crónica mucho más verdadera, que legendaria y en cuanto a Juan de Prócida se refiere, si bien su nombre no lo hemos encontrado en Muntaner, sí figura en Desclot y, más, aún, en Zurita, cuya Crónica aceptamos de plano, siempre.

Hubo, pues, conspiración; hubo connivencia de planes y, por haberlos, no en balde y con fines concretísimos, Pedro III de Aragón, los sicilianos y Miguel Paleólogo, se disponían a actuar, si bien los respectivos puntos de vista pudieron ser diversos en cuanto al resultado final. El aragonés, iba en busca de un reino que pertenecía a su mujer; los sicilianos, por lo menos, a sacudir el yugo francés; y el Emperador, a evitar la expedición angevina. Por poco que se piense, se llegaría a la conclusión de que el punto de mira del Monarca de Aragón, si lograba la victoria llevaba consigo el propósito de los otros dos, pues no debemos olvidar que en Sicilia

era grato el recuerdo de los Staufen (dinastía a la que pertenecía la esposa del Monarca); era gratísimo echar, como fuese, a Carlos; y, en cuanto a Miguel, sin estar directamente afectado por ello, hallaría paz y alegría con el alejamiento y caída de su rival francés y no le disgustaría, ni mucho menos, la vecindad de la Casa Real de Aragón. Génova sencillamente se alegraría mucho de la caída del Monarca angevino.

Convenía, no obstante, mantener, ante todo el mundo, esa reserva con que D. Pedro actuaba: eran ahora, con el nuevo Papa, muy poderosos los enemigos a quienes se iba a desafiar, porque Francia, virtualmente aliada con Martín IV, constituía, según hemos dicho, la mayor potencia de la Europa cristiana y, comparados con ellos, los otros países, incluso el Imperio alemán de Rodolfo de Hansburgo, tenían menor importancia. Hacía falta el valor, casi temerario, del principal personaje de la conspiración, o sea el Monarca aragonés, para osar medir sus fuerzas, en 1.282, con el doble adversario. Solo esto basta, a nuestro juicio, para calibrar la grandeza de este Rey.

Veamos si el empeño anuló o confirmó el propósito.

Palermo, marzo de 1.282.

Con arreglo a un plan premeditado (como dice la interesante Crónica de Villani), o por espontáneo e irrefrenable impulso popular, según otros autores, ocurrió que la tensa situación de los sicilianos, desde muchos años antes, contra sus opresores, hizo explosión de repente, en la tarde del 30 de marzo de 1.282, lunes de Pascua, cerca de Palermo, al sudeste de la ciudad, donde se alzaba un Templo dedicado al Espíritu Santo, Templo que, a partir de ese día, adquiriría fama, no por lo ocurrido dentro de él, sino alrededor.

La gente paseaba por allí, esperando el momento de penetrar, para el rezo vespertino de tan señalada fecha pascual, y, por lo menos en apariencia, la tranquilidad e incluso la alegría, brillaba en todos los rostros, hasta que la presencia, no por inesperada, sino por ser siempre inoportuna y aborrecible, de un grupo de soldados franceses, rompió el general sosiego no sólo por su condición de enemigos, pues bien se sabía que, considerándose los amos, esos hombres solían molestar de palabra y aun de obra, a la mujeres, sin importarles su condición de casadas o solteras.

Los continuos desmanes, a costa de ellas, lo soportaban sus compatriotas a duras penas, mordiéndose su rabia tanto ellos como las mujeres de Sicilia, como es natural, inermes todos ante la brutalidad de esa chusma angevina; ya que consciente de la situación el "Justicia" o Gobernador de Palermo, subordinado al virrey, Heriberto de Orleans, había prohibido, desde tiempo atrás, que el elemento indígena llevase armas de ninguna especie. Era, esta medida (dictada por el temor a una alteración de orden público) como un acicate para que los opresores se sintiesen fuertes en todo momento y aprovechando cualquier ocasión.

Pues bien: la presencia de ese grupo militar bastó, como hemos dicho, para que la tranquilidad y el relativo bienestar allí reinantes, desaparecieran como por ensalmo. Hasta aquí, nada podía chocar, ni a los soldados, ni, si lo viera, al Gobernador, Juan de Saint-Remy: sabían muy bien que eran odiados y, por saberlo, les tenía sin cuidado esa sorda hostilidad; más bien avivaba este odio sus más ruines pasiones.

Pero de pronto, uno de estos individuos, posiblemente, como sus compañeros, ebrio, o poco menos, acercóse a una bella joven siciliana, casada o soltera (ambas versiones señalan los cronistas de aquel tiempo, alguno de los cuales, sin ser testigo de vista, precisamente, sí vivía en Sicilia, no lejos de Palermo, en esas mismas fechas, Bartolomé Neocastro) y, so pretexto de cerciorarse

de que el hombre, marido o novio, que la acompañaba, no llevaba armas ocultas, le cacheó, sin hallarlas, lo cual determinó al soldado (haciéndose eco de una creencia general de sus comilitares) a suponer que, si ese hombre y los demás estaban, en efecto, inermes, se debía a que eran las mujeres quienes no lo estaban, idea, o más bien, medio aprovechable para creerse obligados a registrarlas, con evidentes fines lascivos.

La joven en cuestión, al sentir el ultraje de las hombrunas manos sobre su cuerpo, al verse torpemente atropellada, lanzó un grito de espanto en demanda de socorro y se desmayó.

Fue la chispa que provocó el incendio, porque inmediatamente, saltó sobre el soldado el acompañante de la joven, con la rapidez y furia de una fiera herida; le desarmó y con su misma espada le mató en un instante. Se llamaba Dronet, nombre que citan todos los historiadores.

Corrieron allí los otros franceses, pero, simultáneamente, como movidos por un resorte (fijémonos en este detalle puesto de relieve por todos los autores) los sicilianos, a su vez, se lanzaron, como un solo hombre, contra los soldados y los mataron, mientras un alarido general resonó, henchido de rabia:

“¡Mueran los franceses!”

Y este alarido, con rapidez fulmínea se extendió, se extendió, cada vez en un radio más amplio, y, horas después, primero, y dos o tres días después, era coreado por el pueblo siciliano y centenares de franceses perecieron, bajo la implacable ira de los hasta entonces oprimidos sicilianos.

Permítase al autor del presente libro, establecer un paralelo entre el sangriento drama, comenzado el 30 de marzo de 1282, en Palermo, y otra fecha, que los españoles no olvidan nunca, en la

cual también la tropa francesa, invasora y altanera, dominaba a España; el 2 de mayo de 1.808, en Madrid.

Y, al mismo tiempo, el autor se atreve a hacer hincapié (para ulteriores comentarios) en el hecho de que el elemento indígena de la Isla, "oficialmente" desarmado, hallóse en un momento bien provisto de espadas, dagas, puñales y otros medios mortíferos, con los que, como en seguida veremos, dieron cumplida cuenta de casi la totalidad de los franceses en la mayor parte de la Isla.

Y mientras en aquella tarde fatal la matanza estaba en plena labor destructora, las campanas de la Iglesia palermitana del Espíritu Santo, doblaban, como una oración de bronce, tocando a vísperas.

Antes de continuar la narración de los acontecimientos, que la Historia Universal registra al pormenor en sus páginas, importa volver a la interrupción que hace un instante hemos formulado. ¿Estaba, de verdad, inerme el pueblo siciliano, en esos días? ¿Cabe suponer que cada víctima del alzamiento popular diera tiempo a los agresores para que, en la acometida, le privaran de sus propias armas?

Esto parece absurdo, y, por parecerlo, supone el autor del presente libro que, de tiempo antes hubo, en efecto, importación clandestina de armas, que financiadas conjuntamente por Aragón y el Imperio de oriente y destinadas a un fin premeditado, obraban, más o menos escondidas, en poder de la población siciliana, para cuanto ella y los Monarcas D. Pedro III, por el oeste, y Miguel Paleólogo, por el este, tenían ya acordado. Y consideramos ser este dato de no escasa importancia para desvirtuar la tendenciosa manera de referir lo ocurrido en la Isla, según la cual solo el elemento indígena, que, repetimos, se creía estar desarmado (serían tontos los invasores para, tras continuos registros personales, no haber descubierto ni un solo puñal, a lo largo de varios años de

dominio) había producido la victoria, sin ayuda de nadie, como lógico y bravo alzamiento popular.

Ningún inconveniente vemos, en cambio, en la hipótesis de que, trazado un plan común, en el que los barones de la Isla conjurados con ambos Monarcas, los ya citados Palmiro Abbate, Alaimo de Lentini y Gualterio de Caltagirone, jefes, allí del alzamiento, no pudieron refrenar un espontáneo estallido de indignación y, antes de la fecha acordada, obedientes, solo, a la ira que les produjo el desmán de Dronet, rompieron todo obstáculo, sin esperar la intervención de sus aliados de oriente y occidente. Y admitida esta posibilidad, queda a salvo el denodado valor de los sicilianos, sin mengua de la ulterior acción de sus amparadores, en especial, de D. Pedro III de Aragón, que remataron, victoriosamente el alzamiento.

Ese tremendo grito de ¡muera los franceses!, fue, en efecto, la señal de una verdadera carnicería en la Isla. Y si el furor homicida se manifestó en toda su fiereza, primeramente en Palermo, donde apenas si quedó un francés con vida, de allí irradió hacia el oeste y sur, tomando como nuevas bases de partida las ciudades de Trápani y Coleone, desde donde en alas del viento fue esparciéndose por la superficie de la Isla, que se alzó en armas de tal modo que solo se comprende la reacción rápida siciliana por el hecho, ya por nosotros subrayado, de que, contra lo que suponían las autoridades francesas y contra las disposiciones expresas de las mismas, raro era el isleño que carecía bien de una espada, bien de una daga, o bien de una férrea maza; porque si en la jornada del 30 de marzo, el número de franceses muertos en Palermo, en pocas horas, fue en espantoso "crescendo", tan espantoso que, a la mañana siguiente se contaban ya 2.000 víctimas; si la matanza se hizo general, hasta el punto que no se respetaba edad, sexo, ni condición; si la hasta entonces contenida rabia hizo de los sicilianos verdaderas fieras, (pues se llegó al extremo inaudito de matar a mujeres indígenas, casadas con franceses, a embarazadas, de su unión

con éstos, por lo que sucumbían madres y fetos); si, en fin, Religiosos y Clérigos fueron, asimismo, acuchillados sin piedad, después de cerciorarse por una sumaria prueba de pertenecer a los invasores, prueba consistente en hacerlos pronunciar la palabra "cirici", difícil a sus labios, que no permitían emitirla con la pureza siciliana; en una palabra, si un tremendo despertar de los más bajos sentimientos humanos cegó de pronto a los naturales de la Isla, convirtiéndolos en seres salvajes, hemos de convenir no solamente en el grado de exasperación alcanzado en ellos, a lo largo de los catorce o quince años de la opresión francesa, sino también en que, al sentirse, un momento, fuertes y unidos en un solo fin de exterminio total de los invasores, estos sicilianos, rotos todos los diques opuestos a la famosa "vendetta" cubrieron de sangre, en sólo 29 días (todo el mes de abril) la tierra patria, en delirante rebelión anti-francesa.

¿Cómo reaccionaron las autoridades? Por lo pronto, se asustaron ante la furiosa y general embestida; el gobernador de Palermo, Juan de Saint-Rémy, se encerró en su palacio, que antaño perteneció a los normandos, fue herido en la cara y al lograr, a duras penas, trasladarse al castillo de Vicari, mientras, sitiado, negociaba las condiciones de su propia salvación, una flecha, lanzada por un siciliano, le dejó muerto, a continuación de lo cual, quienes con él estaban, perecieron en su totalidad.

Quedaban unos cuantos focos de resistencia y cabe señalar, como nota de luz en aquel negro cuadro, que había algún delegado gubernamental en la Isla, que, por su anterior conducta, recta, prudente y generosa, halló gracia en el corazón de los sublevados: vivía en Calatafini y se llamaba Guillermo Porcelet. Pues bien: él y su familia no sólo se salvaron, sino que escoltados por los sicilianos, con muestras de respeto, pudieron embarcarse en Palermo y trasladarse a Provenza. Otra ciudad, Sperlinga, algo alejada de la tiranía invasora, quedó al margen del alzamiento algunas sema-

nas, con su guarnición francesa, la cual se marchó de allí a Messina, sana y salva.

Pero quedaba esta importante ciudad, en el extremo nortoriental de la ensagrentada Isla, y, sin ser la capital, que lo era Palermo, sí tenía varios y poderosos elementos para hacer frente a la acometida. Allí vivía el virrey, Heriberto de Orleán; allí había fuerte guarnición; era ciudad poderosamente amurallada y, sobre todo, en su puerto estaba fondeada ya que no la totalidad de la escuadra angevina, preparada por Carlos para su expedición a oriente, sí una considerable parte de sus buques. Por lo demás en Messina residían muchos sicilianos, más o menos temporalmente, y, entre ellos, la rica familia de los Riso, afecta a la causa francesa y en buenas relaciones de amistad con el virrey.

Messina, pues, se había convertido, de pronto, por las circunstancias, en ciudad-clave: si se mantenía, con los expresados elementos, a salvo del furor siciliano, la causa del levantamiento podría peligrar y convertirse en punto de arranque de la reacción francesa. Si, por el contrario, sucumbía, como el resto de la Isla, era de suponer que la victoria coronaría el levantamiento iniciado en Palermo, con ocasión de las tristemente famosas "Vísperas sicilianas".

Veamos, pues, no sólo lo que iba a ocurrir en la ciudad, sino, además, cuál fue el efecto que, en Nápoles, obró el general alzamiento.

V

Al estudiar el levantamiento siciliano, siete siglos después, puede causar asombro la rapidez con que, desde Palermo, se extendió la rebelión a casi toda la Isla, de manera tal que en dos o tres semanas, los sicilianos eran dueños de la situación: las gestiones llevadas a cabo por Prócida y Miguel Paleólogo, con los barones más destacados de la Isla, nombrados en el capítulo precedente, tenían que estar terminadas y repartido el armamento; gestiones dirigidas, por supuesto, desde Barcelona.

Solo así se explica la tremenda generalización, pues aunque en la misma noche del 30 de marzo se despachasen urgentes correos a diversas ciudades; aunque, además, la tensión existente estaba en su punto culminante, no cabe sino pensar en ambos factores, con tanta mayor razón cuanto que hubo conspiración, como sabemos; pero la brutalidad del soldadote Dronet rompió el orden y se adelantó, lo que es muy lógico, por cierto, hartos todos de aguantar más tiempo el continuo ultraje que sufría la población dominada.

Tras la hecatombe y sed de venganza se nota en Palermo, primero sensación de alivio, (habían bastado diez o doce horas para acabar allí con los franceses); pero, después, en los hombres más sesudos, una especie de inquietud, lo que dio por resultado el nombramiento de una serie de dirigentes, constituido por Roger Mastrangelo, elegido primer jefe de la ya instaurada "comuna" local y ocho consejeros, todos los cuales cuidaron, con la rapidez

que el caso requería, además de despachar los mencionados correos, en diversas direcciones, de alertar a la gente para seguir la obra comenzada en Palermo y tan rápidamente, por cierto, que la casi total matanza de invasores se llevó a cabo bien pronto a lo largo y a lo ancho de la Isla. Asimismo se tomó el acuerdo de destrozar la bandera angevina y sustituirla por la insignia de la capital, en la que estaba bordada el águila imperial de los Staufen. Otras medidas fueron adoptadas, la más importante de las cuales consistió en unirse cuanto antes con los habitantes de Messina, ciudad, a la sazón, de máximo relieve, como hemos apuntado en el capítulo anterior.

Estas disposiciones, iban paralelas a la general matanza de franceses, sin hallarse, apenas, señales de reacción, dato también significativo; llevaban, sin embargo cierto signo de inquietud, cierta precipitación que denotaba la sorpresa de los mismos sublevados, tras el repentino y terrible estallido palermitano. Diríase que una vaga sensación de desconcierto empezó a apoderarse de los que, por el momento, eran vencedores.

En Messina radicaba, sí, el giro favorable o adverso del levantamiento. Messina, por el momento, no se insurreccionó. El virrey contaba con la guarnición francesa y con la parte de la flota allí anclada; contaba con elementos indígenas todavía adictos a la autoridad del Rey; pudo suponer Heriberto de Orleans que la rebelión sería reprimida con el envío a Palermo de unos cuantos buques y, desde su fuerte castillo de Matagriffon, dictó las oportunas órdenes, mientras despachaba informaciones de lo que sucedía, al mismo Monarca, probablemente ya noticioso de todo por otros emisarios.

Pero tales medidas de nada aprovecharon: los messineses eran patriotas como todos los sicilianos y, en efecto, su aparente pasividad se acabó, en los últimos días de abril, un mes escaso después de las "Vísperas" de Palermo: ni buques enviados a las cos-

tas septentrionales, ni alguna tropa dirigida al sur, en la costa oriental de la Isla, concretamente, en Taormina, lograron fruto alguno. La misma ciudad a su mando por momentos, más que sospechosamente a la expectativa le causaba temor, y en efecto, Messina se sublevó; los buques despachados, sin atracar en Palermo, regresaron, mermados; y la pequeña tropa sufrió una derrota. Heriberto y el elemento francés se encerraron en la fortaleza y lamentaron, porque ya corría la sangre en la ciudad y se estableció un bloqueo, en el puerto, quedando abandonada la flota, sin tripulaciones, flota que rápidamente fue incendiada por los sublevados messineses.

La situación era, pues, insostenible; apenas se advierte, al estudiar este sangriento drama, actitudes de valor, del lado francés, pues si es verdad que, en una o dos escaramuzas navales la suerte estuvo de su lado, fue por breve tiempo y, al fin, la causa francesa perdió la partida.

El virrey obtuvo el permiso, por los sublevados, para embarcarse rumbo a Aigues-Mortes, bajo palabra de honor, pero, una vez alejadas de Messina las dos galeras que pusieron a su disposición, se trasladó a la otra orilla del estrecho, lo que, enterados los sicilianos, dio ocasión a que otros franceses que iban a partir en pos, con iguales condiciones, pagaran las consecuencias, siendo hundidas sus embarcaciones con cuantos en ellas iban, antes de levar anclas.

Así, pues, en un mes escaso no solamente Sicilia quedaba liberada de franceses, sino que, considerablemente mermada la soberbia flota dispuesta para la cacareada expedición, con honores de cruzada, a Constantinopla, casi desapareció.

¿Cuál había sido, mientras tanto, la reacción del Rey de Nápoles, de ese Monarca que, cuatro semanas antes, era el más poderoso de los Monarcas de la Cristiandad, de ese hombre frío,

duro, terrible, talentoso, que nunca había conocido la derrota, que, a lo largo de su vida, obtuvo cuanto se propuso obtener? ¿Sería posible que unos vasallos rebeldes, a los que despreciaba, hubieran hecho dueños de la porción insular de su Reino? No, ciertamente, porque todavía tenía fuerzas militares y navales; tenía tesoros; y, sobre todo, era su aliado, su amigo, su protector (¿o protegido?) nada menos que S.S. el Papa Martín IV, o sea la potencia espiritual más considerable de Europa.

Ya estaba, como hemos dicho, enterado de la catástrofe siciliana: ya habían llegado hasta su trono emisarios de ambos bandos contendientes, porque los sicilianos habían acordado, una vez victoriosos, poner la Isla bajo el paternal y directo dominio de la Iglesia, nueva señal, a juicio nuestro, de que la total, rápida y acaso también, no soñada victoria de los sicilianos, habríanles dictado tan extraña solución de urgencia, conociendo, como con toda seguridad conocían, la perfecta unión pontificio-angevina.

La embajada siciliana, según parece, no obtuvo audiencia siquiera, lo cual desconcertó un poco a los de la Isla, que, no obstante, iban organizando en comunas vinculadas entre sí estrechamente, preparándose a todo evento, pues harto suponían que el Rey no se dejaría arrebatar la porción insular de sus dominios italianos.

Con rabia, sin duda, pero también con miope visión de lo ocurrido, el de Anjou empezó por destacar una pequeña escuadra, hacia la capital, escuadra que, a la vista de varios buques sicilianos preparados por la comuna, hubo de virar sin combate; pero lo que más enfureció al Monarca fue la pérdida de Messina y de la flota allí fondeada. Las crónicas, casi sin excepción, cuentan que, al saberlo, exclamó: "¡Señor Dios, puesto que es tu voluntad aniquilar mi fortuna, concédeme al menos ir cayendo poco a poco!", mientras otros aseguran que, rabioso, se dedicó a morder un bas-

tón que tenía en las manos, dando zancadas por la habitación, más como fiera, que como hombre y Rey.

Después, reaccionó a tenor de su talante y en los meses de mayo, junio y julio, debidamente ayudado por el Papa, el Rey de Francia y los enclaves angevinos en Italia, organizó su esperada operación de contraofensiva.

Veamos cómo fue ayudado por Martín IV.

Éste había recibido nuevamente otra embajada siciliana, en demanda no sólo de perdón, sino de amparo: su respuesta fue una amenaza de excomunión y de castigo a los sublevados y a cuantos, de cualquier modo, les ayudasen, conminando a la obediencia a Carlos; si no se atendían estas disposiciones, el Papa depondría a los Obispos y despojaría de sus posesiones a los Nobles, o a quienes, siendo feudatarios de la Santa Sede, simpatizasen con los sicilianos. Respondió duramente a los enviados, quienes, al entrar a su presencia, citaron el texto evangélico "Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros", con otro texto: "Dios te salve, rey de los judíos, y le abofeteaban", texto que dijo tres veces. En fin: toda su actitud demostraba que hacía suya por completo la causa de su querido y coronado compatriota. No queremos extendernos en este punto.

Ésta y otras escenas que profusamente registran los cronistas, fueron seguidas (7 de mayo) por una bula de excomunión fulminada contra los patriotas sicilianos, seguida por otra contra Miguel Paleólogo. Manifiestamente el Papa conocía toda o casi toda la trama previa al alzamiento y nunca había creído en la unión de las Iglesias latina y griega, pero sí estaba convencido (con o sin razón) de la insinceridad del Emperador.

Puede causar extrañeza, al reseñar la actitud pontificia, la de reverencia y humildad de los insurrectos, si se olvida su primera decisión, a raíz de las "Vísperas", de poner la Isla bajo el dominio

directo del Papa, pero luego veremos que había otras causas por virtud de las cuales urgía a los sicilianos una rápida intervención pontificia, antes de que Carlos, más expeditamente, acudiera al reto.

Un fuerte ejército, en efecto, se formaba en territorio napolitano: alrededor de sesenta mil hombres de infantería y quince mil de a caballo. Bien provisto de dinero, gracias al tío Felipe III y a otras fuentes, pudo, sin gran dificultad, comprar barcos, no sólo en Provenza, Nápoles y Pisa, sino también, como dicen algunos autores (a los que no podemos creer) en Génova y, así, ya a principios del verano, doscientas naves estaban prontas para tomar la ofensiva.

Por su parte, el Papa, hizo una tentativa de mediación, muy laudable, en sí, pero en términos tales que, como vamos a ver, estaba condenada de antemano al fracaso.

Entra ahora en escena aquel personaje del que en otro capítulo hemos hecho especial mención: el Cardenal Gerardo Bianchi, figura al parecer, relevante en la Curia pontificia.

Cuando, sin grandes esfuerzos, el poderoso ejército francés logró pisar tierra siciliana, cerca de Messina, los sublevados, (bien que dispuestos a morir o vencer) pudieron momentáneamente darse exacta cuenta del peligro que les amenazaba; el Legado papal, en cumplimiento estricto a las instrucciones recibidas, se puso al habla con las autoridades isleñas, conminándolas a cesar en su actitud y volver a someterse a la obediencia a su Rey, o sea a una rendición incondicional, levemente velada por nuevas normas de gobierno real, según las cuales se introducirían determinadas reformas administrativas, que evitarían abusos por parte de los gobernadores franceses. Eso sí, el Rey Carlos exigía la entrega de 800 personas, como prenda de su perdón, eufemismo tan burdo que, naturalmente, fue rechazado. El Legado insistió en la entrega de la sitiada Messina, que, contra la expresa petición de los sicilia-

nos, volvería, con el resto de la Isla, no al Papa, sino a su fiel hijo Carlos.

El Cardenal Gerardo, antes de aceptar la legación, ¿hizo observar a Martín IV la imposibilidad de una respuesta favorable? Si no, ¿podía él esperar éxito a la legación (por cierto, recibida por los sublevados con todos los honores debidos), o, quizá, desconocía la verdadera situación de la revuelta? Preguntas son estas que lógicamente brotan en la mente de cualquier historiador, pero, en todo caso, el purpurado, al obedecer y cumplir, al pie de la letra, la misión que se le encomendó, dio muestras, alternativamente, de insensatez, de audacia, o de ignorancia, porque, como no podía nadie dudar ni en Nápoles, ni en Viterbo, ni en el campamento sitiador de Messina, iban los sicilianos a acceder a las condiciones. Y, tras un diálogo que acabó en seguida, el Legado fue enviado al real angevino. El nuevo jefe de los insurrectos, ese Alaimo de Lentini de quien ya hemos hecho mención, dijo que, antes que someterse a Carlos, morirían todos y que llegado el caso, matarían previamente a los hijos.

Entonces empezaron los asaltos, todos infructuosos a Messina, en tanto que algunos destacamentos franceses desembarcados en diversos puntos de la costa oriental, sufrieron constantes derrotas.

El valor, el patriotismo, la abnegación de los sicilianos vencieron siempre, desde el primer ataque, a mediados de agosto, hasta el último, ya bien entrado septiembre, más así y todo la potencia del ejército angevino y el furor del Rey hacían por momentos más difícil la victoria final.

Fue, entonces, cuando entró en la Isla de Sicilia quien, sin la fama de Carlos, sin aureola de invencibilidad, iba a dar cumplido y triunfal remate a la heroica gesta de los isleños.

Volvemos, pues, lector, a fijar nuestro estudio en D. Pedro III de Aragón y, con él en unos pueblos occidentales, cuya bravura sin par no se conocía fuera de sus fronteras, pero que, de repente llegarían a conocerse en Sicilia, en Nápoles y, poco a poco en los pueblos europeos, empezando por los que bañan las aguas del Mar Mediterráneo, ese mar que si un día los romanos pudieron orgullecerse llamándole "mare nostrum", a partir de 1.282 y durante tres siglos más, así podríamos llamarlo también los aragoneses, catalanes y valencianos, es decir: los españoles.

Libro cuarto

I

Primavera de 1.282. Poco importa señalar la fecha exacta de la partida. ¿Primeros días de mayo? ¿Primeros días de junio? ¡Bah! Es lo cierto que, en uno u otro mes (por nuestra parte, nos inclinamos a suponer que fue en junio) una flota muy lucida, de 180 buques de diversas clases, pintados con vivos colores y llevando flamantes (también multicolores) en la punta de sus mástiles, navega un "gobernador" o "almojarife" musulmán, que no por ser feudatario del Rey de Aragón, muy sumiso a éste, muy obsequioso y muy rendido, deja de ser musulmán, con todas sus consecuencias, como en seguida comprobaremos.

Los jefes de cada buque, a quien nuestros historiadores llaman "cómitres", en el momento de zarpar, solo saben que han de bogar a esa isla menorquina; pero muy pronto se destaca, entre los diversos barcos, uno, más ligero, que va entregando a cada "cómitre" (probablemente, de borda a borda, para no perder tiempo) un pliego cerrado, un "albalá", que ostenta el sello real, con la orden terminante (so pena de duro castigo) de no abrirlo y leerlo hasta después de estar a diez millas, a levante, de Mahón.

El secreto, pues, duraba en alta mar.

Y, en efecto, dos días después, anclaban en el puerto señalado. Allí, el "almojarife" de la Isla, se deshizo en reverencias, obsequios, muestras de vasallaje, al Rey, tan pronto como, la actitud y las palabras de éste, desvanecieron sus primeros temores acerca de la ocupación de la Isla a su mando. Llovieron regalos, provisiones de boca, casi riquezas, a bordo de la flota y allí ésta permaneció las horas necesarias para recibir esos presentes, unos necesarios, otros, de puro obsequio. Y, en seguida, reanudación del rumbo.

¿A qué lugar?

Pues, abiertos los "albalás", por los "cómitres" de cada buque, vieron que el destino de la escuadra era un punto de la costa tunecina, no lejos ni de la antigua y célebre Cartago, ni de la que fue Sede Episcopal de San Agustín; pero como la traducción del nombre árabe del lugar meta de la expedición, puede inducir a alguna duda, el dato suministrado por Zurita resuelve la oscuridad: dice "entre Bugfa y Bona", es por lo tanto, cerca de la actual Philippeville. Los cronistas lo llaman Allcoll o Allcoyll. Hoy, ya no cabe dudar acerca de este sitio, 8 Kms al norte de Constantina.

Pero ocurrió que, al llegar la expedición española (siete días después de la salida de Mahón, según Muntaner) apenas se vio en costa alma viviente, debido a la astuta, o traidora, maniobra que acababa de llevar a cabo el "almojarife" de Mahón, el cual, enterado o sospechoso de que los cristianos iban a la costa norte africana, había despachado allá, en una rápida embarcación, un aviso con el fin de alertar a sus correligionarios a la defensa.

En esos días, el atribulado jefe moro del lugar, noticioso de que, respondiendo a su llamada de auxilio, el Rey de Aragón estaba a punto de llegar, exteriorizó su alegría tan exageradamente, que su enemigo el Rey de Túnez logró en rápida operación bélica, llegar a Constantina, vencer al rival y cortarle la cabeza, así como a sus partidarios, dejando semi-desierto el teatro de su victoria.

Playas, pues, vacías; áridos lugares en terreno desolado; aquí y allá, restos de casas incendiadas, tal vez cadáveres insepultos, silencio hosco y, a lo lejos, bosques y alturas, entre los que, ojo avizor, se escondían millares de infieles, prontos a la defensa de sus propios dominios. Pero nada más.

Entonces, el Rey, como escriben los cronistas (Desclot, concretamente) quedóse perplejo: las noticias de lo sucedido se las habían proporcionado unos cuantos mercaderes pisanos, testigos de vista, por lo que resultaba que, vencido y muerto su amigo, el reyezuelo de Constantina, y vencedor el de Túnez, caía por su base el objetivo "público" y pudiéramos añadir "oficial" de la expedición naval.

Lógico parecía, pues, levar anclas y, más o menos mohínos, regresar todos a los puertos españoles; pero nada de esto sucedió, sino, muy al contrario, se realizó el desembarco, se formaron dos o tres campamentos, se construyeron puestos defensivos en algunas alturas circundantes, así como empalizadas y se tomaron las oportunas disposiciones para inmediatas penetraciones ofensivas, preliminar de las cuales fue una nota muy a tono con el carácter, la política y el "verdadero propósito de la aparentemente frustrada empresa". Importa mucho hacer expresa referencia a este momento-cumbre.

¿Es posible concebir, puesto que ya nada había que hacer, en favor de la ciudad de Constantina, que las fuerzas expedicionarias avanzasen, en un frente que no podía ser extenso, tierra adentro en esa África inmensa y desconocida, sin objetivos concretos, sino a través de pueblos ignotos, estériles o fértiles, y con temperaturas ya altísimas, dejando en pos, como menguado refugio, un puerto sin gran importancia y una escuadra, allí anclada y con tripulaciones, claro está, reducidísimas? ¿Cabe imaginar este propósito, siquiera?

Todas estas circunstancias saltan a la vista; sin embargo de lo cual, el Rey, sus capitanes, consejeros y hombres de armas (así lo refieren los cronistas) se disponían (tras esos combates de tanteo a que acabamos de aludir y que, en seguida, se llevaron a cabo) a penetrar muy a fondo en la hosca tierra africana, en esa Berberia, como entonces se la llamaba, virtualmente ilimitada, sin protección alguna, dejando al aire sus vías de comunicación no sólo con la flota, sino también con el Reino, con Europa y con el mundo entero. Todo esto, repetimos, resulta inconcebible.

Pues bien: hubo varios días (quizá varias semanas) de combates, escaramuzas, todo lo victoriosas que se quiera (Muntaner, Desclot y Zurita ensalzan a porfía las azañas del Monarca, de los Nobles, singularmente, el bravo Conde de Pallars, y de los almogávares, ágiles, temerarios y punto menos que invencibles) pero con pérdida de vidas, como es natural, y luego D. Pedro III despachó a D. Guillermo de Castelnon y a otro Caballero aragonés, para Italia, con objeto de solicitar del Papa, una vez más, ayuda militar dineraria y espiritual, para el logro de sus objetivos, ya que no en vano se estaba en los tiempos en que la guerra contra la Media Luna era, por sí sola, meritoria a la Europa cristiana y solía ser indulgenciada por la Santa Sede. Recordemos, de paso, que estando, aún, en España, ya una primera embajada, personificada por D. Galcerán de Timor, con semejante objeto, no alcanzó, de Martín IV, sino áspera negativa.

Pero, entonces, convenía al Monarca aragonés ganar tiempo, adiestrar más y más a sus tropas en lides bélicas y, con suma habilidad, ir preparando los ánimos de sus más conspicuos consejeros, para sus verdaderos y ocultos fines. El Collo, bien avituallado por repetidas expediciones navales, procedentes de Cataluña, era un buen observatorio para los acontecimientos de Sicilia, que en sumo grado le interesaban. Unas frases del cronista medioeval Villani, aciertan la situación creada en Collo: "D. Pedro, desde allí, esperaba (fijémonos bien) noticias de Sicilia".

Corrían los primeros días de julio y si, ya mucho antes de su partida, el Rey estaba enterado del alzamiento popular contra los franceses, en Palermo y en parte de la Isla, ignoraba (podría afirmarse con entera seguridad) la conducta que, como respuesta, iba a hallar en el alma, dura y vengativa, del Monarca angevino, ante ese movimiento, que, muy verosímilmente, desagradó al mismo aragonés, cuyos planes, según afirman varios historiadores, con razón, se basaban en la ausencia de Carlos, guerreando, o a punto de guerrear en Oriente, circunstancia que alejaría de Nápoles-Sicilia, las fuerzas militares y navales del rival francés.

Las precedentes consideraciones no constan documentalmente; pero la Historia, que tiene su lógica, ha sabido llenar muy bien la falta de textos oficiales, suplidos por los varios cronistas de aquel tiempo y admitidos por los historiadores, según los cuales el resultado final fue el que esperaba el Rey.

Así, pues, mientras tenían lugar encuentros y combates con los sarracenos y, sin objetivo ya concreto la expedición tan cuidadosamente preparada tres años antes, la trama diplomática, paralela, dirigida por Juan de Prócida, iba produciendo en Sicilia el efecto apetecido.

Hemos de suponer que el Rey, impaciente, aceleró el momento: previa reunión de sus consejeros, a los que manifestó claramente que no era factible proseguir la lucha con vistas a la toma de Constantina, había decidido enviar esa embajada al Papa, pues no se iría de África sin establecer una zona de asiento para la verdadera Religión, afán que, naturalmente, requería la ayuda de la Iglesia. Todos se mostraron de conformidad con su señor.

Y es Desclot quien, pese a su prosa ceñida y escueta (muy al contrario de la de Muntaner) nos describe la audiencia habida con Martín IV.

Arrodillados ante Su Santidad (que, como de costumbre, habitaba en Viterbo) los enviados, por boca de Guillermo de Castelnon, dijeron así:

"Santo Padre de toda la Cristiandad, ¡Dios os salve! El noble Rey de Aragón os envía sus saludos reverentes, junto con estas cartas."

Y, entregaron las letras reales, cuyo tenor era así:

"A Vos, Santo Padre de toda la Cristiandad y nuestro, D. Pedro, por la gracia de Dios, Rey de Aragón, saluda y reverencia como un hijo debe hacerlo a quien, según Dios, es su padre.

"Comoquiera que nos, Santo Padre, hemos hecho el pasaje a Berberia y, aquí, todo cuanto está en poder nuestro para salvar lo que tenemos conquistado, que es lugar fuerte y excelente, o sea la ciudad de Collo, suplicamos a Vos que nos socorra con caballería y gente de a pie, y que nos dé la indulgencia a los que aquí están. Y nosotros, Señor, no partiremos de aquí hasta haber conquistado toda la comarca, a fin de que Dios sea bendecido y servido y Su Nombre sea glorificado y ensalzado".

A tal demanda, el Papa respondió que no creía que un Rey de tan poco poder fuese capaz de conseguir lo que no habían logrado ni el de Inglaterra, ni el de Alemania, ni el de Francia, ni el de Nápoles, razón por la cual no daría ni consejo, ni socorro militar, ni ayuda dineraria (solo reservada para la conquista de Tierra Santa), y, como remate a estas negativas añadió que su actitud se basaba en no haber sido el Papa notificado previamente de la empresa.

Era, pues, un nuevo fracaso diplomático. ¿Lo temía el Monarca aragonés? ¿Lo esperaba con secreta complacencia? Más verosímilmente es suponerlo así, porque, entre idas y venidas, entre combates, excursiones armadas, tierra adentro y relativos momen-

tos de quietud, los días iban pasando y Prócida en Palermo, iba, a su vez, dando cima a su labor. La situación de la Isla, tras los primeros triunfos, íbase haciendo muy difícil.

Tenía ya bien abonado el terreno; contaba, sin la menor sombra de duda, con los más destacados sicilianos y, por añadidura, se estaba en momentos peligrosos para los insurrectos. La Isla, a partir del levantamiento popular, tan rápida, cuan inesperadamente victorioso, se había constituido en una serie de "comunidades", regidas por jefes locales y aunque el sentimiento patriótico se mantenía tenso; aunque hubiese nexos que eran necesarios para no malograr los frutos obtenidos, estos vínculos no eran sólidos y hasta bien puede afirmarse que, de acuerdo todos en cuanto a no tolerar a los franceses, surgían ya que no graves discrepancias en cuanto al futuro, sí signos de cierta vacilación, de incertidumbre y aun de miedo. Messina estaba sitiada rigurosamente; un desembarco de los aborrecidos ex-dueños de la Isla, en la costa oriental, había causado consternación, si bien no tuvo ulteriores consecuencias; pero, con creciente ansia se esperaba que la Santa Sede aceptase el ofrecimiento, como dominio directo de ella, que se le había hecho por parte de los naturales, ofrecimiento en cuya tramitación nuevamente intervino, por un lado, la rotunda y enérgica repulsa del Papa; por otra, la actitud, nada diplomática, como anteriormente, del Cardenal Legado; la negociación, si así puede llamarse, dada la categórica postura de la Santa Sede, había terminado con una excomunión emanada de ésta y formulada por el mencionado Cardenal. Messina había decidido no volver a someterse al yugo francés y, por afecta que fuese a su devoción a la Iglesia, hizo caso omiso de sus censuras. Se defendería y, llegado el caso, los sitiados "se comerían a sus hijos" antes de sucumbir.

Mediaba entonces el mes de agosto y Sicilia temblaba, pues el ejército francés era, según algunos historiadores, de cerca de ochenta a cien mil hombres y la nueva escuadra (más bien comprada, o alquilada, que propia) ya que no podía ser empleada en

la soñada expedición a Constantinopla (favor que Miguel Paleólogo debió exclusivamente a los bravos sicilianos) reforzaba la acción de las tropas sitiadoras.

Tal era la situación de la Isla cuando cuajó la labor diplomática empezada dos o tres años antes, de modo secreto, en una red extendida de un extremo, al otro, del Mediterráneo, activada a partir de las "Vísperas" y, ahora, abiertamente propuesta por Juan de Prócida y los más conspicuos hombres de la Isla ensangrentada, ya, de antes, en fructíferas conversaciones por ambas partes.

Dice el historiador Runciman que, al rechazar los messineses las crueles condiciones que, por medio del Cardenal Gerardo, les fueron propuestas por Carlos de Anjou (condiciones que, o no fueron previamente sometidas al "visto bueno" del Papa, o, que siéndolo, a éste no le parecieron, como lo eran, ominosas) Alaimo de Lentini, jefe máximo de la ciudad sitiada, los sicilianos comprendieron que tenían que encontrar otra solución para el futuro de la Isla. Y había una a mano.

En efecto: la trama, a partir de entonces, se abriría facilísimo camino: los jefes de la Isla no tenían ya que seguir silenciando el plan tramado: esa solución para el futuro y que estaba a mano, era una demanda de socorro al Monarca aragonés D. Pedro III, cuya esposa era nada menos que hija y heredera de aquel Rey Manfredo, de la añorada Casa Imperial de los Staufén, cuyo solo recuerdo en las angustiosas circunstancias del momento, aumentaban el amor de los sicilianos hacia una restauración de la sangre de ese Rey (muerto hacía dieciséis años) y no menos despertaba el recuerdo, entre los más viejos sicilianos, del Emperador Federico II, abuelo de la Reina Constanza de Aragón.

Si se propagó la posible solución, se "creó una atmósfera propicia" en toda la Isla y, rápidamente las dudas, las zozobras, las incertidumbres, fueron borrándose en las mentes. Indudable-

mente, puesto que el Papa hacía suya la causa de Carlos; puesto que el sitio de Messina se estrechaba; puesto que, por sí sola Sicilia no podía sostenerse (se llegó a pensar, en medio de la general angustia, en llamar a los sarracenos), la solución propuesta por los jefes, bajo la dirección de Juan de Prócida, era no solamente la mejor, sino la única.

Y la espera de D. Pedro III en Collo se terminó: todos los cronistas y todos los historiadores, con leves variantes, relatan los patéticos preludios de la fase final.

Era a mediados de agosto cuando, a bordo de dos embarcaciones sicilianas, llegaron al campamento real aragonés, una representación (en cierto modo, oficial) de los sicilianos, que, postrándose en tierra ante el Monarca y con visibles muestras de dolor, solicitaron ser oídos por éste, tras besar su diestra. Dejemos el relato de cuanto ocurrió, a Bernardo Desclot, no sin decir que, entre todos los autores, antiguos y modernos, es el suyo el que aceptamos con preferencia, sin perjuicio de tener presente algún pormenor o variante, de los demás.

“Salve a tí, Rey de Aragón y de Sicilia (notemos esto). Vivas largos años y con felicidad sobre nosotros y con gran honor, y tus hijos y descendientes. Los barones de Sicilia y todo el pueblo te ofrecen sus personas, sus mujeres, sus hijos y todo cuanto poseen y tienen, y te suplican, ¡oh señor! que tomes en tus manos el Reino de Sicilia, para ser su Rey y señor. Y tenéis, señor las cartas credenciales escritas y firmadas por todos los hombres de Sicilia”.

Muntaner precisa que el número de las cartas entregadas pasaba de ciento.

D. Pedro les rogó que se alzasen del suelo y les dijo:

“Sed bienvenidos, barones, ya que os habéis sacudido el yugo de Carlos y su mal gobierno”.

“Señor, —prosiguieron los mensajeros—, bien habéis hablado”, a continuación de lo cual, uno de ellos, que era docto en leyes, abrió un libro, en el que se describían todas las violencias, las injurias y daños, que Carlos y sus representantes habían hecho y hacían a diario a los sicilianos; y leyó su contenido a presencia del Rey, en estos términos:

“Sea notorio a todos cuantos quieran leer u oír leer este escrito, cómo Carlos, que era señor de Sicilia, promovía cuatro veces al año, contribuciones al pueblo, de modo tal que, al cabo de cada uno, había quitado las cuatro quintas partes de cuantos bienes tenía, y quien no se doblegaba a pagar, recibía la visita de un agente del Rey, que le encadenaba y le encarcelaba, después de marcarle la frente con un hierro al rojo”.

Seguía una narración sucinta, pero bien expresiva, por cierto, de las crueldades que perpetraban esos esbirros: venían, con otros “sibladí” (o sea, rufianes), entraban en las casas y maltrataban a las mujeres y a los niños, echando afuera a los hombres brutalmente y con muestras de desprecio, robaban sábanas y cuanto les podía ser útil a esos malhechores. Item: si los sicilianos tenían bellas esposas o lindas hijas, entraban también en sus moradas y usaban de las desgraciadas, a su talante, y si padres, hermanos o varones mayores osaban protestar por esos brutales desmanes, los golpeaban, dejándolos medio muertos. Item: robaban el ganado y, cuando no, señalaban, como se les antojaba, el número de crías que tendrían al año, al cabo del cual iban a exigir las, y si no alcanzaban la cantidad prevista, encarcelaban a sus dueños y se incautaban de sus bienes.

Había otros puntos, en la memoria que leían, terminada la cual, el Monarca aragonés manifestó su repulsa a tales agravios e hizo un esbozo de lo que debiera ser un Rey; padre y pastor de sus vasallos, vigilante cariñoso de sus personas y bienes, ya que, como

tal, el lobo no destrozara a las ovejas, pues "Dios ha puesto a los Reyes para regir con justicia y evitar males".

Tras esta escena y haber dado orden de que se alojase bien y se atendiese a los enviados de la Isla, D. Pedro les dijo que, previamente a la decisión que adoptase, tenía que convocar a los Nobles y capitanes que le asistían allí.

Hubo, en efecto, un amplio consejo, entre el Rey y éstos, en el transcurso del cual aportaron a Collo nuevas embarcaciones sicilianas, procedentes, principalmente, de Palermo (donde presidía de hecho Juan de Prócida) y de la sitiada Messina, (en la que el mando lo tenía Alaimo de Lentini). De los barcos (con velamen y lienzos negros, según refiere Muntaner, en señal de dolor y de luto), echaron pie a tierra otros representantes de la población, que apoyaron lo dicho por la primera embajada y suplicaron rendidamente al aragonés que, sin demora, se trasladase allí, toda vez que ya se sabía por doquier que la Soberanía de Sicilia correspondía, de derecho, a la Reina Constanza y, luego, a sus hijos.

D. Pedro vio, con esto, rematada su larguísima obra diplomática, sus más caros anhelos y el triunfo, por lo menos preliminar, de aquella "ida clave", a que repetidamente hicimos referencia, cuando todavía era "Infante heredero" de Aragón; tal vez, pudiéramos agregar, el vago pensamiento que bullía en la mente de D. Jaime I, al elegir, para esposa de su hijo y sucesor, a la presunta heredera de los Staufen, en Sicilia.

Pero D. Pedro, que con consumada cautela, con paciencia, con doble labor diplomática y militar, vio, en esos momentos, el logro de sus sueños, supo ser, aún, prudente; supo "guardar las apariencias" y de este modo, aparecer ante todos (nacionales y extranjeros, y también, ante eso que se llama tontamente, el "tribunal de la Historia") como el instrumento providencial destinado a cortar de raíz la barbarie angevina en Sicilia y, de paso, muy natural-

mente, recobrar, para su cara esposa y su cara prole, aquella Corona que, hasta 1.250, había ceñido la frente de los Emperadores Hohenstaufen.

Supo, sí, hacer su obra, que a muchos contemporáneos y a no pocos historiadores, pudo parecer, en algunos momentos, que se iba a quebrar, de puro sutil.

Esperaron, pues, los enviados sicilianos, la decisión real, en tanto que en la misma Isla, la zozobra y acaso el miedo, prensaban los corazones. No convenía, a las miras del Rey, precipitar la respuesta, sino disimular su decisión, porque, así, aparecería como hombre a quien se pide auxilio; no, tampoco, como conquistador de lo ajeno, sino como recuperador de lo propio, y, de paso, ya que el Papa Martín IV se manifestaba aliado, amparador y supremo paladín de un Monarca despótico, que ultrajaba a sus vasallos con refinamientos de crueldad, correspondía a un Príncipe cristiano, cuyo apoyo se invocaba en momentos críticos, aparecer en el teatro de la lid, bien provisto de razones y de derechos (dormidos, pero no muertos) que correspondían a su esposa e hijos.

Reunióse, efectivamente, el consejo de Nobles y jefes militares, en torno al Monarca. La Historia ignora fecha y duración de las deliberaciones, por lo cual, en este punto, no nos atrevemos a respuestas exactas; pero, en todo caso, desechando las noticias suministradas por Desclot y Muntaner, según los cuales fue unánime el parecer de los consultados, en pro de una inmediata expedición en socorro de la Isla, nos atenemos a la más juiciosa información del gran Cronista Jerónimo de Zurita, el cual, en el Capítulo XXI del Libro IV de sus "Anales de la Corona de Aragón", narra que no hubo esa unanimidad de pareceres, sino actitudes encontradas y prudentes, en pro y en contra de la nueva empresa.

Si una parte, con entusiasmo, abogaban por el inmediato socorro de la Isla, con tanta mayor razón cuanto que Sicilia perte-

neccia, en efecto, a la Reina, y más tarde, a sus hijos, creían que, contando con los naturales, como contaban, sería fácil la ocupación, sin grandes esfuerzos y pérdidas humanas. Era —decían— un deber inexcusable contra la tiranía francesa y ningún príncipe valeroso podía desoir los apremiantes ruegos sicilianos.

Pero la opinión opuesta, nada desdeñable, se fijaba en el poder que tenía el enemigo. ¿Cómo arriesgarse, con el pequeño ejército aragonés, (unos 24.000 hombres, aproximadamente, cansados de guerrear en África, a lo largo de casi tres meses, contra la poderosa hueste contraria, que sumaba la alta cifra de unos cien mil hombres, de infantería y caballería, respaldados por el Papa, el Rey de Francia y el partido güelfo-italiano? ¿Se tenía en cuenta la fuerza espiritual de la San Sede, pronta a lanzar la excomunión contra los enemigos del Monarca napolitano? ¿Se ignoraba el valor personal de éste, aureolado por repetidas victorias? ¿Se olvidaba que, en esos momentos, Sicilia era, bajo la soberanía de Carlos, propiedad más o menos nominal de la Iglesia, de la que éste era feudatario? Al otro lado del estrecho de Messina estaba la parte continental del Reino angevino, o sea Nápoles, con los demás territorios, v.gr., Apulia y Calabria, bien provistos de hombres y medios, y, al norte de Italia, Toscana y Lombardía, de las que era dueño Carlos. Más perspicaces fueron, todavía, algunos consejeros, al llamar la atención del Monarca sobre la volubilidad de los pueblos, sin omitir que Sicilia era pérfida y rebelde, inconstante y liviana, prontos sus naturales a alzarse, con cualquier pretexto, contra una dominación extranjera. ¿Podría el Rey, llegado el caso, contar con su colega de Castilla, que precisamente entonces, guerrearía allá en pugna con su hijo Sancho, por la sucesión a la Corona?

En fin: esta opinión, sin duda sensata y prudente, hacía hincapié en la desigualdad de fuerzas y en la fatiga de las propias, después de casi tres meses de luchar con los moros, bajo los ardores del sol africano. Circunstancias todas que se traducían, según

ellos, en deseos de regresar a la Patria y, si así se hacía, podría el Rey consultar en Cortes, con los magnates, Prelados y clase llana, antes de tomar una determinación tan arriesgada.

Sin embargo, D. Pedro, tras escuchar atentamente a sus consejeros, abundó en el hecho concreto de la actitud de Martín IV y del estado en que se hallaba esa Isla, que con ansia le pedía auxilio y que, con mayor ansia, lo esperaba, de quien era su Rey, como marido de la huérfana de Manfredo, nieta de Federico II y pariente próxima del bello e interesante doncel Conradino de Suabia, "jurídicamente asesinado", en 1.268, por ese pérfido tirano extranjero de Sicilia.

Con suma habilidad, con maestría inimitable, muy acorde con su carácter, D. Pedro fue allanando obstáculos y, al fin, su opinión y su ferviente empeño lograron el fruto apetecido; se acudiría, de inmediato, a Sicilia, con los medios de que se disponía; al fin y al cabo (así lo dijeron algunos de los consejeros) sería mengua regresar a España sin haber conquistado para ella ni un palmo de tierra, ya que todos estaban convencidos de que ni en el Collo, ni en territorio africano, había nada que hacer, tras los duros combates sostenidos contra un enemigo que, en su propia casa, defendía bravamente, con medios humanos que nadie podía calcular y en un ambiente insoportable para las fuerzas expedicionarias. Muerto el reyezuelo de Constantina, antes de la llegada de los nuestros, la aparente finalidad de la expedición a Berberia carecía de razón, y, añadimos nosotros, con indulgencias pontificias, o sin ellas, una penetración tierra adentro, equivalía a un total desastre.

Al cabo pues de algunos días (así lo escribe, vagamente, Zurita) D. Pedro III llamó a su presencia a los enviados sicilianos y les manifestó su decisión de partir en seguida a la Isla para cooperar a los esfuerzos de sus defensores, especialmente en Messina, aceptar para su esposa la Corona del Reino y luchar hasta la derrota completa de aquéllos a quienes, por él, Dios castigaría por su

soberbia y orgullo y que no reconocían los beneficios que, de sus súbditos, recibían y usaban tiránicamente de ellos", como escribe el mismo Zurita

Tomada la decisión, con inmensa alegría de los enviados, cursáronse las disposiciones conducentes a transbordar armamento, caballos, víveres (que sobreamundaban en los campamentos y posiciones, en virtud de "razzie", a cargo de almogávares en territorio enemigo), pertrechos y, en fin, la totalidad de las fuerzas españolas.

Parte de los emisarios había ido ya a Sicilia, con la fausta nueva de la pronta llegada de los aragoneses, catalanes y valencianos, que formaban el ejército de D. Pedro; otros, en cambio, permanecieron en la corte africana, hasta ver, por sí mismo, el embarque y, al punto, en rápidas sacias, bogaron a su patria para comunicar allí que ya iba en pos de ellos ese Monarca a quien llamaban su "libertador", su "salvador" y su "señor", y, con él, las fuerzas a su mando, algunas de cuyas acciones bélicas habían presenciado, con gran admiración, convencidos de que nadie podría contra ellas, por su bravura.

Pero, antes de embarcar, el Rey ordenó la destrucción, por el fuego, de la que fue antes ciudad de Collo; despachó una embarcación a su Reino, para notificar a su esposa la decisión que le movía y llevar cartas a Eduardo I de Inglaterra, en las que le explicaba las razones de su nueva empresa siciliana, poniéndole al corriente de la actitud del Papa.

Desde sus escondrijos, tierra adentro, los africanos vieron primero desplegar la flota (que temieron ser portadora de refuerzos cristianos) y luego el incendio de su ciudad, Collo. Una inmensa alegría, pese al fuego, invadió sus almas, porque, tras breve tiempo de ocupación, los cristianos se alojaban.

Sí, en efecto: aunque los africanos se considerasen victoriosos, ignoraban que Colto había sido sencillamente un pretexto y que los designios del fugaz invasor era no África, sino esa hermosa Isla que, a pocas millas al norte, iban bien pronto a sacudir el yugo francés y, en perfecta sincronía con las huestes españolas, los bravos sicilianos hallarían, al frente de sus destinos, una dinastía harto mejor que la de Carlos de Anjou, porque continuaba la de los Staufen, cuyo portaestandarte era un Rey de Aragón, que allí bogaba para que las barras de su estandarte ondeasen por primera vez más allá de sus fronteras, en tierra italiana, que esperaba, llena de gozo, la llegada de su nuevo señor.

Fra entonces el día 25 de agosto de 1282.

II

Cinco días más tarde, la escuadra española, a fuerza de remos, más que del viento, tocó tierra siciliana, en el puerto de Trápani, situado en la costa occidental de la Isla tirarizada.

Señalemos, pues, la fecha del 30 de agosto de 1282, como una de las más importantes de nuestra Historia: en tal día, por primera vez, España hacía acto de presencia en Italia, no como conquistadora, sino como libertadora de oprobioso yugo y, al mismo tiempo, como portadora de una dinastía ciertamente bien conocida y reputada allí, pero también ya unida a la de la Casa Real de Aragón, cuyo Rey, entonces, tuvo el privilegio de inaugurar una era de alivio, de paz, de alegría incontenible, manifestada, al desembarcar, por la muchedumbre siciliana, que, con entusiastos gritos de bienvenida, saludaba a quien se consideraba indudablemente como salvador de la patria. Dejemos al cronista Desclot la palabra:

“Cuando la población de Trápani, del Monte San Julián y de Marsala, así como de los alrededores, vio avanzar unos tan gallardos navíos, todos corrieron a orillas del mar y se dieron cuenta al momento de que era la flota del Rey de Aragón, que llegaba a Sicilia, y se prepararon del mejor modo posible a acogerlo y rendirle homenaje. Todos los Nobles y Caballeros de la comarca acudieron a su encuentro en barcas y subieron a la nave real. Cuando llegaron se arrojaron a los pies del Monarca, y le besaron la dies-

tra, le saludaron con alegría y le suplicaron que, a bordo de las barcas sicilianas, pusiera pie en la tierra, como, en efecto, el Rey lo hizo. Allí, montó a caballo y entró en la ciudad, donde la muchedumbre le rodeó mientras cabalgaba, llevando las riendas los más destacados habitantes; y bajo un palio de oro iba caminando. Mujeres y muchachas, una turba infinita, provista de diversos instrumentos músicos, iban en torno, gritando "bienvenido nuestro señor Rey de Aragón y de Sicilia, nuestro salvador que nos ha de liberar de nuestro enemigo Carlos "sin piedad". Y así, bailando y cantando, le acompañaron hasta la entrada del palacio real, que estaba adornado de seda y oro. Los hombres de la ciudad llevaron corderos y ganado vacuno, pan y vino, aves en gran cantidad, y prepararon un gran banquete, con que obsequiaron a los expedicionarios, una vez que éstos, a ruego de los naturales de la Isla, desembarcaron y se alojaron en las casas, distribuidas por toda la ciudad. Y una vez saciado su apetito, muy alegremente, reposaron, porque la travesía les había proporcionado un poco de trabajo y muchas fatigas. Los habitantes le festejaron durante tres días y enviaron ricos presentes al Rey; oro, plata, paños bordados de oro y seda, de tal manera que el Rey mostró su satisfacción y rogó que así se dijera a todos los lugares circundantes".

Ya hemos hecho hincapié en que Desclot es, en las páginas de su crónica, más sobrio y mucho menos lírico, que su ilustre colega Muntaner: ambos han escrito bajo el influjo de sus temperamentos y ambos, en lo esencial, coinciden, dejándonos las mejores fuentes de información de aquellos tiempos. En sus respectivas Crónicas han bebido todos los historiadores, incluyendo a ese excelente italiano Miguel Amari, quien pese a su marcada tendencia a otorgar la mayor gloria de cuanto ocurrió en la gran empresa, a sus compatriotas (y la tuvieron, de cierto, muy grande, como siempre hemos procurado hacerle resaltar en esta obra) se ve obligado, en aras de la verdad histórica, a reconocer el preeminente

papel que corresponde a España, en la liberación de Sicilia, cuando comenzaba el último cuatrimestre de 1282.

Ya están, pues, en la tiranizada Isla, los españoles, como desinteresados libertadores. Aragoneses, valencianos y catalanes son objeto de continuas muestras de entusiasmo y de cariño; pero urge obrar, porque si bien casi toda Sicilia ha destrozado literalmente a los odiosos franceses, la zona oriental y, concretamente, Messina, corren peligro de la furiosa reacción de Carlos de Anjou.

Por eso, D. Pedro, tras el breve descanso de cinco días, habiéndose informado de la situación militar, vio que el punto de máxima urgencia para las ulteriores operaciones bélicas era esa ciudad y, así, dispuso que, mientras la flota, al mando de Raimundo Marquet, bien provista de víveres, tomaba el largo por el norte, contorneando la Isla, con todas sus unidades, deteniéndose en la capital, Palermo, él, al frente de sus tropas, cabalgó también a la ciudad que, cinco meses antes, dio el grito de ¡Libertad!, ante una brutalidad llevada a cabo por un soldadote angevino, (una, entre mil) en la persona de cierta mujer.

La entrada en Palermo excedió, en punto a entusiasmo, si cabe, a la de Trápani. El fogoso Muntaner (con entera seguridad, sin exagerar sus palabras) dice, ante todo (y otros historiadores más serenos, lo confirman) que, tan pronto como los palermitanos supieron que el Monarca estaba ya en camino, le enviaron "la mayor parte de los ricos-hombres, con un gran tesoro y mucha moneda, para que lo diera a sus gentes. Pero el señor Rey no quiso aceptar nada, antes dijo que, mientras no lo necesitara, nada quería, pues él traía moneda y tesoro suficiente: pero que podían estar seguros de que él venía para recibirlos como vasallos y defenderlos contra todas las personas del mundo".

Y añade el ilustre Cronista esta descripción:

"De este modo, se fue a Palermo y toda la gente salió a recibirle a cuatro leguas de distancia y quienes hayan visto grandes fiestas y grandes alegrías podrán deciros que aquella fue la mayor que nunca se hiciera. Con grandes procesiones, satisfacción y alegría de hombres, mujeres y niños, recibieron a dicho señor Rey y le condujeron al Palacio imperial y luego dieron buenos aposentos a todos los que con él venían. Y al mismo tiempo que el señor Rey entró por tierra, llegó la armada por el Mar".

En seguida, con ese entusiasmo del que se ve libre, tras oprobios dogal, cursáronse órdenes, desde la capital, en diversas direcciones, no sólo para la rápida notificación de la llegada del aragonés y sus huestes, sino, además, para mandar que se presentasen en Palermo representantes de ciudades, villas, lugares y castillos, con las correspondientes llaves, para entregarlas a su nuevo señor, en prenda de vasallaje, juramento de fidelidad y prueba material de homenaje.

El monarca, por su parte, rivalizó en actividad, prudencia y firmeza: dispuso, primeramente que se convocase Parlamento en la capital, para asegurarse de que todo lo ocurrido, es decir: su llegada a Sicilia, con buques y hombres de armas, obedecía a una llamada, digamos "oficial", de los naturales del país, y, en seguida, tras una respuesta afirmativa, bien categórica, unánime y entusiasta, aceptó la Corona, para sí, su esposa y herederos. Poco importa aclarar si hubo, o no, coronación propiamente dicha, pues, aunque algún autor afirme que fue el Obispo de Cefalú quien le ciñó la Corona, los más niegan esta ceremonia, un tanto secundaria, dadas las circunstancias y la perentoriedad de más positivas disposiciones, tanto políticas, como militares.

Hubo, pues, solemne promesa, o juramento, por parte del Rey, de volver a la organización y a las franquicias y libertades de los tiempos de Guillermo el Bueno, tan caros y añorados por los sicilianos; hubo, después, órdenes de carácter que hoy denomina-

ríamos "administrativo", de mera urgencia; entre tales y con carácter mixto, administrativo-militar, figuraba una inmediata movilización, o alistamiento, de todos los hombres de la isla, comprendidos entre los quince y los sesenta años, que formarían el ejército siciliano (el primer ejército siciliano, diríamos mejor) a cuya masa, como levadura, se uniría, claro está, la no numerosa hueste real expedicionaria, ya que Messina empezaba a correr inminente peligro, por las considerables tropas angevinas, que apretaban el cerco.

Los cuatro mil franceses muertos durante el levantamiento popular de las "Visperas" (número que registra Amari, con más o menos exactitud) eran acicate para la rabia del Monarca angevino: necesitaba no sólo vengar a sus compatriotas, sino también recuperar esa porción insular de su Reino, que un día, ya algo lejano, reclamaba su esposa, Beatriz de Provenza, fallecida en la flor de su desusada realeza, en 1.268; necesitaba volver a ceñir una corona, para él y su nueva consorte, Margarita de Tonnerre, corona cuya pérdida la producía un estado de furor y de rabia, muy acorde con su carácter, y que, en determinados momentos, le hacía caer su bastón-cetro, en accesos de calentura.

Todo esto es muy cierto y hasta puede considerarse natural en un hombre de su temple, tan radicalmente opuesto al de su hermano mayor, el ya muerto Luis IX, Rey de Francia, a quien, sea dicho de paso, siempre acató, obedeció y respetó

Pero lo que al historiador no parece natural, sino torpe y extraño, es que un guerrero, como él lo fue siempre, careciese de visión estratégica para coadyuvar, con mayores probabilidades de éxito, al asedio de Messina.

En efecto: contemplada panorámicamente la situación militar de la isla, en septiembre de 1.282, debió intentarse una operación diversiva, en alguna zona de la costa meridional de Sicilia, co-

mo Siracusa, Terranova, Licata u otro punto, alejado de la hueste aragonesa; y esto con tanta mayor razón, cuanto que había en el interior, y más bien en la zona sur, algún que otro punto de resistencia francesa, como Sperlinga, que aún no se había sumado al alzamiento general. ¿Cómo explicarse esta torpeza, en un hombre que disponía en la punta nordeste, alrededor de la ciudad sitiada, de un ejército cuyos efectivos, calculándolos por bajo, eran de 60.000 hombres? Es verdad, sí, que parte de su escuadra había sido incendiada, en los comienzos de la lucha, por los messineses; pero no es menos cierto que, en esos momentos, la flota aragonesa no había iniciado su propia operación, por el norte (de la que en seguida nos ocuparemos), ni cabe imaginar que tuviese miedo a un fracaso. Lo único que puede suponerse (solo suponerse) es que, por un fenómeno de obcecación, dictado por lo repentino de la general catástrofe angevina, Carlos cifrase su plan de contraofensiva en solo la recuperación de Messina, de indudable importancia geográfico-estratégica, como punto de avance, en abanico, de su numerosa hueste, hacia el interior de la Isla.

Ya hemos hecho mención de una correría francesa, unas millas hacia el sur, contorneando la costa oriental, correría cuyo máximo fruto fue la ciudad de Taormina; pero, aunque la operación tuvo éxito, o no se supo explotar, o careció de intensidad; en todo caso, no se alcanzó nada eficaz. Era sólo Messina la obsesión de Carlos de Anjou.

Llevaban dos semanas los españoles en Sicilia y, en ese tiempo se dieron, por lo menos, dos asaltos a la ciudad; uno, no demasiado potente; otro, el día 14 ó 15 de septiembre, en cambio, con extraordinario ímpetu. Ambos fracasaron: los bravísimos habitantes, con el valor dictado por la desesperación al no contar con el socorro espiritual del Papa, rivalizaban en la defensa. Hombres, mujeres, ancianos y hasta niños, trabajaban no sólo con las armas, sino también acarreado piedras, tierra y toda clase de elementos

aptos para cubrir la parte de la ciudad no resguardada por murallas. Alaino de Lentini triunfaba.

Pues bien, en esos mismos días subsiguientes a los frustrados ataques, llegaron al campamento angevino tres embajadores de D. Pedro de Aragón, Monarca que, entre otras dotes a cual más afortunada, era puntual observante de los usos de aquella época, en la que la gentileza caballeresca (cuyo culmen brilló en los días del Emperador alemán Federico "Barbarroja") tenía sus reglas de juego, mejor o peor observadas ya en el ocaso del siglo XIII y tácitamente aceptadas en la Europa bajo-medieval. Veamos, pues, lo que hizo nuestro héroe aragonés.

Todavía, sus propias huestes no habían atacado a los franceses, razón por la cual, el Rey se creyó obligado a negociar diplomáticamente con su rival y he ahí la razón de su embajada, que, implícitamente equivalía a recoger el guante arrojado desde el cadalso por el infeliz Conradino y llevado (según la Historia o la leyenda) hasta las manos de D. Pedro, por medio de un aragonés, llamado Enrique Dapifer en 1268.

Ciertas o apócrifas, se refiere que hubo un intercambio de cartas entre ambos Reyes y hasta ha llegado a nosotros el texto de cada una. Pero, incluso en el caso de no existir, sí se sabe sin lugar a dudas que los embajadores españoles eran D. Pedro de Queralt, D. Ruy Jiménez de Luna y D. Guillermo Aymerich de Barcelona.

Su misión, dadas las circunstancias (acababa de fracasar el gran asalto) resultaba peligrosísima, expuesta a un funesto desenlace. Lograron, primero, un salvoconducto hasta el real de Carlos, mediante los buenos oficios de unos Religiosos Carmelitas y, una vez allí, provistos, eso sí, de cartas credenciales. Cerca de la tienda del angevino, se les agregaron, como escolta de honor, más bien que como vigilantes, un grupo de caballeros franceses, ya enterados de su condición de embajadores, y fueron, por lo pronto, alo-

jados en una Iglesia medio derruida, sin lechos, ni nada que revelase la menor cortesía por parte del adversario. Mal alimentados, hubieron de permanecer allí un día y una noche, según refiere Desclot, y solamente a la siguiente mañana, se les llevó a presencia del ex-Rey de Sicilia, que estaba echado en su cama, con fiebre, y que les miró, mientras ellos, reverentes, se inclinaron ante él.

D. Pedro de Queralt tomó la palabra y dijo:

“Señor: nuestro Rey de Aragón nos manda a tí y para que nos des fe, he aquí las credenciales de nuestra venida”.

“Enhorabuena, —respondió el de Anjou—. Decid qué quiere vuestro Rey”.

“Señor, —prosiguió Queralt—, toma este escrito que nuestro señor el Rey de Aragón te manda”.

Carlos tomó el pliego y, sin leerlo, lo echó despectivamente en su lecho (por cierto, muy lujosamente puesto), lo cual, visto por nuestros embajadores, no se inmutaron, pero sí, más bien, les enardeció, porque Queralt, impertérrito, volvió a tomar la palabra, que, con seguridad era cuanto el escrito contenía:

“Señor, nuestro señor el Rey de Aragón, te dice y hace saber que tienes que abandonar Sicilia, que es suya y de sus hijos, lo cual, con gran injuria tú has detentado tanto tiempo; que los naturales de ella, dañados y oprimidos por tí, han implorado la asistencia del Rey de Aragón, por lo cual éste les quiere ayudar, como a lo que es suyo y de sus Reinos”.

Así relata Desclot la espinosa embajada y, con leves variantes, así también es admitida por otros historiadores.

Ante tales palabras, tranquila y claramente habladas, holgaba, verdaderamente, la lectura de la carta tirada en un rincón del lecho. Carlos de Anjou, ese hombre tremendo, que nunca se había

visto en trance tan duro, permaneció largo rato callado y estupefacto, pero luego, reprimiendo su ira, se limitó a dar una respuesta calculada y astuta, que, a falta de otras ventajas, tenía la de darle tiempo para ulteriores planes.

"Señores, —les dijo—, la tierra de Sicilia no es mía, ni del Rey de Aragón, sino de la Iglesia de Roma, pero vosotros volved a Messina, en nombre del Rey de Aragón y decid allí que necesitamos una tregua de ocho días, hasta que hablemos otra vez con vosotros de las cosas pertinentes".

"Así lo haremos, señor, y no será ciertamente culpa nuestra si no se cumple nuestro propósito".

Con lo cual, la embajada volvió a montar a caballo, y al cabo de poco tiempo llegaron al pie de la muralla, desde cuya altura nadie podía saber quiénes eran, sino que fueron considerados como franceses.

Porque Messina estaba casi incomunicada con el resto de la Isla y, por lo tanto, se ignoraba que en ella ya, desde dos semanas antes, iban esparciéndose, con los sicilianos, las fuerzas aliadas, del Rey de Aragón, ignorancia que pudo costar la vida a los tres embajadores, porque Alaimo de Lentini, convencido de que eran franceses, los despidió, no sin decirles que no quería ni paz, ni tregua, lo que oído por éstos, volvieron a Carlos, dándole cuenta de lo sucedido. El de Anjou, algo menos áspero que antes, se limitó a decirles que esperasen uno o dos días, su respuesta al Rey de Aragón.

Era un burdo pretexto, porque, fracasados, ante varios intentos de penetrar hombres suyos en Messina, más o menos disfrazados, (parece que contaban, dentro, con traidores, después, ejecutados) fueron descubiertos sucesivamente, otros ardidés de guerra, ensayados por él y sus capitanes, tampoco tuvieron éxito, razón por la cual y avisado de que una flota aragonesa bogaba hacia el

faro de Messina, con la evidente intención de cortar las comunicaciones, junto al mismo Estrecho, entre la Isla y la parte sur de Calabria, tras oír la opinión de su propio Almirante, espantado de la fuerza enemiga y de la debilidad de la suya, decidióse a algo nunca hecho por él en su larga carrera militar: sencillamente, levantar el sitio y el campamento, en la oscuridad de la noche (28 de septiembre, probablemente) y embarcarse, con su esposa, a la Cationa, frente a Sicilia, a unas seis u ocho millas de distancia. Quedaron, sin embargo, en el sitio, unos 20 hombres, para hacer creer a los messineses que el asedio continuaba.

La tropa angevina, siguiendo las órdenes de su señor, inició, pues, el embarque, pero en tales momentos, cuando la heroica guarnición temía la falta de víveres, llegaron allí los primeros auxilios españoles: eran quinientos ballesteros baleares y varias compañías de almogávares, quizá hasta 2.000 hombres. Bastó esto para reavivar su valor y, sabiendo ya que el grueso del enemigo había cruzado el estrecho, messineses y españoles llevaron a cabo un fuerte ataque a la escasa tropa angevina, aún en la Isla. También quedaban algunas galeras para hacer daño a lo sitiados, si éstos efectuaban algún ataque sin orden ni concierto. Se engañaron, ya que pudieron hacerlo casi como vencedores. Tras el furibundo asalto de españoles y sicilianos, el campo sitiador quedó sembrado de cadáveres enemigos, mientras Messina recibía la sucesiva entrada de almogávares, cuyo feroz aspecto, escaso indumento y rudimentario armamento, causaron al principio, asombro y deserción, convertido, horas después, a su victorioso regreso, en entusiasmo indescriptible.

¿Cómo, se preguntaban los sitiados, pudieron tales hombres extranjeros vencer total y rápidamente a las aguerridas tropas angevinas y volver cargados con riquísimo botín, abandonado por los espantados sitiadores, fugitivos ayer y hoy, destrozados?

Pocas veces ha ocurrido, en los historiadores, tan inútil afán de polémica, de marcado signo partidista, como al narrar esa desastrosa retirada del poco antes poderoso ejército sitiador. Unos, y a su cabeza, el italiano Amari, atribuyen la derrota de Carlos exclusivamente a los messineses. Otros, con aplastante lógica, a éstos y a los españoles, porque sólo unidos unos y otros, no antes, se lanzaron a la lid, cuando la retirada de Carlos obedecía a la información de que bogaba allí la flota catalana, muy superior, en calidad y fuerza operativa, a la que el angevino conservaba, que ya sabemos estaba comprada o alquilada por él, era mediocre y no podía fiarse poco, ni mucho, de la disciplina y eficacia de sus tripulantes, mercenarios, que, en cualquier momento, podían desertar, si antes no eran hundidas sus unidades, por la flota que avanzaba.

Señalemos, como hecho final, decisivo e indubitable que del 26 al 28 de septiembre de 1.282, Carlos de Anjou y, con él, su esposa, sus Nobles y las tropas sitiadoras huían, ante el tesón, la bravura y el valor de los aliados. Y añadamos, porque importa, que el desenlace de la contienda, corrió a cargo de la marina de guerra española, como en seguida veremos.

Permítase al autor un inciso aclaratorio, porque si la pasión pudo obcecar a algún historiador, es debido a un hecho concreto: en 1.282 Aragón, por vez primera, figura en los vaivenes de la Historia de Europa.

Desde Palermo, Don Pedro III de Aragón, en medio de múltiples ocupaciones, había dispuesto la penetración de su hueste, hacia Randazzo y Messina, bajo su propio mando, y fue esto cuando todavía la segunda de ambas ciudades sufría el apretado cerco de los franceses. Puesto el ejército en marcha, se enviaron algunos correos, habiéndoles precedido un comerciante genovés, todos los cuales, al notificar la noticia del pronto arribo de los españoles, llenaron de entusiasmo a los sitiados. Alaimo de Lentini, pudo com-

probar, así, que en efecto, habían sido esos hombres que, al pie de la muralla le hablaron de negociaciones, personas afectas al nuevo Monarca que se aproximaba.

Y cuando éste supo que el enemigo había levantado el sitio, lo lamentó sinceramente, pues, por idea preconcebida, por personal deseo de revancha, había anhelado ser él mismo el caudillo que obligara a su rival a la huida.

No, por ello, alteró su plan y, tragándose su disgusto, llegó a Messina con su hueste, cuando ya la ciudad estaba libre.

Se le recibió con entusiasmo delirante, como en Trápani, como en Palermo, como a lo largo de su triunfal caminata, y se repitieron las escenas ya gustadas antes, en tanto que, obedientes a sus mandatos, los buques de su escuadra aceleraban su navegación hacia el Faro, que fue lo que determinó (al saberlo Carlos) su repentina retirada al otro lado del estrecho. El mando de la escuadra lo ejercían los expertos vicealmirantes Marquet y Cortada. Las operaciones navales que tan asombrosamente coronaron la victoria de Aragón, las explicaremos después, ya que merecen, por sí solas, un capítulo aparte.

Hablemos, pues, sin mayor prolijidad, de las consecuencias obtenidas en la triunfal conquista de Sicilia, cuyo prólogo es Palermo, cuyo desarrollo es el centro y norte de la Isla (ya que el sur debió ofrecer escasa o nula resistencia a los despavoridos franceses, pues no hemos hallado nombre alguno de esa zona, en los acontecimientos referidos hasta aquí) y cuyo epílogo, por tierra es Messina, donde sí hubo, durante el verano y aún antes, la heroica gesta del asedio, que culminó con la llegada allí de los almogávares y demás fuerzas de D. Pedro, dando por fruto la retirada francesa de la Isla, en la cual ya nunca volverían a poner sus plantas los soldados de Carlos, ni sus posteriores compatriotas.

En alguna ocasión hemos apuntado que, en medio de este cuadro tan sangriento y de esta acogida cordial hecha por los sicilianos a su nuevo Rey, que inauguraría una dinastía tan diferente de la anterior, que supo ganarse la voluntad de todos: en medio, repetimos, de hechos de horror y de aclamaciones de entusiasmo, cabe señalar un episodio no digamos lírico, ni siquiera sentimental, sino simplemente y, por partes iguales, un tanto erótico, con erotismo "en grado de tentativa", o, quizá, en el de "frustración" (para emplear términos jurídicos) y otro tanto ridículo, cuya protagonista era, ¡cómo no! una mujer siciliana.

No desprovista de condiciones hombrunas y, al mismo tiempo, dotadas de arrebatos, propósitos y manejos muy de su sexo, vivía en Sicilia, bien que a distancia de su marido, la esposa de Alaimo de Lentini, el valiente defensor de Messina y uno de los hombres clave de la conspiración anti-angevina, dirigida por Juan de Prócida. Llamábase esta mujer Macalda de Scaletta.

Brava patriota, dejóse llevar hasta la exageración por su indudable valor y como era, además de bella y seductora, rica, podía permitirse el lujo de mandar en jefe una tropa siciliana de caballería, vestida de hombre y, por añadidura, con cota de malla, maza de hierro y espada y talante, en suma de auténtica guerrera. Se la obedecía, se la respetaba, tal vez no fuese objeto de admiración, pero fuéralo, o no, a ello esto le importaba y, al frente de su escolta de treinta caballeros, recorría los lugares que, en los alrededores de Messina, eran o podían ser teatro de luchas. Más, aún: en su delirante afán de notoriedad gobernaba en Catania, no se cuidaba de su reputación (que érale poco o nada buena) y, con un pasado bastante borrascoso en la época de Carlos de Anjou, diríase que aspiraba no sólo a dejar en ridículo a su marido, sino a escalar las mayores cimas.

Se le había advertido a D. Pedro que tuviese cuidado, si tropezaba con tan extravagante y peligrosa hembra, como, en efecto,

ocurrió en Randazzo: allí se presentó al Rey, con su atuendo militar, sí, pero también con su diabólica belleza, con su innata propensión a ganarse al hombre que la pluguiese y puso en juego su voz, sus sonrisas, sus miradas y, mal encubiertos, sus deseos de agradar al vencedor, aunque lo cierto fue que ella se quedó enamorada de él y empezó a seguirle en su viaje hacia Messina, entregándole, como prenda de su méritos, las llaves de la susodicha ciudad costera de Catania.

D. Pedro, cortés y caballero, no se dejó engañar, sin embargo y tanto ella, casi acosándole, como él, muy dueño de sí mismo, llegaron con las tropas a las cercanías de Messina. Allí Macalda, fingiendo carecer de cobijo digno de su alcurnia, que era alta, solicitó habitar unas horas en el mismo alojamiento real.

Cuenta Runciman, haciéndose eco de anteriores fuentes de información (entre las cuales tenemos a la vista unas escuetas, aunque claras noticias del severo Desclot, y un colorido relato del moderno historiador italiano Orestes Lo Valvo) que el Monarca, aquella noche, hizo sentar a su mesa, ciertamente, a Macalda Scaletta, pero también a un grupo de sus más conspicuos cortesanos y se habló de varios temas, sobresaliendo un panegírico, intercalado por él, intencionadamente, de las dotes que adornaban a la Reina, su esposa, de la que se extendió en elogios demostrativos de su amor.

Y claro está, como dice atinadamente Runciman, el tema, que D. Pedro hizo muy "in extenso" no fue nada atractivo para la peligrosa hembra, quien, sintió de pronto clavarse en su corazón el dardo no sólo del fracaso, sino también de los celos y del odio.

Escapa a los límites de nuestra obra la serie de aventuras que tuvieron por heroína a Maclada durante los reinados de D. Pedro, de sus hijos D. Alfonso, en Aragón, D. Jaime, en Sicilia y de la misma Reina D.^a Constanza; baste decir que los manejos, traiciones,

intrigas y afanes locos de propio encumbramiento (no llegó a ser, como quería, favorita del vencedor), su orgullo ilimitado, su desprecio hacia el marido y hacia no pocos hombres, su insensatez, en fin, causaron la ruina de Alaimo y, en pos, la de su propio hijo, su propio hermano y, claro está, la suya. El tema de esta singular mujer bien pudiera servir, para una novela henchida de múltiples matices, dentro de su rigurosa historicidad, perfectamente conocida. Digamos, como Virgilio a Dante, en su viaje al infierno:

“Non ragginar di lor, ma guarda e passa”.

Eso sí: pasemos, no sin rendir el debido homenaje de admiración y respeto a D. Pedro III, quien supo ser entonces no sólo un buen Rey, un caballero, un prudente político, y un caudillo victorioso, sino algo más, que en esos tiempos y en sus circunstancias no era frecuente ser: un fiel esposo.

III

No cabe hablar, propiamente, de operaciones militares por tierra, en el curso de la ocupación de Sicilia, por el Rey de Aragón, salvo la admirable defensa de Messina, exclusivamente llevada a cabo por la población sitiada, cuyo colofón, sí, fue italo-español. Desde el 30 de marzo, hasta el 29 de septiembre de 1282, la Isla solo había sido teatro de la explicable, pero feroz reacción de los ultrajados habitantes, en una espontánea labor de auténtico genocidio, dicho sea para su oprobio, y de esa heroica defensa, dicho sea, en cambio, para su alabanza. La narración de lo ocurrido muestra lo oportuna que fue la llegada de los almogávares y, sobre todo, la paralela y subsiguiente campaña naval, a cargo del Reino de Aragón.

Dejemos, pues, en tierra siciliana, ya como Rey, a D. Pedro III y emprendamos la tarea de referir las proezas de sus marinos, tarea que no deja de ser difícil, tanto por su variedad de acciones, como por la multiplicidad de las relaciones que, de ellas, nos han legado los Cronistas, entonces, y los Historiadores, después.

Procuraremos, tras minucioso estudio, presentar con el mayor orden posible esa serie de acciones navales, merced a las que se cubrieron de gloria y renombre los ilustres marinos catalanes.

Pero, antes, conviene decir algo acerca de los comienzos del reinado.

D. Pedro, desde el primer momento y correspondiendo al entusiasmo general de los sicilianos, supo mostrarse simpático, cordial, afanoso por ganarse las voluntades y dictó una amnistía general en la Isla; aunque no parece claro si la "vendetta" duraba a su llegada, es lo cierto que persistían algunos mínimos focos de resistencia, rápidamente dominados. La excepción más destacada era la localidad de Sperlinga, ya antes mencionada, cuya guarnición francesa, bien por no haber cometido atrocidades, o por otra razón cualquiera, se mantuvo firme durante algunos meses y pudo salir, sana y salva, vía Messina, cuando ya empuñaba el cetro D. Pedro. Este episodio, carente de importancia, quedó, no obstante, grabado en las mentes de los sicilianos, puesto que hasta nuestros días se conserva un aforismo, que, traducido libremente al castellano, dice:

Lo que Sicilia aceptó,

Sperlinga no acató.

Y añadamos que hemos de suponer, con buenos fundamentos, que ya en seguida de la total ocupación de la Isla, la matanza de franceses cesó, debido en parte a las disposiciones del nuevo Monarca y, en parte, a haberse enfriado el furor popular.

Se distribuyeron autoridades reales y, volviendo a los tiempos del Normando Guillermo el "Bueno", se reimplantaron las deseadas reformas. No consta cuales fueran las leyes de éste; consta, en cambio, que su constante demanda por los sicilianos atormentó al Papa Martín IV, sin que nadie supiese informarle a ciencia cierta. Es casi indudable que todo se reducía a una rebaja considerable de contribuciones y... a un trato mucho más amable a los naturales de la Isla, que el duro y abominable, ejercido por el destronado Carlos de Anjou: crematística, ética y rectitud, en perfecta política.

Labor de policía, de organización administrativa, de reajuste económico y, como acabamos de decir, de "ganarse el corazón de los sicilianos", hasta la pronta llegada de la Reina Constanza, constituyó la labor inaugural del Monarca aragonés, a cuya perspicacia no se le podía pasar, sin embargo, lo tornadizo que era y siempre había sido el entusiasmo de las masas (fenómeno psicológico distinto del de cada individuo aisladamente considerado) y de que en Italia, antes, ahora y siempre, la versatilidad es innata y, por serlo, había que contar con ella para un buen gobierno y situaciones ulteriores.

Hablemos ya de las operaciones navales, no sin puntualizar que, al principio, nunca los historiadores mencionan el que luego fue nombre ilustre en la subsiguiente campaña: Roger de Lauria; pero sí, como figuras señeras, las de Raimundo Marquet, Berenguer Mallor, Pedro Queralt y Ramón Cortada. Muy pronto aparecerá en escena el primero de los cinco mencionados. Y, de paso, digamos que el almirante honorario, ese Jaime Pérez, hijo natural del mismo Rey, dio pruebas de valor y de impetuosidad, pero también de desobediencia (hasta cierto modo, disculpable) a las órdenes del Monarca, que, sin contemplaciones, le privó del cargo que ostentaba.

Recordemos, previamente, que ya, al principio de la rebelión, habían sido incendiados en el puerto de Messina, numerosos barcos angevinos, por un golpe de mano de los patriotas de la Isla. Esta pérdida trató de subsanarla Carlos con la compra y alquiler de buques procedentes de Provenza, Génova, Pisa y otros lugares, pero tanto estos barcos, como sus tripulaciones, según hemos dicho arriba, no podían compararse con los perdidos; tal vez, si se aceleraba la construcción en curso de otros, en los astilleros de San Salvador, sitos en la misma ciudad del Faro, la situación podría volver a serle favorable y; en efecto, aparentemente lo era, en el momento en que Marquet y Cortada estaban navegando rumbo allí. En número, la escuadra francesa podría llegar a ser superior a

la que avanzaba, pero no en calidad, ni, menos aún, en destreza de sus tripulaciones, ni en la maestría y denuedo de nuestros vicealmirantes catalanes, como se demostró desde el mismo momento en que éstos seguían a bordo, contorneando la costa septentrional de Sicilia, ya entrado aquel mes triunfal de septiembre, en el que quedaba liberada, por tierra.

El culto autor de la obra "Marina española de la Edad Media", D. Francisco Javier de Salas, escribe lo siguiente, que consideramos ser interesante:

"Llegó por fin la hora de aparecer en el Estrecho de Messina la flota de Pedro III, sin que ningún orden marcado conservase en su navegación, porque aún no tenía la Marina de esta Corona una táctica a que ajustar sus movimientos; pero la costumbre establecía, como regla, el que las galeras tomaran la vanguardia; las naves, el centro, y, siguiendo sus aguas, las táridas, naos y otros buques de transporte".

Había despedido Carlos de Anjou parte de sus tropas, por tierra; la fuerza naval, concentrada en Reggio, donde moraba él, era numerosa, sí, pero un tanto heterogénea, sin entusiasmo; pudiéramos añadir desordenada. Su intento era hacerse a la mar en tiempo oportuno y pronto, para forzar el Estrecho y, con o sin batalla, poner proa a Salerno y Nápoles.

Eran los primeros días de octubre y Jaime Pérez, Almirante aragonés, hijo natural del Rey, como sabemos, obtuvo licencia para desafiar y hostigar al enemigo, a la vista del mismo puerto de Salerno, yendo hasta él con veintidós galeras y, en efecto, así lo hicieron los catalanes; pero, a pesar de su actitud provocativa, no osaron los angevinos recoger el guante, pese a sus 50 ó 60 buques, y, en vista de ello, regresaron a Messina, si no con victoria material, sí con éxito moral, prólogo de los que, tres días después (viernes, 14 de octubre) constituyó la gran proeza de los nuestros. Dos bu-

ques catalanes quedaron de guardia, junto al Faro, para acechar al enemigo, si sabía.

Partió de Reggio, proa al norte, la flota de Carlos, formada por cuarenta y ocho galeras, que pronto, al mediar la tarde, fueron vistas por aquellos buques de guardia. No era favorable el viento, pero, no obstante, Marquet y Cortada (bien a pesar de Jaime Pérez, que por orden expresa del Rey, quedó en el puerto) con solo catorce galeras, salieron decididamente a su encuentro.

La desproporción de fuerzas era notoria y por eso, cuando, a lo lejos, el angevino pudo ver, confusamente, que tan pequeño adversario iba contra sus barcos, no dudó de la victoria. Era ya por la tarde y las restantes naves bajaban detrás.

“Cuando las galeras de Provenza, de Pisa y de Nápoles, — escribe Desclot —, vieron avanzar a las del Rey de Aragón, arriaron sus velas y viraron, para salir a su encuentro. Las primeras, que estaban más al mediodía, enarbolaron con gran algaraza, una bandera muy grande, que era el estandarte de San Victor, y las de Pisa y Nápoles, más cerca de tierra, hicieron otro tanto, con igual objeto. Luego, mandaron un buque armado, de ochenta remos, que era de Nicotera, y el más grueso de cuantos se conocía entonces, con la orden de contar las embarcaciones catalanas. Obedeciéronse y recorrióla a tiro de ballesta, tornando a los suyos. Refirieron que las galeras de los catalanes, al parecer, sólo eran catorce, pero que el brillo de los escudos de sus tripulantes, el de sus yelmos y el de su vestimenta, de tela de oro, casi les había deslumbrado la vista. Mientras tanto, los catalanes, llegaron, advirtieron cual era el punto más débil de la formación contraria (las naves de Pisa) y arremetieron impetuosamente. Cuando los provenzales vieron el empuje, arriaron vilmente ese estandarte y viraron para huir, a fuerza de remos y de vela, y a echar al mar los más bellos arneses y colchones, cajas, yelmos y armaduras, a fin de aligerar el peso para la escapatoria. Las galeras napolitanas pusieron proa a Nico-

tera, que no distaba más de dos millas, pero las de Cataluña se precipitaron en pos de ellas, hasta la misma playa, y apresaron veintidós; dos, de Pisa, donde iba el almirante angevino, y veinte, de Nápoles, y ya delante de Nicotera, combatieron, con otras cuatro, a la gente de la hueste de Carlos, que allí estaba; D. Pedro de Esquivel, con su galera y otras más combatieron, saltando a tierra y a pesar de la fuerza de caballería de Carlos, los vencieron e hicieron retroceder”.

Así lo relata el grave y cauto Cronista catalán, que, como ya hemos dicho, no posee el entusiasmo de su colega y paisano Muntaner, sin perjuicio de coincidir ambos en lo esencial.

En Messina, reinaba la zozobra y la inquietud, al carecer de noticias del encuentro, y se temió lo peor, mientras en Reggio se regocijaban con una supuesta victoria de los suyos.

Pero anocheceía ese día 14 de octubre de 1282, cuando los messineses, anhelantes, vieron avanzar, a lo lejos una inmensa cantidad de velas. No era, no, la exigua fuerza que había salido por la mañana. Entonces, ¿qué? ¿A qué se debía ese aumento de buques que se acercaba? Cundía el pánico en la población y, mientras tanto, el Rey esperaba y confiaba..., sí: confiaba siempre en sus marinos.

Creció el pasmo de la muchedumbre, de pronto entusiasmada, al ver ya, a la dudosa luz del crepúsculo, ondear en los mástiles las grímpolas en las que estaban bordadas las barras de Aragón.

Creció, hasta el delirio, la general alegría, porque vieron que, remolcadas, o tripuladas por españoles, bogaban ya muy cerca del puerto, con las catorce naves que habían zarpado aquella mañana memorable, otras veintidós, apresadas por ellas y, a bordo, como remache de la espléndida victoria obtenida, más de cuatro mil prisioneros enemigos.

Tenia razón D. Pedro, al confiar en sus hombres. Tanto, que estaba acostado y sólo se levantó cuando un mensajero le trajo la noticia de la espléndida victoria. Le gratificó y se unió al pueblo entusiasmado.

Al desembarcar vencedores y vencidos, pudo admirarse el rico botín de guerra obtenido: oro, plata, vajilla, escudos, copas, telas, gualdrapas de silla, monedas cuyo valor era subidísimo. En fin: un triunfo difícilmente igualable.

Tenemos a la vista no pocas obras que tratan de este hecho de armas, desde los entusiastas Muntaner y Borlariull, hasta los más parcos, Desclot, Balaguer, el italiano Amari, el inglés Runciman, el francés Mariejol, nuestro puntual Zurita y otros más. Todos, con leves variantes, coinciden en el desarrollo y resultado de la acción, si acción puede llamarse una acometida, por el lado español, y una vergonzosa huida, casi sin oponer resistencia, por el lado contrario.

Era política meditada del Monarca aragonés ganarse las simpatías en Italia y, por eso, tuvo el bello gesto de poner en libertad, con una moneda de plata por cabeza, a los prisioneros italianos, exigiéndoles la promesa de no volver a hacer armas contra España y encargándoles así, tácita o expresamente, que, una vez en su país se hicieran voceros de la generosidad del vencedor, dijese allí que éste recibiría gustoso a cuantos compatriotas suyos, quisiera venir a Sicilia, con plena seguridad de vida y libre movimiento, y, en una palabra, poner de relieve la diferencia entre esta noble conducta y el duro y tiránico gobierno de Carlos de Anjou, que, en sus circunstancias, habría sacrificado a los vencidos.

Cuando uno de los historiadores mencionados, el francés Mariejol, resume el tema, dice, con entera razón: "La ocupación de Sicilia tuvo resultados considerables, que se fueron produciendo sucesivamente. Ella dio a los habitantes de la cuenca del Ebro ese

campo de expansión que les hacía falta en la península. Ella preparó la conquista de Nápoles y de las grandes islas del Mediterráneo. La marina catalana dominó en el amplio radio que se extiende entre Baleares, Córcega, Cerdeña y África. De ahí nació también, entre Francia, aliada de la Casa de Anjou, y España, el espíritu de hostilidad que hizo explosión más tarde, con ocasión de las grandes guerras de Italia”.

Tal escribe el excelente historiador inglés y, por su parte, el inglés Runciman añade que los éxitos obtenidos por D. Pedro de Aragón le hicieron pensar en la invasión de Italia Central, o sea del resto del ya mutilado Reino de Nápoles, puesto que tenía el dominio de Sicilia y dominaba el mar. Algún intento se ensayó, en efecto, con éxito, pero sin ulteriores consecuencias, hacia el centro. Eso sí: el fermento gibelino, en la península volvió a hacer peligrosa no sólo la situación para las causas güelvas y angevinas, sino también para el gran aliado de Carlos: el Papa Martín IV, cuyas repetidas excomuniones contra los enemigos de su amigo hada había obtenido de provecho. Mas tarde, como veremos, recurrió a otros medios de mayor dureza, precisamente contra la Corona de Aragón. Ya comprobaremos con qué resultado.

Y, mientras tanto, Carlos de Anjou, ya enterado, con rabia, en él habitual, del desastre naval de Nicotera, ¿cómo reaccionó, en su retiro de Reggio? Se ha aludido anteriormente a su costumbre de, en momentos de furor, morderse su bastón-cetro; todos los autores coinciden en atribuirle, bien entonces, bien al saber la invasión española en Sicilia, la frase antes mencionada: ¡Oh, Dios, ya que has permitido mis desgracias, que éstas me vengan poco a poco, por lo menos!

Pero es interesante, al llegar a este punto de nuestra historia, señalar un fenómeno evidente: ese iracundo Monarca, frío, duro, despiadado y cruel, pero siempre valiente, diríase que, de pronto, habíase sentido irresoluto, vacilante, débil, acaso fatalista. No ad-

vertimos, en efecto, una actitud de entereza, de aguda visión. En Tagliacozzo, contra Conradino, recordémoslo, tuvo un momento de desaliento, hasta que un valeroso y experto guerrero de su hueste, Aland de Saint Valery, decidió la derrota del infortunado Conradino, su futura víctima. Pero aquello había ocurrido muchos años antes. ¿Y ahora, en octubre de 1.282?

Pues vamos a estudiar, como episodio épico-ridículo y un poco trasnochado entonces, lo que Carlos de Anjou tuvo a bien pensar y proponerse. Tenía, a la sazón 56 años, en tanto que el Monarca de Aragón contaba con 43. Importa hacer esta anotación.

Señalemos, antes, un nuevo acto de intrepidez, por parte de los indomables almogávares. Sabían que, enfrente de Messina, en un lugar que entonces llamaban la Catona, al otro lado del Estrecho, quedaba, al bajar Carlos hasta Reggio, una guarnición francesa, al mando del Conde de Alençon, sobrino del angevino. Serían unos quinientos hombres de armas, todos de caballería, sin contar la escolta personal de su jefe. Pues bien, solicitaron nuestros guerreros la licencia del Monarca para un golpe de mano contra ese enemigo. D. Pedro les autorizó y, aprovechando las sombras de la noche (era muy poco después de la victoria naval, en la que ellos no había tomado parte y esto les disgustaba) pasaron, en varias embarcaciones a la orilla opuesta, en completo silencio, ocuparon diversos puntos de partida y, a una señal convenida, asaltaron el lugar, pasaron a degüello a sus defensores, cogidos de improviso, y arremetieron contra el palacio, o casa, en que descansaba el Conde y su escolta. Fue inútil la breve defensa hecha por éste, como la de un grupo de nobles, que formaban el séquito de su jefe. Pese a las voces de estos desgraciados, pidiendo clemencia y ofreciendo buen rescate: los almogávares no aceptaban ni una, ni otro: bajo sus espadas, perecieron todos. No se sabe a punto fijo si el de Alençon murió allí, o herido, falleció más tarde.

Mientras tanto, el nuevo Rey de Sicilia emprendió un recorrido hasta Catania, para proseguir su hábil política de captación popular, con innegable éxito; pero cabe admitir que pudiera haber aprendido, en el curso inicial de su reinado, ese carácter versátil de los italianos, carácter que, por su parte, conocía muy bien Carlos de Anjou, tan bien que, desde muy pronto, tras su expulsión de Sicilia, empezaba a enviar secretos mensajeros a la Isla, tendentes a sobornar a sus más conspicuos habitantes. No tuvo éxito, pero la siembra quedaba hecha y acaso, con el tiempo, daría fruto.

Muntaner dedica a la última hazaña de los almogávares unas páginas de lírico entusiasmo, tan propio de su brillante pluma, pero a continuación rinde un inesperado canto de alabanza al Conde de Anjou, ex-Rey de Sicilia, por su bien acreditado valor en innumerables batallas libradas anteriormente, cuando los laureles del triunfo ornaban sus sienes: las luchas contra los gibelinos, en la Italia septentrional, en la central; en Túnez, acompañado de su Santo hermano, Luis IX, en su desgraciada expedición, con honores de Cruzada; en Benevento, en Tagliacozzo... Es en verdad incuestionable el arrojo, la bravura, el denuedo que siempre mostró el ahora quincuagenario Monarca angevino... Monarca sólo de Nápoles, dicho sea de paso. Pero si estas alabanzas las ensalza Muntaner, con entera razón, no parece tenerla cuando a ellas añade la de clarividente, o sea la de que, viéndose vencido por mar y tierra, y, por el momento, refugiado en la extremidad meridional de Italia, discurrió un medio para lograr lo que, en campo abierto y en la superficie del mar, no había obtenido frente a un Rey que antaño pudo antojársele pigmeo, insignificante y a quien Europa empezaba a conocer tan solo hacía apenas medio año.

¿Clarividencia? Si nuestro cronista llama así a lo discurrido por Carlos, creemos nosotros que se equivocó: fue en primer término, una implícita declaración de impotencia bélica; una manera de mostrarse, todavía, paladín de su propia causa; una astuta operación que bien pudiera malquistar a su rival con los sicilianos,

apartándole, más o menos tiempo de su flamante Reino; y, en fin, ¿quién sabe si otros propósitos no precisamente dignos de un caballero?

Caballero quiso aparecer ante esa Europa que empezaba ya a perder el goloso placer de la Caballería, en su bella estampa germánica; esa Caballería que, como en otro lugar de la presente obra dijimos haber culminado en los tiempos del Emperador Staufen Federico I "Barbarroja"; esa Caballería, en fin, cuyos perfiles, henchidos de amor, de valor y de galanura, llevaba a los mejores hombres de un medioevo (un poco en crepúsculo) a brillante justas y torneos.

Dejemos, un momento, hablar a Muntaner, porque su pluma, como siempre, corre a compás de sus rasgos de un ingénito entusiasmo.

"Que cuando él (se refiere a Carlos de Anjou) dio aquellas batallas, estaba en época de gran prosperidad, y ahora estaba en un gran aprieto por muchas razones; la primera, que había perdido el mar, y la otra, que había perdido al Conde de Alençon con la mayor parte de los barones y caballeros en los que él pudiese confiar; por otra parte, desconfiaba de todo el Principado y temía que Calabria, Apulia y los Abruzzos se rebelasen por lo mal que ejercían su señorío los oficiales que él había puesto. Por esto, si se piensa bien en todo ello y en muchos otros peligros que le acechaban, y que tenía en su contra al príncipe más valiente del mundo y señor de las mejores gentes y más mortíferas que pueda haber y las más leales a su señor (que antes se dejarían descuartizar, que permitir que su señor sufriera el menor desacato), resulta evidente que en aquel momento era necesario que usara de todo su buen juicio, ánimo y bondad (j)"

Y concluye así:

"¿Qué os diré? Que aquella noche, mientras los otros dormían, él estaba en vela pensando; y pensó el más sabio pensamiento que nunca otro Rey y señor pensara, para el restablecimiento propio y de su tierra".

Así escribe Ramón Muntaner, cuyos arraigados sentimientos monárquicos, dictaron algún comentario lleno de veneno a Amari y a nuestro Balaguer.

Porque, en resumidas cuentas, esa "bondad" y esa "sabiduría" que atribuye a Carlos, se reducían a un desafío, algo así como a un "juicio de Dios", tan en boga entonces como lo estuvo tres siglos después, v.gr.: con ocasión de los encendidos sermones de Fr. Jerónimo Savoranola, bajo el Pontificado de Alejandro VI.

Sí: Carlos de Anjou envió, desde Reggio, hasta Messina, a un Religioso, de la Orden de Predicadores, llamado Fray Simón de Lentúz, que el 24 de octubre, se presentó ante el Monarca aragonés, rodeado éste por sus cortesanos, y, con bastante poco en consonancia con sus hábitos, pero muy a tono con su poderdante, le transmitió el mensaje verbal, diciéndole que "había entrado el rey de Aragón en Sicilia no por la puerta, sino malamente como ladrón y como no debía, no siendo él su enemigo, ni de sus reinos y teniendo él aquel reino por la Iglesia y habiéndolo conquistado, —como era notorio—, en diversas batallas y sin primero haberle desafiado; y que estaba aparejado de convencerle en batalla que le había tomado su tierra a hurto y la usurpaba violentamente, haciéndose cabeza de los que le eran traidores y rebeldes".

Esto escribe nuestro admirado Cronista Zurita, quien a continuación refiere que, sin descomponerse, el Rey le despidió, y, como juzgó ser inadecuada la embajada (llamémosla así) del buen Fray Simón, pero, al mismo tiempo era indispensable responder en debida forma, el mismo día despachó, a su vez, al Vizconde de Castelnon (aquel mismo, probablemente, que, meses antes, desem-

peñó otra espinosa embajada real cerca del Papa Martín (V) y a Pedro de Queralt, el ilustre vicealmirante de su flota, a Reggio, con el doble objeto de preguntar a Carlos si, en verdad, su enviado, Fr. Simón había hablado, o no, de su parte, y, en caso afirmativo, "volviesen por su honor como ellos se satisficrían de cualquier caballero que los retase de haber faltado a su fe y lealtad", (como escribe el mismo Zurita).

Al pie de la letra, respondió el angevino: sí, en efecto, su enviado había hablado en su propio nombre, y, no contento, reiteró cuanto dijo: D. Pedro era usurpador de Sicilia

Claro está: como españoles, como caballeros y como leales a su Rey, ambos embajadores, concretamente, el Vizconde de Castelnon replicó que "él (Carlos) y cualquiera que dijese aquello, mentía, y lo defendería el Rey, su señor, por su persona, a la suya y le daría ventaja de armas, cual él la pidiese". Uno, a uno; diez, a diez; cincuenta a cincuenta y ciento a ciento. Bien entendido, que la elección de arma se la cedía teniendo en cuenta la edad de ambos rivales. En honor a la verdad era la respuesta que se merecía el vencido ex-Monarca.

En seguida, se acordó un intercambio de personas para ultimar el desafío. Hoy diríamos que se nombraron los padrinos, que acordarían fecha, armas, campo neutral y demás pormenores del encuentro.

Tal fue la estúpida solución adoptada por la mente enfermi-za de Carlos y aceptada, ¡cómo no! por el insultado aragonés.

Quedaban pues, las espadas levantadas. Toda la cuestión siciliana, resuelta ya, por mar y tierra, trataba el ex-Monarca francés, de compendiarla en una especie de aquella remota estampa romana, conocida por la lucha de horacios y cuariáceos..., como si tal proyecto pudiese alterar, a los ojos de Aragón, de Sicilia e inclu-

so de la Historia, la suerte, ya echada, del inmediato porvenir de la Isla.

Dejemos, por el momento, a los dos rivales, en tanto que sus "padrinos" discutían las reglas del juego, y, también, por un momento (porque nos duele hablar del asunto) dirijamos una ojeada, ¿a quién?... Pues al Papa Martín IV, una vez más muy francés, muy protector (ahora, si lo era, sin duda) y muy amigo de Carlos de Anjou.

¡Qué hizo, tras el vencimiento de su protegido? Resumámoslo: excomulgar, excomulgar y excomulgar a D. Pedro, a sus vasallos, al Emperador Miguel Paleólogo y a todos cuantos eran o fuesen en adelante, aliados suyos y enemigos de su amigo. Y no sólo repetir anatemas, sino anunciar mayores castigos canónicos. Al fin y al cabo, Sicilia pertenecía a la Santa Sede, "de iure", (o más bien, honorariamente), aunque "de facto", el propietario había sido Carlos de Anjou. Pesaba ya una verdadera amenaza sobre la misma Corona de Aragón, amenaza que, en su origen, tenía el sello de "entredicho", con todas sus consecuencias, y, al cabo, iban a convertirse en conflagración internacional, dirigida desde Viterbo, por quien, como Vicario de Cristo, era llamado siempre a una solución de paz, de concordia.

Deseamos que el episodio relatado, al pormenor por nuestro Zurita, referente al proceso mandado incoar por Martín IV y el "capítulo de cargos" con que éste se pronuncia contra el Rey de Aragón, lo abreviemos, si nos es posible. Sí, a nosotros nos basta decir que la historia de esos cargos la remonta a uno de sus antecesores, Inocencio IV (el que también había fulminado excomunión contra Federico II, el controvertido Emperador Staufen; señala culpas repetidas, que no nos corresponde analizar, y que, al culminarlas en la acción personal del Monarca aragonés contra Sicilia, omitió, ¡eso sí! las atrocidades perpetradas por los franceses en la Isla, determinantes de las tremendas "Vísperas", primero, y de la

demanda de auxilio a D. Pedro, después, y del victorioso desenvolvimiento de toda la operación de ocupación de la martirizada Sicilia (con horribles represalias, sin duda, a cargo de los ultrajados isleños, al fin).

Conviene a nuestro propósito no inmiscuimos en la cuestión jurídico-canónica, de múltiples matices, y ceñimos al fiel relato de los hechos, tras las victorias españolas en tierra firme, en el mar y en la misma costa meridional de la península italiana.

Porque sí hubo acciones, todas victoriosas en lo que pudiéramos llamar, mirando un mapa, el empuje de la bota italiana; sucesivos triunfos de armas, cuyos protagonistas, al mando del mismo D. Pedro, fueron los almogávares, a cuya cabeza guerreaban Arnaldo de Botonach y Bernardo de Peratallada, hijo de Gilabert de Cruyllas. Fueron asaltados y tomadas diversas plazas con guarniciones angevinas y no conocieron nuestros bravos combatientes ni una sola derrota, coronando de este modo una epopeya difícilmente igualable, nunca superable, en la Historia militar y naval de España.

Deliberadamente omitimos multitud de pormenores referidos por nuestros cronistas, no negados por los adversarios y repetidos por historiadores de tiempo posterior, sino que con significativa frialdad y harto escuetamente, como lo hace, por ejemplo, Ruciman, quien, no obstante, se rinde ante las indudables hazañas y triunfos obtenidos por las huestes de D. Pedro III. Quede bien entendido que, si relatásemos esos pormenores, si fuésemos arrastrados por el entusiasmo que nos despierta su sola lectura, pudiera creerse que, en lugar de historia veracísima, compundríamos una novela o, más bien, una bella leyenda medioeval. Así califican algunos historiadores, asombrados de la brillantez del reinado de D. Pedro, toda la gesta llevada a cabo por aragoneses, catalanes, valencianos y esa admirable y abigarrada milicia, sobria, dura, obediente, leal, a veces implacable, más siempre triunfante y heroi-

ca, compuesta por los almogávares, cuyas proezas todavía no habían alcanzado, a nuestro parecer, el cenit de su bravura, que llegaría más tarde.

Llevada, pues, a buen fin la operación, o conjunto de operaciones españolas en el sur de Calabria, tornó D. Pedro a Messina, impaciente por saber noticias de las negociaciones entre los que antes llamamos "padrinos" del duelo concertado, que, dado el caballeresco carácter del Monarca, era para él ineludible punto de honor. No podríamos afirmar lo mismo de su antagonista, aunque de él partiera el desafío.

Había muerto por entonces (11 de diciembre de ese mismo año, 1282) el Emperador griego Miguel Paleólogo, uno de los excomulgados por el Papa francés, pero murió sin la decantada expedición, con honores de Cruzada, de Carlos de Anjou, se hubiese llevado a efecto, debido a D. Pedro de Aragón, que así desvió el nublado que amenazaba a aquél y así, también, rompió, probablemente, un interesante capítulo de la Historia. Sucedió al fallecido su hijo Andrónico, ese joven cuyo padre pensó casar con una de las hijas de su aliado aragonés. El nuevo Emperador tuvo menos relieve que su padre; era pacífico y más dado al estudio, que a empresas bélicas, sin perjuicio de no perder de vista cuanto en Europa occidental y central ocurría y pudiera afectarle, teniendo el buen acierto, para reforzar su posición, de casarse con una italiana conspicua, hija del gibelino Guillermo de Montferrato, que así se convertía en valioso aliado suyo.

Había un compás de espera en Sicilia, tras los triunfos españoles: negociaban los padrinos del duelo concertado, con toda minuciosidad, y, mientras tanto, Carlos viajaba a Viterbo, conversaba con su gran protector, sin conocerse a punto fijo, sus verdaderos propósitos; seguía hacia Francia, llegaba a París, buscaba allí la ayuda de su sobrino, el Rey Felipe III, manejaba los hilos de una vasta operación, de más positivo alcance que el estúpido desafío,

y, si lograba (que sí lo logró) una acción cuyos máximos protagonistas fuesen él, el Monarca francés y el Pontífice, podría restablecer su poderío, tal como éste era, antes de las "Visperas Sicilianas", y quizá también aniquitar a su adversario.

Refiere Amari, con la minuciosidad en él característica, la reorganización llevada a cabo, en Sicilia, mientras no descansaba la acción militar en Calabria, siempre victoriosa para él, entre otras razones porque las fuerzas enemigas carecían, claramente, de moral bélica; no eran de fiar, y el Lugarteniente de Carlos, su hijo y homónimo, (cojo, por cierto, desde su más tierna edad) si bien no tenía el prestigio del vencido ex-Rey, no era cobarde. Estas circunstancias se complementaban con otras muy estimables: Carlos "el Cojo" como le apellidan los historiadores, era prudente, leal, inclinado a la bondad, sereno en las adversidades (que se le presentaron con harta frecuencia) y con ese don de captación, no conocido por su padre.

Todo ello, lo bueno y lo menos bueno, no fue obstáculo para que, bajo el signo adverso de las "razzie" a cargo de los almogávares, le veamos en lento y constante retroceso hacia el norte, desprendiéndose del acoso español, que, por lo demás, no implicaba un plan ofensivo del aragonés hacia el corazón de la Italia central.

Se presenta al historiador, al llegar a este punto del relato, una ocasión, entre varias que pudieran citarse, demostrativa, a un tiempo, del valor de nuestros guerreros y de la noble conducta de Carlos "el Cojo". Es Desclot quien lo describe en el capítulo 103 de su Crónica.

En una de las varias acciones bélicas, en el sur de Calabria (notemos, porque importa, que ya no se guerrea en Sicilia, sino en la Italia continental) sucedió que, derrotados, como siempre, los angevinos, hubo un encuentro afortunado para éstos, localmente nada más, entre un pequeño destacamento de almogávares y una

numerosa tropa francesa, compuesta por caballería e infantería; los nuestros, convencidos de que el enemigo era muy superior en número y el terreno, liso, nada apto para ellos, se retiraron a una zona montañosa próxima. Cayó un prisionero, uno nada más, en poder del adversario: era un almogávar, semi desnudo, como sus compañeros, de feroz aspecto, sin apenas armas y sin protección para su membrudo cuerpo. Fue llevado a presencia de Carlos, que se quedó admirado ante tan extraño guerrero y dijo que no sabía cómo serían sus compañeros de armas, pero que si eran como él, poco debían valer.

Comprendió el sarcasmo que encerraban las despectivas frases del Príncipe, nuestro soldado, y respondió que él era el último entre sus compatriotas, pero que, no obstante, se comprometía a luchar, cuando se le devolviese una especie de lanza (que acaba de perder al caer prisionero), contra cualquier caballero armado de punta en blanco, y a vencerle: la lanza y un tosco escudo, que eran sus armas usuales. Sólo eso pedía.

Si venzo, devolvedme la libertad, sano y salvo. Si no, hágase de mí lo que se quiera.

Agradó al Príncipe la propuesta; se reunió muchedumbre de cortesanos y oficiales, en torno suyo; se ofreció a la lucha voluntariamente un jinete francés, fuerte y bien cubierto con su armadura y montando un buen caballo.

Era un espectáculo muy del gusto de todos, pero duró poco: embistió el jinete, briosamente contra el almogávar; esquivó éste el arma, clavó la suya en el potro, cayó el caballo, saltó rápidamente el otro sobre él, y allí mismo habría muerto irremisiblemente, si el mismo Príncipe, corriendo en su corcel, no hubiera intercedido a su favor.

Y en seguida, con cortesía y honor, condujo al vencedor a su tienda de campaña, le regaló prendas de vestir y, con arreglo a lo pactado, le dejó volverse a los suyos, sano y salvo.

Es una bella estampa, netamente medioeval, noble y caballeresca de la mejor época. Y es, al propio tiempo, un recreo para el historiador rendir el debido homenaje tanto al valor sereno del almogávar, como a las altas prendas morales del Príncipe francés.

Podrían multiplicarse lances como el referido por Desclot, con mayor gusto que el que ya nos toca escribir, o sea: el duelo concertado, a petición de Carlos de Anjou, entre él y su adversario D. Pedro III de Aragón

Hemos de procurar que, al relatar este asunto, no nos inclinemos ni a la prolijidad con que lo tratan cronistas e historiadores, ni a inclinarnos a un lado, o al otro en el comentario obligado. Seremos más sobrios que el propio Desclot.

Bien: los "padrinos" no habían olvidado detalle alguno: todo estaba acordado al milímetro y, leyendo la lista de los preparativos, se ve que ninguna regla se había olvidado: fecha: 1º de junio de 1283; lugar: Burdeos (que, como una extensa zona de Francia, pertenecía, de mucho tiempo, antes y después, en soberanía, a Inglaterra). Cien caballeros del lado español, y otros ciento, del francés. Prohibición de que hubiera uno sólo más. Descalificación a quien no observase puntualmente las reglas del lance. Prohibición a quien antes, o durante él, tratase de traicionar, de cualquier modo a una u otra de las partes. Juez: el Rey de Inglaterra, o un representante por él expresamente designado. Nombres de cada uno de los caballeros de un lado, y de otro. (Era un honor ser paladín y, por ello, hasta un Príncipe moro quiso serlo, de D. Pedro, prometiendo hacerse cristiano). Seguridad, garantizada por el Rey neutral; y otros pormenores de menor importancia, que omitiremos, como también la lista de los cien caballeros del Monarca ara-

gonés, flor y nata de la Nobleza de sus Reinos, o sea de Aragón, Cataluña, Valencia y Sicilia, pero mencionando el del hijo de D. Pedro, Jaime Pérez, cuyo cargo de Almirante, a ruego de su padre, permutó, con más o menos gusto, por acompañarle a la liza, ocupándolo, en su lugar, Roger de Lauria, o, mejor dicho, el invencible Roger de Lauria.

Todo estaba, en fin, tratado, acordado y firmado por los seis delegados de ambos contendientes, con unos cinco meses de anticipación, o sea desde el mes de noviembre de 1282, mientras se guerreaba, como hemos dicho, en Calabria.

D. Pedro, por lo pronto, no se movió de Italia, al contrario de Carlos de Anjou, que, según acabamos de ver, viajó a Viterbo, a París y a su Condado norte-francés, siempre buscando dinero o amparo, y siempre obteniéndolo, a pesar de algunas reticencias, y venciendo obstáculos de orden político, a cargo de la Reina-madre de Francia, esa Margarita de Provenza, constante adversaria suya, que no le perdonaba sus manejos, ya un tanto remotos, en el territorio, cuyo Condado ostentaba el de Anjou.

Esta actividad del último tenía, por parte de D. Pedro, distinto objetivo, porque si una era crematística y no clara en otros móviles, que en su momento señalaremos, la del aragonés estaba concentrada (noviembre de 1282, a abril del siguiente año) en rematar la organización político-administrativa, de su nuevo Reino. Antes hemos aludido a este extremo, debiendo añadir ahora que, llegada allí (primavera de 1283) la Soberana de la Isla, D.^a Constanza de Hohenstaufen, con sus hijos Jaime, Fradique y Violante (acogidos con delirante entusiasmo por los sicilianos, que veían en la Reina más bien que a la esposa de D. Pedro, su salvador, a la hija del bienamado Manfred) tenía que ser presentada oficialmente a sus vasallos, jurar sus leyes y franquicias, puntualizar sus obligaciones y derechos, declarar heredero, en su día a D. Jaime, que sería Rey de Sicilia, tan soberano, como en Aragón, Ca-

taluña y Valencia, lo sería su hermano mayor, D. Alfonso. Recibir el homenaje y acatamiento de los isleños y seguir la política de captación iniciada, con éxito, por D. Pedro.

Ahora bien: ya entrado el año 1.283, esa siembra subrepticiamente introducida por agentes del vencido y, en general, despreciada por los sicilianos, había hallado un punto de acogida, por parte, precisamente de cierto prohombre de relieve; uno de los que, recientemente, habían conspirado en Sicilia, a las órdenes de Juan de Prócida: Gualterio de Caltagirone.

Éste andaba, en efecto, inquietando, bajo cuerda, los ánimos, de tal modo que se adivinaba su actitud hostil hacia la nueva situación; pero, deseoso el Rey de dejar ya el mando de la Isla a su esposa e hijos y partir para España y cumplir lo pactado con su antagonista, aunque supo tales manejos e hizo un breve viaje hacia el foco sospechoso, decidió que fuese su hijo D. Jaime quien arreglara el asunto.

El Infante, tomó, en efecto, rápidas y decididas medidas represivas. Se descubrieron los nombres de varios sicilianos (Zurita los cita) comprometidos con aquel individuo y que era la localidad de Noto, en la costa sur-oriental, el centro de la incipiente subversión. Acompañó al joven Lugarteniente del Rey, Alaimo de Lentini, ya designado Juez mayor de Sicilia, como designados también eran Juan de Prócida, Canciller de la Reina, Roger de Lauria, Almirante-jefe del Reino insular y Vicario-Gobernador del territorio, a Galarán de Cartellá.

Llegados que fueron allí el Infante, Alaimo de Lentini y algunas tropas. Noto estaba cerrada. Se avisó, en voz alta, la presencia de D. Jaime, abriéronse las puertas y, con gran sorpresa de los conjurados, que no sabían haber sido descubiertos sus manejos, fueron presos todos. Sobrevino el juicio, ante Lentini, se sometió al

tormento a los detenidos y se puso en claro no sólo la traición en curso, sino quienes, en ella, estaban comprometidos.

No estaba en Noto el principal culpable, sino en su propio feudo, Caltagirone, bien ajeno a lo ocurrido; tan ajeno, que se dedicaba a sembrar la discordia por esos lugares e incluso llevó su delirio a mandar que fuesen ejecutados algunos parciales del Rey D. Pedro, juntando, a su vez, partidarios alrededor de sí, con lo que iba acarreándose su propia pérdida.

Despachó D. Jaime a varios dignatarios suyos hacia Caltagirone y él reunió tropa suficiente, a fin de coger a todos los complicados, y de tal modo se cumplieron sus órdenes, precisas y perentorias, que, cuando él mismo llegó, habían caído en manos de los suyos todos los culpables. El 21 de mayo fueron degollados tras juicio sumarísimo, castigo que sirvió para la inmediata y total pacificación de este movimiento subversivo, pero que debió servir de aviso al Rey (ya embarcado, o a punto de hacerlo), a la Reina y a sus hijos, acerca de ese fenómeno, a que en alguna ocasión hemos aludido: la psicología de la masa es más voluble que la de cada individuo, fenómeno que en Italia, como en España, por no citar otros países, adquiere su máxima comprobación.

Y hablemos ya del episodio del duelo entre Reyes: merece capítulo aparte, porque sí, en su simple contenido, sólo tiene el interés de estampa caballeresca, no dejó de ofrecer otros aspectos, que nuestros Cronistas recogen y descubren, ya no precisamente caballerescos, como hemos de ver.

IV

¿Qué dejaba en pos de sí, el día 6 de mayo de 1283, el Rey D. Pedro III, al partir del puerto de Trápani, rumbo a España?

Dejaba un nuevo Reino, que no era para sí, sino para su hijo D. Jaime, dando a entender, de este modo, a los sicilianos que no había ido allí como conquistador, sino, requerido por los isleños (de este punto no habiánse hecho eco ni el Monarca vencido y expulsado, ni su protector, el Papa Martín IV); había dejado, bajo la suprema autoridad de su hijo y, en calidad de regente, de su propia esposa, D.^a Constanza, con funcionarios minuciosamente designados por él, un territorio insular en paz, tras la tiranía de ese Carlos de Anjou, que pordioseaba ayudas morales y materiales en Italia y Francia, antes del ridículo desafío por él propuesto; dejaba una labor de continuo ensanchamiento, en el mediodía de la Italia continental, donde el nuevo Lugarteniente, D. Jaime, daba ya, desde los comienzos de su mando, pruebas de valor, de nobleza y, como acabamos de ver (caso de Gualterio de Caltagirone y demás traidores) de implacable mano dura, llegada la ocasión; dejaba una creciente ansia, en esa misma porción calabresa, que se ensanchaba, de unirse a la dinastía personificada principalmente, por D.^a Constanza de Staufen, a compás de irresistible anhelo de sacudir la tiranía angevina; dejaba, en fin, y sobre todo, una Bula de excomunión, fechada en Montefiascone el 18 de noviembre del año anterior, firmada por el Papa francés, por virtud de la cual D. Pedro y todos cuantos a su causa se había adherido, eran solemne-

mente excomulgados, así como Miguel Paleólogo (quien probablemente no llegó a tiempo de enterarse de ello por su inmediata muerte); con la tal Bula, un emplazamiento pontificio para que nuestro Rey abandonase Sicilia antes del día 2 de febrero de 1283, so pena de ser privado de sus coronas y reinos todos...

Sí: quedaba eso, pero, además, otra Bula papal, fechada en Orvieto el 21 de marzo de 1283, por virtud de la cual, sin más, Martín IV declaraba vacante el trono de Aragón y en entredicho sus tierras, por haber transcurrido el plazo señalado en la precedente Bula, sin que el excomulgado Monarca hubiese obedecido al protector del angevino, dejándole a éste, graciosamente, la Isla por él tiranizada, como si nuestro Monarca no la hubiera liberado del yugo francés.

Un historiador, bien católico, por cierto, de los Papas, el ya mencionado, Agustín Saba, al narrar el Pontificado de Martín IV, señala que usó con demasía del arma de las excomuniones. Por nuestra parte, solo insistiremos en manifestar nuestro dolor (o indignación) ante este aspecto de las actividades papales, las cuales, en lo estrictamente terreno, se prodigaron precisamente sobre un Rey español buen cristiano, buen hijo de su predecesor, (paladín preclaro de la Iglesia), y (viéralo, o no, el protector pontificio de Carlos de Anjou) un Monarca que, atendiendo al angustioso llamamiento de los sicilianos, había ido en su auxilio, librándolos de la dominación francesa, aparte de las razones dinásticas que ya sabemos.

Todo eso, sin olvidar dos cosas bien importantes: una, que, ante el acoso angevino de la Isla, sus moradores habían dicho que pedirían socorro (si no hallaban el de un Monarca cristiano) a los mismos musulmanes, tan cercanos, por cierto, a su Isla; otra, no menos relevante, que, cuando el Cardenal-Legado, fue a Messina, en horas críticas del sitio, escuchó a las autoridades locales, que Sicilia se sometería directamente a la Santa Sede, pero nunca a

Carlos y los suyos, demanda que el Legado (con entera seguridad, bien instruido por el Papa) no quiso entender.

No: Sicilia tenía que volver a someterse al protegido de Martín IV. Y, ante eso, los naturales de la Isla preferían morir e incluso matar, antes, a sus hijos.

La Historia recoge esos hechos y, recogidos, los refiere. Y en cuanto al historiador español, sincera y apasionadamente católico, se limita a seguir relatando los acontecimientos posteriores, ahogando, en aras de la imparcialidad, sus propios sentimientos. Lo malo estriba en que muy pronto esos acontecimientos posteriores, anunciados por la segunda de las Bulas pontificias, culminarán en hechos bélicos, ante los cuales sólo a duras penas el mismo historiador y con idénticos móviles, tendrá que triturar sus sentimientos y saber siempre separar la acción espiritual del Vicario de Jesucristo, de la de su alcance y aspecto terrenales, mirando en Martín IV un Soberano meramente temporal y, por añadidura, protector, más que aliado, de Carlos de Anjou, un enemigo de España y un animador de ulterior guerra, ¡con categoría de cruzada! no contra la Media Luna, ni contra herejes, sino contra el catolicísimo Reino de Aragón, que como es lógico tuvo que defenderse del ataque.

Pedro III, que había ordenado públicamente la concentración en Trapani de 25 galeras, con tripulaciones catalanas y sicilianas, siempre en su afán de hacer hermanos a sus antiguos y a sus nuevos súbditos, había ordenado secretamente a los vicealmirantes Raimundo Marquet y Berenguer Mallol, que, de esa escuadra, entresacasen cuatro galeras, con equipaje exclusivamente catalán, y en una de ellas, se embarcó. No se le pasó por la imaginación, ese día 6 de mayo, que jamás volvería a su Sicilia, pero, en todo caso, su esposa, sus hijos, las autoridades reales por él designadas, sus naves y sus almogávares, que guerreaban, siempre victoriosos, en Italia, constitúan, con las leyes implantadas por el Monarca, la

presencia española en Italia, la penetración de España en el Mediterráneo central, que duraría varios siglos. No: seguramente eso no pudo soñarlo D. Pedro III de Aragón, cuando las cuatro galeras catalanas, con viento contrario y a veces mar gruesa, pusieron proa hacia las costas orientales de la Península Ibérica.

Esos vientos y esa mar retardaban la marcha, con pesar del Rey: tenía que llegar puntualmente al punto de cita y, para ello, desoyó consejos y ruegos de amigos y súbditos, que temían por la vida del Rey; de cualquier manera, ellos suponían que Carlos de Anjou, en vez de lidiar, de caballero, a caballero, le prepararía una trampa, con tal de suprimir a quien creía ser el usurpador de su Reino de Sicilia. Sí: para nuestro Rey, juzgárase como se juzgara el duelo inventado por su rival, era, repetimos, una cuestión de honor, en lo cual no sólo su condición de Rey, sino su linaje ilustre, estaba en juego.

Y las olas, como si quisieran estorbar la navegación, le llevaban, un tanto en zig-zags, primero a la costa norte-africana, cerca de Collo (sin que nos decidamos a dar crédito a un episodio narrado aquí por Muntaner); luego, al sur de Cerdeña; después, a las tres Islas Baleares. A duras penas podían Monarca, Vicealmirantes y cómitres de las naves, refrenar su impaciencia, pues se echaba encima la fecha del primer día de junio y Burdeos estaba lejos. No llegar a tiempo, equivaldría para D. Pedro a ser tachado de mal caballero, de cobarde y a perder la Corona, con arreglo a los pactos jurados. Por eso, jadeante, sin comer apenas, sin descansar, ordenaba a los remeros que bogasen con todas sus fuerzas.

Y llegaron, el 16 de mayo, según Zurita, a Cullera, donde sus leales vasallos le reconocieron, haciéndole objeto de caluroso recibimiento; al siguiente día, a Valencia, desde donde despachó correos a los caballeros aragoneses y catalanes, que habían de acompañarle a la lid, para que, sin demora, se trasladasen a Gascuña. Todo se cumplió bien, pues el Infante heredero, D. Alfonso, exce-

lente Lugarteniente suyo, tenía dispuestas las cosas; unos, ya estaban en Jaca, otros, en Bearn, y aún a riesgo del natural cansancio de su persona, el Rey, tras breve coloquio con D. Sancho de Castilla, su sobrino, en Tarazona y quizá (sin que conste exactamente) con su propio hijo, en Zaragoza, envió a su fiel vasallo y amigo D. Gilbert de Cruyllas, hacia el norte, para averiguar si el Rey Eduardo de Inglaterra le había asegurado su paso hacia Burdeos, tras lo que, sin esperar respuesta, galopó en pos, importándole muy poco cuanto se le advirtió acerca de peligros personales, pero importándole muy mucho su puntual llegada a Burdeos y al palenque.

Veamos lo que, por obra del Papa y de Carlos de Anjou, sucedía mientras tanto.

Pese a las terminantes órdenes de S.S. Martín IV (y nos complacemos en reconocerlo) según las cuales se le prohibió a Carlos de Anjou acudir al palenque, órdenes que el Papa no dio al excomulgado Pedro (al que ya no consideraba Rey de Aragón) y pese a que también se prohibía al Monarca inglés ceder campo y ser juez del encuentro, es lo cierto que ambos contendientes desoyeron la voz del Pontífice. No acertamos a comprender cómo Runciman dice que ni uno, ni otro querían llevar a cabo el duelo concertado. No: había un recíproco odio y, muy a tono con la condición humana, ese odio tenía que traducirse en sangre; si, por parte de Carlos, se había enfriado el entusiasmo de su propia idea (lo que no parece verosímil, salvo arceros propósitos), por parte del Monarca aragonés, en la flor de la edad, con valor igual o mayor que el primero, con su espíritu caballeresco y con su afán de zanjar la cuestión, sería pueril imaginar que no acudiese a la cita.

Pero las repetidas advertencias que se le hacían, respecto a que no llegaría vivo al palenque, sino que se le tenderían celadas para "suprimirle", sin alterar su firmísimo designio, le dictaron un modo, muy ingenioso, por cierto, de tomar algunas precauciones:

mientras su contrario, muy descansado en Francia, rodeado por sus cien paladines, ostentoso, se dirigía a Burdeos, pisando terreno de su egregio sobrino Felipe III, hasta los límites de esa ciudad inglesa, D. Pedro, ya citados sus propios amigos (cuyos nombres nos da Zurita) hizo las cosas muy de otro modo. Mandó a éstos que se concentrasen los catalanes, en Lérida y los aragoneses, en Huesca: él, luego, despachó a su leal Gilberto de Cruylles a Burdeos, con el fin de presentarse, ya que no al Rey de Inglaterra (pues, obediente al Papa, no fue allá) sí al senescal suyo, Juan de Grailly, y preguntarle si aseguraba el campo, mientras él, en Tarragona, hacía lo siguiente, muy meditado: un cierto tratante en caballos, llamado Domingo de Lafiguera, que, en su oficio, conocía muy bien caminos, senderos y vericuetos de la cadena pirenaica, fue requerido para ponerse a su servicio y, en efecto, el Rey mandóle que, con atuendo de señor escogiera la mejor y más adornada cabalgadura, fingiendo, en todo momento, lugar y circunstancia, al cruzar la frontera, ser el amo (incluso, a veces, autoritario y duro) de cuatro hombres rústicos que iban a acompañarle, en su viaje a Francia; estos supuestos criados serían el mismo Rey y sus fieles súbditos Blasco de Alagón, Bernardo de Peratallada y Conrado de Lanza, los cuales, en más pobres caballos, caminarían con aquél, a jornadas previstas, prefiriendo la noche, al día, y comiendo de lo que llevaran consigo, excepto en alguna posada de la ruta, donde, con arreglo a lo ordenado, Domingo descabalaría, lo mismo que sus "criados", se sentaría a la mejor mesa, dispondría que éstos lo hicieran aparte, más plebeyamente, y, a la vista de cuantos estuviesen, les mandaría, ásperamente, que limpiasen sus montaduras, le sirviesen y, so pretexto de real o imaginario descuido, aguantasen mansamente alguna reprimenda de su amo, que se mostró con particular dureza al dirigirse al mismo D. Pedro, como los demás, provisto de un capacete, una ruin vestimenta (bajo todo lo cual iban yelmo y cota de malla, es decir; buen atuendo de guerra) y que, siempre, procurasen bajarse la tela del susodicho cubre-cabezas, medio ocultando sus rasgos.

Por imaginable asociación de ideas, al relatar este episodio, nos viene a la memoria otro, muy semejante, sucedido casi tres siglos después. Nos referimos a D. Juan de Austria, atravesando Francia (casi siempre, nuestra enemiga) camino de Flandes, como nuevo Gobernador General, por Felipe II, y disfrazado de criado de Octavio Gonzaga, sirviéndole como tal, en todas las posadas por donde cruzaban, porque, de otro modo, su libertad y aún su vida peligraban. "Nihil novum sub sole", como dicen las Sagradas Escrituras.

En esta guisa y forma, el pelotón llegó a Burdeos, precisamente al mediodía, el día 1.º de junio, fecha señalada para el encuentro. Sin entrar en la ciudad, mandó D. Pedro a Peratallada que fuese a encontrar a su padre, D. Gilabert de Cruylles (que los había precedido, según sabemos), con la orden de que éste se presentase al Senescal inglés, Juan de Grailly, para notificarle que un caballero aragonés deseaba saber si, en efecto, estaba todo dispuesto para el encuentro, con la correspondiente garantía del Rey de Inglaterra. Digamos, antes de seguir, que por los alrededores de la ciudad, estaban acantonados nutridos grupos de tropa francesa.

Sucedía que la comunicación pontificia (muy laudable, repetimos) según la cual se prohibía el duelo concertado y, por lo tanto, la presencia allí de Eduardo de Inglaterra, la conocían perfectamente éste, Felipe III de Francia y Carlos de Anjou, pero no D. Pedro de Aragón, y a tal propósito, bueno será copiar de Zurita, un párrafo, sólo uno, de la decisión pontificia, que nuestro ilustre analista, lo escribe íntegro en la magna obra.

"Martín, Obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestro carísimo hijo en Cristo, Eduardo, ilustre Rey de Inglaterra. Es cosa muy decente a la dignidad real y conviene a vuestra salvación que en vuestra persona de tal manera prevalezcan siempre los efectos tan ordenados, que libremente enderecéis vuestro ánimo para promover los negocios de Cristo, y con esto se dé favor a la tranquili-

dad pública y con grande cuidado se ponga impedimento a lo que fuere parte para perturbarla, pues con el favor divino se debe procurar su aumento. Confiando en esto, nos pareció notificar a vuestra excelcitud esta novedad del desafío que nuevamente se ha tratado y firmado entre nuestro carísimo hijo en Cristo, Carlos, ilustre Rey de Sicilia, y Pedro, que solía ser Rey de Aragón y que por sus graves excesos está enlazado con vínculos de excomunión y anatematizado por la Sede Apostólica..."

No copiamos más, pues basta a nuestro propósito poner de relieve y subrayar, como lo hacemos, el contraste que encierran esas líneas, entre las frases dirigidas a Carlos y las despectivas, enderezadas a D. Pedro.

Ignoraba éste, pues, que su colega inglés no estuviese en Burdeos, por orden pontificia, pero, como, en las condiciones estipuladas, se preveía que tal ausencia pudiera ocurrir y que, entonces un representante de Eduardo bastaría para celebrar el duelo, no dudó en acudir y despachar a tal representante (el noble Senescal mencionado) a Bernardo de Cruyllas.

Nuestro ilustre compatriota, D. Victor Balaguer, que se ha esmerado en este punto, y ha estudiado muy bien las fuentes, diversas, pero concordantes, de cuanto sucedió, dice así, en su "Historia de Cataluña", tras quedar informado el Rey de que ni estaba presente Eduardo, su señor, ni podría garantizar cuanto ocurriera, pues había prohibición para el lance, momento en que el de Cruyllas volvió al lado de D. Pedro, el cual, con instrucciones de éste le dijo:

"En el campo le aguardaba un mensajero del Rey de Aragón. No tardó en presentarse el Senescal y, dirigiéndose a él D. Pedro ocultó el rostro en caperuza azul: "Señor Senescal, —le dijo— a vos me envía el Rey de Aragón para que me digáis si podéis asegurar-

le en la ciudad de Burdeos, ya que él está pronto a presentarse al combate con sus cien caballeros”.

El interpelado repitió cuanto había dicho poco antes a Gilabert de Cruyllas y añadió que de ningún modo fuese allí el Rey de Aragón, pues tanto el de Francia, como su tío Carlos de Anjou, andaban por los alrededores, dispuestos no a la lid concertada, sino a dar muerte a su contrincante. Y con caballerosidad de la más pura cepa británica, encargó al “enviado” que no acudiera en modo alguno, pues ni siquiera él mismo, a pesar de su Senescalía, estaba a cubierto de una tropelía por parte de aquéllos. ¿Cómo, pues, iba a dar un seguro al aragonés? Le suplicaba, por Dios, que se alejase.

Entonces, D. Pedro, siempre oculto su rostro, pidió cortésmente a su interlocutor, como una simple curiosidad, que le mostrara el palenque, a lo que el Senescal accedió, diciéndole, al ir, que había sido trazado por la parte contraria, de un modo bien raro, pues era largo y estrecho, con una sola puerta de acceso, más favorable a Carlos y a sus caballeros, que a D. Pedro y a los suyos, en caso de derrota de éstos.

En efecto: la forma oval a que antes hicimos referencia, ofrecía notable desproporción entre longitud y anchura, pero ¡bah! esto no sería obstáculo para el encuentro.

La curiosidad del “enviado” del Rey de Aragón no se limitó a entrar a caballo en el palenque, sino que, ya en él, picó espuelas y lo rodeó varias veces, al galope... Nada de particular, a los ojos del inglés; pero, una vez satisfecha, el caballero se acercó a éste y le preguntó si conocía al Monarca aragonés, a los que Juan de Grailly contestó afirmativamente, pues le había visto en Tlosa, con ocasión del amistoso coloquio con el de Francia y aún recibió algún regalo de él.

Oído esto, D. Pedro descubrió su rostro, que inmediatamente fue identificado por el Senescal, quien quiso besar su diestra, pero suplicándole vehementemente que partiera para su Reino, porque de un momento a otro, peligraba su misma vida.

Había tenido D. Pedro la precaución de llevar allí a un Notario y, agradecido a Juan de Grailly, con la aquiescencia de éste, levantóse acta de que, puntual a la cita, el Rey de Aragón había acudido al palenque, lo había recorrido y no vio en él a su contricante.

Este documento lo atestiguaron algunos caballeros franceses que estaban allí como meros espectadores y que se quedaron maravillados de cuanto acababa de ocurrir ante su vista.

Y ya entonces, sólo entonces, D. Pedro atendió a la súplica del Senescal y, con su pequeña escolta, a galope tendido, picó espuelas hacia España, no sin ordenar a Gilabert de Cruylles que, copiada por duplicado, el acta, dejar un ejemplar para Carlos de Anjou, quedándose otro en manos del Senescal.

Éste, cuando cundió la estupenda noticia, llegados al palenque, después, el de Anjou y sus paladines, estuvo a punto de graves quebrantos, ante la furia angevina, pero todo quedó limitado a un injusto encarcelamiento, que sólo duró unas horas, pues los bordeleses no consintieron la vergonzosa y ridícula venganza perpetrada por Carlos. Su egregio sobrino, Felipe III tuvo que ponerle en libertad ante la airada y justa reacción del pueblo.

Y ya en su patria, bien pudo ufanarse D. Pedro III de haber cumplido su compromiso..., eso sí: no cayendo en las trampas que se le habían preparado, con o sin conocimiento del Monarca francés.

Si los historiadores de allende el Pirineo, al narrar lo sucedido, dijeron, hasta el siglo XIX, que Carlos acudió a la liza y D. Pe-

dro, no, ya sobrevino una reacción, como apunta Balaguer, en la historiografía de nuestros vecinos y autores como Henry y Montaigne, reconocen que hay que desechar la palabra "cobardía", con que otros manchan la reputación de quien ha pasado a la Historia con el nombre de Pedro el Grande.

La controversia la zanja ingeniosamente, (pero, a nuestro juicio, sin base ninguna que abone su opinión) el historiador inglés, tantas veces mencionado, Runciman, diciendo que aunque ambos adversarios acudieron, sí, a Burdeos y al palenque, en la fecha prefijada, se omitió señalar la hora del encuentro y por eso, uno, el aragonés, fue allí al mediar el día, sin encontrar al francés, y que éste fue un poco más tarde, sin hallar al aragonés. ¿Quién fue el cobarde? ¿Quién, el incumplidor de los compromisos prefijados?

Así pues, historiado cuanto aconteció en Burdeos el día uno de junio de 1282, hoy podemos resumirlo en pocas palabras:

1º Valor y prudencia, por parte de D. Pedro.

2º Valor..., con reservas, por la de Carlos

3º Posible, pero no probada, existencia de una felonía, a cargo de los franceses, que, de haberse realizado y en territorio inglés, pero rodeado de fuerzas al servicio del angevino y acaso, también, de su tío Felipe III, habría costado la vida al vencedor de Sicilia.

4º Ridículo episodio, inventado por Carlos, en una noche de furor e insomnio: episodio no consentido por el Papa, quien, por cierto, ante la desobediencia de su buen amigo Carlos, no usó con él del arma ya esgrimida con superabundancia sobre D. Pedro, o sea, la excomunión. Siquiera siendo amigos, amistad a la que se unió de un modo bien práctico, ese Monarca francés, tío de Carlos, a quien se le llama "el atrevido", sin que este modesto historiador, ni otros, ni nadie, haya podido o sabido averiguar a qué se atrevió

a lo largo de su reinado, como no sea a lo que muy pronto, iba a "atreverse" para desgracia suya y oprobio de la misma Francia.

Pero, en verdad, por nuestra parte, no creemos que tal "atrevimiento" le valiera el remoquete con que la Historia reconoce al hijo de aquel insuperable Rey, que se llama San Luis IX.

Queda sin resolverse un extremo al que entonces y después se ha dado fe por no pocos historiadores. ¿Hubo propósito de asesinar antes, durante o después del concertado duelo, al Rey de Aragón? Los indicios son de que, en efecto, se acordó tal felonía, pues resultan harto sospechosos la formidable tropa francesa (unos 10.000 ó 12.000 hombres) que escoltó hasta Burdeos, al de Anjou; la innecesaria ida, acompañándole, del Rey de Francia (que maldita la falta que hacía allí); las tribunas dispuestas dentro del palenque, para presenciar el espectáculo, tribunas destinadas, naturalmente, a un público adicto al tío y al sobrino; y, sobre todo (dejando aparte los repetidos avisos a nuestro Monarca de que su vida corría gran peligro, avisos que éste desdeñó, sí, pero juzgó no ser vulgares chácharas y, por lo mismo, tomó las medidas oportunas para no caer en manos del enemigo), sobre todo, decimos, por la extraña disposición, ya señalada, del propio palenque: una sola puerta, porque, en el lado opuesto, existía, sí, otra, pero a modo de trampa, pues, por ella podía salir del recinto, pero allí se quedaban encerrados en seguida y por ello, bien podía decirse que se asemejarían a ratones caídos en una ratonera, a merced del bando francés. Todos estos indicios, no lo olvidemos, estaban envueltos, digámoslo así, en una atmósfera netamente hostil al multi-excomulgado Pedro III.

El cual, consciente de que bien pudiera ser verdad cuanto se le había advertido, coonestó su fe de caballero que acude a un desafío (no propuesto por él, pero sí aceptado) con el cuidado de evitar daño personal a sus cien paladines y, por eso no les dijo nada de su ida al palenque, quedándose todos a la espera de sus

órdenes, en tierra de la Corona de Aragón. Sólo él pisó y recorrió, al galope de su corcel, y en todas direcciones, el terreno de la contienda..., que quedó en nada.

Quedó en nada, efectivamente, y no por culpa del aragonés. El odio que separaba a ambos rivales no permitía felonías a uno, que, casi solo, acudió allí; pero todos los demás factores, que acabamos de reseñar, indican que, si hubo premeditación de crimen, era por parte de ese iracundo verdugo de Conradino, tirano de Sicilia, repetidamente vencido por D. Pedro, mal perdedor y ya, a la sazón, águila sin garras e incluso herido en el ala.

Importa al historiador dejar referencia de lo anterior, porque la Historia recoge lo que en ese siglo y mucho tiempo después estuvo y ha estado en el ánimo de los pueblos sur-occidentales de la Europa bajo-medioeval y ha sido escrito en sus páginas.

En resumidas cuentas, lo que empezó en drama, lo que pudo ser tragedia, quedó reducido a farsa.

Y no precisamente por culpa del Monarca de Aragón.

Una vez éste en sus propios Reinos (puestos, o a punto de ser puestos en entredicho, por el Papa y, en su virtud, cercenadas en su inmensa mayoría, las prácticas del Culto cristiano, excepto Bautizos y, en inminente peligro de muerte, administración de los Santos Sacramentos), el Rey, ya informado muy bien por su primogénito, D. Alfonso, de la situación interior y de los importantes hechos acaecidos en Castilla y en Navarra, adoptó las disposiciones que le dictaba la grave situación que le rodeaba por todas partes, consciente, al mismo tiempo, de que, sin previas formalidades del Derecho de gentes de aquellos tiempos, su ex-cuñado el Monarca francés, Felipe III (viudo de Isabel, hermana de D. Pedro, fallecida once años antes, y vuelto a casar con María de Brabante, su esposa a la sazón, como ya se ha dicho, antes) se disponía a invadir Aragón, una vez que el Papa Martín le disuadió de sus

escrúpulos derivados de los pactos de amistad firmados muchos años antes entre ambos Reyes. ¡Bah! Ahora, Pedro ya estaba, por disposición pontificia (sólo por ésta) privado de la Corona y, por añadidura, dos meses después de la farsa de Burdeos, o sea el 29 de agosto de 1283, habíase expedido, desde Orvieto, una nueva Bula pontificia, por la cual, el Cardenal Legado, Juan de Cholet, quedaba facultado "para refrendar y ejecutar la elección que el Rey francés haga en uno de sus hijos, excepto el primogénito, para ocupar el Trono de Valencia", porque los demás ya estaban designados para tenerlos desde el mes de marzo. Como se ve, el gran protector de Carlos de Anjou, daba carta blanca a Felipe III para mover sus ejércitos hacia la Corona de Aragón, a fin de poner en práctica la elección de su hijo, que, por cierto, también se llamaba Carlos, tan Valois, como su padre y como su tío-abuelo, el de Anjou. Era, digámoslo de paso, una estirpe en incipiente estado de putrefacción, culminada en sus últimos representantes coronados, los hijos de Enrique II y de Catalina de Médicis, que tan repugnantes papeles desempeñaron en el siglo XVI.

Y, ya enterado de los diversos aspectos de cuanto le rodeaba, D. Pedro, que nunca conoció el miedo, ni siquiera el abatimiento, tomó, de nuevo, el mando de sus dominios peninsulares, de manos de su hijo D. Alfonso, quien, repetimos, era digno sucesor suyo y digno nieto, también, de aquel gran Rey, el "Conquistador" D. Jaime.

Mientras tanto e iniciando al momento sus medidas, allá, en Italia, no lejos de Nápoles, las galeras catalanas, siempre invencibles, su Almirante, Roger de Lauria, también siempre invencible, y sus almogávares, asimismo también siempre invencibles, daban prez, como en otro capítulo veremos, a la ilustre Casa de Aragón, cuyo cetro portaba D. Pedro III, quien a medida que se le estudia con minuciosa atención, despierta mayor admiración, hasta el extremo de que, exentos de parcialidad, con el solo relato de su reinado, diríase que más que una página de la Historia, se cree, al

leerlo, que es un héroe legendario, una página de imaginaria epopeya de siglos remotísimos.

En nuestro deseo de restar sombras al Pontificado de Martín IV, bueno será decir, antes de historiar el descubrimiento de sus instrucciones contra el Rey español, que (tomamos esta referencia de la Historia de España de Cebhardt, Tomo III, pág. 533) pese a que ese Papa afirme que, en sus Bulas de privación de la Corona a Pedro III, "obra con consentimiento de sus hermanos los Cardenales, según la historia de su mismo secretario, continuador de Saba Malaspina, parece que tan grave disposición fue, por el contrario, muy combatida en el Sacro Colegio". Admitamos esta salvedad, que si honra a los purpurados discrepantes, tal vez se vuelva contra el Papa francés, declarado enemigo de nuestro Rey.

Por nuestra parte, no nos hemos extendido acerca de tal punto (tan doloroso al autor, como católico y como español), aunque tenemos a la vista la extensa y documentadísima Historia General de la Iglesia, escrita en el siglo XVII, por Fleury, en cuyo tomo XII, pág. 530 y siguientes, donde se podrá estudiar extensamente la labor del Pontífice Martín IV, con relación a la Corona de Aragón, o, lo que es lo mismo: con relación a España y a uno de sus más brillantes Monarcas. A esas páginas remitimos a nuestros lectores, como antecedente oportuno a lo que, en otro capítulo, hemos de historiar.



V

Se entremezclan, a partir del regreso real, de Burdeos, a Aragón, los sucesos, llenos de importancia, que jalonan el período comprendido entre junio de 1283, hasta la muerte del insigne Monarca, en noviembre de 1285; y como se entremezclan y así se confunden por el estrecho vínculo que los une, tendrá el historiador que pasar sucesivamente de España, a Italia y viceversa.

Si cuanto hasta ahora va relatado está salpicado de verdaderos perfiles de epopeya, como antes se ha dicho y como tendremos que repetirlo después, en nuestro propósito de dar relieve al reinado que nos ocupa, mucho más rico en matices, en actos, en múltiples hazañas, en cuanto hemos de decir ahora; hazañas, actos y matices, en los cuales, combinados en rápidos cambiantes, alternan la zozobra, el peligro, el heroísmo, el denuedo, la pasmosa destreza, la terquedad antipatriótica de Nobles y estado llano. Y, como figuras señeras de la maravillosa epopeya, se destaca, ante todo, el Rey D. Pedro III, siempre grande, siempre sereno, siempre audaz y arquetipo de legendario caballero de la Edad Media; y, en plano ligeramente inferior, a hombres como Roger de Lauria, Bernardo Marquet, Pedro de Queralt, por no citar a otros muchos, que en la Marina real, fueron unas veces héroes, otras maestros y siempre pioneros de batallas y expediciones navales.

¿Cómo halló el Monarca, a su regreso a España, los ánimos de sus súbditos? Aquel apresuramiento con que, en la primavera

del año anterior, corrían hacia arsenales, astilleros y puertos de Cataluña y Valencia; aquel afán de todos, por tomar parte en la misteriosa expedición, a bordo de las naves, hacia un Levante indefinido; aquel entusiasmo de la despedida, cuando el Rey subió a bordo de su galera; aquel esfuerzo constante en enviar, desde esos mismos puertos, víveres y pertrechos, a las inhóspitas playas africanas, en torno al Real de Collo, una vez conocido el lugar del desembarco; aquella rápida y triunfal expedición a una Isla italiana, que ultrajada por la dominación francesa, requirió el auxilio de un Monarca cristiano (marido de la hija y nieta de los Staufen), dispuesta si no lo obtenía, a implorar ayuda a cualquier caudillo musulmán, antes que seguir bajo tan abonable yugo angevino...; todo eso, que dio por resultado una victoria definitiva, cuya víctima era un Rey que nunca, hasta entonces, había conocido la derrota de sus tropas, y la inauguración, en Sicilia, de otra casa reinante, ya, por sucesiva descendencia, española y, más concretamente, aragonesa... ¿qué efectos produjo en la madre patria? O, dicho de otro modo, ¿halló, el Rey victorioso, al pisar su tierra natal, un entusiasmo tan expresivo, (digámoslo así) que se tradujera en mayor acatamiento, mayor afecto, como prueba de gratitud a quien acababa de dar cumplida muestra de que la Corona de Aragón, personificada en él, brillaba con mayor esplendor que nunca?

Por desgracia, sólo vítores y aclamaciones locales y esporádicas, encontró el Rey. Verdad era que, por el momento, a él no le interesaba nada que implicase detención; ninguna demora admitía su impaciencia por acudir, como buen caballero, a un palenque donde, iracundo, le había invitado el ya ex-Rey de Sicilia. Sí: todo ello puede comprenderse, como la ignorancia de la fecha y lugar de su llegada, ignorancia que alcanzaba a su propio hijo, el excelente Infante D. Alfonso, buen administrador del Reino, en ausencia suya.

Quemando etapas, D. Pedro llegó a Burdeos, jugándose la vida (hoy ya no se duda, por los historiadores, según sabemos, que unos 10.000 soldados franceses, acompañando a Carlos de Anjou y a su egregio tío Felipe, era demasiada escolta para "presenciar" el desafío...), pisó el recinto, galopó allí, levantó acta de su presencia y, con tal documento (que vio el Cronista Desclot) proporcionó un disgusto al noble Senescal Juan de Grailly, disgusto que, afortunadamente, sólo duró unas horas, las mismas en que rabiaba el chasqueado Carlos, mientras decía que D. Pedro no era un hombre, sino un verdadero diablo.

Este "diablo" bien pudo repetir (pero no lo hizo) la famosa frase de julio César: "veni, vidi, vici" y, esquivando trampas, embuscadas y persecuciones, se volvió a España; se detuvo brevemente en Bayona, para comer algo (lujo que apenas conocía desde varios días antes), pese a que sus fidelísimos amigos Blasco de Alagón, Berenguer de Peratallada y Conrado de Lanza le apremiasen, por estar, aún, en territorio francés; ganó, a uña de caballo, la villa de Fuenterrabía, ya de Castilla, y, como término eventual de su viaje, llegó a Tarazona, desde donde, con fecha 20 de junio de 1283, o sea a las tres semanas de su cabalgada por el palenque de Burdeos, escribió a su sobrino D. Juan de Castilla, hermano de quien pronto sería Sancho IV, dándole cuenta, bien concisa y nada retórica, de todo lo sucedido, a partir de su desembarco en Cullera, carta que se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón y cuya copia tenemos a la vista. Una de tantas pruebas documentales de la historicidad del lance de Burdeos.

Eso sí: desde la misma Bayona, tuvo tiempo para disponer que todas las gentes de sus Reinos que estaban en Francia se saliesen de allí y volviesen a territorio aragonés, pues, por lo menos "de facto" y, probablemente, también, de un modo más a tenor del rudimentario Derecho Internacional, sabía que la guerra contra Aragón, o, mejor dicho, la Cruzada contra nosotros, animada por el

Papa, por Felipe III y por Carlos de Anjou, estaba declarada y estaría en cualquier momento.

Nuestro ilustre Zurita, menos aficionado a lirismos que el propio Desclot, no puede reprimir su pluma, como colofón al lance: "Fue ésta —escribe—, una de las señaladas hazañas que sabemos haberse emprendido jamás; y el Rey, como uno de los mejores caballeros que hubo en sus tiempos, por su honor aventuró la persona y el estado, puesto que algunos lo atribuyeron a gran cautela, no entendiendo la verdad del hecho".

Problemas en el interior de sus Reinos, a los que inmediatamente hubo de atender: el primero, castigar a D. Juan Núñez de Lara, señor (consorte) de Albarracín, no por ser partidario del Rey D. Alfonso X, de Castilla (en lucha, ya, con su hijo Sancho, por la eventual sucesión a la Corona) y partidario, también, de los Infantes de la Cerda (siempre en poder del Monarca aragonés). No, esa no era la causa, pues el de Lara, podía mantener sus propias opiniones en ambas actitudes, sin duda. El castigo lo motivaba el hecho de que, en la inminente invasión francesa a Aragón, ese magnate estaba de parte del enemigo y convenía sujetar traidores. Una fuerte tropa fue enviada a la siempre altiva ciudad y comarca de Albarracín, feudo de los Azagra, la última representante de los cuales era a la sazón D.^a Teresa Alvarez, esposa de ese D. Nuñez, el cual, con una tropa suya, habíase dedicado a una serie de correrías, rapiñas y devastaciones, que dañaban la comarca. D. Pedro marchó allí, combatió la plaza, considerada por inexpugnable y la ocupó para Aragón. D. Nuño había huido antes de la llegada del Rey.

Otro problema, asaz visible para éste, era el de que su reciente campaña siciliana no había hallado ni entusiasmo, ni siquiera mayor importancia entre los aragoneses. Todo el brillante triunfo obtenido, a éstos les dejó indiferentes; tenían preocupaciones más acuciantes, a saber: el entredicho fulminado por el Papa, se inauguraba ahora, con todas sus consecuencias, arriba reseñadas: casi

supresión del Culto Divino, casi, también, administración de Sacramentos; angustiosa paralización de las actividades eclesiásticas, etc.; y esta situación resultaba intolerable para la piedad de los buenos aragoneses. Se sentían, por primera vez en su vida, semi-olvidados; les faltaba atmósfera espiritual y esto avivaba los más acusados rasgos de su carácter, a un tiempo recio, religioso y hosco. No veían, en la reciente campaña mediterránea, sino un asunto (más bien, una aventura) que a ellos, directamente, no les afectaba y, la consecuencia máxima de tal estado de los ánimos se tradujo, bajo la instigación de la orgullosa Nobleza del Reino aragonés, en sentirse ofendidos con su mismo Monarca; recordaron, crearon, o exageraron agravios, recibidos de éste, uno de los cuales consistía en haber hecho esa guerra sin dar previa cuenta a las Cortes. Habíase formado, en pocas semanas, un malhumor general, que se manifestó ya claramente cuando, en esos mismos días, mientras por la frontera de Navarra, (Reino siempre artificial, que prácticamente era, a la sazón, porción de Francia, por el matrimonio concertado entre su Reina, púber apenas, y el primogénito del Monarca francés, su tutor) se adentraban en territorio aragonés, destacamentos enemigos; mientras se empezó a conocer que el Papa había desposeído de la Corona a D. Pedro III, poniéndola poco menos que a la disposición pública, eso sí: con la aprobación del mismo Pontífice; mientras en fin, se vivía en un estado general de desasosiego y despego hacia su Soberano, éste, con serenidad nunca desmentida, con su habitual parquedad en cuanto a palabras y rapidez en visión y en hacer frente a la gran amenaza que se le venía por el norte, buscó, como era usual entonces, antes y después, la ayuda dineraria de los aragoneses: urgía, porque bien sabía él que, desde Orvieto, Viterbo o Montefiescom, se urdía el más espectacular dispositivo bélico conocido hasta entonces, como sabía también que, junto a un Papa iracundo, un Monarca enfurecido por sus constantes derrotas y otro Monarca, un tanto pusilánimo, pero que nunca había digerido el cautiverio, en Aragón, de sus sobrinos, los Infantes de la Cerda; junto a esos y otros factores,

de orden moral y material, el Rey de Aragón, no contaba, en esos momentos de suma gravedad, ni con recursos, ni con entusiasmo y con fuerzas militares.

Claro está: convocó Cortes en Tarazona (septiembre de 1283) para pedir nuevos tributos y servicios, a fin de preparar la campaña defensiva.

Pero, ¿qué sucedió? Pues que los aragoneses, le negaron auxilio y se pasó la cuenta al Monarca de agravios, ciertos o imaginarios, hechos por éste a sus bravos súbditos. El autor de la obra titulada "Las libertades de Aragón" D. Manuel Danvila, al estudiar éstas y las posteriores Cortes, escribe lo siguiente:

"Hiciéronle presente sus agravios y desfueros, reclamándole celebrase consejo en medio de las Cortes, para tratar de la guerras que afligían al Reino, no por causa de moros, sino contra extranjeros. El Rey, según Zurita, respondió que hasta aquella hora, por sí había hecho sus haciendas y que entonces no quería ni había menester su consejo y cuando lo quisiese y hubiese menester, lo demandaría. Habida esta respuesta, pidiéronle por merced que, pues no quería Consejo y él y sus oficiales no les guardaban los Fueros, costumbres, usos y privilegios, ni las franquezas de que gozaban en tiempo del Rey su padre, y de los Reyes, sus antecesores, que él las otorgase y confirmase de nuevo, y respondió el Rey a esta demanda que no era tiempo de proponer tal cosa en aquellas Cortes, porque él entendía dar batalla a los franceses y, pasado aquel trance, haría lo que debiese con ellos".

Era una respuesta tajante, sí, pero cargada de razón. No se le atendió, sin embargo, y siguióse otra lista de quejas. Llevaban la voz cantante los ricos-hombres, que, según Zurita, se juramentaron para ayudarse entre sí contra el Rey, formar un bloque compacto con las clases inferiores, prometerse mutua ayuda en caso de

castigos individuales y, en fin, aumentar el relieve y poder del Justicia de Aragón.

No era D. Pedro, pese a su carácter, hombre que perdiese su ecuanimidad y decidió, por lo pronto, prorrogar las Cortes para algunas semanas después, en otro escenario: Zaragoza, no sin hacer vagas promesas, que implicaban ganar tiempo, un tiempo que, dadas las circunstancias, era precioso para sus Reinos.

Según Jerónimo Zurita "Aragón no consistía, ni tenía su principal ser en las fuerzas del Reino, sino en la libertad, siendo una la voluntad de todos, que cuando ella feneciese, se acabase el Reino".

Y en las Cortes de Zaragoza nacieron los llamados "Privilegios de la Unión", que son la base de las famosas "Libertades de Aragón". Conviene resumir en este lugar cuanto en las Cortes zaragozanas de diciembre de 1283, obtuvieron, o, por lo menos, señalar sus logros más destacados; lo tomamos de Danvila:

"El Rey debería observar y confirmar, no jurar, los fueros, usos, costumbres y privilegios de los Reinos de Aragón, Ribagorza, Valencia y Teruel. Estableciase que en ningún caso pudiera hacerse de oficio inquisición o pesquisa; que, si se hacía, no pudiera darse juicio sobre ella; y, si se daba, que la sentencia no se ejecutase. Ya en las Cortes de Egea se había mandado esto mismo, o parte de ello, respecto de los ricos-hombres, caballeros e infanzones de Aragón; pero el Privilegio General lo extendió a toda clase de personas, o sea a los aragoneses libres y realengos, porque en cuanto a los demás, continuaron en la dura servidumbre a que estaban sujetos".

Otra de las peticiones, ampliando lo ya concedido con anterioridad, establecía que en todos los litigios entre el Rey y las clases más altas de Aragón, fuese juez competente el Justicia mayor;

ahora se extendía esta facultad a mesnaderos, caballeros, ciudadanos y hombres buenos de las Villas.

Y nuevas exigencias tuvo que aceptar, por ejemplo: la restitución en la posesión de las cosas de que habían sido despojados los aragoneses, en los tiempos del Rey D. Jaime; que, siendo exclusivo de la Nobleza intervenir en la declaración de guerra y en la concertación de la paz, este privilegio se extendiese a mesnaderos, caballeros y honrados ciudadanos y "hombres buenos" de las villas, los cuales "formarían el Consejo del Monarca".

Entre otros extremos más, cuyo texto tenemos ante la vista y de los que hacemos gracia al lector, interesa destacar que el Monarca no pusiese justicia ni hiciese juzgar en ninguna Villa ni lugar que no fuese suya propia, y, siempre propendiendo a ampliar ventajas hacia las clases inferiores, que los derechos de los Infanzones debían ser tales como se otorgaron y juraron en las Cortes de Egea y se afianzaron a los "ricos hombres las caballerías que debían tener en honor por el Rey en los pueblos de realengo, sin poder ser despojados de ellas, sino en virtud de juicio previo, no quedando obligados a servir al Rey fuera de Aragón, ni a pasar el mar, pero se comprometían a dividir estos honores entre los caballeros, sin que se les pudiese quitar, sino por causa reconocida y juzgada por los demás caballeros vasallos del rico-hombre". Como se ve, las facultades del Monarca se recortaban, siempre a favor de sus súbditos.

Al exponer, muy sucintamente, esas concesiones arrancadas, antes a D. Jaime, y, ahora, a D. Pedro ¿no cabe preguntarse si Aragón fue una democracia, una oligarquía, una Monarquía con fuerte base aristocrática, un régimen (monárquico, o republicano, con corona) constitucional y parlamentario? ¿Cuál fue el origen de tales libertades, que crecían a compás de los tiempos? ¿Qué era, en fin, Aragón? Formulamos estas cuestiones, sin osar responder a

ellas, al abordar, en este capítulo, el Privilegio General, al que hubo de someterse el Monarca.

Perdónesenos este "intermezzo", pero lo consideramos obligado para la adecuada calificación de hechos ulteriores, cuyo máximo protagonista sigue siendo Pedro III. Y, sin detenernos más (y hay materia sobrada para hablar todavía de las Cortes de Tarragona y de Zaragoza, en septiembre y diciembre de 1283) volvamos la mirada a otros escenarios, en los que el Rey de Aragón, con patriotismo digno de ser imitado por su pueblo, se disponía a defenderlo, aunque, por el momento, se viese desasistido por él y casi solo, con un puñado de valientes partidarios.

Tal se presentaba a sus ojos, al volver de Italia, la situación interior. Es verdad que sus respetuosos mensajes al Papa, en los que sólo pedía ser oído para autodefenderse, no habían sido escuchados; es verdad que, a los ojos de la Santa Sede, de Francia y de una limitada porción de la Cristiandad, no era ya Rey de Aragón, sino un excomulgado a quien se le había quitado (teóricamente) la Corona; es verdad que su Reino estaba en entredicho, con la consiguiente angustia espiritual de sus habitantes; que, como a musulmanes, se enderezaba una Cruzada contra él, bien provista de indulgencias a favor de cuantos contribuyeran a ella, hombres, mujeres o niños; que, recordando las que en ese siglo y, más en los anteriores, se organizaron para rescatar Tierra Santa, del poder de los infieles, los pueblos corrían a engrosar el ejército de Felipe III de Francia y de los partidarios de Carlos de Anjou, siempre protegidos, amparados y animados por un Pontífice, en quien se destacaba su condición de francés, de modo tal que medio eclipsaba a la augusta de Vicario de Jesucristo, Rey de la Paz... Y aún cuando hayamos de suponerle movido por la buena fe de sus actos contra el vencedor de su amigo Carlos, ex-Monarca de Sicilia, también, a vista de pájaro, nos parece... sencillamente ofuscado en su acción a flor de tierra.

D. Pedro III, antes de verse humillado otra vez, pensó en Cataluña: sabía que, no con la virulencia de Aragón, sin duda allí había usos, costumbres y fueros un tanto ya que no olvidados, sí un poco enmohecidos, y que convenía atender, lo cual a él no le causaba desazón, pues tenía muy presente en su pensamiento cuánto debía a los catalanes, en sus recientes empresas tanto en África del norte, como en Sicilia, como en Calabria. Sabía que el valor de sus marinos, en esos mismos días, daba brillantes pruebas en los mares Tirreno, Adriático y Mediterráneo (como veremos después). Y como era agradecido al pueblo catalán, hemos de creer que ningún trabajo le costó ir a Barcelona, reunir Cortes, escuchar peticiones y otorgarlas. Veámoslo, no sin hacer expresa mención de lo que pudiéramos llamar preludio de la acción militar francesa, pues como Navarra era ya dominio más o menos oficial de Francia (antes hablamos incidentalmente del por qué de ello) desde Navarra precisamente tropas de caballería enemiga mordisqueaban territorio de la Corona de Aragón, por el extremo nortoriental de la provincia de Huesca. No era todavía, repetimos, la gran invasión, pero ahí estaba ya la hueste de Felipe III.

A lo largo del año 1283, Cortes aragonesas y luego Cortes catalanas, distraían la atención o la impaciencia del Monarca, quién, aun en medio de sus trabajos como estadista y como caudillo, seguía el desarrollo de cuanto ocurría en Italia, teatro de brillantes triunfos españoles, al que pronto nos hemos de trasladar.

Una breve sesión de Cortes en Valencia (quizá las primeras que se celebraban en esa bella porción del Reino), precedió a las catalanas, desde fines de diciembre de dicho año, hasta mediados de enero de 1284. En Barcelona no hubo la tensa actitud de Tarazona y Zaragoza: se solicitaron reformas, aumentos de privilegios, peticiones al Monarca y, como nota agudamente un historiador, Ortiz de la Vega, a lo largo del mes en que esas Cortes se celebraron, se dio el caso de que, como si no pesasen nada las penas canónicas de Martín IV, en ese Principado, a sus sesiones acudieron,

como fieles súbditos del Rey excomulgado, Obispos, Prelados, Religiosos, Nobles, militares, ciudadanos y representantes de las poblaciones catalanas. Nada tiene, pues, de particular que no se regataran, por parte del Rey, nuestras elocuentes de sus buenas disposiciones hacia Cataluña.

Sin detenernos en cuanto se refiere al contenido de tales Cortes (porque entendemos ser este tema más propio de un tratado de Historia del Derecho Foral) nos limitaremos a decir que, en sus 56 capítulos, se concentra toda la esencia de la recopilación famosa titulada "Recognoverunt próceres".

Bien mirado cuanto allí se trató, se cae en la cuenta de que la actitud condescendiente del Monarca (a tono con la reverencia e incluso humildad, con que los diputados catalanes formularon sus múltiples demandas) es muy distinta de la actitud con que, sin la menor duda, oyó a los aragoneses en Tarazona y Zaragoza. Bien sabía D. Pedro no sólo el comportamiento en Italia de los catalanes, antes y durante las sesiones de Cortes, sino aquel viejo adagio según el cual "no es bien nacido quien no es agradecido". Y en esos mismos días, precisamente, los marinos catalanes y sicilianos y los invencibles almogávares acumulaban triunfos sobre triunfos en las costas occidentales y orientales de la parte sur de Italia, como dando feliz remate a una guerra naval, que, dicho sea de paso, bien merece un historiador especializado, que sepa escribirla.

No hemos de cerrar el presente capítulo sin hacer mención de otras facetas de la situación político militar en Aragón, demostrativas, por un lado, del prestigio de D. Pedro III en esa Navarra ocupada, a la sazón, por los franceses, y, por otro, de que los gobernadores que a países sojuzgados por Francia, eran tan odiosos y odiados por los indígenas allí en ese rincón peninsular, como lo habían sido, hasta 1.282, en la sufrida isla de Sicilia, ya liberada por el Rey de Aragón.

Fue el caso que, cuando merced a la boda de la Reina-niña, Margarita de Navarra, con el Príncipe-mozo, de Francia (el futuro Felipe IV el Hermoso, quien, entre paréntesis, pronto iba a burlarse de su hermano Carlos y a llamar la atención a su mismo padre, acerca de los riesgos de la invasión proyectada); en esa ocupación "pacífica" de Navarra, por las tropas del Rey consorte, varios prohombres de este Reino lograron huir, con mayores o menores huestes, al lado del Monarca aragonés y agregarse a sus tropas, porque ya había bandos en Navarra entre amigos y enemigos de Francia, el representante de la cual era, según cuenta Zurita, hombre que desconcertaba a los naturales del país, quienes se acordaron para "echarle de la tierra", que pagó el frustrado intento maltratando y persiguiendo a los desafectos a su gobierno y robando y destruyendo cuantos lugares mostraban su descontento, muestra elocuente de cuya barbarie fue, también según el Cronista, la violación de la Catedral de Pamplona y la serie de ejecuciones de cuantos dieron muestra de actitud contraria a Francia.

"¡C'est la guerre!" como dirían y dirán los franceses de todos los tiempos, al cometer desmanes y robos.

La guerra, sí, que, en medio de sus horrores, presenta de cuando en cuando estampas de valor sublime, de fidelidad en el cumplimiento del deber y de actos de heroísmo. Por ejemplo: El Cronista Desclot, al hablar de esta expedición francesa en territorio aragonés, procedente de la Navarra sojuzgada, narra el episodio del castillo llamado por él Vilo, cuya defensa, por el Rey D. Pedro, corría a cargo del caballero aragonés D. Jimeno Martínez de Artrodo, que, al mando de sólo treinta hombres, se vio allí rodeado por las fuerzas contrarias (dos mil hombres de a caballo y numerosos peones) no se rindió, sino que, desde su castillo, ofreció brava resistencia a la muchedumbre de enemigos.

Éstos, poco a poco, fueron adueñándose del recinto, de las plantas inferiores y, sin conseguir domeñar la valerosa resistencia

de aquel puñado de hombres, minaron el edificio, que se desplomó, pero quedando en pie la torre, allí continuó el desigual combate. Iban sucumbiendo los heroicos aragoneses y llegó un momento en que D. Jimeno se quedó, en lo alto de la torre con sólo cuatro guerreros, ya sin armas, sin otra perspectiva que la de una muerte cierta. Montaron los franceses escalas para apoderarse o matar a los nuestros. Habían visto éstos el furor y la crueldad de sus enemigos y en modo alguno consintieron en rendirse. Murieron, en efecto, todos, excepto el jefe, quien, al alcanzar dos franceses el borde de la estancia donde todavía resistía el héroe, sin medio alguno de defensa, se quitó el yelmo, lo tomó por la visera y lo estrelló contra ambos invasores; uno, recibió tal golpe que, destrozada su cara, rotos sus dientes y la mandíbula, cayó sobre su compañero y ambos, espantados, se precipitaron afuera. Los franceses, al ver esto, tomaron al asalto; sólo su propia armadura le quedaba y con ella trató, desesperadamente, de rechazar a sus ya numerosos enemigos; pero fue cogido, y ya abajo, pudo aún arrojar sus guanteletes de hierro: mató a uno, asombró a otros y hubiera sucumbido si no interviniese el jefe de la tropa francesa, admirado del heroísmo del caballero. Prohibió que sus hombres acabaran con él y mandó simplemente encarcelarlo y llevarlo al campamento.

"¡C'est la guerre!" diremos nosotros también y, ante este episodio de épica grandeza, añadamos, en honor de los aragoneses, que D. Jimeno Martínez de Artudó compensó con su heroísmo cuanto sus paisanos habían obstaculizado, en las dos Cortes mencionadas, la tarea de su Rey, quien, sin perder su proverbial entereza, preparaba, pese a todo, la general defensa de la Patria: bien mirado, no se sabe qué ponderar más: si la gesta del Castillo, o la paciencia y la serenidad de un Monarca, al que, entonces, no era comprendido por gran parte de sus súbditos. En resumidas cuentas, es cuestión de perspectiva.

Actos de valor como ése fueron, posiblemente, prólogo de un despertar el patriotismo aragonés, ahogado durante las Cortes, por los Ricos-hombres, como cabezas de partido. Eran esas sesiones y esas demandas una especie de narcóticos, que, pasado su efecto, devolvieron al espíritu nacional su bien probado amor a la independencia; porque sucedió que en 1.283, la "mansa invasión" francesa de Navarra, so color de las ya mencionadas bodas reales, halló de pronto adecuada réplica por la parte más amenazada de Aragón, o sea por la de Huesca. Supo el Rey, en Tarazona, las correrías del enemigo, que, como antes dijimos, "mordisqueaba" el territorio patrio; y ese episodio ya era muestra de otra actitud, más generalizada, o, si se quiere, más popular, traducida en una fuerte incursión aragonesa, en suelo navarro, sin previo permiso de D. Pedro; éste, (que supo por su hijo, el Infante D. Alfonso, lo ocurrido se enojó por tal acción bélica, diciendo a sus protagonistas, (ya de vuelta, tras fuerte escarmiento por los franceses) que no olvidaran que el "matar no era una cosa leve" (así nos lo refiere Desclot), sin embargo de lo cual el mismo Rey, a galope de su caballo, se trasladó desde Tarazona a la zona de las recíprocas acciones y, colérico, por no haber sido avisado, y, también por la agresión, el mismo dirigió otra entrada el frente de una pequeña hueste de caballería, con tal ímpetu que alcanzó la retaguardia enemiga, la destrozó y, con rico botín, volvió a Aragón. Una vez allí, ordenó que ninguna otra aventura se llevase a cabo sin su consentimiento, pero los aragoneses no se conformaron y le dijeron que se decidiese pronto a la guerra. Calló D. Pedro y, por algún tiempo, las cosas quedaron así; pero todo lo sucedido sirvió para algo bien positivo: los franceses salieron de Navarra como mejor pudieron y se volvieron a su país, dejando en pos de esos desmanes y daños a que antes hicimos referencia.

Sigue Desclot su Crónica con una expresiva nota: el Rey se mostraba iracundo por haber partido de Francia las hostilidades; por no ser protagonista principal de una adecuada y contundente

réplica ante esa actitud y porque, en fin, todavía duraban (así lo creía él) las treguas entre D. Pedro y Felipe III, acordadas años antes, razones que le movieron, como buen caballero, a despachar una embajada al francés, recordándole sus compromisos, jurados solemnemente antaño, por uno y otro, embajada que se negó Felipe III a recibir. ¿Acaso, a sus ojos, era Rey de Aragón quien estaba no sólo excomulgado, sino destronado por la Santa Sede? ¿Le obligaban ya sus juramentos?

Se había, pues, llegado el momento de invadir Aragón por los franceses, adalides de una Cruzada contra España (San Luis no lo hubiera siquiera consentido, incluso a pesar del Papa) y, vencido D. Pedro, poner en el trono de la ilustre dinastía aragonesa a un mozo imberbe, hijo segundo del Rey de Francia, llamado Carlos de Valois, con lo cual Martín IV quedaría satisfecho; Carlos de Anjou, esperanzado de recobrar su Sicilia y su prestigio y Francia ensanchada hacia el sur, pues era viejo sueño de ella que el río Ebro fuera, por lo menos, su frontera meridional.

Faltaba, únicamente, que D. Pedro III y sus súbditos lo consintieran.

Libro quinto

I

Mar Tirreno - Mar Adriático - Mar Mediterráneo - Alrededor de la Italia angevina.

Conforme al plan trazado, hemos de trasladar nuestra historia a los mares que rodean a Italia, porque la extraordinaria movilidad de los acontecimientos, casi confunde a quien los escribe y otro tanto podrá suceder a quien los lee.

Dejemos, en angustiosa situación, a D. Pedro III, solo, virtualmente, en medio de una verdadera tempestad, frente a múltiples enemigos, unos, declarados; otros, solapados y traidores. Y, dejándolo, fijemos nuestras miradas en el flamante Reino, resucitado, de Sicilia, tan pronto como su libertador, partiendo de Trápani (6 de mayo de 1283) quedó bajo el cetro de la Staufen Reina D.^a Constanza, esposa de aquél. Tendría entonces la Regente (con este título empuño el cetro) unos 26 años de edad y todo ese encanto que los historiadores, aun los más contrarios a la dinastía imperial vencida en Benevento y Tagliacozzo, atribuyen a los miembros de ella, en Constanza brillaron esplendorosamente: recordemos que Muntaner, al hablar de ella, cuando, a los 14 años, llegó a España, para casarse con el entonces Infante heredero de Aragón, D. Pedro, hijo del Conquistador, la ponderó diciendo que "era la más bella", y la más inteligente y la más honesta que hubiese nacido después

de la Señora Santa María". Dejando aparte las hipérbolos del Cronista catalán, hemos de pensar que, enamoradísima, como lo estaba, de su marido, admirándole como Rey y soldado, como estadista y paladín de esos controvertidos Manfredo y Conradino, padre y primo, respectivamente, de ella, al verse coronada en su amada Sicilia, no es aventurado suponer que a su belleza se sumase el gozo de sus cumplidos anhelos, esos anhelos que, según el mismo autor, transmitió al marido en la intimidad de sus primeros años de vida matrimonial.

Era, pues, Señora de la Isla; era madre del futuro Rey, ese mozo de unos diecisiete o dieciocho años, llamado D. Jaime, como su abuelo, que sería el primer Monarca de la dinastía, ya binominal, Aragón-Staufen; era la esposa amante del vencedor y de sus infortunados deudos; era, en fin, la personificación de una breve y querida familia imperial, sucesora, feliz, de los Normandos.

Había hallado en su Sicilia espléndida acogida, cariño, entusiasmo, y veía que, uno y otro de sus hijos y la Infanta Violante, su hija, hallaron allí una visible simpatía. Bien sabía D. Pedro, al irse de la Isla, en qué manos dejaba el mando, como sabía, asimismo, las magníficas cualidades de lo que hoy llamaríamos, Consejo de Ministros, en torno y a las órdenes de la Regente: Juan de Prócida, Canciller del Reino; Alaimo de Lentini, Justicia mayor (este buen hombre, que tenía sin embargo, la desgracia de ser marido de Macalda de Scaletta, la liviana super-hermbrá, con arrestos de ambición multiforme); Pedro de Queralt, vicario, con plenos poderes, en la parte oriental de la Isla; Guillermo Galcerán, en la occidental; y, sobre todos Roger de Lauria, Almirante General. También, antes de embarcarse, el Rey había otorgado Castillos y Lugares a diversos prohombres sicilianos, no todos los cuales, más tarde, le fueron por completo adictos, singularmente (como ya lo vimos al hablar de Gualterio Caltagirone) a ese mismo Alaimo, al que acababa de dar expresivas muestras de verdadero afecto, recordando sus servicios anteriores. Pero, ciego instrumento de su desleal esposa, que

un día no lejano fue desdeñada por el Rey, el pobre marido, sin ser, probablemente, culpable, hubo de caer en la triste condición de exiliado, como veremos más adelante.

Así, pues, el Reino de Sicilia, que renacía, quedaba en buenas manos: a la oprobiosa tiranía del anterior Monarca angevino, sucedía un "modo de ser" mucho más amable, aunque los tiempos y las circunstancias obligaban a extremar las medidas de precaución, pues por elocuente que fuese la traición, en larva, descubierta y castigada por el Gobierno que se estrenaba, bien sabido era que, desde Nápoles, el Lugarteniente de Carlos, su hijo y homónimo Carlos el Cojo, mantenía agentes, más o menos ocultos, en la Isla, siempre prontos a derrocar a los vencedores de su padre.

Razón era ésta que dictó las rigurosas órdenes dejadas por D. Pedro a su Almirante, según las cuales éste, Roger de Lauria, debería tener preparadas, a todo evento, veinticinco galeras, las cuales vigilarían continuamente las costas sicilianas, para evitar, desde la Italia continental, toda sorpresa.

El nuevo enemigo directo era, ciertamente, menos terrible que su padre, el cual, tras el frustrado duelo de Burdeos, activaba en los puertos de su Condado de Provenza, una nueva escuadra, la que, unida a la que, por su parte, quedaba, o se preparaba en los puertos orientales (Brindis, principalmente), darían cuenta, un día, (si las esperanzas conjuntas angevino-pontificias, se cumplían) de recobrar el perdido Reino y enseñorearse de los mares Mediterráneo, Tirreno y Adriático.

Roger de Lauria, por de pronto, se atuvo estrictamente a las disposiciones del Rey de Aragón. Sino que su temperamento a duras penas le permitía la relativa ociosidad del papel encomendado.

Hasta tuvo que sujetarse (probablemente, sin esfuerzo) a las minuciosas instrucciones reales, en cuanto a la dotación y mando

de la flota, tendente a fusionar en ella a sus pueblos siciliano y catalán, sabia medida muy a tenor de su política. Decimos que probablemente se sujetó sin esfuerzo, porque bueno será considerar que, si por su nacimiento, Roger de Lauria era italiano y, más concretamente calabrés, por su formación, por afecto, por adhesión fraternal a la Reina Constanza, criado a su lado, ido con ella a España, educado en la Corte aragonesa, admirador de su Rey y de sentimientos netamente gibelinos, bien puede decirse que el Almirante era un español de pies a cabeza. Nada, por lo tanto, podría disgustarle que en las galeras a su mando, hubiese por igual sicilianos y españoles.

Su genio era indómito; sus aptitudes para el mando naval, casi inigualables; su adhesión al Rey y a la Regenta, firmísima; su personalidad, imponíase a los hombres que acaudillaba; su agilidad en la estrategia y en la táctica no conocieron, ni antes, ni después, marino que le superase. Roger de Lauria unía en su espíritu, por partes iguales, el don de hacerse amar y, digámoslo sin ambages, llegado el caso, la crueldad.

Este Almirante, decimos, cuidó concienzudamente la Isla; es posible, más bien, seguro, que tuviese organizado un servicio de información, no sólo en Sicilia, sino también en Calabria, Apulia, Basilicata, los Abruzzos e incluso los mismos territorios pontificios, contrapartida inexcusable y lógica de los espías angevinos. Esta actividad, inherente a las órdenes de D. Pedro, le obligaba a estar en continuo acecho de cuantas embarcaciones, sospechosas, o no, rondaban la Isla, pero tal servicio era para él, como dice muy bien, el historiador de la Marina Española de la Edad Media, D. Javier de Salas, poco lucido y casi le ahogaba: él deseaba empresas mayores; tenía el don de máxima actividad y, en cierto modo, se impacientaba por su relativa quietud en cualquier puerto del Reino insular.

Pero, con inmensa alegría, pronto se le iba a presentar ocasión para satisfacer sus más caros anhelos. Si estaba al tanto (y debía estarlo) de los armamentos que, por orden de Carlos el Cojo, Príncipe de Salerno, se activaban en los puertos del mar Adriático, acaso no lo estuviera de la colosal labor constructora que se llevaba a cabo, con increíble rapidez, en Marsella, decretados, antes y después de ese lance burlesco-caballeresco de Burdeos, por el enfurecido Carlos de Anjou: veinte galeras, al mando de Guillermo Comer y de Bartolomé Bouvin, habrían de reunirse, a fines de mayo de 1283, (o sea, casi en los días de ese lance) con las noventa embarcaciones, grandes o pequeñas (galeras u táridas), que su hijo disponía en Apulia y Brindis, a un lado y a otro de la Italia continental.

El joven Príncipe de Salerno, ya lo hemos dicho, páginas atrás, era lo que hoy llamaríamos, un buen muchacho. No tenía el carácter violento, enérgico, expeditivo y duro, de su padre, afortunadamente para él, pero le gustaría igualarle en varios aspectos, ya que en otros (la prudencia, el trato, el tacto y la propensión a ganarse las voluntades) le superase, con creces.

Sin embargo: estaban muy recientes las desgracias paternas; le dolía el repentino eclipse del sol angevino y, por ambos motivos, unidos a su juventud, un tanto mediatizada por su cojera, le impedían a guerrear y, si es posible fuese, a devolver a su padre todo cuanto acababa de perder.

Es imposible al historiador (como en algún momento hemos escrito en esta obra) conocer los pensamientos, los sentimientos y los móviles de los personajes que destacan en las páginas de la Historia, razón por la cual no nos atrevemos a afirmar que el hijo, al emprender lo que se había a sí mismo propuesto, abrigase en su alma otro afán que el indicado y sólo en segundo lugar, la propia gloria. Se nos figura que ni por asomo conocía la calidad del hom-

bre con quien iba a hallarse en su camino el Almirante Roger de Lauria.

Eran los primeros días del mes de julio de 1283: hacía poco más de un mes que, tras el "fiasco" de Burdeos, Carlos de Anjou, había dicho, según algunos autores de la época nos lo cuentan, que Pedro III no era un hombre, sino un diablo, al que no se podía alejar, siquiera, con agua bendita. Eran, pues, los días en que, si los planes concebidos por el ex-Rey de Sicilia y compartidos ostensiblemente por su amigo y protector el Papa Martín IV, se realizaban, el resultado de cuanto le acaeció el año anterior, podría cambiar radicalmente de signo: una victoria naval, con abrumadora superioridad de fuerzas, a su favor y ausente de Sicilia ese "diablo", le devolvería automáticamente y aún con creces, lo perdido.

Lo malo es que el "servicio de información" del Almirante funcionaba a las mil maravillas: cuando los medios de comunicación eran rudimentarios, cuando todo resultaba lento, ¿cómo pudo el Almirante saber que, desde Provenza, avanzaban veinte flamantes galeras, cuyos jefes habían jurado a Carlos traer preso a Roger de Lauria, tras vencerle en batalla?

Supo más este marino (que se estrenaba, prácticamente, como Almirante): supo que, con más o menos unidad de operaciones, las galeras provenzales, bogaban rumbo a la isla de Malta (cuyo castillo, no capital, estaba sitiado a la sazón, por una tropa siciliana, enviada allí por la Regente, al mando de Manfredo Lancia), pero que había de tocar, antes, en la pequeña isla de Ustica, a unas 30 millas al norte de Palermo), tras haberse reunido con las naves que, en Nicotea, pudiese añadir el Príncipe de Tarento. En una palabra: Roger de Lauria, con fuerzas muy mermadas, tenía que buscar, fuese como fuese, al enemigo y, si sabía que éste le superaba en barcas, tanto mejor.

Estaba en Messina el Almirante y, tan pronto como supo la noticia, sin ordenar mejor su propia escuadra, que, en esos momentos constaba de veintidós galeras, no precisamente bien armadas, como afirma Desclot (las mejores habíanse trasladado a Cataluña, en pos del Rey), dispuso que una tropa de almogávares, o sea de soldados de tierra, no de mar, se hizo a la vela, sabiendo que el enemigo, tras una finta, había puesto la proa, cerca de la mencionada isla de Ustica, a Túnez, primero, y, en definitiva, a Malta.

Roger de Lauria buscó al adversario: desde Ustica (donde se enteró de la dirección de éste) llegó, ya de noche, a la vista de Malta, en la que había desembarcado fuerzas para apoderarse de la capital, ocupada por los nuestros, y allí esperó.

Sí: esperó, decimos, porque en su primer encuentro como Almirante, tuvo un gesto en el que aparecen, por igual, la altivez, el valor y la dignidad; sencillamente, no quiso atacar a la flota contraria valiéndose de la sorpresa y de la convicción de que las tripulaciones, descuidadas, dormirían. No admitió ventaja alguna. Esperó, repetimos, a la aurora del día 8 de julio de 1283 y sólo entonces, cuando pudieron verle, atacó.

La batalla naval que sobrevino fue una de las más bravas habidas hasta entonces y puede dividirse en dos períodos, durante las seis o siete horas que duró; en el primero, cuando ya la viril entereza del Almirante había apercibido al contrario a la lucha, fue, en cierta manera, equilibrada; trabadas las naves furiosamente, los provenzales hicieron verdadero derroche de venablos, flechas y toda clase de armas arrojadas, hasta que Lauria se dio cuenta de que era llegado el momento de pasar al abordaje, en incontenible ofensiva y a los tremebundos gritos de "¡Aragón, Aragón, a ellos!" Entonces la ballestería catalana, que ya tenía fama de ser la más diestra de aquellos tiempos, causó estragos en el enemigo, mientras los terribles almogávares (para los que la lucha ya se parecía a la que, en tierra, ellos conocían bien) invadieron a las

galeras contrarias. Uno de los jefes de éstas, Bonvin, viendo el mal sesgo que, de pronto, tomaba la batalla, huyó, rumbo a Provenza, con siete naves.

En esos momentos (serían poco más de las once de la mañana) decidió el Almirante que su buque embistiera al del contrario (Corner) y ambos entablaron, a bordo de la galera francesa, una lucha personal, de hombre a hombre, persuadidos, quizá que de su resultado, dependería la suerte total de la batalla. Era la segunda parte de ésta.

El francés, con valor innegable, clavó su azcona en la pierna de Roger de Lauria y había acabado con él, si un soldado catalán no le hubiese arrancado el hacha con que iba a destrozarle, momento que bastó al herido para, con su venablo e ímpetu irresistible, atravesar el pecho de Corner, a pesar de su armadura.

Cayó éste muerto y, al verlo, cundió de pronto el pánico en la maltrecha armada provenzal y cesó la lid, con decisiva victoria catalano-siciliana, que, si bien costó a los vencedores sensibles pérdidas, a los vencidos, además de su jefe (el valiente y jactancioso francés, que había prometido traer, vivo o muerto, a Roger de Lauria, destruida su flota) la muerte de muchedumbre de tripulantes y la captura de la casi totalidad de las naves con unos 800 prisioneros, pues acabamos de ver que el otro jefe francés, Bonvin, había huido, a fuerza de remos, a dar cuenta, en Provenza, del desastre.

Lentamente, llevando a remolque los buques apresados, en cuyos mástiles flotaban los gallardetes aragoneses y, arrastrando sobre las olas las banderas contrarias, el Almirante vencedor (que apenas se cuidó de su herida) llevó su propia flota hasta Siracusa, puerto oriental de Sicilia. Bien pronto cundió por toda la Isla el regocijo ocasionado por la gran victoria.

Y en seguida, como feliz remate de ésta, audaces y provechosas correrías de la armada española-siciliana, a lo largo de las

costas occidentales de Italia, empezando, de norte a sur, por las mismas cercanías de Nápoles.

Hemos adoptado, al relatar esta brillante batalla naval, apartándonos excepcionalmente de nuestro predilecto autor, Zurita, las páginas de Desclot y de Amari, por parecernos más exactas y por menorizadas. Los tres autores y Muntaner coinciden en lo esencial.

Así empezó su carrera el ilustre marino calabrés, de nacimiento, y aragonés, de corazón. Sólo era el preludeo.

¿Qué fue de las naves fugitivas? El mismo Desclot dice que, alejadas ya a cinco millas de distancia, Bouvin arrojó al mar los muertos; concentró a los heridos en cinco de sus siete galeras, mandó hundir las dos restantes, y así llegó a Marsella, donde el llanto fue como el contrapunto del gozo de Sicilia, porque, —añade nuestro cronista— apenas había familias allí que, en la refriega, no hubiesen perdido padres, hijos, hermanos o amigos.

Cabe, también, preguntarse por qué el Príncipe de Salerno no llegó a unir sus noventa galeras, a las veinte que le envió su padre. La respuesta parece ser que, ignorante del fracaso de sus manejos en Sicilia, tras la ejecución de los traidores de Noto, estaba incautamente convencido de que la Isla era ya suya, hasta el punto de haber embarcado, en Brindis, caballos, vituallas e incluso tropa, para la ocupación tranquila del perdido Reino insular. Al conocerse los sucesivos descalabros, se deshizo todo lo ya dispuesto y, tanto el Príncipe, como el Papa, consternados, se dedicaron a buscar ayuda de hombres y dinero, pordioseándolos por diversas Repúblicas italianas, que, conscientes de lo ocurrido, se guardaron muy bien de dar un solo hombre o una sola moneda.

En las mencionadas incursiones llevadas a cabo, a raíz de su victoria, por las naves del Almirante, éste llevó su temeridad, no exenta de explicable arrogancia, hasta casi el mismo puerto de Nápoles, y allí cerca incendió buques en construcción, en los mis-

mos astilleros, tomó por asalto los castillos de Capri y de Ischia, (seguramente como un gesto, sin ulterior ocupación) y, cargado de botín, regresó a Messina, no sólo con sus laureles, sino también, con su herida en la pierna, sangrienta ejecutoria de su bravura en el triunfo.

El resto de ese año, triunfal para Aragón, en el Mediterráneo, y desastroso, allí también, para la causa francesa, transcurrió así: Carlos, su hijo y homónimo y el mismo Papa, bastante escasos los tres, de dinero, iban (según acabamos de decir) de puerta en puerta, mendigando. Italia andaba, también, parca de víveres y, en cambio, Sicilia, bajo el buen gobierno de la Regenta, de sus hijos y de las autoridades indígenas, pudo permitirse el lujo de enviar vituallas a algunos puntos de la península italiana, de donde, bajo cuerda, se la demandaron auxilio.

Paralelamente, las "razzie", a cargo de pelotones de almogávares, en ese mismo territorio, proporcionaban ventajas, prez y presas a Sicilia, y pánico, con creciente deseo de echar a los franceses, en los sufridos vasallos de la dominación angevina, tan malparada desde la inauguración, en la Isla, de la dinastía aragonesa. Si Génova desoyó la petición de ayuda dineraria, sobre Génova cayeron las maldiciones de Martín IV; Francia, que se creía bien acreditada en esta República, nada obtuvo tampoco, no obstante las brillantes ofertas, en prenda de donativos; y cuando los vencidos acudieron a pedir limosna a Venecia, la altiva Reina del Adriático respondió que no era usual allí guerrear contra cristianos y guerra sería prestar veinte galeras a los de Anjou; añadiendo que una antigua ley prohibía, incluso a los ciudadanos venecianos combatir a favor de una nación extranjera sin el permiso del Dux y del Consejo suyo, respuesta que obtuvo, por parte del Papa francés la consabida excomunión, como ofensiva a la Santa Sede, por boca del Cardenal de Porto.

El Pontífice arbitró medios extraordinarios, por medio de medidas puramente canónicas, para proporcionar dinero a su protegido, actividad encomendada a ese Purpurado Gerardo, a quien conocimos en Messina, cuando sus habitantes, en momentos de suma angustia, parlamentaron con él, bien infructuosamente por cierto.

El desdichado Príncipe de Salerno vióse precisado, entonces, a suplicar al Papa el envío de algunas tropas pontificias, las cuales, aunque no eran muchas, y hacían más falta a la causa de la Iglesia, le fueron, parcialmente enviadas a Nápoles. No sólo esto, sino que, según refiere Miguel Amari, se predicó una Cruzada contra Sicilia, paralela a la que, en mayor escala, se iba a llevar nada menos que contra el cristianísimo Reino de Aragón, esa porción española que, desde cinco siglos antes, guerreaba por la Cruz, para vencer en la Península, al lado de Castilla-León a la Media Luna. Esto ocurría en la misma centuria en que otro Papa, había sido el alma de uno de los episodios más brillantes de nuestra propia y multiseccular Cruzada: las Navas de Tolosa. Claro está, si esta batalla, con honores de Cruzada, tuvo lugar en 1.212, siendo Sumo Pontífice el gran Inocencio III, la nueva empresa, en Sicilia y Aragón, bajo la protección del francés Martín IV, se abriría 73 años después. El Papa no olvidaba que, en frase proverbial, Francia era la "hija primogénita de la Iglesia". España... no lo era; simplemente, no lo era.

Sicilia progresaba. Estaban un poco lejos los días de la ominosa dominación angevina, pero no se había apagado en los corazones isleños el odio contra los franceses. Digamos también, porque importa, aunque sea una repetición, que el temperamento siciliano tendía siempre a la volubilidad, lo que bien advirtió D. Pedro III, ya rumbo a España, y lo que tenían muy presente la Regenta, sus ministros (¡incluso Alaimo de Lentini, o, mejor dicho, el pobre marido de Macalda de Staletti?) y, sobre todo, el Almirante, sus ballesteros catalanes y los almogávares que, mano a mano, a su lado, daban en la costa de Italia, constantes pruebas de su arrojo.

No olvidaba, sin embargo, el Rey de Aragón, a Sicilia, a sus leales y, en grado sumo a su esposa, la todavía joven Regenta. Buena prueba de ello lo daban las siguientes demostraciones: envió a la Isla de una formación de galeras catalanas (probablemente, parte de la flota que le había seguido a Aragón), cartas, llenas de cariño, a su esposa, al Infante D. Jaime, a ese mismo Alaimo de Lentini, por quien sentía gran afecto, a su misma desdeñada admiradora, consorte de éste, Macaldá, a Pedro de Queralt, a Juan de Prócida, a otros sicilianos leales a la Casa de Aragón, y a las ciudades de Palermo y Mazzara, aunque no se le ocultaba que esta última, güelfa inequívoca, era un nido de gente sospechosa.

En la carta a Roger de Lauria, el Rey le indicaba su proyecto de crear una poderosa flota catalano-siciliana, para la defensa de ambos Reinos, en su afán, nunca desmentido de hermanarlos, sin menoscabo de las Soberanías independientes, pues no olvidemos nunca que la "empresa de Sicilia", del año 1.282 no era una conquista, sino, por un lado, la liberación de la Isla, del yugo angevino, y, por otro, la restauración allí de los Staufen, en la persona de su esposa y con sucesivas e independientes Casas Reales.

De este modo transcurrió el año comprendido entre la victoria naval española, en Malta, y el mes de junio de 1.284. Por un lado (el franco-pontificio) en fuertes preparativos de sendas Cruzadas contra Sicilia y Aragón, traducidos en alistamiento de un potente ejército internacional, que había de concentrarse en el "midi" francés; en limosneo, más o menos fructífero, de lugar en lugar, con precio de gracias eclesiásticas; acumulación de pertrechos para la invasión; de víveres, en gran cantidad, de armas, aunque como luego hubo de comprobarse, hasta simples palos y guijarros sirvieron para la inminente invasión

Pero sin querer, lector, nos hemos apartado un momento de nuestro programa, centrado en Italia peninsular e insular. Es disculpable esta desviación porque, desde fines de 1.283, hasta casi

iniciar el año siguiente, en los astilleros provenzales se trabajaba infatigablemente para botar al mar la más potente escuadra angevina, que, unida (ahora, sí) con la flamante y, en cierto modo, virgen escuadra napolitana, bien podrían abatir, al fin, a las naves, un tanto gastadas, más ya veteranas de ese intrépido Almirante que acababa de vencer clamorosamente a dos marinos franceses, de los que uno huyó al ver el giro de la lid de Malta, mientras que otro tuvo, por lo menos, el honor de perecer en ella.

Volvemos a decir que el servicio de información de la Regente D.^{na} Constanza y de su Gobierno insular, funcionó otra vez perfectamente: la concatenación de los planes entre Provenza y Nápoles, se conoció en Messina, ciudad donde, por el momento, residía la Regente.

Había, pues, que adoptar contra-medidas, a fin de conjurar el peligro que se corría, pero dejemos para otro capítulo este extremo a que nuestra obra ha llegado, para compendiar los resultados obtenidos en el primer año subsiguiente a la penetración española en Sicilia.

Seremos muy breves: ocupación de la Isla; expulsión de los franceses, no demasiados, que en ella vivían, tras las atrocidades derivadas de las "Vísperas"; establecimiento de una dinastía; organización (por cierto, muy bien hecha) de orden administrativo; levantamiento del asedio de Messina; desastres franceses al otro lado del Estrecho; llegada triunfal de la Regente y de sus tres hijos, en gran multitud, sea dicho de paso; ardua maniobra del vencido Carlos, para hacer salir de Sicilia a su vencedor rival; probables maquinaciones (bien pudiera decirse "seguras maquinaciones") contra la vida de éste, antes, durante, o después del estúpido duelo en el palenque de Burdeos; actitud, gradualmente angevina, del Papa, contra Aragón y su Monarca; estrechamiento de la alianza, con perfiles de amistad, entre el Pontífice, el ex-Rey de Sicilia y el un tanto despistado Monarca francés (que sentía escrúpulos de

conciencia por verse enfrentado con su cuñado D. Pedro de Aragón, con quien un día pactó amistades y no recíprocas agresiones; fulgurante aparición en escena del mejor marino del siglo (y había otros, catalanes, bien notables); desastre naval francés, en Malta; sucesivas, rápidas y victoriosas incursiones, tanto por mar, como por tierra, en la costa italiana del mar Tirreno, en suelo firme, en las provincias italianas de Calabria, (con la pérdida de Reggio, para los franceses), Apulia, Basilicata y puerto de Nápoles; incendio de dos flotas enemigas, en Sicilia, junto a Messina, y en los astilleros napolitanos; asalto y toma de Capri, Ischia, Gozo, Malta e islas de Lipari; considerable botín de guerra, después de esas victorias; sensibles pérdidas de soldados, marineros y buques franceses..., etc. Y en este largo etcétera, caída vertical del prestigio de Carlos de Anjou, el hasta entonces invencible guerrero, hermano de San Luis; y simultánea aparición en aguas del Mediterráneo de unas galeras, casi desconocidas, de un Reino, también casi desconocido, y de un Rey, que, asimismo, casi desconocido en el teatro de la Historia de la Europa cristiana del siglo XIII, iba a ser sobradamente conocido, y con creces, pocos meses más adelante.

Podríamos alargar la precedente lista, porque el Pontificado, que en los albores de ese siglo, así como en los anteriores, mereció el respeto y el amor de una Europa que vivía en esa Edad llamada "de la Fe", empezó a agrietarse y a perder prestigio, mezclándose con poderes y asuntos terrenales, y, merced a un Papa muy francés, empezó, también, a perder una luz que no sabemos hasta qué punto le había sido propia, ya que este Pontífice, como algunos otros, antes y después de él, diríase que, con buena fe, sin duda, pero un tanto ofuscado, habían olvidado unas palabras divinas, pronunciadas ante cierta autoridad romana, trece siglos antes, al contestar a una pregunta formulada por el Procurador imperial en Judea:

"Regnum meum non est de hoc mundo".

II

Sicilia, sus mares circundantes, Italia y hasta la costa oriental de la africana Túnez, iban a ser ancho palenque (no el ridículo de Burdeos, ideado por una mente calenturienta, en noche de insomnio) sobre el cual se decidirían la suerte o la desgracia de la Isla, el definitivo rumbo, feliz o fatal, de los Anjou franceses, el auge o el fracaso de un Monarca y un Reino. Sin mencionar más a la Santa Sede (de la que el autor de este libro vuelve a decir que es antantísimo y apasionadísimo hijo, como el máximo honor que puede ostentar) digamos, en fin, que un giro, de ángulo mayor, o menor, se declinaba en la marcha de la Historia.

Y, con esto, antes de abandonar Italia e incluso a costa de adelantar hechos cuyo escenario es España, relatemos las nuevas proezas llevadas a cabo por Roger de Lauria, sus marinos, tanto catalanes, como sicilianos y su almogávares, todos ellos bajo la sabia, suave y amable dirección de la Regente, D.^a Constanza de Aragón Staufen.

Quizá, al presentar las sucesivas páginas, pueda creer el lector que, en vez de Historia, cierta e inequívoca, se halla ante un relato épico, con acusados toques de leyenda: tan brillantes, múltiples y audaces, fueron, en efecto, las sucesivas victorias de los marinos y guerreros catalanes y sicilianos.

Se ha dicho antes que la Regente, sus consejeros y el Almirante tenían valiosos informes procedentes del campo enemigo,

razón por la cual hubo un día, en mayo de 1.284, en el que D.^o Constanza, al tanto de los preparativos navales angevinos, de la salida de la nueva escuadra de Carlos, desde Marsella a Italia, y de los proyectos del ex-Rey de Sicilia, tan naturales, cuanto ambiciosos, decidió, a su vez, las adecuadas medidas de defensa y llamó a su palacio de Messina (a la que nos atrevemos a titular la "capital de guerra" de la Isla, como "capital de paz" era Palermo) al Almirante.

Compareció éste y, estando presentes los Infantes y autoridades máximas, le dio instrucciones concretas, que implicaban todo un plan de campaña. Como en el año anterior, con ocasión de Malta, había necesidad perentoria, entonces, de adelantarse a la acción enemiga, tendente a reagrupar todas las naves francesas, en aguas de Nápoles, y, contando el tiempo de la navegación, entre Provenza e Italia, de la nueva escuadra construida por orden de Carlos, hacer rumbo propio y a toda velocidad, a la misma capital del fraccionado reino angevino, para batir, antes de la conjunción de flotas, a la que, en la bahía de Nápoles, aguardaba, a las órdenes del Príncipe de Salerno, la llegada de la de su padre.

Éste, agotados todos los medios posibles, había conseguido dinero en Francia, en Italia y en las mismas arcas pontificias, valiéndose de la venta, empeño o prenda de sus mismas riquezas, anunciando devolución de cuanto se le prestaba, poniendo en la balanza de su crédito el poder de la Casa de Anjou, comprando perdones, inventando, en fin, todo procedimiento para financiar una potente y decisiva expedición a Sicilia, para reconquistarla y, con ella, todas las perdidas posiciones angevinas en Italia y, sobre todo, el maltrecho prestigio de su Corona.

De esta manera, su flota, se componía de treinta galeras de Nápoles, cuarenta, de Brindis, en el Adriático, treinta, de Provenza y otras unidades menores, tan pronto como, en la Isla de Ustica, se reunieron todas.

Se ve, así, que Sicilia corría bastante peligro: era, quizá, el mayor esfuerzo realizado hasta entonces por Carlos; pero esto no se le escapó al gobierno siciliano y, consciente del riesgo, Roger de Lauria se dispuso a la lid.

Desclot, Muñtaner, Zurita y Amari coinciden en casi todo lo que vamos a referir: algunos pormenores son exclusivos de uno u otro de los cuatro autores, pero sabemos que, en la preparación, en las operaciones y en sus consecuencias, nos apoyamos en las mejores fuentes de información, como han hecho, después, los historiadores, casi sin excepción.

Hubo, pues, una emotiva despedida, en Messina: Constanza (por cierto hermana de leche del Almirante, pues D.^a Bella, madre o nodriza de la hija de Manfredo, amamantó a la niña y al futuro Almirante) hizo venir a éste, como hemos dicho, a su presencia, y le recordó cuántos favores debía a la Casa de Aragón, donde se había formado en la misma Corte; cuánto esperaba de él y de sus hombres; le hizo ver que, en la inminente lucha, se jugaba la suerte de Sicilia, el honor del Rey, su esposo, y la misma libertad, incluso la vida, de D.^a Constanza y de sus tres hijos, los Infantes allí presentes; le encomendó a Dios: sólo en Él y en el Almirante confiaba.

Este, arrodillado a sus pies, "con rito de homenaje feudal", como escribe Amari, puso entre las suyas las manos de la Reina y dijo:

"Nunca se ha visto vencido el estandarte real de Aragón; ni ahora lo será. Fiemos, ¡oh Reina! en Dios omnipotente". Y, en sucesivas reverencias, los principales marinos a sus órdenes juraron otro tanto, no sin lágrimas de todos aquéllos que, con entusiasmo iban a la lucha.

A continuación, los despidió Constanza, los saludó el pueblo messinés y todos los guerreros subieron a bordo, entre vítores de la multitud e invocaciones a Dios y a la Virgen-Madre, augurando

la victoria, pero no sin que el Almirante arengase a las tripulaciones, ponderando la fuerza de los contrarios y el encuentro que, pocos días después, tendría lugar entre las dos escuadras.

Habían pedido socorro a Messina varias ciudades de Calabria, afectos a la Casa de Aragón, en demanda de víveres, pues reinaba gran carestía en esas comarcas; también suplicaban el envío de alguna fuerza militar. Aunque la flota no dejaba de ser inferior con mucho a la enemiga, la Regente despachó ocho galeras, con alimentos y con almogávares, lo que arregló, por el momento, el duro trance calabrés. Hubo, en seguida, un combate local, en tierra firme, sabedor el de Salerno de la llegada de ese doble auxilio y, como de costumbre, en la refriega, los almogávares derrotaron a los mil quinientos soldados angevinos, causándoles muchos muertos y prisioneros.

Este feliz episodio fue el prólogo: sólo contaba entonces la flota de Roger de Lauria de unas treinta y cuatro galeras y algunas unidades menores; la desproporción de fuerzas resultaba harto notoria, pero no importaba esto al Almirante: su arenga, tan breve como penetrante, diríase que aumentó el valor de nuestros marinos: "si el enemigo se presentaba con setenta galeras, o sea con el doble de las propias, pocas serán, —dijo—, para el valor de los sicilianos y aragoneses; y aunque fuesen ciento, a ellas irían a buscarlas".

Y, en seguida ¡a remo y a vela! Proa, a la bahía de Nápoles, es decir: a la boca del lobo, pues en esas aguas había decidido Roger de Lauria librar batalla... y cuanto antes, porque no tardarían en llegar las otras naves provenzales, que, sumadas a las napolitanas, serían dos veces más numerosas. Urgía impedir la reunión, aún a costa de librarse dos batallas sucesivas. Quizá bastase con vencer a la más potente, o sea a la del Príncipe, mandada por el vicealmirante Jacobo de Brusson.

Llegó pues, nuestra armada (eran los primeros días de junio de 1284) a aguas de la gran bahía: nada, por lo pronto, pudo verse, de la flota del Príncipe de Salerno y, así, Lauria, recorriendo los contornos practicó desembarcos, quemó campos, dañó lugares, apresó dos galeras enemigas que incautamente bogaban por allí y, sabiendo, por fin, que el enemigo permanecía, con todas sus unidades, inmóvil delante del puerto, trazó su plan; se acercó, con sus 36 galeras hasta la distancia de dos tiros de ballesta, hostigó, con burlas y gritos al Príncipe y a su gente y esperó.

Carlos el "Cojo" había recibido órdenes parentorias de su padre, prohibiéndole entablar combate hasta la fusión de ambas escuadras a su mando, que era precisamente lo que no quería Roger de Lauria: urgía la contienda y, por eso, contando con el factor psicológico, citóle, con risas, jácaras y burlas a salir del puerto y situarse en alta mar, táctica no vieja en todas las guerras, que nos parece que tiene parecido a la que hacen nuestros toreros cuando la fiera no se arranca.

Se arrancó: era joven el primogénito de Carlos de Anjou y, en el fondo, admiró siempre la indomable audacia de éste. Él, ciertamente, no la tenía en tan algo grado, pero sí pundonor. No acudir a la cita, con sus 70 galeras, de los mares Tirreno y Adriático, contra un enemigo que, inferior a él, se burlaba a poca distancia, estaba por encima de su valor, casi virginal, y, desde luego, muy por encima de la obediencia a su padre... No: era mucho pedir y, como le rodeaba un lucidísimo Estado mayor (así lo llamaríamos hoy), compuesto por la flor y nata de la Corte angevino-napolitana, y le acuriaban para recoger el guante (al contrario de lo que le aconsejaba el Cardenal Gerardo, que tenía muy presente el desastre de Malta y no olvidaba las órdenes expresas del Rey Carlos); como el mismo Príncipe se preocupó de su reputación, acudió al reto.

Lo malo era que su lucido séquito, sus numerosas tripulaciones y su superioridad numérica no compensaban la veteranía

de nuestros marinos, su espíritu combativo y, más aún, la maestría del Almirante. Ante tales factores, el de Salerno iba a su perdición cierta.

Veamos. Roger de Lauria, observando la salida, por fin, del enemigo, simuló una huida, que era tanto como elegir el mejor sitio para la maniobra de sus naves. Con velocidad calculada, empezó a adentrarse en alta mar y, por lo pronto, consiguió algo muy buscado por él: los tripulantes de las naves enemigas creyeron que, en efecto, los nuestros, asustados, se les escapaban; tocóles el turno de devolverles sus burlas, acompañadas por el jactancioso gesto de enseñarles cadenas, cuerdas y grillos, como dándoles a entender que pronto, presos, caerían en sus manos; y, así, ambas escuadras, una huyendo y otra persiguiendo, se alejaron un tanto de la capital, rumbo a Castellamare, o sea a unas quince millas al sureste, siempre a lo largo de la costa. Buscaba Roger de Lauria tener el sol a sus espaldas en el momento preciso.

Otra ventaja: en la simulada huida, consiguió hábilmente que la escuadra enemiga se desorganizase y, sin perder la calma ante la gritería de los perseguidores, advirtiendo que, en la burla, se distinguían dos galeras, mandadas por otros tantos traidores sicilianos, Ricardo Riso y Enrique Nizza, fijó el punto preciso, matemático, en el que, a una señal suya, las galeras aragonesas habían de virar de bordo a un tiempo, al grito de "¡Aragón! ¡Sicilia!". El Almirante, entonces, distanciada todavía la escuadra enemiga, tuvo tiempo para recorrer en una embarcación rápida, su propia flota y exhortar a las tripulaciones, diciéndoles que tenían que habérselas con la flor de los caballeros franceses y de la nobleza napolitana afecta a la causa angevina. Había que triunfar y, así, el botín y la presa serían riquísimos.

(Este gesto del Almirante nos trae a la memoria, por su semejanza, a los momentos precedentes a la batalla naval de Lepanto, casi tres siglos más tarde. D. Juan de Austria, ya a la vista la

importante escuadra turca de Alí Pachá, también recorrió en una ligera embarcación, sus tres agrupaciones de galeras, para arengar a los tripulantes).

Todo se hizo así: las proas se volvieron de pronto y arremetieron, bien ordenadas, con tal velocidad y tan magistral movimiento que, estupefacto el enemigo, se vio de pronto semi-envuelto, pues el Almirante había dispuesto las cosas de una manera que, en puntos dados, eran las naves mayores en número, más diestras, mucho mejor dirigidas, y, desde luego, más impetuosas; las proas catalano-sicilianas se introdujeron, culebreando, entre los desordenados barcos napolitanos que, atemorizados, se veían atacados por todas partes, no obstante lo cual se defendían valerosamente. Lo malo era su inexperiencia que poco podía hacer frente a la acometida de quienes eran consumados marinos, mandadas por hombres duchos en tales lides.

Bordo contra bordo, ahora, los hábiles marinos de Lauria, que, de pronto, eran ya superiores a las naves contrarias, pasaron a una furiosa ofensiva, en la que la escasez de práctica franco-napolitana, como es natural, llevó la peor parte, pues la ballestería catalana entró en acción con su proverbial y mortífero efecto y muy pronto, juntas las naves de una y otra parte, la tropa española se lanzó sobre la enemiga y, pese al valor de los franceses, éstos fueron arrollados. Varias naves enemigas empezaron a huir, maltrechos. Pero interesaba al Almirante abreviar, con un golpe decisivo, el curso de la lucha: como en Malta, buscó la nave capitana de Nápoles, o sea la del príncipe, que, por su parte, tenía igual propósito: sino que ocho galeras enemigas, a modo de escudo protector, cubrieron a la de su jefe, haciéndose así, más dura la refriega. Diestros y rápidos en los movimientos, los nuestros giraban bravamente, y acosaban para romper el cerco en torno a la galera, que se defendía desesperadamente y cuya presa consideraba Lauria que decidiría la lid. Duraba ésta y llegó un momento, al fin, en el que, cerca ya una y otra nave mandó el Almirante barrenar la capi-

tana angevina, que, en efecto, empezó a hundirse. La embistió por la proa de la nave almirante nuestra, y entonces se acabó el denodado valor del príncipe y de los suyos, que, impotentes, veían a sus galeras caer en poder de las catalanas, con el Príncipe, el vicealmirante Brussion y todos sus valientes a la cabeza.

Como un solo hombre, los vencidos, al sentir el hundimiento de la nave, buscaron la salvación pasando a la del vencedor, momento en el cual el mismo infortunado Carlos, tras preguntar quién era, entre los guerreros, el Almirante, de la mano de éste, alargada a la suya caballerescamente, le entregó la espada, que Lauria le devolvió.

La batalla del golfo de Nápoles había terminado. Cayeron en poder de los nuestros diez galeras y numerosos prisioneros, pero conviene añadir ciertos pormenores de gran interés.

Casi al fin de la lucha, una de las naves capturadas logró, como, antes otras, darse a la fuga y, al verlo, el Almirante ordenó a la galera siciliana de Natale Pancia que saliese en su persecución; así se empezó a hacer, pero, sin aliento, casi, los remeros, por la durísima jornada, advirtiéndolo Lauria, asperamente, mostrando el lado duro de su carácter, dijo que si no se le traía la nave fugitiva, mandaría descabezar a esos desgraciados. No dicen las Crónicas cuál fuera el desenlace de este episodio.

Otros más hubo: la brillante armadura del príncipe de Salerno atrajo las miradas de unos napolitanos, llegados poco después de su rendición y creyendo que era el Almirante vencedor, le dijeron que ojalá, como el hijo, hubiera apresado al padre, lo que arancó una triste sonrisa al pobre cautivo y un comentario oportuno a Roger de Lauria.

¡Por Dios, qué fieles son éstos a su Rey! —dijo.

Pagaba de esta manera el joven las culpas del Monarca angevino y, pálido y desconcertado, temió por su vida, que, al menos por entonces, como las de sus ostentosos cortesanos, también prisioneros, no corría peligro; pero era llegado el momento, antes de alejarse del teatro de su gran triunfo, de llevar a cabo una acción, probablemente ya preconcebida por el Almirante. Habló brevemente con su real prisionero y le exigió, so pena de vida, que inmediatamente despachase una orden a Nápoles por virtud de la cual el castellano del Castel dell'Oro pusiese en libertad a D.^a Beatriz de Suabia, hermana de la reina de Aragón, y a sus damas, que presas por Carlos de Anjou, llevaban allí encerradas dieciocho meses, orden que, naturalmente, se cumplió en seguida. Y así, con este presente, unido a su victoria, a sus prisioneros y a las naves capturadas, Roger de Lauria y su flota empavesada, llevando a remolque las galeras contrarias, cuyas banderas (como tras la victoria de Malta) caídas sobre el mar, emprendió el invicto marino su vuelta a Messina, mientras desde Nápoles, donde la población había visto, a distancia, la gran batalla, daba encontrada muestras de sus sentimientos: la inmensa mayoría, ya que no por afición al vencedor, sino por odio al vencido, empezó a vitorear a los aragoneses y a dar mueras a Carlos de Anjou, su Rey; una minoría compuesta por la aristocracia y encabezada por el Cardenal-Legado Gerardo, consternada por el descalabro, temió ser víctima de sus contrarios. Los gritos de ¡Aragón! ¡Sicilia! predominaban y todo había acabado para el nuevamente vencido Monarca angevino, si no hubiera llegado, dos días más tarde, con sus treinta galeras provenzales.

Supo el desastre de los suyos, la prisión de su hijo (que sólo le produjo frases despectivas y el comentario de que no le faltarían descendientes directos, cuando él muriese); la pérdida de la nobleza angevino-napolitana, y, en fin, supo que su capital habíase mostrado contenta con la victoria del enemigo, de manera clamorosa. Ya sabemos cuáles solían ser las reacciones de este hombre iracundo y no puede extrañar que diera una orden muy parecida a la

que, en el siglo I de nuestra era, dio Nerón, con relación a Roma: incendiar la ciudad de Nápoles.

Las súplicas de sus cortesanos y, más, las del Cardenal, siempre buen amigo suyo, lograron desviarle de su crimen, pero como era imposible para un alma tan negra como la suya, no dejar un escarmiento allí donde podía, enterado del motín popular, "adornó" a Nápoles con unas ciento cincuenta horcas de las que pendían otros tantos desgraciados.

Esto era una manera, muy suya, de reaccionar ante la desgracia, pero que no conducía a nada práctico para su causa, porque ¿qué quedaba de su orgullosa flota, de esa flota con la que se prometía recobrar todos los territorios perdidos? ¿Qué podía hacer, al frente de poco más de sus treinta galeras provenzales y de las pocas escapadas del desastre? ¿Dónde quedaba su perdido prestigio, que un día, algo lejano ya, le hizo soñar con ser el primer Monarca de la Cristiandad? Y todo ello, ¿por obra de quién, teniendo, como tenía, a su favor al Papa, al Rey de Francia y al un poco timorato partido güelfo en esa Italia, que tan poco afecta se le mostraba? Pues por obra de un Rey del que, hasta dos años antes, tenía pocas noticias y de un Reino, en la Península Ibérica, poco conocido, con historia, a sus ojos, insignificante; un Aragón que, de repente, le había infligido, sucesivas y tremendas derrotas; que le había arrebatado la porción insular de su propio Reino y que muy bien podría arrebatarse ahora la parte central y meridional (ésta ya semi-perdida) de lo que le quedaba en la península apenina.

Hizo recuento de sus naves, que le consoló un poco; tenía, o en seguida tendrían, procedentes de los puertos del Adriático, y de las fugitivas de la perdida batalla, sesenta galeras, sin contar otras embarcaciones menores; tenía, a bordo, un no despreciable ejército y tenía la rabia acumulada de continuas derrotas. ¿Por qué, pues, no bajar hacia el sur, hacia Calabria, que, en varios puntos, era dominio de Aragón-Sicilia?

Así inició su proyecto: por mar y tierra, propúsose, ante todo, sitiar y tomar la importante ciudad de Reggio, teatro de anteriores fortunas y reveses.

Mandaba un ejército que, según autores de aquella, constaba de diez mil caballos, italianos y franceses, y cuarenta mil hombres de infantería. Sí: respetables cifras, pero la antigua minuciosidad del real guerrero diríase que sufría, por esos días, una crisis no organizó como era debido, el importantísimo servicio de avituallamiento y, por lo visto, ignoraba que en la región que se proponía recobrar escaseaba el trigo (recordemos el generoso envío de víveres y hombres, recientemente ordenado por D.^o Constanza) y, así, dando claras muestras de incomprensible descuido, barcos y hombres marcharon hacia el sur de Italia, cuando el calor (eran ya los últimos días de junio de 1284) se dejaba sentir en esas latitudes.

Malo debía ser el estado moral del ejército y de las tripulaciones: los varios castillos calabreses guarnecidos por escasas tropas sicilianas y aragonesas, la misma ciudad codiciada de Reggio, donde, al mando de un bravo catalán, Guillén de Pons, estaba defendida por trescientos soldados, ofrecieron tal resistencia, que solamente puede comprenderse el fracaso de la expedición por la baja moral de los sitiadores, por la falta de víveres en sus campamentos y por la circunstancia (es Zurita quien lo dice) de que "faltase puerto para tan grande armada y estuviese en peligro, y algunas galeras y sactias hubiesen dado al través en la playa de Fijoles (Reggio), salieron del Faro las galeras del Rey Carlos y hicieron vela la vía de Pulla. Y el real se levantó y se puso sobre La Catona a 14 de agosto de este año".

Aunque nos parece que esta fecha no es exacta, poco importa para el resultado final de esta expedición, pormenorizada por el historiador Miguel Amari. Compendiando en interesante relato, baste a nuestro propósito decir que, después de ensayar una labor

de intriga con los escasos angevinos que aún permanecían en Sicilia; de nombrar representante suyo en la Isla (cuando ésta volviese a su poder, naturalmente) al Conde Artois, con plenos poderes; de amenazar ferozmente a los desertores de su propio ejército (cada día más numerosos) con cortar el pie a cada soldado fugitivo; de darse cabal cuenta de que este ejército carecía de disciplina y de moral, convirtiéndose en una masa inoperante y murmuradora, que pudiera cualquier día pasarse a los siciliano catalanes; de bordear la isla con sus numerosas galeras, pero sin osar desembarco alguno, y siendo objeto de chanzas cuando eran vistas; de recibir, en fin, continuos hostigamientos por parte de veloces embarcaciones de Roger de Lauria; con esos factores, la creciente escasez de víveres y su clara visión militar, que todavía conservaba, el ex-Rey de Sicilia perdió, una vez más la partida. Decididamente, en el ocaso de su vida, Carlos de Anjou era, como antes dijimos un águila, sí, pero sin alas, y, por añadidura, viendo desde lejos esa isla, antaño suya, en la que estaba preso su hijo, el desgraciado Carlos el Cojo, punto éste, del que en seguida pasaremos a hablar.

Cuando el Castellano del Castel dell'Oro recibió la orden de poner inmediatamente en libertad a D.^a Beatriz de Suabia y a su exiguo número de damas, que, por bien tratadas que hubieran estado, no dejaron de tener, durante 18 años, la triste condición de cautivas, estaba ya enterada la esposa del Príncipe de Salerno no sólo del desastre naval, sino también de que a su marido le tocaba ahora esa misma condición. Cuenta Desclot que, al saberlo, sufrió tan fuerte emoción, que cayó en tierra, sin conocimiento. Los cuidados que, inmediatamente, se le prodigaron la hicieron volver en sí y, llorando, quiso hablar unos momentos con D.^a Beatriz ¡Curiosa estampa de la Historia, aunque no nueva! Ayer, triunfante María de Hungría (que tal era el nombre de la Princesa de Salerno) y desdichada D.^a Beatriz de Suavia. Hoy, invertidos los papeles, ésta llena de alegría, vio como la otra, con la angustia pintada en

el rostro, se ponía de rodillas ante ella y oyó una súplica, que el mismo Desclot nos la describe así:

¡Bella y dulce amiga mía: ya ves mi desventura. La suerte va y viene. Yo te he querido bien y, cuando he podido, te he hecho merced, sin enojarte nunca... Ahora te pido, por amor de Dios, que te acuerdes del Príncipe, mi señor, y que supliques a mi señora la Reina que no le tenga en estrecha prisión y que no le sobrevenga mal alguno”.

Sí, señora —respondió D.^a Beatriz—, haré todo cuanto pueda para honrarle de la mejor manera y que su persona no corra ningún peligro.

Concluida esta conversación y tras las despedidas de todos, D.^a Beatriz y sus damas fueron a bordo de la embarcación, con el caballero que, por orden de Roger de Lauria, había ido a recogerlas y, después, todos subieron a la galera del Almirante, que, con grandes demostraciones de honor, respeto y gozo, las acogió.

Allí iban, pues, el Príncipe cautivo, los Nobles más conspicuos de su séquito; la ex-prisionera D.^a Beatriz de Suabia y sus damas. Dolor y alegría, triunfo y desastre, en tanto, que terminado el cometido de tan brillante modo, Roger de Lauria, al frente de su armada victoriosa y arrastrando las 13 naves apresadas, dio orden de bogar hacia Sicilia, nuevamente empavesadas sus galeras, logrando anclar en Messina muy pocas horas después del triunfo; velas y remos condujeron este retorno y en la ciudad hallaron un recibimiento henchido de entusiasmo.

¡Emotivas y sucesivas estampas, que parecen góticas viñetas arrancadas de venerables “infolios” medioevales! Dos hermanas que no se veían desde casi veinte años atrás, dolores ya cicatrizados en el apretado abrazo fraternal; recuerdos de aquellos tiempos en que, personificadas en la gentil postura de su infortunado padre, el Rey Manfredo, y de su primo, el asesinado y bello

Conradino, se había eclipsado la dinastía de los Staufen, tan entremezclada de luces y tinieblas, que, aún hoy, su paso por la Historia es objeto de encontrados juicios; la casi borrosa imagen del más controvertido de los Emperadores, ese Federico II, muerto treinta y cuatro años antes, cuando ambas hermanas eran muy niñas...; y, en ese instante feliz, una, era Reina de Aragón-Sicilia, y otra, respirando el aire de la libertad, volvía a su rango de princesa de su estirpe ilustre.

El egregio prisionero, presentado a D.^a Constanza y a D. Jaime, su hijo, fue conducido al fuerte castillo de Matagrifón, no como un vulgar preso, sino poco menos que como un huésped distinguido, que, allí, bajo discreta y severa vigilancia, a cargo de buenos caballeros designados por la Regente, gozaba de una relativa holgura de movimiento, siempre honrado por sus custodios (que no carceleros) podía pasear y, así, comparar probablemente, las conductas que, semejantes, habían observado y ahora observaba su padre, toda dureza y crueldad, y la Reina de Aragón y sus cortesanos, toda amabilidad, comprensión y... olvido.

Roger de Lauria sabía en todo momento los manejos bélicos de Carlos de Anjou, conocía sus fuerzas, navales y militares, el estado de ellas, en cuanto a moral y disciplina (por lo demás, inocua) alrededor de la Isla; ahora le tocaba esperar, pero sus marinos, como antes se indicó, "mordisqueaban" cuanto podían a las naves y los sicilianos, desde la costa, al verlas desfilas, se mofaban de las tripulaciones. Era una estrategia muy bien pensada, prólogo de inminentes actividades.

Mientras tanto, habíase enviado, desde el golfo de Nápoles y desde Sicilia, sendas embarcaciones catalanas, a Barcelona, a fin de comunicar al Rey D. Pedro la victoria obtenida y el apresamiento del Príncipe y de sus cortesanos. Días después, con instrucciones reales, D. Jaime de Sicilia convocó a los principales personajes de la Isla, para exponerles que procedía adoptar una reso-

lución sobre el cautivo angevino. Explicó los antecedentes de la Casa de Anjou, con relación a aragoneses y sicilianos, haciendo mención de Benevento y Tagliocozzo, de la bárbara ejecución de Conradino, de la invasión francesa y de la ocupación de Italia, en la Península y en la Isla. Había, pues, de decidirse, oídos todos los presentes, la pena que debiera imponerse al de Salerno y demás prisioneros de guerra: y a tal fin, el Infante D. Jaime invitó a reflexionar bien, antes de dictar sentencia.

Fue, según refiere Muntaner, portavoz de ese consejo de guerra, Alaimo de Lentini quien tomó la palabra, para decir que Carlos de Salerno había de sufrir idéntico castigo al de Conradino, es decir, la pena de muerte.

D. Jaime, levantada acta de la sesión, despidió a la asamblea. No había habido discrepancias; la sentencia era unánime pronunciada; pero ocurría que ni D. Pedro de Aragón, ni su hijo, ni menos aún, su esposa D.^a Constanza se parecían a ese desventurado y cruel hijo de Luis VIII, hermano de San Luis IX y tío de Felipe III; estos Capetos aventajaban, con mucho, en prendas morales, en bondad de corazón y, sobre todo, en hidalguía, a Carlos de Anjou, que tan a sangre fría, mandó decapitar a un muchacho de 15 ó 16 años, tras un simulacro de juicio, en la plaza del Mercado, de Nápoles, hacía dieciséis años; y la Casa de Aragón era, todavía, más noble que esa dinastía francesa, con la sola excepción de San Luis. Por todo ello, usando de su propia autoridad (y de acuerdo con su madre, aunque de esto no nos diga nada la Historia) D. Jaime ejerció el derecho de gracia: su prisionero no sufriría la pena capital y aunque, al saber este rasgo de piedad, el pueblo siciliano pedía a gritos la cabeza del desgraciado Príncipe, la misma Regente dio las oportunas órdenes para que, a salvo de esa chusma (ni mejor, ni peor que las chusmas de todo el mundo) y, a bordo de la mejor nave catalana, bien escoltada por otras dos menores, fuera llevado Carlos de Salerno a Barcelona, donde en un Castillo, el Rey de Aragón le mantuvo prisionero, sí, pero con vida. Sabía que el infortu-

nado cautivo era padre de numerosa prole; quizá supiera que su esposa, D.^a Constanza, y su cuñada D.^a Beatriz, habían intercedido a su favor, no podía, ni mucho menos, adivinar que, andando el tiempo, habría matrimonios entre ambas dinastías; y ni remotamente, podía suponer, en 1.284, que uno de los hijos del Príncipe cautivo sería venerado (como lo sería su propia hija D.^a Isabel de Aragón, esposa de D. Dionés de Portugal) en los Altares, con el nombre de San Luis, Obispo de Toulouse, a quien el mismo Rey pronto conocería, en calidad de rehén, para la libertad de su padre. Así, pues, las lágrimas y las súplicas de la esposa del vencido, ante D.^a Beatriz de Suabia, habían de lograr sus más caros deseos, que no en vano la desdichada era pariente próxima de otra gran Santa, llamada Isabel de Hungría, fallecida no muchos años antes, en 1.231, a los 24 de su edad.

Digamos, porque es oportuno intercalarlo en este lugar, que el siglo XIII fue pródigo en Santos, pues, junto a los que cifieron sus cabezas con coronas terrenales, como San Luis de Francia, San Fernando de España, Santa Isabel de Aragón-Portugal y Santa Isabel de Hungría, brillan las místicas heces de San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán, San Buenaventura y San Alberto Magno, entre otros muchos.

¿Qué quedaba de los últimos planes bélicos de Carlos de Anjou? Pues quedaba una flota numerosa, pero mansa, tan mansa, que hostigada frecuentemente por rápidas embarcaciones de Sicilia, nada oponía a sus agresiones; quedaba un ejército, sin ganas ninguna de combatir, escaso de víveres y deseoso de desertar en masa; quedaba un Reino arruinado, lleno de deudas, contrario, más o menos abiertamente, a Carlos; quedaba una apretada serie de descabros de este Monarca; y quedaba, en fin, el mismo Carlos en situación político-militar inimaginable pocos años antes, ahora, vencido, hostigado, buscando la ayuda papal y la del Rey de Francia, pero tan maltrecho de espíritu y de cuerpo, que, a partir de septiembre de 1.284, su nombre apenas vuelve a aparecer en

la Historia; no podía suponer que le restaban poco más de cuatro meses de vida y todavía no había cumplido los 59 años de edad.

Dejémosle, por el momento, antes de despedirnos de su biografía y volvamos la vista a las galeras de Roger de Lauria.

El nombre del Almirante no puede eclipsar, sin vulnerar la justicia, el de sus inmediatos subordinados, que en la gran batalla y después dieron acabada prueba de su destreza, como marinos, y de su valor, como guerreros; Berenguer de Vilaragut, Berenguer de Entenza, Bernardo de Sarriá, el célebre Marquet, Mallol, Pedro de Queralt, son honra y prez en la historia de nuestra Marina y bien merecían, —pensamos nosotros— que sus nombres preclaros brillasen con letras de oro en los costados de la Armada española de todos los tiempos.

Desde la Península, el Rey D. Pedro de Aragón, a pesar de múltiples amenazas y de infinidad de quehaceres, como Monarca, no perdía de vista a su Isla de Sicilia, ni a sus hombres, ni, menos todavía, a su esposa, porque sus pasadas liviandades como marido eran obstáculo para olvidarla, siendo buena prueba de esto unos versos que, entonces o pocos meses después, escribió, con ocasión de las excomuniones papales y de la inminente invasión francesa, capitaneada por su ex-cuñado Felipe III, una bella réplica a los peligros que se cernían sobre sí: "Las flores de lis le acosaban, ciertamente, mas ya se vería quién le arrancaría el bastón de colores rojo y amarillo (eran los colores de Aragón) y aquellos que vinieran a buscar la humillación de España, hallarían allí su propia perdición. Él, más que Rey, era Caballero, padre de Reyes y señor del mar. Bastábale, —añadía—, llamarse Pedro de Aragón y solo aspiraba a una sonrisa de su dama", es decir: de su esposa.

Nunca volvería a verla, pero en tanto que él hacía frente al nublado procedente del otro lado de los Pirineos, sus gloriosos marinos y sus incomparables almogávares, tras la retirada, Italia

arriba, del vencido Carlos y de sus pusilánimes huestes, iban festejando, valga la palabra, la presencia española no ya en Sicilia, sino en Calabria, Apulia y Basilicata: se ocupaban, con escasa resistencia, numerosos lugares de las costas occidentales y orientales de esas regiones italianas y, reforzada su propia Armada por catorce galeras catalanas que, al mando de Ramón Marquet, acababa de enviarle el Rey, desde Barcelona, cuantas empresas se proponía Lauria, siempre sometido a la alta autoridad de la Regente y de D. Jaime, las iba llevando a cabo con éxito. El otoño y los comienzos del invierno de aquel año triunfal, 1.284, redondeaban la prepotencia española y eran brillante colofón a la empresa de Sicilia, comenzada dos años y medio antes y diríase que, a medida que las proas de nuestras galeras, catalanas y sicilianas, iban costeando, victoriosamente las aguas del Mar Mediterráneo, dejando por las popas las del Tirreno y el Adriático, buscaban y obtenían nuevas presas incluso en las del Jónico. Corfú fue también asaltada y tomada y, codiciosos los marinos de nuevos laureles, buscaron, en la costa oriental de Túnez, no lejos de la misma Tripolitania, un punto, o más bien, un reducto sarraceno que despertó el ardor de los bravos navegantes: era la isla de Gelves, hacia la cual volvieron desde el mar Jónico. Fue Ramón Marquet, vice-almirante, quien llevó a cabo la expedición, sin grandes dificultades, y el día 12 de septiembre fue ocupada esta nueva posición, casi tangente a la mencionada costa tunecina, cogiendo gran botín las tripulaciones y varios miles de prisioneros musulmanes. Un episodio de esta conquista conviene ser conocido. Lo describe Zurita así: "Acaeció en esta misma sazón que Margano, rey de los moros de las montañas vecinas a Trípoli, que se llamaba Rey de Túnez, bajando a la costa con poca gente, con propósito de pasar a Túnez, ciertos catalanes que iban en una galera de armada, teniendo puesta gente en tierra escondidamente, dieron en los moros y le prendieron y fue llevado a Sicilia. Y el Infante le mandó poner en un Castillo de Matagrifón".

Más adelante veremos por qué hemos considerado interesante consignar este episodio.

Así, pues, en otoño de 1284 bien puede decirse que, bajo el reinado de D. Pedro III, quedaba terminada la guerra de Italia y, en Sicilia, implantada la nueva dinastía.

Daríamos, pues, por terminada esta parte del reinado del Monarca aragonés, si no fuese porque la mutación operada en la Isla había producido algunos, muy pocos, gérmenes de añoranza angevina, paralela a aversión a Aragón.

Ya hablamos antes de lo ocurrido en el foco de Noto, que costó la vida a Gualterio de Caltagirone, su más destacado cabecilla, y a varios del elemento anti-aragonés. Pues bien: otro conspicuo siciliano, llamado Simón de Calatafunia, procediendo, al principio, con noble franqueza, pidió licencia a D. Jaime para abandonar la Isla, a lo que éste accedió, pero exigiéndole juramento de no irse a servir a los enemigos del Rey de Aragón. Accedió el siciliano y él y su familia se embarcaron tras de asegurar que pensaba ponerse al servicio del Rey Eduardo de Inglaterra. Partieron de Messina pero su nave puso proa a Nápoles, es decir a la capital angevina en Italia, visto lo cual fue apresado y llevado a presencia del Infante, quien (con certera seguridad, convencido de la traición en curso) mandó que se le ejecutara, como lo había hecho poco antes con Gualterio.

Sí: había, soterradas, gérmenes hostiles y, por lo mismo, practicóse a fondo una investigación ordenada por el Gobierno de la Isla. Esta investigación ya había empezado antes de embarcar el Rey rumbo a Cataluña y dio como resultado el descubrimiento del foco rebelde de Noto y la subsiguiente ejecución de Gualterio de Caltagirone y de sus partidarios; pero había en Sicilia ramificaciones de ese episodio, en las que figuraban, entre personas sin relieve, algunas otras, que lo tenían: una de éstas era Macalda Scalatti,

la despreocupada y orgullosa esposa del célebre Alaimo de Lenti-
ni, quien, como recordaremos, era uno de los más destacados
miembros del Consejo de Gobierno de la Regente y del Infante D.
Jaime. Hablemos de tan compleja mujer.

Aunque, en 1.284, contaba unos 40 años de edad, era her-
mosa, atractiva, con bello rostro y magníficos y expresivos ojos,
sonrisa que prodigaba cuando le convenía, y pese a su indudable
femineidad, le agradaba sobremedida la guerra y la política.
Estaba casada, en segundas nupcias (su primer marido fue un
Conde italiano) con el mencionado prócer siciliano, también vi-
udo, y mucho mayor que ella, quien durante bastante tiempo, aun
sabiendo los antecedentes pro-angevinos de su mujer, no vaciló en
adherirse, desde el primer momento, a la causa aragonesa. Ella...
se buscaba a sí misma y este nuevo matrimonio supuso que le ser-
viría para algo, por ejemplo: para ensayar una aventura que la
encumbrase y por eso quiso, sin éxito, convertirse en favorita de
un Rey algo mayor que ella, victorioso, de varonil belleza, afable y
con elegancia en su hablar. No lo logró, como hemos dicho en otro
lugar de este libro, y su delirio amoroso se convirtió primero, en
enemiga del desdeñoso coronado, más, todavía, de su mujer, D.^a
Constanza, tan pronto como llegó a la Isla y, en último término,
Macalda de Scaletta, a pesar del alto cargo de su marido y de alte-
rar, ella, en la nueva corte aragonesa-siciliana, en odio a la Regente
y en intrigante pro-angevina, como antes. Cuando veía tal o cual
ataví de la Regente, Macalda se vestía con otro más lujoso y enjo-
yado; con ocasión de estar embarazada, tuvo el capricho de trasla-
darse a un Convento de franciscanos, donde dio a luz; y, enterada
del feliz acontecimiento, D.^a Constanza tuvo la gentileza de visi-
tarla y ofrecerse como madrina del recién nacido, a lo que la madre
contestó negativamente, alegando la estupidez de que el agua fría
del Sacramento pudiera dañar al niño; tres días después fue bauti-
zado, sirviendo de padrinos gentes del pueblo. ¿Qué más? Sí: otras
muestras de orgullo fueron: si un día la Regente, por sentirse indis-

puesta, se hizo llevar a la Iglesia en una litera, Macalda, sin tan piadoso objeto, se trasladó, desde Messina, a Catania, en otra más lujosa, llevada (de muy mala gana) por varios pajes a su servicio; si D. Jaime, en una breve cabalgada, en el norte de la Isla, fue acompañado por treinta soldados, Macalda quiso acompañarle, pero lo hizo con una escolta de 300 caballeros.

Todas estas muestras de su insoportable soberbia, secuela de su fracaso ante el ausente Monarca, en los primeros días, sólo fueron prólogo de otras cosas más graves. Como Alaimo manejaba, con entera confianza de su egregia señora y del Infante, importantes asuntos del gobierno, en éstos quiso ella inmiscuirse y ahí comenzó su perdición, que muy pronto alcanzó a su marido. Los residuos de los frustrados actos de Caltagirone parece ser que duraban y, por otro lado, la vigilancia de D. Jaime y de sus hombres fieles hacíase más estrecha. ¿Cabía suponer que Alaimo de Lentini no figurase entre estos últimos? ¿Había envidia hacia él, por parte de Juan de Prócida, Canciller, y de Roger de Lauria? No puede afirmarse, pero llegó un momento en que el mismo Infante dudó, porque se sabía la pervivencia de la causa pro-angevina, y entonces se acordó una medida que implicaba, a la vez, muestra de confianza, y, de paso, medida de prudencia: en Trápani, D. Jaime reunió al consejo y se acordó enviar a Cataluña un apremiante aviso al Rey, para que, en vista de los preparativos que, por entonces, hacía Carlos, enviase un socorro de galeras a Sicilia y tan apresuradamente se tomó tal medida que el mismo Infante, acuciado por el Almirante, propuso que, sin demora, fuese enviado, como mensajero relevante, el Justicia mayor, es decir: a Alaimo de Lentini. Tan de prisa, que, sin más, éste hubo de embarcarse al momento, bien que comprendiendo que era un modo, o, mejor dicho, un pretexto, para alejarle de Sicilia.

Llegó a Barcelona: D. Pedro III, que sentía vivísimo cariño hacia él, le habló acerca de ciertas noticias, según las cuales su conducta ofrecía algunas dudas; él no podía creerlo, pero algo debía

sucedier cuando, a pesar de todo, el Rey le retuvo en Cataluña y de allí ya nunca volvió a salir.

Ese algo, aireado principalmente por Roger de Lauria, consistía en decir que, con ocasión de la llegada de los prisioneros franceses, tras el desastre de Nápoles, con el desgraciado Príncipe de Salerno, entre ellos, estalló un motín popular en Messina, pidiendo la ejecución de éste, como represalia a la ejercida por su padre con Conradino de Suabia; que si la medida adoptada por la bondadosa D.^a Constanza, que salvó al Príncipe, había sido sugerida principalmente por Alaimo de Lentini; que Macalda había ayudado a sus partidarios, poco antes, para manejos cuyo fin era la entrega de Sicilia a Carlos... En fin, que instigado por ella, el mismo Alaimo había iniciado actos en tal sentido, por lo que sus bienes fueron confiscados, estando ya él en Cataluña.

En Barcelona, parece ser que, en efecto, se descubrieron ciertos hechos que demostraban infidelidad, por ejemplo: cartas suyas comprometedoras, sin embargo de lo cual D. Pedro no lo creyó culpable y, muerto él, tampoco le culpó D. Alfonso, su hijo y heredero.

No hemos ya de ocuparnos de este personaje, víctima de su misma esposa, pero sí, brevemente, de ésta: considerada rea de alta traición, fue encerrada en el castillo de Messina y, poco después, siempre despectiva y orgullosa, dio muestras de su liviandad, cuando, llevado allí, también, un reyezuelo sarraceno, prisionero de los catalanes en África del norte, los dos cautivos entretenían sus ocios jugando, ocupación, en sí, no vituperable, mas daba ella la nota escandalosa (porque de ello se supo en Sicilia) que, al estar con el moro, se presentaba con vestidos sutiles y provocativos. Aquellos arreos varoniles de otros años, había pasado a la Historia: Macalda era, decididamente, una hembra.

A grandes rasgos hemos escrito este episodio, en sí carente de importancia, pero que revela un síntoma de cómo estaban las cosas en Sicilia en el momento en que, por nuestra parte, nos alejamos de historiar el lado italiano del reinado objeto de este libro, para trasladarnos, de nuevo a España. Pese al episodio y a los manejos de la mínima fracción pro-francesa todavía escondida en la Isla, en ésta quedó bien asentada la presencia de la dinastía allí llevada por el Rey de Aragón D. Pedro III el Grande.

Amari, algo Desclot, un poco Zurita y, recientemente, el culto historiador italiano Orestes Lo Valvo, (éste, especialmente) narran "in extenso" las aventuras de Macalda Scaletta y las desventuras de su marido, Alaimo de Lentini.

Dejemos, pues, Italia, definitivamente, y volvamos nuestra atención a esa España, que iba a presentar, en todo su esplendor la grandeza del Rey de Aragón.



III

En otro lugar de esta obra, al referir lo que dejó en pos de sí D. Pedro III de Aragón, al embarcar en Trápani, rumbo a España, hicimos expresa mención de que quedaba en Italia y en toda la Europa cristiana una Bula, o, más bien, varias Bulas papales, en virtud de las cuales se excomulgaba a ese Monarca, se marcaba con un entredicho a sus Reinos, se absolvía a los súbditos del juramento de fidelidad al Rey, se declaraba vacante el trono de Aragón, se extendía la excomunión a cuantos favorecieran al destronado Monarca y, en fin, se designaba nuevo Rey de Aragón a Carlos de Valois, segundogénito del Rey de Francia Felipe III.

Con tal carga de sanciones espirituales se encontró D. Pedro, al terminar el tonto "desafío bordelés", las borrascosas Cortes habidas en Tarazona y Zaragoza, las algo menos enojosas, de Barcelona, la expedición de castigo contra D. Juan Nuñez de Lara, señor (consorte) de Albarracín, y las escaramuzas, o prolegómenos bélicos que tuvieron por escenario el Reino de Navarra, ya que no francés, sí, por lo menos, afrancesado, por ser el Príncipe Felipe, hijo del Monarca galo, ya mencionado, esposo de la jovencísima Reina propietaria de esta porción septentrional de España, acumcada en las estribaciones occidentales de la cordillera pirenaica, donde se une con las actuales provincias vascongadas.

Bien, todos esos problemas, sumados a los de orden interno, que se presentaban como un Aragón malhumorado por no haber

sido consultado, en Cortes, por el Rey, antes de la empresa siciliana, con el aditamento, no desdeñable, de una Cataluña domeñada en Balaguer pocos años antes y que si ahora se mostraba más accesible, no dejaba de ofrecer dificultades para sentirse de ella enteramente seguro; un Infante, hermano del Rey, (que ya lo era también, de Mallorca) solapado enemigo suyo...; otros problemas que sucesivamente iremos estudiando, hacían de D. Pedro III un verdadero hombre incomprendido, entonces, por sus súbditos (acaso, con la excepción de los valencianos), un Soberano, casi abandonado, que eso sí, contaba con un hijo primogénito adicto a él enteramente, algunos próceres catalanes, aún faltos de entera visión de las críticas circunstancias que amenazaban muy de cerca a los territorios todos de la Corona aragonesa, sus fieles, pero ausentes personas que le amaban (la Reina, los dos hijos y la hija) Roger de Lauria, Juan de Prócida... ¿con quién más contaba, en 1.284, D. Pedro III? Con sus bravos marinos catalanes; sus vice-almirantes Pedro Marquet y Sebastián Mallol, una reducida flota en las costas, compuesta por doce galeras y alguna tropa de almogávares, la cual, por fiera, leal y diestra en los combates, no podía, llegado un momento de peligro, oponerse con eficacia a una invasión extranjera.

¿Y en su frontera occidental? ¡Ah! Allí, un joven y ambicioso Rey de Castilla, sobrino suyo, ciertamente, pero que acababa de estrenarse, después de guerrear contra su propio padre, D. Alfonso X el "Sabio"; después de haber sido, por eso, excomulgado ¿cómo no? por Martín IV, que, al fin, hubo de inclinarse ante el "fait accompli", pues, muerto el Rey, su hijo ciñó la Corona, con general acatamiento por los castellanos; un Reino recién salido de guerras civiles, en miniatura, si se quiere, pero no por eso, enteramente consolidado, porque sarracenos de aquende y allende el Estrecho de Gibraltar, acaban de guerrear, ayudando al padre o al hijo, en vergonzosas alianzas que retardaban u olvidaban la común tarea de arrojar de España a los enemigos de la Fe... Un Reino

donde Castros y Laras, tan pronto como podían, se enzarzaban en sangrientas luchas, regido por ese Sancho IV el Bravo (o el Iracundo, como algún historiador le llama) no mucho de fiar, que, aparentemente muy amigo y aliado de su tío aragonés, basaba su fluctuante actitud en el mero hecho de que D. Pedro guardaba celosamente a los dos Infantes de la Cerda, primero desheredados y luego semi-heredados de un trozo oriental del Reino de Castilla, por obra y gracia de un Monarca mediocre, como tal, aunque todo lo "Sabio" que se quiera.

Y, como colofón (hay más colofones, pero de menor importancia) esos ilustres y jóvenes cautivos infantes, o, si se prefiere, rehenes, aunque el vocablo más aceptado sería el de "bazas" en la mano del aragonés, que les servían de freno ante posibles zarpazos por el oeste, pero que no dejaban de ser, como contrapartida, motor de una actitud hostil por parte de Felipe III de Francia, decidido paladín de ambos, y singularmente, el mayor, quien, con estricto derecho a las Leyes de Partida, debería haber heredado el Reino, a la muerte de Alfonso X, como hijo de su primogénito, el malogrado Infante D. Fernando.

Hemos de declarar, a fuer de sinceros y sin olvidar nuestra condición de juristas, que ni Alfonso X, ni Sancho IV, son Reyes que merezcan ningún atractivo en la Historia de España: los aspectos más favorables que uno y otro puedan ofrecer, no compensan sus escasos dotes como sucesores del gran San Fernando III y de su sucesor (tras Fernando IV) ese otro Alfonso XI, preclaro vencedor del Salado y consecuente vencido de D.^a Leonor de Guzmán. No: D. Pedro III de Aragón no podía fiarse de su egregio sobrino Sancho, a quien en lugar de "Bravo, quizá no le sentaría mal el dictado de "Usurpador", en perjuicio de sus sobrinos, que, mejor o peor atendidos en el Reino de Aragón, se aburrían, conscientes de su triste condición de cautivos y, el mayor (D. Alfonso) de despojado de su evidente derecho a la Corona Castellana.

Sin embargo, convenía ahora a D. Pedro la amistad de su sobrino, porque hartos problemas le embargaban y, ante ellos (importa mucho subrayarlo al biógrafo del gran Monarca) la verdad escueta y cruda era que sólo él se daba capaz cuenta de que peligraba muy mucho nada menos que la independencia de Aragón; no debemos nunca olvidar que la ambiciosa Francia, a lo largo de varios siglos, cuando miraba hacia el sur, veía, sí, una cadena de montañas, como frontera natural entre ese Reino y España, pero, en sus delirantes sueños expansionistas, veía un caudaloso río, el Ebro, que, ¿por qué no? bien podía ser también mejor frontera y más fácil de cruzar.

Sí: D. Pedro, a medio arreglar el peligro navarro, así como el cáncer de Albarracín, quiso "tener vistas" con su sobrino el Rey de Castilla, quien, igual que al tío, le dolía ese secular "señorío" de los Azagra, que se creían ser no sólo señores (con un feudalismo en crepúsculo) sino Reyes de ese lugar y de su zona alrededor, porque pocos fenómenos de soterrada rebeldía conocemos en la historia patria, como la casa y la dinastía de los mismos Azagra, cuyo origen puede fijarse a fines del siglo XI, cuando un musulmán agradecido cedió la ciudad a D. Pedro Ruiz de Azagra, que la rodeó de murallas y torreones y, por sí y ante sí, se declaró independiente de los Reinos de Castilla-León, por occidente, y de Aragón, por oriente, implantando una verdadera estirpe de soberanos, que duró hasta el año 1.363, cuando falleció el último Azagra directo, razón por la cual no nos parece aventurado decir que, si el Rey de Aragón hubiese estado libre de amenazas por el norte y su reinado se hubiera prolongado más tiempo, Albarracín, con todo su orgullo, habría pasado de veras a la Corona.

Decimos "de veras" porque la sublevación de D. Juan Nuñez de Lara y la ocupación de la ciudad fueron episodios, no más, de la minúscula historia de ésta, enclavada precisamente en la misma zona fronteriza de ambos Reinos españoles.

En la Bula de 29 de agosto de 1.283, firmada en Orvieto (repetimos, una vez más, que la Roma papal era y fue muchos años, antes, durante y después de ese año, una frase, más que una realidad, dada la insostenible condición de la chusma romana y de no pocos "condottieri", semi-señores, semi-bandidos de la Italia medioeval y renacentista), en esa Bula el Pontífice Martín IV comisionaba al Cardenal Presbítero del Título de Santa Cecilia Juan Cholet, su compatriota, para refrendar y ejecutar la elección que haga el Rey de Francia Felipe III, a favor de uno de sus hijos con excepción del primogénito, para ocupar el Trono de Aragón, del que estaba desposeído, también por decisión papal, D. Pedro III, fechada el 21 de marzo anterior, en el mismo lugar. Desvanecidos ciertos escrúpulos de conciencia del Rey francés (¿cómo podría nadie ocupar ese Trono, cuando, según parecía, había abdicado el Monarca desposeído, antes de embarcar para Sicilia, en favor de su hijo D. Alfonso, no excomulgado?, considerada imaginaria por el Papa y los Cardenales esta abdicación, y, en fin, aceptado el regalo por el escrupuloso Monarca, éste había designado, según sabemos, a su segundogénito, Carlos de Valois, aceptado, naturalmente, por Martín IV y titulándose en seguida Rey de Aragón, con la condición de no unir jamás este Reino, con el de Francia y alguno otro.

Todo eso, acicateado por el destronado Carlos de Anjou (que, desde 1.282, hasta su muerte, tres años más tarde) era un pobre pordiosero que mendigaba por donde podía y, de modo más productivo, de su protector pontificio, un pobre hombre, reducido a la indigencia y precipitado desde la altura hasta el abismo; todo eso, repetimos, se había tomado muy en serio en Francia y no sólo ahí, sino en la Europa cristiana de aquellos tres años 1.283-1.285, ya que se trataba no de una guerra más, sino de toda una Cruzada, con las gracias e indulgencias correspondientes, exactamente iguales a las de las grandes cruzadas, de ese y del anterior siglo, contra la Media Luna, al tratar de arrancarle de sus manos los Santos Lugares.

Y por eso, de buena parte de Europa, las gentes se preparaban para lucrarse de las Indulgencias; por eso, la Cristiandad, consciente de que ahora los riesgos se presentaban relativamente menos terribles que antes, con idénticas ventajas espirituales, aprestábase para trasladarse a Francia y engrosar las poderosas fuerzas militares que allí iban formándose; por eso, en fin, los esfuerzos de organización eran largos, costosos y considerables. Aragón estaba en entredicho y luchando contra él y su excomulgado Rey, no resultaba tan temible esta novísima Cruzada.

Pedro III, solo, repetimos, en medio de un Aragón hosco, indiferente, como ajeno al peligro, y de una Cataluña, más despierta, sí, pero carente, al principio, de entereza proporcionada a cuanto, directamente, la amenazaba, buscó, primero, una solución pacífica: envió sendas embajadas a París y a Italia, como también al Emperador Rodolfo (molesto, por no conseguir, de una vez ser coronado por el Papa). En Francia, buscaba, sobre todo, la influencia de su pariente la Reina viuda, pero no se logró siquiera llegar a ella; inútil cualquier gestión cerca del Rey Felipe, que, por flojo e insignificante que fuese, no le desagradaría nada tener dos hijos Reyes, como él: uno, el mayor, ya de Navarra; otro (de sólo 15 años de edad) Rey (nominal aún, y siempre nominal) de Aragón. El Emperador, recibió al embajador aragonés Ramón de Botonach, y ya que no ayuda directa, se trató de distraer fuerzas enemigas en Saboya, pero, realmente, no obtuvo éxito la misión; Inglaterra adoptó una actitud neutral; Sancho IV, de Castilla, en una conversación, en Civia, con su tío, prometió reforzar el ejército de éste. En cuanto al Papa, ante quien apeló D. Pedro, por no haber sido escuchado siquiera, en el proceso pontificio entablado por la pérdida de Sicilia a la causa angevina, se limitó a no escuchar la apelación.

Entonces, ¿qué? Desamparado por todos, con honrosas excepciones, ¿iba a perderse el glorioso Reino de Aragón, para convertirse en solapada prolongación, por el sur, del de Francia? Las "libertades" ¿se convertirían en unas leyes nuevas, donde el atuen-

do de los Capetos vistiera más que el cuerpo, el alma de Aragón? y con esas "libertades", con los "usajes catalanes", reafirmados unas y otros en Zaragoza y Barcelona, ¿desaparecería la misma independencia de la vieja Corona de Aragón?

Cuando, desde la altura de siete siglos después, contempla el historiador el trance en que, en 1284 y 1285, se encontró el Rey D. Pedro, solo, sí, pero con entereza irreprochable en la serie de los Monarcas españoles, causa admiración incontenible todo cuanto, sucesivamente, obró directa y personalísimamente la voluntad del gran Rey.

Se unieron, en efecto, varias voluntades (¡bien poderosas, por cierto!) contra él: nada menos, en esos últimos años del siglo XIII, en una Europa que, cristiana con arraigada adhesión a la Santa Sede, la obedecía, un Papa francés, decidido adversario suyo; un Rey destronado en Sicilia, otrora poderosísimo y ambiciosísimo, pero ya sin otro prestigio y otra fuerza que los que da el recuerdo, y otro Rey, el de Francia, de escaso relieve, sí, más con enorme potencia militar. Y, junto a estas tres voluntades, un Emperador que sólo le ofrecía simples operaciones diversivas (traducidas en nada); otro Rey, el de Inglaterra, neutral, en uso de su perfecto derecho; otro, el de Castilla, sobrino suyo, que, en Siria, hizo promesas de ayuda, pero que, advertido desde Italia y Francia, de que, si le asistía, podría incurrir en excomunión, optó por fingir apremiantes necesidades contra los árabes, en Andalucía, y no le prestó la menor colaboración. Y, como telón de fondo, una Europa que se encogía de hombros ante la inminente Cruzada contra un Reino y un Rey, con cristianismo bien probado, y, en casa, un Aragón imperante, al principio, y una Cataluña que, en honor suyo sea dicho, acudió luego pronto a las repetidas llamadas del Rey.

El Papa le había despojado de su Corona; pero un historiador y arqueólogo nada sospechoso en sus opiniones, el Sacerdote Muratori, al referirse a esta disposición pontificia, dice así (Bala-

guer lo cita): "Decidan otros si el Papa procedió en esto con la debida justicia. Pero lo que sí puedo asegurar es que en estos últimos tiempos, los franceses han atacado el poder, que se atribuyen los Pontífices, de aprear a los reyes y disponer de sus Estados, mientras que entonces aceptaron muy gustosos la donación que les hizo el Papa Martín IV, del Reino de otro Monarca, haciendo cuanto les fue posible para posesionarse del mismo".

Y esto lo escribía el autor en el siglo XVII, o sea en el del sol de Francia.

Felipe III no era mala persona y, como Rey, no pasó de la categoría de mediocre: más bien, débil de carácter, tenía, no obstante, tal cual gesto de arrogancia y, en más de una ocasión (pronto lo veremos) permitió a sus soldados auténticos crímenes, cuyos por menores no se atreve a referir nuestro gran Cronista Desclot; actitudes de falsa grandeza, que, a distancia, se nos antojan ridículas; buen sentido, pero mediatizado por cualquier influencia, y, en fin, negativa información previa a una empresa muy superior a su mediocridad personal. Colocado entre su Santo predecesor, Luis IX (el mejor Monarca que, a nuestro juicio, ha tenido Francia, donde, sin duda, ha habido muchos buenos) y su sucesor, que, tras excelentes comienzos de reinado, probó superabundantemente ser un malvado, un pésimo administrador y el triste iniciador, por sus manejos, del Cisma de Occidente (porque la "hija primogénita de la Iglesia" perpetró contra ella desafueros no imitados por otras "hijas") Rey era Felipe III que, víctima de su debilidad, ataviada con galas de grandeza, sucumbió, con pena y sin gloria, en la misma empresa en que, más bien empujado, que por propia iniciativa, se embarcó.

Nada hemos de glosar acerca de Eduardo I de Inglaterra, en relación con lo que iba a suceder en España. Simplemente, se mantuvo neutral.

Rodolfo I de Habsburgo, primer Emperador de la ilustre dinastía sucesora (tras fugaces monarcas de menor cuantía) de la gran Casa de los Hohenstaufen, fue un gran Soberano y hemos de suponer que simpatizaba con Aragón, bien porque admirase a Pedro III, bien porque sintiera aversión a los Capetos, a los Anjou y a los Valois, franceses, pues bien recientes estaban en su memoria las luchas entre los Emperadores de Alemania, por un lado, y los Papas y Reyes franceses, por otro.

Y en cuanto a nuestro Sancho IV el Bravo, ya hemos dicho hace un momento que, sinuoso, su reinado es gris, añadiendo ahora que la escasa luz que, momentáneamente, pueda aparecer en él, se la proporcionó su mujer, D.^a María de Molina, la mejor Reina de España, en nuestra opinión.

Desde 1284, se activaban en Francia los preparativos para la "gran Cruzada" contra el Reino de Aragón, preparativos muy bien llevados a cabo, en propaganda (no olvidemos el decisivo aspecto religioso de la empresa), armas, vehículos, ganado caballar, acopio de víveres, organización y ubicación de masas militares y pseudo militares, llamamientos a la Cristiandad europea, que, dicho sea de paso, se encuadraba en diversas comarcas francesas, belgas, italianas y minúsculas porciones de otros países: franceses, picardos, tolosanos, lombardos, bretones, flamencos, borgoñones, alemanes, provenzales, ingleses y gascones, constituían la gran masa invasora de España; los puntos de concentración de ésta se situaban en diversas localidades del "midi", paralelas a la cordillera pirenaica. Lo que hoy llamamos "castrametación", o sea disposición adecuada de campamentos, fue minuciosamente dispuesto y dirigió, sin la menor exageración, que, en el centro y en la zona sur-occidental de Europa, una sacudida general conmovía corazones, mentes y sed de aventuras. Dicho sea en honor a la verdad, se enrolaban, sin estorbo alguno oficial, mujeres, niños y ancianos, junto a auténticos guerreros y pacíficos hombres del campo, mercaderes, menestrales y ociosos, porque la Santa Sede no regateaba gracias espiri-

tuales a cuantos tomasen parte en la Cruzada, razón por la cual si había armas mortíferas en abundancia (el Tesoro francés y el pontificio financiaban los gastos) no escaseaban palos, cayados, zurrones llenos de guijarros, tal vez ondas para disparar éstos y... multitud de rosarios, cuyo uso databan de los años inaugurales de la misma centuria, merced a la obra piadosa de Santo Domingo de Guzmán, quien, precisamente era español, es decir: de la Nación una de cuyas porciones iba a ser invadida por los extranjeros, en la última de las Cruzadas, cuyo motor era la Santa Sede, o, para decirlo con mayor precisión, el Papa Martín IV, un Cardenal-Legado del cual, marcharía como figura preeminente junto al Rey de Francia, junto a su primogénito, Felipe, Rey consorte de Navarra, y junto a su segundogénito, de quince años de edad, Rey "nominal" de Aragón.

Era tan clamoroso cuanto acontecía en esos años 1.284-1.285, que bien merecía una clara y destacada página en la Historia Universal; pero los escritores de la misma, tan extranjeros, como (seamos sinceros, aunque nos duela) españoles, o silencian, o pasan en puntillas por este movimiento bélico-religioso contra la Corona de Aragón, pese a su notoriedad, a su inusitada orquestación..., tal vez porque no acabó como se propusieron sus organizadores, o tal vez porque se trató de una campaña contra nuestra patria. Importa mucho, en verdad, a franceses e italianos olvidar, callar o pasar por alto este capítulo de la Historia de Europa en la Baja Edad Media.

Pero bien enterado estaba de esos formidables preparativos D. Pedro III de Aragón: ni su mismo padre, el ilustre D. Jaime I, ni sus sucesores, hasta Fernando VII, se vieron en trance tan crítico para el "ser, o el no ser" de España y mientras otros Monarcas ses-teaban en mayor o menor grado, él se desvivía, se multiplicaba, ponía a contribución su poderosa personalidad, sus dotes difícilmente igualables, para galvanizar (valga el anacronismo) a sus

súbditos, plenamente al tanto del turbión que venía del otro lado de los Pirineos.

Permitásenos, a título de inciso, un dato que sólo hemos visto en la traducción italiana de la Crónica de Desclot. Al iniciar este gran Cronista su admirable descripción de la Cruzada de 1.285, el traductor italiano, Filippo Moisé, escribe la siguiente nota: "En los capítulos siguientes, Desclot narra con rara exactitud y fidelidad, la guerra de Felipe "el Atrevido", contra Cataluña. Muntaner, como soldado, es acaso más enérgico al contar esta misma historia, pero nos parece muy por debajo a Desclot en la verdad de los hechos. Y es digno de mención añadir que en las últimas guerras de Napoleón en España, fue reimpreso y publicado en mil ejemplares todo lo referente a este punto (el de la invasión) traducido al castellano por Cervera, a fin de mover los ánimos de los catalanes contra los franceses y para caldear su ardor, comparando lo pasado (siglo XIII) con lo nuevo (siglo XIX)".

Ciertamente, la lección sirvió y es curioso que, en ambas invasiones de nuestros incómodos vecinos ultrapirenaicos, los españoles se la dimos y bien cumplida al "Atrevido" de la primera de las dos centurias y al águila corsa, de la segunda, como es, también digno de mención que, en una y otra, la ciudad catalana de Gerona se cubriera de gloria.

Nuestro concienzudo y exacto historiador Victor Gebhardt, igual que D. Modesto Lañente, a duras penas pueden disimular o atenuar su admiración, cuando, en sus respectivas obras, llegan al Reinado de D. Pedro III de Aragón y, en particular, a la invasión-Cruzada del año 1.285. Escribe el primero que, literalmente, este Monarca, en la flor de su edad, se multiplicaba, recorría a caballo leguas y leguas, para organizar la defensa, excitaba a aragoneses y a catalanes, dictaba órdenes, promovía agrupaciones, disponía lugares estratégicos, se encaramaba una y otra vez, a lomos de su corcel, y seguido por un exiguo número de Caballeros, a guisa de

Estado mayor, como hoy diríamos, a los picos de los Pirineos, desde donde veía, escuchaba o adivinaba la situación más allá; despachaba emisarios, recibía informaciones, nombraba jefes para los sitios de mayor peligro, alzaba vivaces, incluso, en cualquier picacho, armaba un rudimentario campamento, en el cual no como Rey, sino como caudillo, o, más bien, como simple guerrero, comía frugalmente, cuando podía hacerlo, dormía, o velaba, animaba a sus leales, atendía a sus Reinos, tasaba el freno a su carácter, todo dinamismo y fuego, cuando los aragoneses, ya un poco menos tercos (porque empezaban ¡al fin! a darse cuenta de que algo malo para ellos pudiera suceder) le decían que sí, que irían a la lucha, pero que, les parecía, ser mejor no acudir a la frontera central, sino a la lateral, o sea a la de Navarra, porque había peligro de un movimiento de flanco (que no lo hubo nunca) y, sin decírselo abiertamente, le daban a entender que Cataluña no era exactamente Aragón y, por no serlo, sino porción sólo de la Corona, incumbía la defensa de ésta a los catalanes. En una palabra D. Pedro, en el momento supremamente crítico de su reinado, personificaba y cifraba todo cuanto antes, durante y después se hizo para rechazar la inicua invasión, o, más bien, para, a ser posible, dar la adecuada y definitiva respuesta al conglomerado enemigo.

Todo ello, sin descuidar otros problemas, tanto militares, como políticos, que se le planteaban, porque, por ejemplo, en uno de esos campamentos rudimentarios, encaramados en un picacho de la gran Cordillera fronteriza, recibió una embajada del Emir de Túnez, que le proponía un tratado de paz y comercial, por quince años, muy favorable para ambas partes y singularmente para D. Pedro, quien percibiría anualmente el tributo que los reyes tunecinos pagaban antes a los de Sicilia (ahora, no angevinos) con los atrasos aún insatisfechos, desde 1.282, con promesa, además, de pagarlo, en lo sucesivo, a los nuevos Monarcas de la Isla, según lo hacían antes a Carlos de Anjou.

Y estas ocupaciones múltiples, no le hacían olvidar, ni mucho menos, a esa Isla, por él liberada, ni a los súbditos de la Regente, su mujer, y del Infante D. Jaime, su hijo; ni por lógico complemento, D. Pedro, perdía de vista a la admirable e invicta Marina de guerra catalano-siciliana, que, bajo el mando de Roger de Lauria, cruzaba el Mediterráneo central, apoderándose de bases estratégicas, a un lado y a otro de Italia, al sur, o sea en las costas africanas, más al oriente, donde, como sabemos, Corfú había sido ocupada y, últimamente, Tarento, en Apulia, ciudad importante, que cerró con brillantez los victoriosos cruceros llevados a cabo por el Almirante, cruceros que se hubieran prolongado, sin duda, a no suspenderlos, por virtud de un llamamiento hecho, desde Cataluña, o, más bien, desde uno de sus innumerables vivacs o improvisados campamentos, por el Monarca, quien, admirable estratega, sabía perfectamente que, por su flanco derecho, o sea por la costa que va desde Valencia, hasta Marsella, su propia flota de guerra, mandada por los ya Almirantes Ramón Marquet y Sebastián Mallol, sólo se componía de doce galeras, frente al trepidísimo número de los franceses, que duplicaban a las nuestras y que protegían holgadamente el avituallamiento y armamento del enemigo en su flanco izquierdo, donde las últimas estribaciones de los Pirineos se hundían en las aguas del Mediterráneo.

Así transcurrieron los dos postreros meses de 1.284 y los cinco, seis, siete meses de 1.285. En tal lapso de tiempo habían fallecido dos de los cuatro máximos protagonistas del drama cuya historia estamos escribiendo, a saber: Carlos de Anjou, el día 7 de enero de 1.285, en Foggia, a los 58 años de edad, y el Papa Martín IV, en Perugia, el 28 de marzo del mismo año. A fuer de imparciales, debemos decir que el primero entregó su alma a Dios con las mayores muestras de acendrada piedad cristiana; y el Pontífice, dejando en un radio más o menos extenso y, en lo estrictamente religioso, fama de santidad, hasta el extremo de decirse por los historiadores que, en su sepulcro se obraron varios milagros. Por

nuestra parte, sin entrar en un ámbito bien ajeno a nuestro cometido y humildad, nos limitamos no a su labor religiosa, sino a su otra temporal, a su amor a Francia, a ser, no lo olvidemos, Soberano de una parte de Italia; sólo, pues, así nos parece como españoles, que se comportó con Aragón cual implacable adversario, hasta el fin de su vida y que, por ello, nos causó daños sobre daños, pudiendo añadir que, en este aspecto en su animadversión anti-española, fue un fracasado, sin olvidar que resultó vencido en la lucha, librada en campo no adecuado a su alta misión.

Quedaba la Santa Sede vacante, pero, por desgracia para D. Pedro III, el nuevo Papa, italiano, viejo y valetudinario, Jacobo Savelli, que tomó el nombre de Honorio IV, mantuvo en todo su vigor la política de su predecesor, como hemos de ver en seguida. Dos de sus hermanos habían luchado contra los Staufén.

Todavía, en la primera mitad del año crucial, 1.285, vivían los otros dos protagonistas, a saber: Felipe III de Francia, llamado el "Atrevido" (seguimos sin adivinar el motivo de este remoquete) y Pedro III de Aragón, llamado el "Grande", con sobrados motivos, por supuesto.

Había otro personaje en el escenario: el taimado hermano del mismo Rey D. Pedro. Era, por desdichada disposición paterna, Rey de Mallorca, bien sabemos que contra la voluntad del primogénito, nunca conforme con la división de la herencia paterna. Aparentemente, no existía mala inteligencia entre los hermanos, sin embargo de lo cual, el mayor tenía clavado en su corazón esa espina tanto más dolorosa cuanto que no sólo Mallorca estaba desligada de su corona, sino también parte del "midi francés", que pertenecía asimismo a Jaime de Mallorca, en buena amistad, añadámoslo, con la Casa Real francesa, amistad que era bien conocida por D. Pedro, y amistad (hay que decirlo también) que, bajo cuerda, constituía una alianza, o, si se prefiere, un "acuerdo de mutua

cooperación y ayuda", empleando términos de hoy, en la jerga diplomática.

Porque no ignoraba D. Pedro que, a cambio de la entrega de Perpignan y alguna otra porción del Rosellón, pertenecientes al mallorquín, el francés, que se beneficiaría con tal arreglo, le obsequiaría, a su vez, (cuando se acabase la guerra, aún no iniciada, y quedase él victorioso, naturalmente, de lo que parece que estaba seguro) con el reino de Valencia, unido al que ya tenía, de Mallorca. La combinación urdida no estaba mal, pues si al francés se le daba suelo geográficamente suyo, al lado de allá de los Pirineos, al mallorquín se le regalaba una región muy cercana a las Islas baleáricas que le pertenecían. (Menorca, sarracena, era tributaria directa del Rey de Aragón). Todo esto resultaba, en el papel, admirable. Quedaba la insignificante tarea de vencer a D. Pedro, como en otro lugar de esta obra hemos dicho.

Lo sabía, sí, pero lo disimulaba, arte éste en el que era maestro consumado: la ocasión de actuar no había llegado e incluso, ante la amenaza franco-pontificia, importaba mucho al aragonés no sólo fingir ignorancia (que ya era mucho) sino buscar la cooperación armada de su hermano.

En todo caso, no se le ocultaba a D. Pedro que la guerra tendría un prólogo en ese territorio francés, por geografía, y mallorquín, por testamento, pudiendo agregarse otro aspecto histórico-político: aragonés; aspecto que nunca lo olvidaba el primogénito del "Conquistador".

La trama dificultaría, sin duda, las primeras operaciones militares, pero, en cambio, constituía una excelente base de partida para los franceses y, por si acaso, el mallorquín, en esos días inaudables del año 1285, vivía, ¡qué casualidad! en su ciudad de Perpignan, con el propósito de facilitar el paso, hacia el sur, a los franceses.

Lo que tal vez no sabía el Rey de Aragón era que las negociaciones de su hermano con su cuñado francés estaban tan adelantadas que bien puede afirmarse que el Rosellón casi era suyo, con las excepciones (señaladas por Zurita) de Castelnou, Motesquiú y Elna, adictas al aragonés.

Manifiestamente, los preliminares de la gran Cruzada estaban en marcha.

Eso sí: como medidas, a un tiempo, defensivas y de castigo, el Rey de Aragón, con un reducido número de caballeros de la nobleza catalana, partió, desde Barcelona hacia Perpiñán, pero sin dar cuenta, ni siquiera a cuantos le acompañaban, ni de sus propósitos, ni de su destino y cuando, leales, sí, pero intrigados, se preguntaban unos a otros el objetivo de aquella expedición, uno de ellos, gran amigo del Monarca, se atrevió a inquirirlo. Echóse a reír éste y, evasivamente, le respondió que si la noche durase más, llevaría a cabo una hazaña famosa. Siguiéron, pues, galopando, cuando las tinieblas les ocultaban, mas estaban ya tan cerca de aquella ciudad, que D. Ramón Folch, Vizconde de Rocaberti, comprendió todo y, leal a su señor, al mismo tiempo que lo era a su próxima pariente la Reina de Mallorca, no vaciló en dirigirse a D. Pedro, para pedirle que le excusara de penetrar: él no quería manchar su propia reputación, en prueba de lo cual le dejaba al Rey su propia escolta, a lo que éste accedió de buen grado. Era una estampa muy a tono con las costumbres de la época.

Y entraron los demás en Perpiñán, donde, reconocido D. Pedro, se le acogió con alegría; él, en seguida, se apoderó del castillo, donde su hermano, su cuñada y sus sobrinos estaban, el primero de los cuales, enfermó.

No quiso verle el Rey, limitándose a decirle, por medio de dos de sus caballeros, que cuanto se acababa de hacer era por bien del mallorquín. Y, ya en poder suyo el castillo, el tesoro (guardado

en las casas de los Templarios) el mismo D. Jaime, su mujer, dos hijos y una hija, comprendieron que pasaban a la condición de prisioneros del ofendido Rey de Aragón, tanto más ofendido cuanto que cayó en su poder una prueba escrita de lo concertado entre su hermano y el Rey de Francia.

Temió, con razón, D. Jaime y, dejando a su familia, huyó por un pasadizo subterráneo y, no muchos días después, se reunió con Felipe III.

Perpiñán no podía ser debidamente mantenido para Aragón, y por lo mismo, conforme a los usos de aquel tiempo (donde luces y sombras se entrecruzan) D. Pedro absolvió a la población del juramento de su fidelidad, llevóse a su cuñada y sobrinos y, mal de su agrado, la ciudad pasó automáticamente a manos del enemigo.

Sigue la racha de estampas, que a un tiempo, pintan las costumbres y el modo de ser de los hombres del siglo XIII: a ruegos de algunos Nobles catalanes, la Reina de Mallorca y su hija fueron devueltos al traidor mallorquín, pero no los dos hijos y el tesoro.

Quedaba, así, despejada una incógnita: D. Pedro III sabía que, al poderoso conglomerado que le era contrario, se unía su propio hermano, movido por la solapada aversión a él y por el señuelo de ser en breve coronado Rey de Valencia.

IV

Si, como políticos, los consejeros del Rey de Francia se equivocaron de medio a medio, al ser consultados por éste, tras las propuestas formuladas por el ya difunto Papa Martín IV, acerca de la Cruzada contra D. Pedro III de Aragón, en noviembre de 1283 y en febrero de 1284, los jefes militares (?) de la Corte francesa, iban a dar, o, más bien, estaban ya dando cumplidas pruebas de total ineptitud.

Hay que decir, en descargo del mencionado Monarca que, movido, casi obligado, por ese Pontífice, aceptó a regañadientes el regalo que éste le hizo, de la Corona de Aragón. El historiador francés, Ernesto Lavisse y su equipo de colaboradores, en su "Historia General de Francia", dicen que, enviado a París el Cardenal Legado Juan Cholet, para ofrecerle tal regalo, el Rey Felipe III vaciló: "Aceptar, - escriben—, era reconocer implícitamente a la Santa Sede el derecho de destituir a los Reyes. Por este solo motivo, Luis IX hubiera rehusado sin duda alguna: había rehusado en análogas circunstancias, para sus hermanos Roberto y Carlos, los despojos de Federico II. Pero la Corte de Felipe III, evidentemente tentada, entró en negociaciones". Y, antes de escribir tal párrafo, los mismos autores, con entera razón, no vacilan en afirmar: "El Papa Martín IV es en parte responsable de lo que sucedió". Había sido, antes, consejero real, extremo que conviene tener en cuenta.

Pues bien: si, en profundo error cayeron los demás, antes y durante las reuniones que mantuvieron con su Soberano, y si el lapso de cerca de cuatro meses entre los dos que refieren esos mismos historiadores, muestra bien a las claras que Felipe III, por muy "Atrevido" que se le llame, no se atrevió a la empresa, hemos de reconocerle que adivinó, mejor que sus políticos, los riesgos que ofrecían el regalo papal y su puesta en práctica.

Vamos a ver ahora el aspecto militar.

Una invasión hacia el sur, a través de la abrupta frontera pirenaica, aun cruzando el Rosellón (virtualmente entregado por Jaime de Mallorca, al Rey francés), con una masa de hombres, de la cual pronto hablaremos, implicaba, por lo menos, un plan, mejor o peor concebido, pero, al fin, un plan de campaña, porque nadie podía ignorar que las dificultades que se presentaban eran considerables y no se podían abrigar esperanzas de que se trataría sólo de un paseo militar. Se intentó (ya tarde) la estúpida medida de "invitar" a todo un hombre del temple de D. Pedro III, a que dejase pasar, pura y simplemente, a la masa invasora, para adueñarse de Aragón, toda vez que estaba excomulgado y privado de su Corona, para poner ésta sobre la cabeza de un muchacho de dieciocho años, nombrado por el Papa... Era mucho pedir, sin duda, y el solo envío del real mensaje (ya en plenas operaciones ofensivas) al aragonés, pone de relieve que la visión político-militar y hasta el sentido común habíanse ausentado de los consejeros y oficiales del campo francés. Cuando, en efecto (era ya el año 1.285, pero nos parece oportuno adelantar la referencia del episodio) el Rey de Aragón escuchó esta destinada propuesta, respondió "muy cortesantemente —así escribe Zurita— que parecía bien cuan poco tenía en ella quien con tanta liberalidad y largueza se la daba; y que no le costó tanto como a los reyes sus predecesores, que le ganaron (el Reino) y conquistaron derramando su sangre. Que tuviesen por muy sabido que el que quisiere, le compraría tan caro que se arrepentiría de haber tomado tal empresa, como en breve, pensaba,

mediante Dios, que lo conocerían". O, dicho en menos palabras hoy: si querían, que lo intentasen por las armas. Pagarían el gasto.

La larga frontera, comenzaba, al oeste por la línea Navarra-Aragón, teatro de recientes aunque no importantes acciones bélicas, en las que hubo un mal español, D. Juan Nuñez de Lara, al servicio del enemigo; a lo largo de los Pirineos, el resto de las vías de penetración, procedentes del norte, terminaba en el Mediterráneo, frente larguísimo, sin duda, con pasos dificultosos, en mayor o menor grado, pero del que prescindieron en gran parte (Beame) los franceses, y optaron por la línea fronteriza Rosellón-Cerdeña, erizada de dificultades, mucho más apta para la defensa, que para la ofensiva penetración y, situando, como punto principal de concentración la ciudad de Toulouse, se tardaron varios meses en estas operaciones preliminares, sin que, hasta entonces se vislumbrase un caudillo enemigo que discurriese ni el plan ni el dispositivo, ni la seguridad de los caminos elegidos, ni el menor signo de capacidad, o visión certera de las operaciones, a pesar de que nunca, hasta entonces (había que remontarse, quizá, a Carlo Magno, para hallar alguna semejanza) se hubiese conocido una masa invasora tan temible, por sus efectivos. Lo único que estuvo previsto fue el suministro de víveres y armas y, aun así, con notorios defectos, porque por el flanco izquierdo del adversario, habíase dispuesto que una escuadra francesa, con diversas bases en el ancho golfo de Lyon, fuese la encargada de tan fundamental tarea: Narbona, Marsella y otros puntos de la costa provenzal, serían los que enviarían esos pertrechos al ala más oriental del ejército invasor, la cual, ya por tierra iría distribuyéndolos, mejor o peor, hacia occidente, porque no se sabe nada (aunque debe suponerse) que, de norte a sur se atendiese debidamente a alimentar, a reponer armamentos, a evacuación de heridos y a transmisión de disposiciones a las fuerzas invasoras.

Estas, en sus diversos grupos (hoy diríamos, Cuerpos de Ejército) estaban escalonadas del siguiente modo:

1^o ejército (y conste que empleamos esta palabra y otras expresivas, aunque no exactas, a los solos efectos de darnos una idea la más exacta posible, con arreglo al léxico actual): punto de partida: Narbona; eje: Narbona-Salces, en los dominios del traidor D. Jaime de Mallorca. Era una muchedumbre no digamos de soldados, sino de paisanos, armados (?) con palos y piedras..., porque en todo momento debemos recordar que se trataba de una Cruzada. Sesenta mil hombres, que recibían, por cabeza, un tornés de plata diario, más lo que, en su marcha, pudieran robar. En honor a la verdad conviene advertir que este ominoso verbo no era exacto, porque, contra país en entredicho y Rey destronado y excomulgado, la apropiación libre no era pecado, ni era delito. Iba encabezada esta masa humana por mil jinetes de auténtica condición militar. Lo malo, lo inconcebible, era que este 1er ejército le tocaba el papel de vanguardia y "tropa de choque", digámoslo así. Más bien, nos parece que estaba destinado al sacrificio, en buena lógica.

2^o ejército: puntos de partida: Tolosa, Carcasona y Beaucaire, cerca de Nimes; eje de marcha, un tanto vago: norte-sur; cinco mil hombres de armas, jinetes, mandados por los senescales de esos tres lugares y por el Señor de Lunel, el Conde de Foix (éste, no muy conforme con la expedición, ni optimista, en cuanto a sus resultados) y Ramón Roger, un catalán "afrancesado", digámoslo así, que, siendo hermano del leal Conde de Pallars, devoto a D. Pedro III, no tuvo inconveniente en luchar contra la causa aragonesa, incluso a riesgo de enfrentarse, como enemigo, contra este prócer catalán. Flanqueaban estos dos primeros ejércitos trece mil ballesteros de infantería, cubiertos de hierro, de pies a cabeza. Aquí, sí, había ya un ejército, aunque numéricamente, no temible.

3^o ejército: setenta mil hombres, procedentes de diversos puntos del "midi" francés. Infantería y caballería.

4º ejército: casi internacional, pues sus efectivos, que sumaban unos ochenta mil hombres, procedían de Francia (lo que hoy diríamos "ile de France") de Picardía, Normandía, Flandes y Alemania. Nos parece que este ejército era el más digno de llamarse así.

5º ejército: hoy lo consideraríamos una brigada reforzada: seis mil jinetes. Era la aportación militar de la Santa Sede, mandada por el Cardenal-Legado Juan Cholet y ostentaba el estandarte de la Iglesia. Bien podemos considerarlo como la levadura que daba a la masa su contenido de Cruzada.

6º ejército: cien mil hombres, destacándose en él las importantes figuras del propio Rey de Francia, de sus dos hijos, Felipe y Carlos, la Nobleza francesa y tres mil jinetes perfectamente equipados. Este ejército (que bien podríamos llamarle "reserva general") llevaba, ostentosa y ufanamente, el "oriflama" flordeisados, que solía conservarse en el Templo de los Monjes de San Dionisio.

Pero todavía quedaba, a modo de retaguardia, una tropa, compuesta por algo menos de doce mil hombres (efectivo de una división moderna) encargada de custodiar el bagaje, o sea: carros y acémilas, éstas en número de ochenta mil. No como bagaje, sino como expresión plástica de lo religioso de la expedición, figuraba en tal retaguardia otra masa de mujeres y niños menores de 25 años. Ningún inconveniente vemos en calificar a este grupo humano de "peregrinos laicos", cuya misión era la específica de lucrar la Indulgencia de Cruzada. Cubríanlos seiscientos hombres de caballería, cubiertos de fuerte armadura.

Si nos tomamos la molestia de sumar esta oleada invasora, veremos que monta la cifra de 346.600 hombres, sin contar mujeres y niños.

Tal era la expedición-Cruzada, no contra sarracenos, sino contra bien probados cristianos; ni para rescatar los Santos Lu-

gares, sino para conquistar las tierras españolas de Aragón y, conquistadas, poner como Rey, en vez del excomulgado y desposeído D. Pedro III, al segundogénito de Felipe III, un muchacho, como acabamos de decir, de dieciocho años de edad, sin otra biografía que la de ser hijo de su padre, o sea un Capeto más.

Y bueno será recordar también que, en esos momentos iniciales de esta "gran Cruzada" ya no era Papa Martín IV, que la animó, la indulgenció y la inició, sino el italiano Honorio IV, que la impulsó, la bendijo... y la perdió.

Esa masa invasora bien podía acabar con la independencia del Reino, con tanta mayor razón cuanto que éste contaba, en la zona fronteriza, con dos porciones que por más que obedeciesen a un mismo Monarca, se consideraban, en cierto modo, autónomas, o, si se prefiere, distintas entre sí; había que remontarse (y no es ésta la ocasión de hacerlo) a los orígenes de Aragón, por una parte, y Cataluña, por otra. Pedro III era Rey de la primera y Conde de la segunda. Había aún, en las postrimerías del siglo XIII, eso que, hasta nuestros mismos días, se llama el "hecho diferencial", por virtud del que las cuestiones aragonesas no afectaban a las catalanas, y viceversa; sus respectivas leyes sólo concordaban en recia obsesión de mantenerse altivamente fuertes cuando el Rey hacía algo que unos y otros consideraban atentatorio a las libertades, de Aragón o a los "usatges", de Cataluña.

Viene esto a cuento para explicar, ya que no justificar la actitud primera de los aragoneses, al saber la amenaza francesa, actitud en cierta manera inhibitoria, pese a los repetidos llamamientos del Rey (Cortes de Tarazona y Zaragoza) que equivalían a afrontar, con Cataluña, en estrecha hermandad, ese riesgo. No: recordemos que lo que a ellos más les importaba entonces era cuanto consiguieron con el Privilegio General. Lo demás, casi les dejaba indiferentes, porque la frontera amenazada era la de Cataluña.

Por doloroso que se presente al historiador, en 1.284-1.285, Cataluña se encontró (repetimos que, en las primeras semanas del avance enemigo) sola, ante el peligro y son sus hombres, su Nobleza y sus marinos, quienes hicieron frente al enemigo. Aragón cuando las cosas empezaron a ponerse mal, se unió a la lid. D. Pedro III, al inicio de las operaciones bélicas, contaba con poca gente: las diversas mesnadas de sus próceres catalanes, una docena de galeras, también catalanas, en Barcelona y sus alrededores y, en fin, poco a poco, contingentes de almogávares. ¿Aragoneses, quizá? Puede ser, mas nos parece que, por sus orígenes, por su modo de guerrear, por sus bravías costumbres, su manera de vivir, su frugalidad, su relativa indisciplina (únicamente sujetos a la férrea voluntad de D. Pedro), bien podría afirmarse que resulta muy difícil conocer su patria y hasta es posible que ellos mismos, toscos, valientes, temerarios, la ignorasen.

Entonces, ¿cuál habría de ser la estrategia de D. Pedro? Pues acudir a ardides de guerra, sembrar rumores de falsas noticias en el campo enemigo, fingir una potencia militar, de que carecía en la primavera de 1.285, repetir sus llamamientos a las armas en todo el territorio de que era Soberano, esperar, o, más bien, saber esperar la sucesiva y creemos que lenta llegada de hombres de guerra, a fin de engrosar su menguada hueste, confiar en los catalanes de toda condición y, a la larga, esperar también (ya estaba avisado con urgencia) la llegada, desde Sicilia, del invicto almirante Roger de Lauria, con su incomparable flota de galeras. Poco importaba el número de éstas, poco su inferioridad numérica, con relación a las francesas, que si sumaban más de doscientas, hacían poco efecto: simplemente, el de avituallar por su flanco izquierdo, según hemos dicho, al ejército francés. Sabía muy bien el Monarca que ni los ostentosos buques enemigos, ni sus Almirantes, podían resistir a los que acaudillaba su fiel Roger de Lauria.

¡Ah! Y otra cosa sumamente importante en esas circunstancias de desigualdad de fuerzas: evitar, mientras pudiera hacerlo,

una confrontación masiva, multiplicar la "guerra de guerrillas" (era, ésta, la especialidad de sus almogávares), "picar la retaguardia" al enemigo, cuando se presentase la ocasión, talar campos y destruir lugares, si no era fácil defenderlos, llegando a sucesivos incendios, con el propósito de que los invasores no hallasen víveres, ni pertrechos, ni botín, en su avance, sino "tierra quemada", y, en fin, contar primero con Dios, luego con el calor y la carestía y el hambre y la fatiga. Llegado el preciso momento contraatacar a un adversario desnutrido, cansado y desmoralizado.

Eso fue lo que, con certera visión de gran caudillo, hizo D. Pedro III. Cinco siglos después, ante el coloso Napoleón Bonaparte, igual estrategia, con triunfal resultado, hicieron los rusos al mando del General Kutusoff.

Los perpiñaneses, por leales que fuesen a su señor directo, D. Jaime de Mallorca, lo eran más a su "mayor señor", D. Pedro de Aragón y, así, al presentarse las avanzadas enemigas ante esta ciudad amurallada, vieron, con sorpresa, que no les abrían las puertas. Felipe III (a quien nos parece, por el contexto de Crónicas e Historias, irresoluto, poco belicoso y nada militar) pensó en retirarse de allí, pero el Cardenal Cholet (impulsivo muy vehemente, muy pegado de su doble condición sacerdotal y de Legado del Papa) le disuadió de ello, inventó un proyecto exactamente más propio de un guerrillero, que de un clérigo, por virtud del cual los soldados franceses irían entrando en Perpiñán como amigos y, una vez dentro, se convertirían en verdaderos hombres de armas, con todas sus consecuencias, y, de este modo, el primer obstáculo quedaría superado, como en efecto, quedó: el Rey halló en el Cardenal un excelente Jefe de Estado mayor.

Es verdad que esta victoria dio ocasión, entre otras tropelías, a mostrar muy a las claras que la tropa francesa de 1.285 era igual, lo que se dice igual, a las que ocupaban Palermo horas antes de las "Vísperas Sicilianas", es decir: se cometieron desmanes, a costa de

las mujeres, que fueron violadas por la chusma gala (y no la llana, sino la que, siendo chusma, tenía categoría de cierta graduación superior); se ultrajó a mansalva; pero unos cuantos de tales granujas pagaron por todos. Es Descot quien nos refiere el siguiente episodio, estampa usual de la baja ralea francesa en ese siglo.

Contra la voluntad de los perpiñaneses, habían entrado en su ciudad multitud de soldados enemigos. Era tarde ya cuando cayeron en cuenta de haber sido engañados. Una de las obligaciones que se impuso a la población consistía en alojar en todas las casas a oficiales y soldados, como se hizo. Robaron, eso sí, cuanto les plugo y se dedicaron a desmanes. Ocurrió que un gentilhombre, casado con la más bella dama de la ciudad, se vio constreñido a ceder su casa a un Conde picardo (debía, pues, pertenecer al 3er ejército, de los de arriba numerados) el cual, al ver a la dama (no estando, en ese momento, presente su marido) la cogió por un brazo, la llevó a una de las estancias de su morada y quiso abusar de ella; resistióse ésta con tanto esfuerzo que, de la pasión carnal, el francés, furioso, pasó al crimen: cogió un cuchillo y la mató; salió él a la calle y entonces el marido llegó, vio a su mujer cadáver ensangrentado y tuvo la suficiente presencia de ánimo para disimular su dolor y su rabia. Ya de noche, regresó el criminal con otros compañeros; el gentilhombre les sirvió sendos y repetidos vasos de vino. Bebieron todos y se durmieron beodos, momento en el cual el desdichado huésped tomó a sus hijos, recogió el poco dinero no robado por los franceses, y salió, no sin matar uno por uno al asesino de su esposa, a los que allí dormían su embriaguez y, descuidados de sí mismos, o acaso también dormidos a treinta y dos soldados franceses. En seguida, con sus hijos, pudo salir de Perpiñán, aprovechando la noche y a pie, salvaron las leguas que hay entre la ciudad y el lugar pirenaico donde velaba el Rey, D. Pedro III. Supo vengar, así, la inicua afrenta sufrida.

Nos urge decir el nombre del sitio exacto en que el ultrajado gentilhombre de Perpiñán y sus hijos (ya huérfanos de madre)

hallaron al Rey de Aragón, su señor: era el Collado del Panisars. Y nos urgía citarlo porque allí, pocos meses más tarde, el triunfo, a la vez glorioso y sensacional de la causa española, tuvo su expresión más cabal y más completa. No lo olvidemos, lector: Collado de Panisars, o dicho en catalán: Coll de Panisars.

Repetimos que, estudiada detenidamente esta invasión, cuyos comienzos debieron ser los primeros días del mes de mayo de 1285 (los Cronistas no se cuidaron poco, ni mucho, en la puntual cronología y sólo apuntan vagamente tal o cual fecha) se observa en seguida la falta de un entendido caudillo. Se avanza, sí, hacia el sur, pero por una zona lo más próxima al mar, que se pudiera, zona estrecha para tan numerosos guerreros, cruzados y peregrinos; zona montuosa, con difíciles pasos, no bien conocidos por los jefes franceses, que, al parecer temían únicamente dejar de ser abastecidos por sus galeras, ya que (eso sí lo comprendieron bien) alimentos y pertrechos eran indispensables mientras la marcha durase; lo demás les resultaba de escasa importancia, por el descuido, desorden y, casi, desorientación. ¿Había, pudiéramos preguntarnos hoy, espíritu combativo, carencia de entusiasmo militar, suplida por la doble y opuesta faceta, de lucrar indulgencia, como cruzados, y cometer violencias, robos y abusos sexuales, como soldados, mejor dicho: como hombres?

Si miramos el mapa, notaremos que la zona elegida para la penetración era la del Rosellón (feudo del traidor D. Jaime de Mallorca), zona, pues, en la que no hallaríanse obstáculos de importancia, porque si Perpiñán fue ocupado, con unos cuantos delitos, previstos y penados entonces y ahora en un non-nato Código Penal; si otros lugares fueron, asimismo, tomados sin dificultad (pues para esto se contaba con la presencia, un poco demorada, de ese traidor junto al Monarca francés, aunque las poblaciones mostrasen su aversión hacia los invasores), hay que decir también que tal o cual lugar cerró las puertas al enemigo y que éste las dejó a retaguardia, para ocuparlas después, v.gr.: la villa de Elna, situada

a tres kilómetros al sur de Perpignan y, ambas, a orillas del Mediterráneo, siendo muy de notar que el movimiento invasor se desarrollaba no sólo con lentitud, sino, más bien (¡cuánto salta a la vista estudiándolo en Desclot, ante todo, en Muntaner, en Zurita y en otros cronistas e historiadores, después de esos tres!) con verdadera indecisión, con prudencia, rayana en el temor, como lo prueba la primera reacción de Felipe III, al ver cerradas las puertas de Perpignan, episodio antes referido. En una palabra: cabe la hipótesis de pensar algo muy lamentable: si el Cardenal-Legado, en esa perplejidad, no hubiese actuado de estimulante, tal vez la expedición no se habría continuado; más, aún: si ésta no tuviera los honores de Cruzada (dos Papas la bendijeron) Felipe III y Francia no se hubieron aventurado a la misma, por mucho que Carlos de Anjou fuese el autor-inductor de ella, como reacción iracunda de sus derrotas sucesivas en Sicilia y sus alrededores.

Hubo, tras las tropelías perpetradas en Perpignan, otras, reseñadas por Desclot (Cronista al que damos merecida preferencia en esta parte de nuestro estudio): un Monasterio Cisterciense, situado más al sur de esta ciudad (la que, si bien cayó en poder de los franceses, continuó no afecta al traidor mallorquín, sino al mismo Rey de Aragón) fue ocupado por la chusma invasora, que, irritada ante la "desventurada aventura" de esa Perpignan tomada, pero no sometida, desahogaron su furia contra el sagrado edificio: rompieron puertas, robaron, despojaron la Iglesia a su gusto, mataron, hirieron o violaron a las Religiosas, eligiendo, para esto último, a las más jóvenes, presa adecuada a la bestialidad de la soldadesca, y el Cronista añade detalles de tan repugnante crueldad, que es vergüenza relatarlos. Así iba desenvolviéndose la invasión-Cruzada, muy a lo francés, ciertamente, pero, en su aspecto religioso...

Antes de proseguir nuestra narración de la campaña (si es que es ésta la palabra adecuada) conviene dar cuenta de algún cuadro, que muestra a la vez la traición de Jaime de Mallorca, impregnada de servilismo, las indecisiones de Felipe III, la clarísima

visión de su primogénito y, ¿por qué no decirlo? la actitud del Cardenal Cholet.

Hubo un primer encuentro entre el Monarca francés y el mallorquín, casi al tiempo de verse éste libre, tras la fuga de Perpignan, a través de un paso, o alcantarilla, subterráneo: acogido calurosamente en la tienda de campaña por el Rey, éste le pidió, muy gentilmente, sin duda, el paso de sus huestes a través del Rosellón, ya hollado por el enemigo, y D. Jaime, deshaciéndose en halagos hacia "uno de los más honrados, altos y nobles Príncipes de la Tierra" (Descloit), reconociendo que la marcha se hacía en virtud de un mandamiento pontificio contra su hermano, le contestó que, aunque su petición merecía ser objeto de estudio para ser atendida y, más, para ser puesta en práctica, por cuanto había hecho el Rey de Aragón, estando él enfermo, (se olvidó de que su mujer, por cierto, embarazada, y su hija, le habían sido devueltas) ponía a su disposición todas sus tierras y todo cuanto, en ellas y en el mar, le pertenecía, dándole, como anticipo, dos Castillos, muy aptos para el paso de las tropas invasoras; le daría también, si estuviera en sus manos, la buena voluntad de los habitantes de Perpignan y la villa costera de Copliure (Colibre), a la sazón rebeldes contra él.

Hasta aquí, el mallorquín; pero entra en escena (quizá había entrado mucho antes) el Rey consorte de Navarra, o sea el primogénito del Monarca francés. Este joven, de mejores dotes, por lo menos visuales, que su padre, pero que, más tarde, ciñendo la Corona, fue, a nuestro juicio, uno de los más depravados Reyes de Francia, siempre consideró con escepticismo, o, más bien, con pesimismo, la aventura en que se había metido su padre y, de paso, se burlaba, más o menos públicamente, de su hermano Carlos (los cronistas de la época suelen llamarle Carletto, y algún escritor español posterior, Carlitos, nada más), convencido de que, a pesar de todo, sería "Rey del viento", no de Aragón. Conocía, respetaba e incluso admiraba a su tío D. Pedro III y, por eso, juzgó difícilísi-

mo vencerle. En eso, daba anticipadamente, una lección a su propio padre y al Cardenal-Legado.

Éste, en cierta ocasión, al oír que el heredero de la Corona llamó Rey a D. Pedro, juzgó oportuno considerarle incurso en la excomunión fulminada por la Santa Sede, que se extendía, como repetidas veces hemos dicho, a todos aquellos que, directa, o indirectamente, favoreciesen al aragonés; ahora bien: seguir llamándole (como lo hacía el futuro Felipe IV) Rey, constituía una desobediencia... Todo fue "fuego de virutas", sin embargo, y la excomunión se desvaneció enseguida; al fin y al cabo, se trataba de todo un heredero y... de uno o varios descuidos verbales.

La villa de Elna, cayó también en poder de los invasores, pero todavía éstos, a fines de mayo, no habían pisado territorio propiamente catalán. La marcha proseguía con ritmo lentísimo y hemos de dar por cierto que el "sexto ejército", de los anteriormente enumerados, se deshacía tan pronto como sus componentes, mujeres y niños, al poner la planta en Cataluña y lanzar un simple gujarro hacia ella, lucrasen la indulgencia, porque, haciéndolo, habían agredido a ese Reino en entredicho. Por eso, muchos cronistas escriben que, llegado el momento y realizada la "proeza", los pobres cruzados pudieron decir, antes de regresar a sus lugares de origen, la frase, bien expresiva, en la que se jugaba un simple vocablo.

"Je jette une pierre, contre Pierre, pour gagner l'Indulgence".

Otro leve avance: se llegó a Boulon, aun fuera de Cataluña, o sea en Rosellón, y nueva parada. Decididamente, la marcha iba descubriendo las últimas estribaciones orientales del Pirineo imponente; se recreaban las miradas en el mar, que estaba inmediatamente a la izquierda, y se procuraba evitar la vista de la hosca e imponente cordillera ¡Si se pudiera pasar por el estrecho camino lindante con el Mediterráneo, evitando crestas, bosques, gargantas

y demás peligros montañeses! Pero, por muy torpe que fuesen los jefes franceses (y, manifiestamente, daban pruebas de ello) no se les ocultaba que la operación de guerra de invasión resultaría una catástrofe, pues los españoles, rodeándoles por el sur y, desde las alturas de la cordillera, en momento oportuno bien podrían yugular la expedición. No: quisierase o no se quisiera, se imponía cruzar los Pirineos, eso sí, muy a la izquierda del eje de la marcha, es decir: lo más cerca posible del mar, bien guardado por la numerosa, pero "virginal" armada francesa, que acaudillaba el almirante Guillermo de Lodeve, ya que, si las cosas se ponían mal, sus barcos les defenderían y, en todo caso, ellos les traían a diario víveres y pertrechos de guerra.

¿Guerra, hemos dicho? Pero, entonces, con tan cuantiosas fuerzas militares, ¿cómo no se abrió en un frente mucho más ancho? ¿Cómo no se simultaneó la penetración no sólo hacia Cataluña (la porción más oriental de Cataluña, mejor dicho) sino también hacia Aragón? ¿Cómo podríase ignorar en Francia (estando allí el traidor mallorquín, que sabía bastante acerca del poderío militar de su hermano) que, por lo menos numéricamente, su adversario era muy inferior, y siéndolo, un elemental movimiento diversivo, haría mucho efecto y bien peligroso en el dispositivo español?

No: sólo por el extremo oriental de Cataluña; sólo apoyándose en sus galeras; sólo el paso, como se pudiera, por unos incómodos Pirineos, que, si ellos conocían poco, los catalanes los conocían mucho; sólo, en fin, teniendo, como vago objetivo, nuestra actual provincia de Gerona..., para empezar.

Y así se llegó al día 5 ó 6 de mayo, quizá al día diez, sin que se tuviese la menor noticia de haber enfrente un ejército que se opusiera, lo cual hacía pensar a los incautos jefes franceses, con dos excepciones anotadas por Desclot (el heredero del Trono, Felipe, y el viejo y "cuasi catalán" Conde de Foix) que D. Pedro de

Aragón se había retirado más al sur, o que se desentendría de la lucha.

Felipe III debió formar parte de estos incautos, porque, acampado en Le Boulou, dio las órdenes pertinentes para iniciar, veinticuatro horas después, la ansiada y verdadera invasión.

¿Qué hacía, en realidad, D. Pedro III? Ya sabemos que sus fuerzas militares eran harto inferiores a las del enemigo y, sabiéndolo, ganaba tiempo y suponía que la penetración sería por el Coll de Panisars, el más practicable de los caminos en la zona de donde procedía la masa enemiga. Allí, pues, estableció, por lo pronto, su centro de operaciones, o, como hoy diríamos, su Cuartel General. No se le ocultaba (pues tenía buena información o servicio de espionaje) la baja forma de los franceses, su extremada cautela en el avance, sus esperanzas, en la flota. Él, también, las tenía en la suya, tanto en la exigua, al mando de Marquet y Mallol, anclada hoy aquí, mañana, allí, como en la que, con ansia aguardaba, procedente de Sicilia; además, sabía otro arte, a la sazón muy oportuno: esperar, porque entonces como antes y después, en las guerras, el "General Tiempo" era su aliado. Pocos gastos le costaban sus almogávares, algo más, sus marinos, y, en cuanto a las mesnadas de los próceres catalanes que formaban su Estado mayor (perdónese nos que continuamente empleemos términos actuales) ellos pagaban: tres de las cuatro provincias catalanas, Barcelona, Tarragona y Lérida, así como la ciudad y comarca de Tortosa, habían formado e ido engrosando la hueste real, cuya misión, por el momento, seguía siendo no presentar un frente de combate, mantenerse en puntos convenientes y, a la vista del enemigo, encender, por las noches, múltiples hogueras en las cumbres pirenaicas, como si, detrás de ellas, a la expectativa del choque, hubiese un cuantioso ejército español: cuantas más hogueras, en larga hilera, se encendiesen, tanto mejor.

Hemos omitido hace un instante a la provincia de Gerona, porque ella llevaría el peso de la primera embestida y, por lo mismo, los gerundenses formaban la vanguardia, o tropas de choque, y ahora damos los preclaros nombres de la Nobleza catalana que constituía lo que acabamos de llamar el Estado mayor del Rey D. Pedro III: Conde de Pallars, Ramón Folch (Vizconde de Cardona, cuyo prestigio era considerable) Dalmau (Vizconde de Rocaberti y Señor de Peralada), Ramón de Moncada (Señor de Fraga), Guillermo de Moncada (Senescal de Cataluña), Pedro de Moncada (Señor de Aytona), Berenguer de Entenza (Señor de Mora y Falset), Berenguer y Guillermo de Anglezola y Armengol, el poderoso Conde de Urgel.

Unas milicias de las "órdenes del Hospital y del Temple completaban, al principio, las fuerzas reales. No existen datos que nos permitan cifrar éstas, pero nos atrevemos a decir, con toda clase de reservas, que la proporción de uno contra once, no nos parece atrevida, pues recordemos que (incluso descontando los cien mil componentes del 6º ejército invasor) los efectivos franceses alcanzaban 246.000 soldados y no podemos suponer que, a mediados de mayo de 1285, el número de combatientes a las órdenes de D. Pedro llegase a 20.000, ni mucho menos. Ciertamente, Muntaner habla que, ya en julio o agosto, hubo un contraataque español, en los Pirineos, ocasión en que 50.000 almogávares causaron un destrozo en el enemigo, pero el Cronista propende a exagerar y no creemos que ni entonces, ni antes, ni nunca, esos terribles guerreros alcanzasen tan algo número; además, los había aún en Sicilia. Por otra parte, cuando merced a una información suministrada a su Rey, por unos Religiosos franceses, éstos, burlando las previsiones del Monarca aragonés, se introdujeron en España, por el Coll de Massanas (que no sabemos exactamente dónde se encuentra, aunque parece ser que no lejos del de Panisars) sólo lo guarnecía un destacamento de 60 u 80 hombres, dato que abona

nuestra convicción acerca de la desproporción de ambos bandos enemigos.

D. Antonio Bofarull, en su extensa "Historia de Cataluña"² supone que el Rey no juzgó, sin embargo, oportuno aún hacer un llamamiento general, añadiendo: "Si desde tiempo hubiese llamado las huestes de los pueblos, con la tardanza de verse ante el enemigo, podía debilitarse su constancia y, por otra parte, era difícil en aquella ocasión mantenerlas disciplinadas, como costosos los gastos de sostenerla, así para la Nación en general, como particularmente a los pueblos, harto apurados ya por temor de la escasez que experimentaban". Sin compartir por completo la opinión del erudito historiador, cabe, sí, dar por cierto que el dispendio era considerablemente mayor en el lado francés, ya que, paralelamente, efectivos, provisiones y pertrechos, en movimiento, que en lado español, pero otros factores más perentorios conviene tener presentes.

El tiempo que, aún sin lucha, transcurría, era, pues beneficioso, por todos sentidos, a la causa aragonesa, como, al revés, era perjudicial, a los enemigos, y convenía, por añadidura, a nuestro Rey (Rey-Caudillo, no lo olvidemos) dar a la campaña su decisivo giro en el mar: allí sabía ser superior al enemigo, que, hasta ese momento, sólo contaba en su haber la ocupación del Rosellón, gracias a la inaudita traición del mallorquín, que lo tenía como feudo

² No deja de ser interesante la animadversión, de historiador a historiador, que sintió este ilustre autor hacia D. Víctor Balaguer. Su extensa "Historia de Cataluña" es obra meritísima, pues Bofarull, como Director del Archivo de la Corona de Aragón, en él estudió a fondo infinidad de datos, que hacen de los nueve tomos en folio de que consta, una obra tan erudita y rica de contenido, cuanto farragosa como lectura, porque apenas usa el "punto y aparte", lo que, al lector le parece algo como subir una difícil cuesta sin descanso. En ella, casi tanto como completa "Historia", hay una continuada serie de estocadas a la de su paisano, Víctor Balaguer, también historiador de Cataluña. Bofarull le ataca a cada momento, pero Balaguer (más ameno, pero menos investigador), calló siempre y tuvo la elegancia de hacerse un gran favor, que causó lágrimas de arrepentimiento y gratitud a su oponente, ya viejo.

del Reino de Aragón; las atrocidades perpetradas por el enemigo, en Perpiñán, en el Monasterio inmediato y en otros puntos, pues hay que añadir, por lo menos, dos nombres donde la bestialidad de la soldadesca se cebó a su talante: Salces, primero valientemente defendida y luego, tras varios infructuosos ataques, ocupada, con la obligada y brutal represión (si no, ordenada por el Rey Felipe, sí tolerada) y, más tarde, Elna, adicta a D. Pedro (como, en el fondo, lo seguía siendo todo el Rosellón del mallorquín), cuya población, que se había opuesto a los invasores, fue, como Salces, pasada a cuchillo, lo que tuvo lugar, al parecer el 25 de mayo. Hasta entonces, bien puede decirse que la Cruzada, desde el punto de vista militar, estaba entretejida por: relativa facilidad, con las excepciones reseñadas, carencia de un orden castrense, paso por una comarca no enteramente catalana, pusilanimidad en el mando y en la tropa, casi miedo de adentrarse hacia la gran barrera pirenaica, ansia de que los barcos franceses permanecieran siempre a la vista, en el flanco izquierdo de la expedición, atrocidades a cargo de la soldadesca, lentitud en el avance, buscando locamente el más estrecho camino para no perder de vista a esas galeras... y paradas incomprensibles, con el consiguiente consumo de víveres, gastos generales y cansancio de los invasores.

Mientras esto ocurría en el campo enemigo, D. Pedro, en Junquera, o, al lado, en Coll de Panisars, dictaba órdenes, despachaba emisarios a sus Reinos, especialmente a Aragón (hasta bien entrado el verano, casi inactivo, como si las cosas no le afectaran), atendía a sus deberes de Rey, según antes dijimos, disponía que su digno primogénito recorriera los dominios de la Corona, excitando a la defensa común, organizando fuerzas militares y cumpliendo admirablemente las disposiciones de su parte, que de un momento a otro esperaba la invasión ya en sus propios dominios.

Sí: el enemigo acampaba a la vista del Coll de Panisars y hasta intentó trepar por la vertiente norte de la gran cadena pirenaica, sin conseguir otra cosa que una furiosa acometida por parte

de los almogávares y sirvientes de mesnada, acometida que causó un desastre a los franceses.

Se presentaba, pues, la expedición-Cruzada llena de dificultades y entonces, poco antes o poco después, debió tener lugar la hiriente ironía con que el prudente heredero de la Corona francesa manifestó a su hermano Carlos la "cordial acogida" que le hacían sus nuevos súbditos. El pobre "rey de viento" no tenía culpa y, en cierto modo, sólo podría ser calificado de incauto e iluso.

Pasaron los primeros quince días de aquel junio de 1285, que preludiaban ya con sus calores, con los obstáculos imprevistos y con vagos presagios nada consoladores, cuanto sobrevendría al lado de acá, tan pronto como la masa humana extranjera hollase el territorio español.

Y mientras los dos Reyes esperaban, uno, incierto e inquieto; otro, confiado, sí, pero consumido de impaciencia por la llegada de nuevos refuerzos, por tierra y sus invencibles galeras, procedentes del Mediterráneo central, por donde, como ducñas, se apoderaban de cuantas bases navales convenían a Roger de Lauria; mientras, en fin, el "General Tiempo" permanecía fiel aliado del Rey de Aragón, llegó la hora en que, como vanos a ver en el siguiente capítulo, uno o varios monjes franceses, conocedores de los pasos y de las vías de penetración hacia el sur, daban preciosos informes al desconcertado Rey Felipe III, al Cardenal-Legado, Cholet y a sus lucidos miembros del Estado mayor, informes que permitieron, por fin, el comienzo de la invasión.

Mediaba, repetimos, el mes de junio.



V

La entrada

Sí mediaba el mes y se mermaba la hueste invasora, primeramente, porque la marcha hacia el sur era penosa, para mujeres, niños y ancianos, o sea para la gran masa de lo que hemos dado en llamar (un poco humorísticamente) "6" ejército", que, al echar una piedra, con mejor o peor acierto, hacia la frontera montañosa, ganaban la Indulgencia de la Cruzada; cumplido este deber, regresaban a sus lares.

Pero, a la vez, mermaba por enfermedades y penalidades. Desclot, cuya Crónica seguimos, porque es la mejor y de ella han tomado copiosa información casi todos los historiadores, sin desdeñar a la Muntaner, es quien así lo dice, añadiendo que también el hambre hacía retroceder a quienes ya no tenían la condición peculiar de peregrinos. Si, pues, ya este último factor causaba sus efectos, no puede extrañar cuanto nuestro gran Cronista dice, que es bien expresivo.

En uno de esos altos, incomprensibles, en la expedición militar, al lado de allá de los Pirineos, a la vista de las crestas, que, por la noche, se llenaban de hogueras, como antes se ha indicado, hubo un diálogo entre el Rey de Francia y el Cardenal-Legado; éste, viendo la vacilación de su augusto señor, le dijo que había que apresurarse, que había que atacar, precisamente por el Coll de Pa-

nisars, que estaba enfrente, ya que la tardanza en hacerlo podía ser fatal. El Rey le replicó, muy juiciosamente, que era fácil decirlo, pero no tan sencillo hacerlo, porque él bien sabía "cuanta gente tiene Pedro de Aragón y cuánto cuesta ese paso". Y, como colofón a sus palabras, le invitó, como jefe, que era el Cardenal, del por nosotros llamado 5º ejército, a ponerse al frente de sus 6.000 jinetes pontificios, en la vanguardia de las tropas invasoras, cediéndole, así, el honor de pasar el primero; los demás, con el mismo Rey, le seguirían, pues sabía morir, si otra cosa no fuese posible".

Como se ve, ni había espíritu militar, ni afán de aventurarse a través de la importante cordillera, ni siquiera un rudimentario dispositivo, ni, menos, un plan preconcebido. Cabría decir, a fuer de imparciales, que el Ampurdán constituía algo parecido a la Tierra de promisión, porque su terreno, llano y fértil, daba la casualidad de que seguía siendo, como hasta entonces, flanqueado por el Mediterráneo, el pródigo mar que las galeras de Francia (con éxito discutible) suministraban los víveres. El Ampurdán bien pudiera ser un vago objetivo, pero otro, menos vago, sería poco alejada del susodicho mar (unos 31 kilómetros, en línea recta), fuera, pues, del alcance de la vista. Y ya en delirante desbordamiento de optimismo, ocupada la zona ampurdanesa, todos sus castillos y lugares fortificados y la ciudad de Gerona, el lógico objetivo del ejército invasor tenía que ser nada menos que la capital, es decir: Barcelona.

El sabroso diálogo entre el Rey y el Cardenal sólo parecía preludiar una retirada masiva; en todo caso, se redujo a una breve perplejidad, terminada por la llegada al campamento real, de dos hombres, cuya presencia y cuyos informes obraron el prodigio de llenar de alegría a los interlocutores, a su Estado mayor y a todas las fuerzas expedicionarias. No eran franceses, como antes hemos dicho; eran "jaimistas", o sea vasallos del "traidor mallorquín"... A los efectos prácticos, franceses, es decir: enemigos. Uno, un Religioso, Abad de cierto Monasterio situado en territorio geográficamente catalán,

pero políticamente (digámoslo así) "jaimista"; otro, un caballero, en idénticas condiciones, llamado Guillermo de Pau.

Ambos comunicaron que conocían muy bien un paso en la cordillera, situado más próximo al mar, que el de Panisars, donde estaban; ese paso, desguarnecido por los españoles, por considerarlo intransitable, se llamaba Coll de Massanas, situado entre el anterior y el de Bañuls, o sea en la perpendicular de la ciudad de Perelada (patria chica del Cronista Muntaner). Ni en los mejores mapas lo hemos ubicado, pero los datos de Desclot no permiten la duda. A él, pues, nos atenemos.

El Rey y el Cardenal abandonaron vacilaciones, dudas y pesimismos: ambos informadores solicitaron que unos expertos militares y un fuerte destacamento de caballeros y peones (éstos, provistos de palas, picos y demás utensilios adecuados) les acompañasen, como se hizo. En efecto, el estrecho paso, hábilmente trabajado, era una excelente vía de comunicación, tan pronto como con una noche de zapa y allanamiento del terreno, se pudo comprobar que por allí, sin grandes dificultades, el ejército podía cruzar, con relativa holgura.

Es preciso decir, por nuestra parte, que allí hubo un fallo en la vigilancia dispuesta por D. Pedro de Aragón: no imaginando peligro, sólo lo guarnecían ochenta hombres de la hueste catalana, los cuales, al aclarar el día, se dieron cuenta, a destiempo, de la peligrosa filtración enemiga y corrieron a avisar al Rey, que, confiado, seguía en el Coll de Panisars. Parece evidente que D. Jaime de Mallorca fue el inductor de esta nueva traición.

Pasó, pues, el ejército francés por esa vía de penetración y pisó tierra catalana: el Ampurdán, harto más cómodo para los movimientos, se cruzó con cierta rapidez, antes no practicada, y se dirigió, oblicuando un poco, hacia levante, hallándose poca gente y ninguna defensa, llegando, pues, cómodamente hasta Castellón

de Ampurias, esa antiquísima ciudad Emporienno, tan citada por los romanos, al alborear la historia escrita de España.

La presencia del enemigo, totalmente inesperada, puso en fuga a 50 hombres de armas que allí había, los que se dirigieron a Peralada, en tanto que la masa francesa seguía precipitándose por el Ampurdán. Innecesario parece decir que la alegría de Felipe III y el Cardenal Cholet era inmensa: ¡al fin, España iba estando invadida por los Cruzados! Tan grande, que, sin atreverse a creerlo, bien por precaución, bien por considerar mejor punto para despachar órdenes complementarias, ambos no pasaron, sino después de enviar urgentes instrucciones a la flota francesa, anclada en Narbona, para que, al momento, se hiciese a la mar, flanquearse por la izquierda a los expedicionarios y navegasen a lo largo de la costa catalana, por la amplia zona del golfo de Rosas, como el almirante francés, Lodène, lo hizo, no sólo para la susodicha operación de protección, sino para la importantísima tarea de que, en ese inesperado movimiento progresivo, las tropas no carecieran de víveres.

¿Cuál era, en tan peligroso trance, la reacción de D. Pedro III? A juzgar por lo que Desclot escribe, el Rey, por un momento, quedó desconcertado, no por miedo (sentimiento que desconocía) sino por los estragos que pudiera estar sufriendo el Ampurdán.

Reunió a sus próceres catalanes sin pérdida de tiempo y celebró con ellos un consejo de guerra, cuyo prólogo equivalía a confesar su propio descuido. Creía, en efecto, que, impracticables todos los demás pasos que no fueran el de Panissars y el de Bañols, el enemigo, cansado, inactivo y mal alimentado, se volvería a su país, sin combate.

El "General Tiempo", con quien D. Pedro contaba, le hubiera permitido que los labradores tuviesen holgura para recoger las cosechas, antes de la entrada del enemigo, y, así, éste, una vez en el Ampurdán, se encontrase yermos los campos, desierta la tierra,

bien guarnecidos ciertos lugares fuertes, circunstancias, —pensaba el mismo Rey—, que determinarían la pérdida, por enfermedades y por hambre, de una tercera parte de los invasores; otra en riñas y en andar de un lado a otro; el resto, sería batido y derrotado por las fuerzas catalanas.

Este plan acababa de frustrarse, añadió el Rey, porque el enemigo estaba ya en los dominios de la Corona de Aragón.

Estas noticias llenaron de estupor a sus oyentes, mas, a partir de tal momento, aparece, cada vez más brillante, la grandeza del Monarca, quien, sereno, firme, sonriente, cual si tuviese ya ganada la guerra, participó a los suyos lo que, instantáneamente, acababa de decidir: consigo tenía en el Coll de Panissars cien caballeros y ochocientos hombres de a pie, unos y otros, cubiertos de hierro. Irían, al momento, de cumbre en cumbre, de collado en collado, recogiendo las guarniciones, reagrupándolas y, pasada ya la totalidad de las fuerzas enemigas, cortar sus comunicaciones con Francia, establecer una línea defensiva, de norte a sur, que, tras ciertas modificaciones, al ritmo de la situación militar, tuvo, al final, como polos, Besalú y Hostalrich, de unos 35 Kms de longitud, y entre cuyos puntos se halla Gerona, posible ciudad destinada a pasajero sacrificio, para frenar, a un lado y a otro, en ese nuevo frente vertical, el previsto avance francés, cuya masa operativa se vería, así, entre las tropas de D. Pedro y el mar.

¡El mar, acabamos de decir! Por él vendría, a no tardar, el Almirante con su flota catalano-siciliana y en Roger de Lauria confiaba el Rey. Ciertamente, a partir de tal cambio de plan y de frente, se cruzaron urgentes órdenes en todos los territorios de la Corona de Aragón, siendo el Infante heredero, D. Alfonso, una vez más, efficacísimo instrumento de las disposiciones de su padre, porque, en Barcelona se hizo el llamamiento, o "sometén" que estaba regulado por los "Usatges" del Principado, y en Aragón, por fin, se realizó una especie de movilización general. Acudieron

los aragoneses, pero conste que sin dejar de su mente y de sus labios la acostumbrada conseja de que aún D. Pedro no había cumplido lo concedido por él en el "Privilegio General".

Al historiador la campaña, de cuatro meses (junio-octubre de 1.285) el entusiasmo incontenible del excelente autor D. Antonio Bofarull, no conoce límites y con razón, sin duda. En su extensa obra, antes citada, expone minuciosamente, la admirable clarividencia militar de D. Pedro y aunque hoy, a siete siglos de distancia, no sea posible seguir paso a paso los vaivenes de la lid y estudiarlos con arreglo a las normas de la técnica moderna, basta la lectura de los nombres geográficos, con un buen mapa (ante nosotros tenemos uno de los confeccionados por la Cartografía militar, recientemente) para darse cuenta de las líneas maestras de esa guerra relámpago y de las líneas directrices del plan adoptado, en Panissars, por el Rey, que, como nunca, dio muestras indiscutibles de su clara visión estratégica, en el doble teatro de tierra y mar, el primero de los cuales es de pequeña superficie, casi limitada por el Alto Ampurdán, que, muy desde los comienzos de la invasión había sido evacuado por órdenes del Rey; sin que contuviera el número de lugares y Villas, ni mucho menos, que hoy, estaba salpicado, por decirlo así, de diversos conjuntos de poblaciones, algunas de ellas fuertes y bien amuralladas, pero, en general, prontas para ser evacuadas en un momento dado.

Ya hemos dicho que D. Pedro, consciente de su inferioridad numérica en cuanto a fuerza militar, había decidido evitar un enfrentamiento general y se limitó a estorbar en lo posible, el avance enemigo, lo que éste, por otra parte, le facilitaba la tarea defensiva, pues, por los factores apuntados, diríase que avanzaba con pies de plomo.

Sin tratar, ni mucho menos, de pormenorizar la marcha invasora, por ser tarea ardua y llena de confusión (basta leer a Desclot, Muntaner, Zurita, Bofarull y otros historiadores, que literal-

mente se pierden relatando episodios de mayor o menor alcance, y se extravían, también, en barajar nombres geográficos) cumple, a nuestro propósito, señalar a grandes rasgos, direcciones ofensivas, puntas de fricción, viajes del Rey, verdadero artífice de cuanto ocurrió, y, de manera vaga, movimientos de nuestras fuerzas.

Por lo pronto, ya queda apuntada la fecha (hora más, o menos) de la entrada del enemigo: el 19 de junio, con ejército que, sin temor a equivocarnos, ya no sería superior a unos 200.000 hombres, de no buen espíritu combativo, no bien mandado, medianamente abastecido y sólo "valiente" cuando hallaba escasa resistencia o presagiaba botín o desmanes.

D. Pedro III, al principio, pudo tener sospechas de la fidelidad del Conde de Ampurias, principal prócer de la comarca invadida, pero luego (cuestión de pocos días) se convenció de su propio yerro, porque el magnate catalán dio pruebas de valor y adhesión al Soberano. Éste, dictando órdenes, recorrió a caballo multitud de leguas, en distintas direcciones y así lo vemos en Parissars, Peralada, Figueras, Castellón de Ampurias, San Quirico, la línea fluvial del Ter, y otros lugares de paso, pero siempre convencido de ser Gerona el punto de mira del enemigo.

Los Nobles catalanes que formaban su Estado mayor le aconsejaron que se trasladase a Barcelona, para, desde allí, como capital de Cataluña, dictar las operaciones pertinentes, pero el Monarca (que ya había tenido ocasión, por dos veces, de dar muestra de indómito valor personal) sólo accedió dejando, en su lugar, al Infante D. Alfonso y con la mira puesta en que, verdaderamente, su presencia en la gran ciudad podría dar alientos a toda Cataluña, ordenar la defensa, despachar emisarios y observar la marcha del enemigo, por medio de ellos. Además, y éste era su mejor cometido, dispuso, desde allí, las operaciones navales, sin cuidarse poco, ni mucho, de lo exiguo de la flota.

Ramón Marquet y Berenguer Mallol valían, como marinos, inmensamente más que el francés Guillermo de Lodire, razón por la cual extrañaba a los barceloneses la inacción de ambos almirantes, surtas sus galeras en el puerto, mientras las numerosas enemigas, obedeciendo a Felipe III, recorría la costa catalana, desde Rosas, hasta muy cerca de Blanes, realizando operaciones ofensivas que, sin ser de importancia para la marcha general de la contienda, indignaban a los maltratados puertos del litoral.

Ignoraban los que juzgaban así a los dos almirantes, que, por su gusto, ya habían salido a alta mar y luchando con el enemigo, si no fuese porque el Rey (probablemente, tascando el freno) habíales prohibido hacerlo, en espera de la suspirada flota de Roger de Lauria. Mas llegó un día en que ese malestar de la población alcanzó, injustamente, a la fidelidad y al honor de esos marinos y, por extensión, a sus tripulaciones: se pensó, en efecto, y aún se dijo que pudiera haber connivencia con el enemigo y entonces, sin cuidarse de altas órdenes, pero cuidando de la propia dignidad, se decidió levar anclas y, en buena lid, coadyuvar a las operaciones de corso, que, desde días atrás, llevaban a cabo diversas sactias particulares, fruto de las cuales obteníanse triunfos y, sobre todo, botín, a costa de las naves francesas, correrías que, muy valientes, sí, carecían de la aureola propia de marinos profesionales. Sus ligeras naves causaban quebranto incluso a los convoyes de víveres destinados a los invasores y en tales aventuras se distinguía un marino de Alicante, llamado Albela, que, intrépido sobre todos, no vaciló alguna vez en llegar, a fuerza de remos y velas, hasta Narbona, donde sorprendieron a diversos buques enemigos, los abordaron y cargaron con importante botín, en el que había una tienda de campaña, de alto precio, perteneciente al mismo Rey de Francia.

Estos alardes de valor había que colocarlos con acciones navales de verdadera guerra. Marquet no titubeó más y dirigió su escuadra a San Feliú de Guixols, puerto del Bajo Ampurdán, dispuesto a hallar al adversario y a abatirle. Por lo pronto, el dominio

del mar, tan cacareado por los franceses, no se advertía: durante algunos días, los marinos catalanes recorrieron la costa, sin hallar al enemigo, bien a su pesar, pero, al fin, lograron ver hasta siete galeras, vanguardia de otras más, en total, veinticuatro.

Dejemos hablar al distinguido historiador de nuestra Marina de Guerra en la Edad Media, D. Francisco J. de Salas, autoridad en la materia.

Marquet arribó entonces sobre las del grupo más avanzado, a toda fuerza de remos en ayuda de la vela, no sólo por el temor de que la noche impidiera la batalla, sino porque se proponía batirlos a barlovento, para impedirles el auxilio del grueso de la flota enemiga, la cual seguía navegando en el mismo orden y sin procurar la reunión, como si su jefe no hubiera visto o no comprendiera la maniobra del almirante de Cataluña, quien, al hallarse próximo a las enemigas, aferra el velámen, rodea con sus galeras a las siete del primer grupo, las aborda y, sin descuidar los aceros, se ven obligados los capitanes de éstas a rendirse, atendiendo el mayor número, o penetrados de la imposibilidad en que se veía Guillermo de Lodive, su almirante de socorrerles con el grueso de la flota; pero en tanto que se calmaba en la de Cataluña el desorden producido por el trasbordo de los prisioneros, llegó a sus aguas la enemiga, ocupando la parte norte las galeras de Narbona, en cuyo centro se veía a la capitana; las de Marsella, un poco más hacía el este, y sotaventadas hacia el sur, las bretonas y otras auxiliares.

Decidió Marquet a arrostrar lo que la fortuna le deparase y sin vacilar un momento, estrecha las distancias entre las suyas, dejando dos para la custodia de las presas y, sin tener en cuenta el número, sin considerar los resultados, ni atender sino a la precisión de combatir, embiste con sus galeras contra el centro de la mal formada línea enemiga, la divide en tres partes, arrolla a las de Narbona, hasta echar cuatro de ellas a pique y resueltamente aborda y se apodera de la montada por Lodeve. Las de Marsella, que

por su posición, no habían podido operar en la batalla, se pronunciaron entonces en fuga hacia la costa, bien para buscar auxilio en Palamós, o para eludir un segundo encuentro, y Marquet, libre por el pronto, de enemigos, pudo ocuparse con sosiego en las faenas consiguientes a la victoria. Siete galeras enemigas cayeron en poder del vencedor y con ellas, triunfante, llegó a Barcelona, entre delirante alegría de la población.

Así escribe el docto historiador y, por nuestra parte, debemos aclarar que si nos hemos adelantado en las jornadas bélicas, ya que este triunfo naval tuvo lugar después de lo que estaba acaeciendo en tierra, lo hemos hecho para completar una de las más destacadas, ocurridas durante o poco después de la presencia del Rey en Barcelona. Y ahora, volvamos la mirada al Ampurdán.

En el lapso de tiempo comprendido entre la penetración enemiga y los primeros días del mes de julio puede decirse que la invasión era parecida a un lento paseo militar: lugares abandonados, o habitados por inofensivos catalanes; otros, ocupados sin combate; alguno, asaltado repetidas veces, hasta su capitulación; pero todos ellos carentes de importancia, en tanto que iba engrosando la hueste real, porque a la señal de somatén todos los catalanes aptos para la lucha, se agrupaban en los puestos de mayor peligro, siendo Peralada, acaso, el que los franceses ansiaban tomar, y mientras las tropas procedentes de las cuatro provincias catalanas (se subraya la de Lérida, como la más experta para la guerra) cubrían ese frente vertical a que antes nos hemos referido, o sea Besalú-Hostalrich, Peralada resistía con éxito algunos ataques, sin embargo de lo cual, se decidió abandonarla sigilosamente, no sin incendiarla.

Era, repetimos, la guerra de desgaste y ya el "General Tiempo" militó al lado español: no se recibían regularmente los víveres, ni por el norte, donde patrullas catalanas sorprendían los convoyes, ni por el mar, merced a esas acciones de corso, anticipo de las

de Marquet, quien, a su vez, prelude las hazañas casi increíbles, de Roger de Lauria, aún en ruta; el cansancio, el desánimo y el calor de un julio en sus comienzos, minaban la moral del enemigo, que no halló en Peralada sino ruinas humeantes; el avance, siempre a la vista del mar, hacia el Bajo Ampurdán, aunque abundante en episodios que Desclot y Muntaner se recrean en referir, pero que nos parecen más rico en colorido, que importantes para el conjunto de nuestra obra, y llenos, sí, de muestras de valor por parte de los españoles, pero con tal cual mancha de traición, bien por cobardía, bien por interés, bien, en fin, por tratarse de los que hemos llamado "jaimistas", va jalonando hacia el sur, con ritmo lento, una invasión que, carente ya, de algún optimismo inicial, encuentra o bien esporádicas resistencias, o bien silenciosos pueblos deshabitados; aún no puede jactarse el enemigo de haber obtenido ni una sola batalla ganada.

Y el caso era que una victoria así bastaba ya, por menguada que fuese, para colmar el sueño dorado no se sabe si de Felipe III, o del Cardenal Cholet: coronar, tras ese tiempo "non-nato", al pobre Carletto (Carlitos), segundogénito del Rey de Francia, como Rey de Aragón, dando por supuesto que D. Pedro III se allanaría. De labios adentro (quizá, también, de labios afuera) el primogénito heredero, se reía de la comedia.

Pero un éxito militar, tan costoso para los franceses, como de mínimo alcance en el conjunto, llegó, por fin, en julio: era cuando la mayor parte de la tierra invadida estaba deshabitada y cuando la flota enemiga dominaba la costa, entre Narbona y Blanes (Marquet no había hecho aún su proeza). Sucedió que tras la ocupación, sin esfuerzo, de un lugar, San Salvador, cerca de Rosas, el enemigo puso sitio a otro, de tan escasa importancia como el primero; se llamaba y sigue llamándose Llers, a poco más de una legua al noroeste de Figueras.

Aquí sí, hubo heroica resistencia y tras catorce asaltos, entremezclados con impetuosas salidas de los sitiados, que costaron caras al enemigo, la superioridad numérica de éste y, nos atrevemos a decirlo, el ansia delirante de un triunfo, aunque fuese de mínimo alcance, obligaron a una muy honrosa capitulación. (Y aprovechamos este momento para decir que la Edad Media es más caballeresca, más bella y más noble, al ofrecer en las guerras numerosos casos de capitulación, que nuestra Edad Ultramoderna, que sólo conoce la hiriente "rendición incondicional".

Llers, tierra ya catalana, fue considerada como primera victoria de los invasores y, pese a su insignificancia, apto lugar para "coronar" a Carletto I, pero, a falta de corona, el Cardenal Legado Cholet, en nombre del Papa Honorio IV, puso sobre la cabeza del muchacho (suponemos que por un momento nada más), su propio capelo, lo cual bastó para la ceremonia, amén de un improvisado solio; bastó para que el guasón de su hermano mayor, el futuro (¡y tan futuro ya!) Felipe IV el "Hermoso" le llamase "Rey del Chapeo", con la misma risa con que antes le había llamado "Rey del viento"; y finalmente, bastó para que "Carlos I de Aragón" repartiese títulos, mercedes y pomposas senescalías, entre un grupo de amigos. Pues bien, el autor del presente libro le importa decir aquí que, hace unos treinta o cuarenta años, una Editorial creemos que catalana, aunque tal vez no lo sea, pero, en todo caso, española, empezó a publicar, con primorosa encuadernación en pergamino, una Historia de los Reyes de Aragón y no tuvo el elemental rubor de intercalar, entre Pedro III y Alfonso III al intruso e imberbe Rey del Chapeo, que, además de tan original sucedáneo de corona, la usó un momento, para dos meses, escasamente, después, volverse de mala manera a Francia, con los restos del ejército, el cadáver de su padre y la risa inacabable de su hermano mayor.

Perdónesenos esta interrupción de nuestro relato, pero creemos que merecía la pena señalar a qué grado de estulticia puede llegar alguna vez una casa Editorial, sea de donde sea.

Como a vista de pájaro, ya en la segunda quincena de agosto, o sea a los dos meses de haber comenzado la invasión, el enemigo era dueño de una porción del Ampurdán, (despoblada, en general), de unos cuantos lugares fuertes, tomados sin combate; de Castellón de Ampurias, donde la traición de los "jaimistas" hizo imposible la defensa; de zonas, pues, bien desproporcionadas para tan gran ejército (anticipo medioeval, se nos ocurre, de la "Grande Armée" napoleónica) y, en fin, como máxima victoria, de la localidad amurallada de Llers, a la que le cabe la triste nota de haber sido, durante los tres días de fiestas, organizadas por la "coronación" del "Rey del Chapeo", algo así como la capital del Principado de Cataluña. Una ojeada al mapa basta para confirmar lo dicho.

Todo esto constituía, hasta tal fecha, el fruto de la invasión-Cruzada y aunque sea imposible al historiador la interesante tarea de investigar el estado de ánimo de Felipe III, de sus altos oficiales y de su ejército, no parece aventurado suponer que más bien que optimismo, acerca del resultado final de la expedición en son de guerra, una serie de preocupaciones y de interrogantes bulliría en la mente de unos y otros, porque se había conquistado poco, las bajas eran preocupantes (ante Llers, en su brava defensa, cayeron multitud de jinetes, peones y caballos), el calor apretaba y, en fin, se sabía muy bien que en Gerona se preparaban para el ataque enemigo, su señor, el Vizconde de Cardona y lucida tropa, a sus órdenes.

Si había que montar allí un nuevo asedio, sería mucho más dilatado, difícil y peligroso, sin duda, que el de Llers, y, siéndolo, la estación, las vituallas y las inevitables acometidas de los españoles, ¿no constituían un obstáculo insuperable?

Decididamente, como había previsto D. Pedro III de Aragón, el "General Tiempo" era su aliado, por tierra y, peor todavía, por mar.

Vamos a verlo.

VI

Gerona - El Mediterráneo

Entre las ciudades españolas que, por sus gentes y hazañas, despiertan la admiración del historiador, confesamos que, muy en cabeza, figura, para nosotros, la ilustre, la vieja, la inmortal Gerona.

Está en la vanguardia, por el norte, frente a la frontera pirenaica; dos ríos se juntan en ella, el Ter y el Dayar, además de otros dos riachuelos, y si la población, puede sentirse orgullosa de su floreciente industria, de la fertilidad de su suelo y, hasta hace no muchos años, del silencio augusto, casi religioso, de la ciudad, más orgullosa puede estar por su alcurnia, por la bravura de sus habitantes y, sobre todo, por su incomparable historia.

De Gerona se habla siempre como sinónima de abnegación, del heroísmo capaz de cualquier sacrificio, y, más allá de los Pirineos, acaso se hable de ella, también, con respeto, no exento de temor.

Ya tenía bien cimentada su celebridad (de remoto abolengo) en el siglo XIII; ya era Gerona entonces considerada como la punta de lanza orientada al septentrión, como plaza militar de primer orden y, por lo mismo, como pieza obligada para cualquier empresa bélica que tuviese, como objetivo, no sólo Barcelona y toda Cataluña, sino, además, la Península Ibérica.

Pues bien: por mediocres que consideremos, y con sobrada razón, a Felipe III de Francia, al Cardenal-Legado (antes le calificamos de su Jefe de Estado mayor, "et pour cause", como dicen en la patria de ambos) y de los demás jefes del copioso ejército invasor; por más que, en los dos primeros meses de su campaña, hubiesen demostrado superabundantemente su pequeñez en punto a arte militar, no seríamos justos si no les reconociésemos, como ahora lo hacemos, la elemental visión de que, para obtener ulteriores resultados positivos en la aventura a que se habían lanzado, era indispensable no contentarse con la toma, más o menos incruenta de un Ampurdán semi-abandonado, de una victoria (un tanto pírica de Llers), unos cuantos lugares caídos en su poder por la traición de "jaimistas", como la ocupación de Castellón de Ampurias (donde, por cierto, un alcaide intentó el asesinato del Rey, valiéndose de un buen ballestero a quien le dio la orden de disparar, cuando taimadamente, le invitaba a acercarse más, para cerciorarse de que era, en efecto, el Rey). No, no bastaban tales pequeñeces y tanto tiempo de penoso y titubeante avance, para hacer soñar los clarines de la victoria. No: los doscientos mil hombres (calculamos por bajo) del ejército invasor, tenían que hacer algo más eficaz y por eso Rey, Legado, Magnates y jefes militares se habían fijado precisamente no en Peralada, no en Figueras (que, pusilánime, se entregó sin combate, no en Castellón de Ampurias, no, en fin en la para ellos importantísima conquista de Llers, sino en la ilustre ciudad de Gerona, visión acertada, sin duda; tan acertada, que antes que los franceses, D. Pedro III de Aragón, experto caudillo, adivinó el propósito del enemigo y, de acuerdo con el Noble Vizconde de Cardona, Señor de la ciudad, ese D. Ramón Folch, que estaba considerado como el más distinguido prócer, entre los que rodeaban al Monarca, hacia Gerona se trasladaron, porque el enemigo, todo lo mermado y desprovisto de moral castrense que se quiera, pero abrumadoramente superior en número a las milicias llamadas por D. Pedro, que engrosaban de día en día sus fuerzas, sin duda alguna, tenía como primer objetivo la toma

de esa ciudad-clave, bien que, estudiada minuciosamente la situación, se nos antoje Gerona como la mayor, ya, de las ambiciones del adversario.

¿Es que, en efecto, en pleno verano y dados los factores negativos ya mencionados, cabe suponer que se pensaba en la conquista del Reino de Aragón? ¿Es que, ante los obstáculos y la estrategia del Monarca español, cuyo denuedo era proverbial y el recuerdo de sus recientes triunfos en Italia estaba presente en la memoria de su augusto sobrino francés, podría suponerse una claudicación? ¿Es que, en fin, podía ya contarse en París y en la Santa Sede con una mansa entrega al mozo de Chapeo, de toda una Corona de Aragón, perfectamente puesta en la cabeza de hombre tal como lo era D. Pedro, asistido por un pueblo que no le abandonaba, ¡ni aún excomulgado!

En verdad, imaginar mayores ambiciones al invasor, a los dos meses de estúpida campaña, es absurdo; y pronto hemos de comprobar que, ya en esos días, el Monarca francés, nunca optimista, sólo se contentaría, para no aparecer como un pobre hombre y como un iluso, o un fracasado, con la toma de Gerona, ¡sólo con esta ciudad, sólo este triunfo, aunque fuese... por unos días nada más!

Lector: hemos estudiado con toda minuciosidad esta página de la historia patria; hemos procurado extremar, en ella, nuestra imparcialidad; hemos consultado y contrastado las fuentes de conocimiento existentes, a fin de no ofuscarlos, ni ofuscarlos, por eso, sin jactancia, anticipándonos a los acontecimientos, te invitamos a considerar con nosotros la epopeya del verano-otoño de 1.285, en Gerona y sus alrededores y contemplar con cuantos datos se nos ofrecen lo allí acontecido.

Pasemos a relatarlos, sin permitir que el entusiasmo merme la serena narración.

Tras la pérdida sucesiva de Figueras, Castellón de Ampurias, Peralada y Llers; tras los varios días que el Rey estuvo en Barcelona, siempre atento a sus deberes políticos y militares, se trasladó a Gerona, donde celebró otra reunión de Nobles, a los que, sin rodeos, expuso la posibilidad de que esta importante ciudad llegase a caer en poder del enemigo, lo que sería un grave disgusto para todos los que le escuchaban.

El Vizconde de Cardona pidió, como le correspondía, el mando de la ciudad y, con el mando, la responsabilidad de cuanto acaeciera; el Rey, con palabras llenas de afecto, que no de lisonja, dispuso que así se haría y ordenó la hueste que, a las órdenes de aquél, quedaría en defensa de Gerona, así como la provisión de víveres y demás pertrechos para resistir un asedio, no sin disponer, también, la evacuación de la población civil, es decir: de bocas sobrantes, porque, en efecto, ya por entonces los franceses pusieron sus cuantiosas fuerzas en torno a la ciudad.

¿Cuál fue la fecha exacta del comienzo del sitio? Varían las opiniones, pero no aceptamos la dada por un distinguido autor (Piñerrer) según el cual el día 1º de julio quedó rodeada Gerona. En nuestra opinión, fue algunos días más tarde.

Habíase convenido que el Rey recorriese diversos lugares, dándole ocasión a que comprobase la situación general, evitándole inútiles peligros (pues era opinión unánime que su vida importaba mucho más que posibles pérdidas de terreno) y, sobre todo, esto le permitió volver a Barcelona, cuando allí se descubrió un pequeño foco de traición, o, más bien, una maniobra de baja estofa, a cargo de un exaltado, a quien tal vez los franceses le habrían sobornado para producir un movimiento que, a vista de pájaro, no tenía mayor alcance que un anticipo de alzamiento popular. Se llamaba este extraño individuo Berenguer Oller y, medio loco, o medio cabecilla de un remedo de los Gracos, se proclamaba jefe de Cataluña, porque, según decía, la autoridad reside en el pueblo y

él era el pueblo y, por serlo, era el Rey, o algo por el estilo. Aunque la cosa careciese de importancia, convenía no romper la unidad en el ánimo de los franceses, razón por la cual tan pronto como D. Pedro llegó allí, ordenó que compareciese ante él tan extraño agitador y, expeditivamente, fue ejecutado.

Quedaba, pues, ya mediado el mes de julio, establecido el asedio de Gerona, con la totalidad de las fuerzas francesas; ocupado militarmente, si es que cabe emplear este vocablo, el Ampurdán superior, semi despoblado; quedaban, por el norte, algunos castillos, muy pocos, no rendidos, y fieles al Rey; un cordón militar, de norte a sur, (Basalú-Hostalrich), como observación y medida precautoria; un calor ya insoportable para las fuerzas sitiadoras; una sólida defensa; un espíritu militar altísimo; en el lado español, y bajísimo, en el francés; una irregularidad en el aprovisionamiento de éste, que muy pronto se iba a convertir en privación... Quedaban enfermedades, cada día mayores, en las fuerzas sitiadoras; y, lo más importante, la seguridad de que, ya avisado, Roger de Lauria, al frente de la flota catalano-siciliana, bogaba lo más rápidamente posible, rumbo a Barcelona.

¿Presumió el francés de poder alcanzar una victoria, no precisamente militar, sino de orden crematístico, o sea, en el fondo, con traición, en Gerona? Ello es que, muy al principio del asedio, Felipe III, sabiendo el vínculo de parentesco que unía al Vizconde de Cardona, jefe español, con el Conde de Foix, que militaba en las filas contrarias, intentó un vulgar soborno.

Ello fue que el Rey de Francia, por medio del Conde, ofreció al defensor de Gerona, hacerle el hombre más rico que hubiese en España, si le entregaba la plaza. La altiva y noble respuesta, henchida de desprecio y no desprovista de lección a su deudo, debió convencer a Felipe que, en tal vía, no había nada que hacer. Las armas, pues, tenían la palabra.

El Vizconde no pudo evitar que, contraviniendo sus órdenes prohibitivas de cualquier salida de sus tropas, un pelotón de ballesteros sarracenos, procedente del Reino de Valencia, (donde éstos abundaban aún, fieles al Rey de Aragón y buenos guerreros) practicase un boquete en la muralla y, con gran ímpetu, aprovechando las horas nocturnas, se arrojase sobre el campamento francés, causando estrago y sangre en éste, bien ajeno a cualquier intento ofensivo por parte de los sitiados. Regresó el pelotón a Gerona, con unos cuarenta prisioneros, y perdonó D. Ramón Folch la desobediencia, por la bravura y el éxito.

En los mismos primeros días del sitio ocurrió un episodio, que, aunque no alteró sustancialmente la situación, pinta al vivo la entereza de unos, los de adentro, y la desgracia de los de afuera. No podemos silenciarlo, como muestra de varias facetas de aquella empresa.

Ocurrió, en efecto, que, furiosos los franceses por el imprevisto asalto nocturno de los sitiados y viendo muertos, en cierta tienda de campaña, teatro de la hazaña a cinco caballeros, creyeron que se trataba de una traición por parte de adictos al Conde de Foix; eran, cierto, catalanes y, por serlo, pudiera ser aquello obra suya. Sin pensarlo más, hicieron allí dos prisioneros de la hueste de este mismo prócer y los ahorcaron.

Hasta aquí, la cosa no ofrecía nada que pudiese tener ulteriores consecuencias, pero, al siguiente día, el Vizconde de Cardona vio que los ahorcados eran catalanes y entonces, como represalia, mandó, a su vez, algunos de los prisioneros hechos la noche anterior, fuesen, a su vez, colgados por los pies, bien al alcance de la vista del enemigo, el cual, ya convencido de su propio error, se llenó de cólera y destacó un fuerte escuadrón de caballería, que, por el barrio, no amurallado, sito fuera de la ciudad, trataron de penetrar en ella: era un "ghetto" judío. Dejélos avanzar el Vizconde, se adentraron en Gerona, ya que las cadenas protectoras del

paso habían sido, deliberadamente, sueltas, y, entonces los sitiados, con redoblado ímpetu, contraatacaron a los franceses, causándoles una verdadera matanza. Los supervivientes volvieron grupas y, al llegar a su campo, comprobaron que, entre los caídos, quedaba en Gerona cierto caballero de calidad, sobrino del jefe de aquella zona sitiadora. Éste, quiso rescatarle y, al frente de otro pelotón, volvió al lugar de la refriega, pero vencidos otra vez, el tío murió también, entre varios combatientes.

Uno y otro debían ser estimados por el Rey de Francia, quien, persuadido de ser temerario el intento de rescatar ambos cadáveres, pues la defensa hacía casi imposible otra acción armada, a pesar de que el Vizconde puso los cuerpos junto a la misma muralla, despachó un mensaje a éste, a fin de que, al precio de cincuenta monedas (luego, subió a ciento) le fuesen entregados los cadáveres. El Vizconde respondió que, aunque le ofreciesen cien mil monedas, no los entregaría, pero que, sabiendo el afán del Monarca francés por llevarlos a su campo y tratarse de dos buenos caballeros, podría mandar recogerlos, sin precio alguno, como en efecto se hizo, enviando, a tal fin, el francés, diez soldados desarmados, que se llevaron los despojos mortales del tío y del sobrino. En medio de las negruras de esas guerras medioevales, hemos de advertir que aún pervivían, como sabemos, resabios de notas caballerescas, en cuyo fondo bien puede vislumbrarse la nota cristiana.

Desclot, el gran Cronista, al llegar a este punto de su relato, dice: "Empresas y refriegos se hacían cada día, entre sitiados y sitiadores, cuya historia sería larga de contar", incluso, —añadimos nosotros— enojosa de leer, por la sucesiva semejanza de los episodios del sitio, pero bueno será decir que transcurrieron los meses de julio y agosto, sin que cayese Gerona, sin que su exigua guarnición, no superior a dos mil quinientos hombres, o, a lo sumo, tres mil, si en la primera cifra no se incluyen seiscientos ballesteros sarracenos del Reino de Valencia, sin que, en fin, los repetidos asaltos de un enemigo considerablemente superior en

número, lograsen domar el valor de los sitiados. Y si bien empezasen a escasear las provisiones dentro de la ciudad, esencialmente militar a la sazón, ese temible problema, agudizado por otros a que pronto aludiremos, ocurría también en el anillo sitiador.

Una vez, quiso salvarlo el mismo Rey D. Pedro, para llevar víveres a sus valientes, pero pronto vio la imposibilidad de perforar las espesas filas francesas, a las que, dicho sea de paso el río Ter favorecía, y entonces (mediaba ya el mes de agosto) dirigióse el Monarca a la extremidad septentrional de la ya mencionada línea por él ordenada, es decir, a Besalú, desde donde podía, por lo menos, estorbar el tránsito de convoyes destinados a los sitiadores, procedentes del puerto de Rosas, donde tenía su base la parte mayor de la flota francesa, reforzada, tras la derrota sufrida el mes anterior, por numerosos buques de reserva, anclados en Narbona y otros puntos de la costa provenzal, derrota que había causado un grave quebrando al Rey y que, si hemos de dar crédito (¿por qué no? a Muntaner, ocasionó un nuevo altercado verbal entre Felipe III y el Cardenal Cholet: uno, reprochándole haberle empujado a la aventura catalana, de cuyo desastre final ya no dudaba; otro, callándose prudentemente. El mismo Cronista, con su proverbial galanura, refiere tan interesante diálogo.

El 15 de agosto pudo ser fecha fatal para D. Pedro III, por su temeridad: iba conversando, a caballo, con dos Nobles catalanes, a cierta distancia, por delante, de una tropa de almogávares, por los alrededores de Besalú, cuando cayeron en una emboscada francesa. Bravamente, reaccionaron, dando tiempo a la llegada de la escolta. Una azcona montera enemiga estuvo a punto de herir mortalmente a D. Pedro, mas sólo se clavó en el arzón de su caballo y pudo, con su habitual denuedo, arrancarla de allí y devolverla, con la muerte, al francés. Breve refriega siguió al riesgo y tales prodigios de valor personal hizo el Rey que, estúpidamente, se dijo en el campo contrario, que éste había sido muerto. En realidad, cayeron dos conspicuos magnates franceses. Al siguiente día (16 de

agosto) sano y salvo, llegó al campamento de los suyos en Hostalrich, punto meridional de la línea defensiva.

Iban transcurridos 50 días de asedio y si la situación de los sitiados se hacía difícil, peor era la de los sitiadores, no obstante lo cual parece cierto que Felipe III (lo refiere el Cronista italiano Villani, siempre bien informado) había jurado no abandonar el asedio, hasta la caída de Gerona, sin cuidarse, por lo visto, de ulteriores victorias: su amor propio le acuciaba ya a no darse por vencido. ¡Ay, lográralo, o no, su desastre no sólo lo preveía, sino que iba a superar a lo previsto!

Dejemos, por ahora, el memorable sitio de Gerona y, en pos del Rey de Aragón, vayamos a Barcelona, porque el día 24 ó 25 de agosto, estando en Hostalrich, supo D. Pedro, con inmensa alegría, que acababa de anclar en el puerto de la gran ciudad, el Almirante Roger de Lauria, mandando la flota de 30 ó 40 galeras, procedentes del Mediterráneo central, donde había cosechado victorias sobre victorias, y bien sabía el Monarca, con aguda visión de gran caudillo, que toda la gran invasión-Cruzada tendría su decisión no en Gerona, ni en el resto de la tierra catalana, sino en las azules aguas del Mediterráneo.

Habíase trasladado el Rey de Aragón, desde Barcelona hasta Hostalrich, como acabamos de decir, pero quiso, antes de inspeccionar "de visu" la situación militar en el campo cercano al sitio de Gerona, velar una noche en el Monasterio de Monserrat, a la Excelsa Patrona de Cataluña, en cristiana oración, y cuando se disponía a proseguir su cabalgada, llegó a su presencia, a todo correr de su corcel, un emisario de Barcelona, que le pidió albricias por la grata nueva que traía. Dióselas el Rey y entonces el mensajero le comunicó que, habiendo salido de la capital, vio con sus propios ojos que acababa de llegar al puerto la ansiada flota de Roger de Lauria, oyendo lo cual D. Pedro, con sólo dos o tres caballeros, picó espuelas, rumbo a Barcelona, adonde llegó tras un día y una no-

che. Descansó brevemente, tomó un refrigerio y, entrando en su aposento el Almirante, le abrazó con inmensa alegría, presintiendo que ya se estaba en el "principio del fin", de la invasión.

Conferenciaron unas horas y, ya de noche, las 30 ó 36 galeras (hay ligera discrepancia entre los Cronistas, en cuanto al número) Roger de Lauria, siempre audaz, impetuoso y temerario, dio orden de levar anclas, proa al norte, sin apartarse mucho de la costa, incorporándose, al siguiente día, las doce galeras de Marquet y Mallol y otras cuatro, mandadas por un catalán, llamado Montolín, que, a duras penas, acababa de salvarse de caer en manos del enemigo, cuya situación exacta, dijo, era San Feliu de Guixols, primero, y luego, como base principal, un punto situado un poco más al norte, Palamós, o más exactamente (seguimos en este punto concreto a D. Victor Balaguer) entre este último puerto y otro, cerca de Palafrugell, ligeramente al norte.

No era Lauria marino que, teniendo casi al alcance de su mano al enemigo, fuese capaz de vacilar y sin arredrarle las tinieblas, una vez señalada la presencia de las naves francesas, sorprendidas por ignorar la llegada de aquél, lanzóse con sus treinta galeras, parte hacia el pasillo que había entre las enemigas y ella, y parte, un poco mar adentro, para de inmediato volver proas a las así encerradas, al grito estentóreo de "¡Aragón, Aragón, Sicilia, Sicilia!" grito de guerra terrible a los oídos franceses, y embistieron, con los fanales encendidos, a las galeras contrarias, cuyas tripulaciones, por el momento, optaron, en su pavor, por repetir esos mismos gritos, aunque tal ardid no les aprovechase, pues, si bien hubo unos minutos de confusión, debido a las tinieblas de la noche, la vista certera del Almirante descubrió enseguida una nave enemiga, a la que, con la proa de la suya, en fuerte empuje, hízola caer, con casi todos los remeros y, atemorizados los franceses, ya la brava refriega inicial se convirtió en sucesivos abordajes, en los que, muertos, heridos o prisioneros, los marinos franceses de trece galeras, quedaron derrotados, mientras otras doce embarcaciones

enemigas hufan, a fuerza de remos, proa al norte. Toda esta acción pudo durar escasamente dos horas; los maravillosos arqueros catalanes causaron estragos en el enemigo, quedando en poder de los nuestros trece galeras (no todas en buen estado), unos 560 marineros, 50 Nobles, entre ellos el Almirante francés Juan Escoto (otros le llaman Enguerrando de Baillel), 300 heridos y el correspondiente botín de guerra.

Quiso Lauria perseguir a las naves fugitivas, pero era ya tarde para esta nueva navegación, contentándose con aprovechar las mejores de las apresadas, embarcar en las peores propias a muertos, heridos y prisioneros, enviarlas a Barcelona, a cuyo puerto llegaron con las primeras luces del día 28 de agosto y, al frente del resto de su flota victoriosa, poner proa al norte. Si alcanzó, o no, a las doce fugitivas, no se sabe con exactitud, pero, en cambio, es certísimo que la base naval enemiga de Rosas fue tomada, que se apresó a una galera enemiga en Cadaqués, del Duque de Brabante (tal vez, cuñado del Rey de Francia), se ocupó ese puerto y cayó en poder del victorioso Almirante el dinero enemigo destinado a pagar a sus tropas.

Tal fue esta resonante victoria, que, llegada al oído de Felipe III, truncó definitivamente su loco sueño (si es que aún lo tenía) de ocupar, por mar y tierra nada menos que Barcelona.

A partir de ese triunfo, la decisión postrera de la gran invasión quedaba decidida, porque, dueños del mar los españoles, quedó rota la vía de abastecimiento de las tropas sitiadoras de Gerona, como redundó en total desaliento en el campo francés, hasta el punto de que D. Pedro III, respondiendo a un mensaje del sitiado Conde de Cardona (en el que, ante la escasez de gente y sobre todo, de provisiones, en Gerona, le pedía permiso para aceptar, o no, una honrosa capitulación de la ciudad, propuesta por su primo el Conde de Foix, en nombre del Rey de Francia) el Monarca aragonés, convencido de su total victoria, ya, no sólo le autorizó para

hacerlo, sino que mostróle su contento por la heroica defensa por él dirigida.

Bien podía D. Pedro hacerlo: su coronado enemigo, maltrecho, enfermo y consciente del desastroso resultado de la invasión Cruzadas, habíase alejado del campo sitiador y establecido su sede, o, en el lenguaje actual, su Cuartel Real en Castellón de Ampurias (ese lugar desde donde, semanas antes, los "jaimistas" quisieron, por traición de su gobernador, matar al Soberano. Este era, pues, el único punto alcanzado y todavía sostenido por los franceses y éste era, también, el último refugio que, en tierra española, veía cómo Felipe III languidecía rápidamente, porque, desde hacía varios días (fines de agosto de 1.285) le había atacado la grave y general pestilencia que, por momentos, iba deshaciendo al ejército francés sitiador de Gerona.

Dueños del mar, los buques españoles, tras tan señalada victoria, recorrían toda la costa catalana, llegaban, cuando querían, hasta las mismas cercanías de Narbona y, sin la menor exageración, bien cabe afirmar que, desde Tarento, en el Adriático, hasta España, el Mediterráneo podríamos llamarlo, con entera razón, como lo llamaron los antiguos romanos, es decir: "mare nostrum", mientras el solo nombre del Almirante Roger de Lauria era el terror de las ciudades costeras, a uno y otro lado del mismo mar.

Lamentable es al historiador registrar una barbarie perpetrada por este marino, con o sin conocimiento de su Rey: de los 300 enemigos prisioneros en la victoria naval, mandó cruelmente cegar a todos, excepto uno, los cuales, atados y dirigidos por este último, comparecieron ante sus compatriotas. Ni las atrocidades cometidas en Sicilia y en España por lo franceses, ni, menos aún, la misma invasión de nuestra Patria, pueden no digamos justificar, ni explicar siquiera, la bárbara orden dada por el Almirante, o por el Rey, siendo, en cambio, digno de notarse que cuando Lauria, en Cadaqués, por él tomada, según hemos dicho, recibió a unos emi-

sarios de Felipe III, al pedirle éstos (eran, parece, el Conde de Foix y Ramón Rogers, hermano del Conde de Pallars, ambos al servicio del francés que ordenase un alto en sus correrías navales, con arreglo a lo ya acordado entre D. Pedro y el adversario, por lo que a las operaciones de tierra se refería y de cuyo acuerdo trataremos en seguida, Roger de Lauria, con su habitual fiereza, dijo que en tal convenio no entraba la guerra marítima. Esta respuesta, en los orgullosos oídos de ambos "afrancesados" les indujo a hacer alarde de que, si su señor lo quisiese, armaría otra flota de 300 galeras, pues poder y medios tenía para hacerlo... soberbia contestación carente de oportunidad, o inútil baladronada, que mereció las famosas frases pronunciadas, a su vez, por el vencedor Almirante:

"Decir a vuestro Rey que yo sé bien que podrá armar esas 300 galeras y aún más, pero que si él las pone, yo armaré ciento, ni más, ni menos, en honor y gloria de Aragón y Sicilia, las cuales me bastan para oponerme a todo el poder del Rey de Francia y yo os juro que con ellas sólo me basta para que ninguna galera, ni nao, ose surcar el mar, sin guíaje del Rey de Aragón; y no sólo nao o galera, sino que ningún pez se atreverá a asomarse sobre el mar, como no lleve grabado el escudo de Aragón".

Estas altivas frases las recogen todos los historiadores españoles, tomándolas del grave, nada lírico y gran Cronista Bernardo Desclot, que, en punto a escribir adornos no imita, poco, ni mucho, al otro colega y paisano suyo, Ramón Muntaner, siempre sí, verídico en lo esencial, en su Crónica, pero decididamente propenso a la frondosidad en los hechos, por lo menos, a exagerarlos.

¿Qué quedaba, por tierra y por mar, de la gran Invasión-Cruzada, en estos últimos días de agosto y en la primera quincena de septiembre, de 1285? Por tierra, pronto hemos de verlo, aunque bueno será anticipar que, dadas las condiciones bélicas de aquellos tiempos, las penetraciones, al contrario de los actuales, no eran en un frente, más o menos extenso, sino en "puntas de lanza" (permí-

tasenos la expresión, por gráfica que nos parece) que avanzaban cercanas, o menos cercanas, unas de otras, de tal manera que no invadían, ni podían invadir, una zona de territorio contrario. No: caían en su poder algunas villas, castillos, lugares, pero quedaban también franjas no holladas e incluso castillos o puntos fortificados a retaguardia, en poder, en este caso, de Aragón; eran, pues, flechas que se clavaban, pero no zonas enteras conquistadas, con el consiguiente riesgo de que las espaldas del enemigo pudieran ser, en ocasiones propicias, atacadas, con mayores o menores consecuencias.

Hemos aclarado este extremo, en cuanto a la situación militar de esa guerra se refiere, por poder explicarse así el lector cómo D. Pedro III pudo recorrer a caballo puntas del Ampurdán que distaban mucho de las posiciones más meridionales francesas, concretamente, del campamento sitiador. Por consiguiente, si las plazas antes reseñadas, comenzando en Perpiñán (Rosellón "jaimista") y las demás, habían caído, casi siempre sin combate, en poder del invasor, muy a retaguardia otras (últimamente Rosas) estaban en manos del invadido. Y, en tal caso, con la toma de ésta y la gran derrota de la escuadra francesa, cualquiera, por ajeno que sea al arte militar, comprenderá la precaria situación en que, famélicas y enfermas, quedarían, a partir de entonces, las fuerzas sitiadoras de Gerona.

Era, repetimos, el principio del fin, o, empleando unas frases procesales: pleito perdido, con costas.

Pasemos ahora a lo ocurrido en Gerona.

VII

"La débacle"

Con ocasión de la primera victoria naval, en aguas de Cataluña, cuyos héroes máximos fueron los almirantes Ramón Marquet y Berenguer Mallof, el Rey de Aragón comprendió muy bien el alcance de ese triunfo y apresuróse a comunicarlo a su esposa D.^a Constanza y a sus hijos Jaime, Fadrique y Violante, que estaban siempre en Sicilia; en el mensaje, encargábales muy mucho que le enviase, bien asegurado, a Carlos el "Cojo", Príncipe de Salerno, la vida del cual había corrido riesgo tan pronto como, derrotado en la bahía de Nápoles, desembarcó, prisionero, en Messina; recordaremos que la doble intervención de la Regente y del Infante, le salvó de la sentencia capital contra él decretada y que, asaltada la cárcel por la chusma, ávida de su sangre, hubo de ser trasladado a la plaza fuerte de Cefalú, donde seguía.

Pero ni la Regente, ni su hijo, se dieron ninguna prisa en obedecer: consideraban que era mejor, para todos, que continuase en la Isla, por lo que en ella pudiera ocurrir. Pero D. Pedro insistió, más imperiosamente, a reclamar ese traslado, tal vez porque, escarmentado por la traición manifiesta del ya ejecutado Gualterio de Caltagirone y la traición, semi-descubierta de Alaimo de Lentini (bien guardado en Cataluña, aunque sus manejos al principio no creídos por el Rey, fuesen ya patentes, merced a haber caído en manos españolas cartas demostrativas de las actividades netamen-

te pro-angevinas de ese magnate, uno de los mayores conspiradores en favor de Aragón para la liberación de Sicilia); escarmentado, repetimos, de la veleidat italiana, consideraba baza decisiva tener bajo su inmediata vigilancia al hijo de su antiguo rival y decidió que, sin más demora, y convenientemente custodiado, viniese a España. Hubo, pues, que obedecer y, en efecto, ya estaba en Cataluña el desafortunado Príncipe y bien encerrado en un castillo de la ciudad. Si la ocasión hubiese llegado, (que no llegó, por la victoria naval de Roger de Lauria) el Rey habría sabido jugar esa importante baza. Más tarde y en mejores circunstancias, se jugó, siendo ese agosto prisionero un eslabón de ulteriores combinaciones diplomáticas hispano francesas para zanjar muy bonitamente el pleito que se inició en marzo de 1282, con las sangrientas "Vísperas Sicilianas".

Por este lado, el Rey de Aragón (en seguida nos volveremos a ocuparnos de él, victorioso) podía estar tranquilo y hasta parecía que, en su poder, aparte los almirantes vencidos, el Príncipe de Salerno, todos los triunfos estaban a su favor.

Pero todavía quedábanle clavados en el alma dos traiciones a su causa: una, clara, decidida, con agravantes difícilmente perdonables; otra, más solapada. La primera tenía un nombre: D. Jaime, su propio hermano, que, vencido, al serlo el Rey de Francia, allá andaba, temeroso del Monarca vencedor, porque no sólo conocía su condición, dura y nada fácil a olvidar agravios, sino también la conducta anti-española con que acababa de mostrarse gran amigo y aliado del francés y no se hacía ilusiones sobre su propia suerte. Su Reino de Mallorca peligraba, aunque, en verdad, nunca estuviese tranquilo en él y tarde o temprano (ahora ya ineluctablemente) el Rey su hermano, que no había asentido al malaventurado reparto hecho por D. Jaime I, tenía que vengarse de la traición, por el sencillísimo medio de ocupar Mallorca; y menos mal si él mismo no caía en manos de su ofendido e implacable hermano. Hemos de suponer que, no desconocería lo que éste hizo con otro

hermano, bastardo, sí, pero hermano, al fin: aquél Fernán Sánchez, traidor al Rey padre, al cual, por encargo de éste, persiguió por tierras aragonesas, lo acorraló y, capturado, mandó D. Pedro, fríamente, que fuese arrojado al río Cinca, donde su cadáver reposa todavía. Con tan terrible antecedente ¿podía hacerse ilusiones este otro hermano, tanto o más traidor que el anterior?

El segundo torcedor que anidaba en el alma del Rey también tenía un nombre: D. Sancho IV de Castilla, este poco grato Monarca, sobrino suyo, y, aparentemente, muy adicto a él, quien le había ofrecido su ayuda, en el coloquio habido, entre ambos, poco antes, en Ciria, para la inminente lucha contra los franceses y que, ya en plena lid, requerido para el cumplimiento de su promesa, dio la evasiva respuesta de que, amenazado por el sur, en su propio Reino, no podía distraer fuerza alguna. Además, bien podía estar noticioso el aragonés (cuyo servicio informativo era perfecto) de la sinuosa conducta del castellano, no obstante lo cual supo disimular y ya comprobaremos luego cómo, en carta circular dirigida a él y a otros Monarcas (verdadero "parte oficial de guerra", que se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón, registro 47, folio 134 vuelto) le da cuenta de sus triunfos, como pudiera hacerlo a un aliado, e incluso a un amigo que ha de congratularse de ellos.

A fines de agosto de aquel año, un ejército francés, notablemente mermado, sitiaba a Gerona, pero carecía de vituallas, porque sus líneas de aprovisionamiento, por tierra y por mar (tras la gran victoria naval de Roger de Lauria) estaban virtualmente cortadas; a retaguardia, acabamos de decir que quedaban diversos lugares en poder de D. Pedro III y rápidas correrías de su almogávares impedía el paso, por tierra, de convoyes. Si, pues, los alimentos, en el campo sitiador, escaseaban, también los sitiados, en Gerona, sufrían por la misma razón, más importa decir, en seguida que, en tanto que la moral de éstos permanecía alta (valía mucho el Vizconde de Cardona y no valía menos que él, las escasas tropas a sus órdenes) el enemigo estaba desmoralizado, ya que,

además de lo dicho, otros dos factores contribuían decisivamente a tan ruin situación, a saber: el calor de agosto y, más aún, las enfermedades, que iban mermando el cerco sitiador.

Una epidemia habíase declarado en él y a diario sucumbían no solamente y de manera bien extraña, mulos y caballos, que morían tras las picaduras de una plaga de moscas³, sino, en pos del ganado, hombres y más hombres, hasta el punto de que cadáveres de los primeros y cadáveres de los segundos, constituían con el ejército sitiador, algo así como un doble anillo alrededor de la ciudad asediada.

Bien podía adivinarse que el tantas veces llamado por nosotros "General Tiempo" militaba del lado aragonés: esa epidemia naturalísima que cada día se cebaba más, los muertos, o mal enterrados o insepultos todavía, eran con el calor, la causa de la angustiosa situación, no en Gerona, precisamente, sino en el doble cerco al que acabamos de aludir.

Y, en tal estado de cosas, ¿podríase prolongar un empeño, cuyo final se preveía? El Vizconde de Cardona, que quería ahorrar vidas de sus hombres, y que sabía o adivinaba que la sola ocupación de Gerona, por el enemigo, era algo así como la simbólica manifestación de un deseo (íbamos a escribir "capricho") del semi-moribundo Rey de Francia, enfermo en Castellón de Ampurias, pidió y obtuvo permiso a D. Pedro III para entregar la ciudad al

³ Casi todos los autores, al mencionar esta epidemia, la atribuyen a un hecho milagroso. Dícese que, situado un Templo extramuros de la ciudad sitiada, en el cual se conservaba el cuerpo incorrupto de San Narciso, los soldados franceses saquearon en el sagrado edificio cuanto pudieron saquear y que profanaron la sepultura del santo, momento en el cual salieron de allí enjambres de extrañas moscas, que rápidamente fueron extendiéndose entre las fuerzas sitiadoras. Con solo picar a las caballerías, las mataban, y, después, este azote (que entonces y más tarde se comparó con una de las plagas de Egipto en los tiempos bíblicos), se propagó a los hombres, que morían también. Milagro, o no, Gerona lo considera verdad indudable y los gerundenses, como muchos historiadores, hablan, aún hoy, de las "moscas de San Narciso".

enemigo, en condiciones tan honrosas que resultan difícilmente igualables, es decir: salir los sitiados con armas, bagajes, banderas desplegadas y pasar a los suyos en San Celoni y dejar entrar en Gerona una fuerza de ocupación no muy numerosa, si en un plazo de unos 25 días no era socorrida. Y como sabía muy bien el Rey de Aragón que, tras esa ocupación, que sería muy breve, naturalmente, y, más bien que ocupación, un pobre símbolo de luz, en medio de las espesas tinieblas de un desastre, el día 7 de septiembre tuvo lugar la escena. La guarnición, que había resistido el asedio y los asaltos del enemigo, salió tal como se había convenido y desfiló, sin incidentes, entre las fuerzas francesas, que penetraron allí, donde, como alguien ha dicho, más bien pudo ser un hospital provisional, que una conquista gloriosa. Anticipémonos a decir que Gerona estuvo en poder del enemigo exactamente cincuenta días. Su flamante Gobernador Eustaquio de Beaumarchais, bajo cuyas órdenes militaban 200 jinetes y 5.000 infantes no pudo saborear, pues, ni siquiera dos meses el fruto de su "victoria" y aun se cree que, en tan breve lapso de tiempo, los franceses cometieron allí sus acostumbradas tropelías. Neguemos la hipótesis, no sólo por caridad cristiana, sino porque no suponemos a la soldadesca en condiciones físicas para ello, dentro de una ciudad sin apenas habitantes, o, quizá, deshabitada, como escribe Desclot y, con toda seguridad, sin nada aprovechable.

Así estaban las cosas al mediar septiembre y, muerto, moribundo, o gravemente enfermo el Monarca francés, mermadísimo su ejército, con hambre de víveres, con hambre de salvar cuanto pudieron robar en las villas o lugares que, por breve plazo, poseyeron y con hambre, en fin, de volverse a sus hogares; grandes y chicos, en las filas enemigas, convencidos de la triste situación militar y de la imperiosa y acuciante necesidad de una general retirada al otro lado de los Pirineos, fue el heredero de la Corona francesa, (acaso ya, entonces, nuevo Rey) Felipe, quien, por medio de algunos emisarios, pidió permiso a D. Pedro III de Aragón, para cruzar

la frontera pirenaica, a salvo, pues, su padre enfermo, su hermano el "Rey del Chapeo", el Cardenal-Legado, Cholet, y el mismo Felipe, considerando prácticamente fracasada la invasión-Cruzada, querían volver a su país de origen, mientras el ejército se deshacía, en el Ampurdán, solo pensando en irse de Cataluña, si podía.

Notaremos, en el párrafo anterior, cierta confusión en cuanto se relaciona con Felipe III. Obedece la duda a que, mientras Muntaner afirma categóricamente que había ya fallecido en Vilanova, a media legua al noroeste de Castellón de Ampurias, en el "albergue del Sordo", antes de la caída de Gerona, Desclot y otros autores dicen que, enfermo de gravedad, pudo salir, en andas, con el permiso solicitado, unos días después, para fallecer, por cierto muy piadosamente, en Perpiñan, siendo ésta la "verdad oficial" que a menudo, es una mentira disfrazada. En realidad, bien se puede creer que su muerte acaeció en donde la sitúa Muntaner, pero que se tuvo oculta a los franceses para no desmoralizarlos más..., que hartos lo estaban ya, por cierto, y que no su cuerpo con vida en ocaso, sino su cadáver, fue lo que, a hombros de la escolta, pudo ser llevado a Francia.

¡Permiso, hemos dicho, para regresar los restos del ejército que, orgulloso, había osado invadir España pocos meses antes! ¡Permiso, pedido a un Monarca, más grande, como militar, como político, como diplomático y hasta como Rey, que su admirable padre, D. Jaime I "el Conquistador"! ¡Permiso, para proclamar su propia desastrosa "débacle", como dicen ellos y, de paso, para en cierto modo, pedir perdón por la colosal insensatez cometida con esa grandiosa y pomposa Cruzada contra un Reino tan cristiano, o más cristiano, que el de Francia; Cruzada bendecida por dos Papas, en quienes, a fuer de católicos (que tenemos el privilegio de serlo) no vemos, no queremos ver, a Vicarios de Cristo, sino a Monarcas temporales al servicio de unos cuantos franceses coronados, que, por rabia de uno, Carlos de Anjou, indigno hermano de San Luis, hizo de la Santa Sede, instrumento de su ambición y

de su crueldad, y que la pusilanimidad de su mediocre tío Felipe llevó a cabo...! ¡Ah! Ciertamente, contemplada esa estampa desde la cumbre de siete siglos después, se cae en la cuenta de que si uno de los Reyes, el de Aragón, merece con razón el sobrenombre de "Grande", con que lo reconoce la Historia, el otro, el de Francia, Felipe III, con interpretación de signo negativo, también se merece el dictado de "Atrevido", ya que atrevimiento fue y harto clamoroso atrevimiento, su intento de invasión de la ilustre tierra catalana, es decir: del suelo español.

Roncesvalles, el Coll de Panisars y San Marcial son tres lugares cuyos nombres enorgullecen a España y hacen sonrojar a Francia.

En tierra española, enfermo y consciente de su pronto fallecimiento, fue el mismo Felipe III quien, según Muntaner, indicó a su primogénito que solicitase de su tío D. Pedro III de Aragón el permiso para volver a Francia. El Cronista relata el coloquio habido entonces entre el padre y el hijo, embelleciéndolo como en él es usual; pero, históricamente cierto es el hecho y, llegados los emisarios franceses a la presencia del vencedor, éste, que procedente de San Celoni (cerca de Arenys de Mar) se encontraba camino de Panisars, o, tal vez, ya en el famoso Coll, escuchó la súplica de su infortunado sobrino y contestó que concedería, sí, el paso para Felipe III, sus dos hijos, el séquito de ellos, el Cardenal (aunque no se menciona a éste, debe suponerse que también se beneficiaría de la clemencia real) y el oriflama orgulloso, pero en cuanto a lo demás, no podía asegurar nada. Bien sabía cual era, en esos momentos de victoria, el afán de verganza y la sed rabiosa de botín, o, mejor dicho: de recuperar el botín de las fuerzas españolas, a las que acababan de agregarse pelotones de marinos, procedentes de Rosas, después de los triunfos navales, a cuya cabeza iba, para terror del enemigo, el mismo Roger de Lauria.

Al llegar a este punto, no podemos resistir a la justificada tentación de copiar, abreviándolo, el magnífico relato que de él hace Ramón Muntaner, bien entendido que su exactitud, en lo esencial e incluso en lo que no lo es, coincide con Desclot, siguiéndole, posteriormente, Zurita, el sesudo Analista de Aragón, y, en pos de los tres, los sucesivos historiadores, advirtiéndole, de paso, que uno de éstos, el francés Lavissee, o alguno de los colaboradores de su monumental "Historia General de Francia", es, en su breve esquema de tal episodio, imparcialmente despiadado contra sus compatriotas. Empieza nuestro Cronista en el momento en que, obtenida la respuesta del Rey de Aragón, se organiza la retirada.

"Monseñor D. Felipe (se refiere a Felipe IV) llamó a sus barones y ordenó una avanzada, en la que figuraba el Conde de Foix, de 500 caballeros armados; y después iba él con el oriflama y con su hermano y el cuerpo de su padre con el Cardenal; y con ellos iban alrededor de mil caballos armados. Después venían todas las acémilas y toda la gente menuda de a pie, y en la retaguardia, venía toda la demás caballería que había quedado, que serían como unos 3.500 caballeros. Y así salieron de Pujamilot y pensaron ir aquel día a la Junquera.

Aquel mismo día el Almirante (Roger de Lauria) con todos los hombres de mar, estuvo en el Coll de Panisars. Y aquella noche sólo Dios sabe la noche que pasaron los franceses, que ninguno pudo desarmarse, ni dormir, antes sólo oírseis lamentos y gemidos, pues los almogávares y sirvientes de mesnada y hombres de mar atacaban por los flancos de la hueste y mataban a la gente y destrozaban los cofres, que tal ruido hacían haciendo estallar los cofres, que parecía que os encontrarais en un bosque donde hubiese un millar de hombres astillando leña... Al día siguiente por la mañana el señor Rey de Aragón hizo pregonar que todo el mundo siguiera su señora y que nadie, bajo pena de la vida, atacase mientras no atacara su bandera y mientras no sonaran las trompas y nácaras. Y así todo el mundo se agrupó bajo las banderas del señor

Rey y cuando el Rey de Francia pasó y su vanguardia llegó al Pertús, el Señor Rey de Aragón les dejó pasar y toda la gente del Rey de Aragón gritaba:

¡Qué vergüenza, señor, qué vergüenza! ¡Ataquemos, ataquemos!

Pero el señor Rey se mantenía firme hasta que el Rey de Francia hubo pasado y todos los que iban con él, cerca del oriflamma. Pero cuando las acélimas y la gente menuda empezó a pasar y las gentes del señor Rey de Aragón vieron eso, no creáis que el Señor Rey, ni nadie, las pudiera contener, de modo que un grito se levantó por toda la hueste del Rey de Aragón:

¡Ataquemos, ataquemos!

Entonces todo el mundo empezó a correr contra ellos; y vierais romper cofres y saquear tiendas y ropas y oro y plata amonedada y vajillas y tanta riqueza que todos se hicieron ricos y bien acomodados."

Hasta aquí, Ramón Muntaner. Repetimos que Cronistas e historiadores, a coro, repiten con leves variantes, el desastroso, casi dantesco, cuadro de la retirada francesa, que, en realidad, fue una matanza en masa, pues si bien, con férreo puño, D. Pedro, a caballo, pudo sujetar a los suyos, haciendo honor a su promesa, cuando los permitidos expresamente hubieron traspasado el tremendo Coll de Panisars, nada, ni nadie, como dice el Cronista, logró evitar la acometida de almogávares, sirvientes de mesnada, marinos de Roger de Lauria y hemos de creer que caballeros de alcurnia, contra los restos ya destrozados de aquel soberbio ejército de cerca de 250.000 hombres (descontamos la cifra del "6º cuerpo", compuesto de mujeres, incluida, por cierto, la Reina de Francia, segunda esposa de Felipe el Atrevido, viejos y niños, que, una vez echada su "piedra contra Pedro", habíase vuelto a sus países); contra ese ejército, el más potente, con seguridad, de cuantos reunieron los enemigos de España, en varios siglos, anticipo, como dijimos

oportunamente, de la "Grande Armée" napoleónica y, antes, del ejército de Carlo Magno.

Y, claro, sobrevino el desastre más completo: en una larga y ancha superficie del terreno, tras el Coll, los muertos sembraban, a millares, esa vía del dolor francés y, con entera razón, pudo echar en cara el nuevo Rey de Francia a los que impulsaron a su padre a esta desventurada aventura, la locura de la misma, aunque hemos de suponer que, mientras, a salvo ya el Cardenal Legado, languidecía en el Rosellón, para morir enseguida, no tendría humos Felipe IV para volver a burlarse de su hermano Carletto, Carlistos, o el Rey del viento y del chapeo, que de las cuatro maneras le llama la Historia; todo, menos Carlos I de Aragón, como no tuvo empaño de llamarle cierto editor español, hace unos cuarenta años.

Si hemos de creer a ese Cronista (y, si no enteramente, poco menos podemos dar fe a su historia) solamente un exiguo número de la gente extranjera consiguió la libertad y la vida. Aquellos alrededores hubieron de ser limpiados de cadáveres de hombres y de bestias, de restos de bagaje, de trozos de cofres, de ropas en jirones, de sangre, en fin, tarea ordenada por el Monarca victorioso, que duró algo menos que cuatro semanas, mientras el mismo D. Pedro se retiraba a la ruinoso Peralada, cuya reconstrucción comenzó en seguida. Hubo, además, reparto de dones, gracias y recompensas y, ya sin enemigos, pocos días más tarde, quedaba el Ampurdán, de nuevo, en poder del Rey, como, al cabo de 50 días, como antes se dijo, la inmortal Gerona vio salir, con vilipendio, a la guarnición enemiga, con su gobernador, Eustaquio de Beaumarchais, Senescal de Tolosa, a la cabeza, y, por supuesto, previa autorización del Rey de Aragón, quien, no considerando concluidos sus planes, mandó a Roger de Lauria que volviese a su escuadra para llevar a cabo algo que le importaba mucho, a saber: dar el condigno castigo a su traidor hermano D. Jaime (que no osó, naturalmente, ponerse a su alcance), mediante unas operaciones navales, no difíciles (pues

contaba con elementos muy a su favor en las mismas gentes de éste) que culminarían en adueñarse de su reino de Mallorca.

El período de limpieza y pacificación del Reino duró, hemos dicho, menos de un mes, pero bueno será, por parte del historiador, añadir que en esta campaña, tan triunfal para D. Pedro, cuanto catastrófica para sus adversarios, hay que atribuir la victoria a D. Pedro, personalísimamente, en lo que a dirección se refiere: fuerte, sereno, valiente, incluso heroico a veces, magnífico estratega, insuperable político, frenando a sus huestes cuando había que sujetarlas, sabiendo esperar, sabiendo también, sufrir incomprendimientos, audaz en la ocasión precisa, conocedor perfecto de sus más destacados súbditos, pendiente en todo momento de la gobernación de sus dominios, antiguos y nuevos, prudente cuando había que serlo, incluso a riesgo de creérsele demasiado flemático, este Monarca, a nuestro juicio uno de los tres o cuatro mejores que ha tenido España, acababa de mostrar a una Europa atónita que existía un rincón sur-occidental en ella, hasta entonces desconocido, que entraba, pisando fuerte en la Historia Universal.

Nos hemos referido hace un momento al Rey de Castilla Sancho IV el Bravo (sólo hacía año y medio que había sido coronado, convirtiéndose, así, su situación "de facto", en situación de "iure" al fallecer su padre, Alfonso X el Sabio, contra quien guerreó en los últimos tiempos de éste). Pues bien, conviene trasladar aquí, por ser el momento oportuno, la carta que su victorioso tío aragonés le dirigió, igual que a D.^a Violante, su madre, D.^a María de Molina, su ilustre esposa, D.^a Isabel de Portugal, hija del triunfador (hoy venerada en los altares), al mando de éste, D. Dionis, su yerno, Rey de Portugal, a Eduardo I de Inglaterra y a otros pocos personajes de menor alcurnia. Decíamos que esta carta circular se podría considerar como un "parte oficial" de guerra, o, más bien: la notificación oficial de la victoria. El historiador D. Antonio Bofarull y Brocá la tradujo, en su extensa obra. Dice así, tras las frases preliminares de salutación:

“Ha de saber, pues, vuestra Real Excelencia, que el magnífico Príncipe Felipe, de feliz memoria, ilustre Rey de los franceses, no contento con los límites de sus dominios, ni saciado con las riquezas que tiene, antes bien: codiciando subyugar nuestro Reino a su imperio, invadió nuestra tierra hostilmente con una multitud de guerreros, ocupó en su mayor parte el Condado de Ampurias y pasó a sitiar con un copioso ejército la ciudad de Gerona, la que obtuvo, al cabo, después de tres meses, a consecuencia de la gran escasez que padecían los encargados de su custodia, a quienes, sin embargo, dejaron salir libremente con todos sus bienes, según pactos que se establecieron. Pero el Rey de los reyes, y Señor de los señores, justo Juez que resiste a los soberbios y concede su gracia a los humildes, viendo tanta injusticia y soberbia con que obraba contra Nos, disparando su venganza divina y preparando a los nuestros, por intercesión de su piadosa misericordia, no permitió que se llevasen a efectos los conatos nefandos de dicho Rey y de los suyos, según el desordenado deseo que sentía. Y como no quiere la muerte de sus rebaños y sí que vivan para que se conviertan, hízoles sentir desde luego la vara de la corrección, pues mientras estaban en el sitio de la referida ciudad, llegaron a perder muchos barones y otros caballeros, por efecto de heridas y de enfermedades y hasta cerca de cuarenta mil caballos. Y como no dejasen todavía de obrar con perversidad, ni fuesen ellos saludable remedio la vara de la corrección, tuvo que azotarles Dios con el báculo del castigo: nuestra Armada del reino de Sicilia, que había retardado por ocuparse en la adquisición de la ciudad y principado de Tarento y que Nos aguardábamos que viniese de las partes de Calabria, llegando a Barcelona y uniéndose a la Armada de Cataluña, avanzando con feliz navegación, trabó un combate marítimo con la gran Armada de dicho Rey y, por favor de Dios, la venció y triunfó de los enemigos obteniendo la palma de la victoria, en la cual lucha, aparte del Almirante llamado Escoto y otros varios de la Armada de dicho Rey, quedaron en nuestro poder encarcelados para toda la vida, perecieron acuchillados cuatro mil hombres y

perdieron muchas galeras y naves, barcas y demás leños. Antes, empero, de que esto sucediese, diez galeras de Cataluña habían vencido veinticuatro galeras del mismo Rey y habían cogido también al Almirante, Guillermo de Lodive. A pesar de todo esto, dicho Rey con sus franceses, neronizando a manera de Nerón y mostrándose duro a los azotes, no reconoció el azote divino con paciencia, y por esto, airado el Señor, por su justo juicio, ejerció de una manera evidente la severidad de su venganza lo mismo contra dicho Rey, que contra los suyos. Mientras el expresado Rey, detenido por razón de enfermedad, entrando en el camino que debe seguir toda carne, llegó a su último día en estas partes, expeliendo nosotros hasta las fronteras de nuestro Reino a nuestro enemigos, o, mejor, a los enemigos de Dios, por cuya virtud, ayudados por la mano de Saúl y de David, mataron los nuestros diez mil, les vencimos a todos el Domingo después de la fiesta de San Miguel, y el Lunes siguiente o, para hablar con más verdad, los venció al Señor, causándoles un inestimable daño, así en las personas como en sus cosas. Así, pues, sucedió, por obra de Dios, que el Condado de Ampurias, estando todavía ellos presentes, volvió a nuestra jurisdicción, y que sucumbieran dichos nuestros enemigos, lo mismo por mar, que por tierra. Y sabiendo que os congratulareis de tan favorables sucesos para Nos, hemos tenido el cuidado de participarlos a vuestra Grandeza, acumulando este gozo a los demás, principalmente por considerar este negocio como propio vuestro y contribuir al mejor éxito de los nuestros, por todo estilo. Dado en Barcelona a 2 de los idus de octubre”.

Tal es el texto de esta interesante carta circular. En ella se ve, ante todo, la profunda piedad de D. Pedro III, la minuciosidad, no exenta de legítimo orgullo, con que da cuenta del triunfo de su causa y, examinado su contenido en relación con alguno de los destinatarios, acaso se adivine también, entre líneas, una advertencia, a quien procediese hacerla. Porque no olvidemos que si varios de ellos eran, en mayor o menor grado, amigos suyos, o

benévolos neutrales, por lo menos, al leer este documento, Sancho IV pudo temer futuras actitudes de su tío, tras la taimada conducta por él observada en la contienda. Quizá, con mejor visión, su esposa la Reina D.^a María de Molina (máxima luz de su paso por el Trono de Castilla, entre sinuosidades, que le salieron bien, o mal), advirtiera, mejor que su marido, que al oriente de sus fronteras, había todo un Monarca, victorioso, fuerte, noble, sí, pero nada olvidadizo y que, por añadidura, custodiaba, en Játiva, a D. Alfonso y a D. Fernando de la Cerda, bazas temibles que, al menor descuido por parte del castellano, podían ser jugadas por las temibles manos de D. Pedro III de Aragón, justamente ofendido con su sobrino y colega de Castilla.

De esta eventualidad se hacen eco no sólo Muntaner y Zurita, sino otros escritores, en pos de ellos y si no es dable al historiador adivinar las intenciones del poderoso vencedor de la reciente lucha, bien puede suponer que, en menor grado que la puñalada de su hermano Jaime, sentía el dolor de la taimada actitud de su sobrino de Castilla.

Sino que, contra el primero iba a actuar rápidamente, porque urgía incorporar a la Corona de Aragón el Reino (casi artificial) de Mallorca. Aquí tenía, como, de pasada, hemos apuntado, valiosos partidarios y buena cantidad de lo que hoy llamaríamos "simpatizantes", que ya estaban en tratos con el mismo D. Pedro, para derrostrar a D. Jaime, quien, por su parte, entre temeroso y taimado, desenvolvía, a raíz de la derrota de los franceses, sus amigos, una sutil labor cuyo fin bien pudiera ser que la magnífica obra del padre de ambos hermanos, o sea D. Jaime I de Aragón, al ocupar las Baleares, quedase anulada por el miedo, la traición, la tortuosa política, o la ineptitud del hermano menor, en combinación con un Felipe IV, que se estrenaba como Rey de Francia y, necesariamente, no podría olvidar nunca la tremenda lección (por él prevista, dicho sea en honor suyo) dada a su infortunado padre, de quien el Dante escribiría más tarde: "Mori fuggendo e disfiorando'l giglio".

Sí: urgía obrar y por eso D. Pedro mandó a Roger de Lauria que activase el reembarque de sus marineros, tras la valiente contribución, por tierra, de él y de éstos, en la memorable victoria del Coll de Panisars, mientras el mismo Monarca, en Barcelona, al tanto de todos lo concerniente a su Corona, sabía que en Sicilia había manejos, alentados ahora por el Papa Honorio IV, como su predecesor, pro-francés, tendentes a un alzamiento contra la Regente y el Infante, supieron, a tiempo, cortarlos de raíz, porque este D. Jaime de Sicilia (futuro Jaime II de Aragón) sabía desenvolverse al modo, fuerte, viril, prudente y enérgico, de su padre, y en cuanto a la gran Regente de la Isla, Reina consorte de Aragón, diremos escuetamente, que, piadosa, inteligente y firme, era no solamente digna esposa de D. Pedro III, sino ilustre y muy ilustre hija de Manfredo, nieta de Federico II y podía ostentar con orgullo su condición de pertenecer, como ambos, a la Casa Imperial de los Staufen, ante cuyo paso por la Historia de la Europa medioeval, puédesse alabar o denigrar, ensalzar o condenar, admirar, o airarse..., puédesse todo, excepto desdeñarla: hay que pararse ante ella.

Cuando, pues, el asunto de Mallorca quedase resuelto a satisfacción del aragonés, ¿qué podría ocurrir con la doble baza, en sus manos, de los Infantes de la Cerda, encerrados "con muchísimo respeto" (como diría el Pedro Crespo del "Alcalde de Zalamea") en Játiva? ¿Qué pensaría acerca de ellos, o, mejor dicho, del mayor, D. Alfonso? ¿Le enfrentaría con Sancho IV, lo que supondría un conflicto armado con Castilla, pero, paralelamente, un acercamiento con el nuevo Monarca francés, primo de los Infantes de la Cerda?

Repetimos que no se puede adivinar el pensamiento del agraviado Soberano de Aragón, pero hemos de convenir que, de haber sido más largo su Reinado, la Historia patria pudo adoptar trayectorias imprevistas.

El Infante heredero, D. Alfonso, acompañó a su padre hasta Barcelona: allí, éste le dio el mando de la expedición naval contra Mallorca, poniendo a sus órdenes una fuerza de 500 caballos y

2.000 peones; le dio minuciosas instrucciones de cuanto tendría que hacer, notificándole la actitud francamente amistosa que hallaría y recomendándole suma prudencia para no causar daños a los naturales de las Islas (Mallorca e Ibiza, pues Menorca era tributaria del Rey de Aragón, aunque ocupada todavía por sarracenos, que buen cuidado tendrían de molestar al poderoso Monarca. En seguida, el heredero (que, dicho sea de paso era digno hijo de D. Pedro, sin alcanzar su inalcanzable categoría) obediente, admirador y cariñoso hijo suyo, partió, a su vez, a Salou, punto de concentración de la Armada, en tanto que, a modo de embajadores suyos, despachaba a Mallorca a Conrado de Lanza y a Asberto de Mendiona, para preparar allí la operación militar, si hubiera que hacerla, de acuerdo con lo que, en Mallorca, lo estaban previamente con el Rey de Aragón.

Enseguida, éste se trasladó, desde Barcelona, a Tarragona, proponiéndose continuar, luego, a Játiva, para aquí, tras una conversación, o negociación, o simple comunicación, empezar a desarrollar planes que afectaban a Castilla, ya que en Játiva estaban los primeros eslabones, digámoslo así, de tales proyectos. Hay algún historiador que no vacila en decir que el mayor de los augustos rehenes allí residentes, era, en la mente de D. Pedro III de Aragón, nada menos que un nuevo colega de Castilla, con el nombre de Alfonso XI. En todo caso, verdad o hipótesis, lo cierto era, en esos últimos días de octubre de 1.285, que el aragonés tenía pensado algo importante, relacionado con uno o los dos Infantes de la Cerda y que de ése algo saldría él ganando y, muy probablemente, Sancho IV, perdiendo.

Y si todo estaba en buenas manos en Sicilia, en buenas manos, también, pero en fase preparatoria, en Mallorca, el porvenir se presentaba brillante para el vencedor de los franceses.

Sino que...

VIII

Acabamiento súbito

Cuando buenamente podía, D. Pedro III era poeta y, pudiendo, o no pudiendo, favorecía las Artes, las Letras y el desarrollo, del comercio, porque no olvidemos que los activos catalanes, como los valencianos, al hallar suyo el Mediterráneo, bien guardado por la potente escuadra, por él creada, los puertos de ese mar, desde el próximo oriente, hasta nuestras costas, eran visitados por los buques españoles, en activo tráfico mercantil, y Sicilia igual que los dominios peninsulares de la Corona de Aragón, prosperaba también, bajo el excelente gobierno de D.^a Constanza y de su hijo; al fin y al cabo la isla y esos dominios apenas tenían competidores y la piratería norte-africana halló, en los marinos de guerra de una y otra porción aragonesa, un freno decisivo.

Todo este florecimiento prometía, a plazo breve, el máximo esplendor de España oriental, en tanto que los desastres recientemente sufridos por Francia, ¿qué determinaron, al empuñar el cetro ese Felipe IV, "el Hermoso", tan clarividente, siendo Infante heredero? Es el historiador Lavissee quien responde así:

"El principal resultado de las expediciones de Felipe III, contra el Condado de Foix, Castilla, Navarra y Aragón, fue, justificándolo con las numerosas convocatorias militares y las considerables recaudaciones de dinero, preparar el país, Clero, Nobleza y pue-

blo, para las grandes exacciones generales del tiempo de Felipe "el Hermoso".

Realmente, el panorama al otro lado de los Pirineos, se presentaba, en contraste con Aragón, bien sombrío, pero allá el hijo del "Atrevido" iba a inaugurar el nacimiento, desarrollo y poco amable período de los "legistas", plaga que si exprimió hasta la asfixia al país, le condujo a la anulación de la Nobleza, del Clero y del pueblo, con tal de obtener dinero y, en delirante "política" fiscal, esos "legistas" llevarían de la mano a su Monarca, o éste, de la de ellos, el mismo crimen, a los días negros y rojos en los que, ávidas de riqueza las arcas reales, las buscarían donde se imaginaban que estaban ocultas, o sea en la ilustre Orden de los Templarios. Francia, la Francia de Felipe IV el "Hermoso", sólo brillará, con luz siniestra, por las múltiples hogueras en las que los Caballeros de esa Orden serían quemados vivos, si no daban un dinero, existente, o no, que el Rey y sus "legistas" creían tener escondido en los Castillos o en los Monasterios del Temple, y en Felipe IV hay que situar, además, una destacada figura del "Cisma de Occidente".

Si, pues, más adelante de Panisars, bajo Felipe IV, Francia iba a vivir una era de pesadilla y de terror, la Corona de Aragón, bajo Pedro III el "Grande", se disponía, en los últimos días de octubre de 1.285, una vez arreglados los asuntos de Mallorca y, acaso, los de la frontera con Castilla, a crecer de tal modo que el Rey alcanzaría el cúlmen de su gloria, hasta hacer de sus dominios la primera Potencia de la Cristiandad.

No es verosímil la opinión de que él mismo se dispusiera a dirigir la expedición a Mallorca; ya vimos que su hijo primogénito y Roger de Lauria serían los protagonistas de tal empresa, más bien política, que militar, o sea inadecuada para el Monarca, que confiaba plenamente en ambos.

Tenía, a la sazón, 46 años de edad, estando, pues, en la plenitud de la vida; podía sentirse ufano de que en la breve época que llevaba empuñando el cetro habíase mostrado digno hijo de Jaime I; su vigor corporal, su alta estatura, su varonil belleza, sus dotes personales de toda índole y las sucesivas victorias que jalonaban su historia, ibanle haciendo dueño de sus difíciles súbditos, aragoneses y catalanes; Valencia no le ocasionaba zozobras, porque, al fin y al cabo, era conquista reciente y en su bello y fértil suelo la riqueza brotaba por sí sola. Allá, en Sicilia, como hemos dicho en el Capítulo anterior, no obstante los manejos pro-franceses, aplastados en flor, por D.^a Constanza y D. Jaime, esposa e hijo del gran Monarca aragonés, y no obstante, también, la volubilidad de los naturales (recordemos a Gualtagirone, a Lentini y a la mujer de éste, Macalda Scaletta); en Sicilia, decimos, las perspectivas se presentaban bien, y quedaba sólidamente arraigada una dinastía distinta por completo, de la expulsada, angevina.

Así, pues, cuando, a caballo, dirigíase el Rey, desde Barcelona, a Tarragona o Salou, con sus proyectos, ¿por qué no sentirse dichoso? Mas, de modo imprevisto, en ruta ya, sintióse, el 26 de octubre, enfermo; tal vez lo estuviera ya al partir de la gran ciudad catalana, pero no dio importancia al mal, que, sin embargo, tan agudo se presentó que hubo de ser llevado a Cervelló y, desde allí, en franca gravedad, a Villafranca del Panadés, adonde, llamado urgentemente, acudió, desde Barcelona, el famoso médico Arnaldo de Vilanova.

El enfermo no se hizo la menor ilusión: obediente al tratamiento que se le impuso, vio claramente su propia gravedad. En pocos días (desde el 28 de octubre, al 11 de noviembre) ese lugar se convirtió en punto de mira angustioso, para el pueblo catalán: clérigos, monjes, médicos y próceres acudían allí, consternados, pero, en medio de esta general emoción D. Pedro III mostrábase tan sereno, ante la muerte, que veía venir, como piadosísimo penitente.

Con su proverbial minuciosidad, el historiador de Cataluña D. Antonio Bofarull relata los últimos días de aquella existencia ilustre: ya, el enfermo, más que Rey, se convertía en simple mortal que pronto comparecería ante Dios; habló, ante el Arzobispo de Tarragona, el Obispo de Valencia, otros Religiosos y su propio confesor, de toda la actividad por él desplegada, desde los comienzos de su Reinado, explicando sus móviles en cuanto a la empresa de Sicilia; se lamentó, con dolor, de las censuras eclesiásticas fulminadas contra su propia persona y sus Reinos. Después, en humilde actitud de espíritu, se confesó dos o tres veces; dio muestras de sincero arrepentimiento, solicitando, del Arzobispo, los Sacramentos de la Iglesia; dispuso la libertad de varios presos, excluyendo otros, cuya detención convenía, como el Príncipe de Salerno; repartió, en forma de codicilo, numerosas limosnas y actos piadosos en sufragio de su alma, sometiéndose a cuanto dispusiera la Santa Sede y, en creciente estado de gravedad, transcurrieron los once primeros días de noviembre.

Había corrido a su lado, sabedor de cuanto sucedía, su primogénito D. Alfonso, casi a punto de embarcarse, pero el enfermo, antes que padre, tuvo alientos para ser Rey, una vez más, y le ordenó que, pues no era médico, allí nada podría hacer; Dios le llamaba y estaba pronto a comparecer ante Él, razón por la cual, tenía que marcharse el Infante, a cumplir la misión que le incumbía, a lo que el lloroso hijo hubo de someterse.

Y, así, llegó el día 11 de noviembre de 1.285: a la hora de completas, con los brazos cruzados sobre el pecho y alzando la mirada, el alma grande de tan grande Rey voló ante el Trono de la Gracia.

Martín IV, Carlos de Anjou, Felipe III de Francia y Pedro III de Aragón, en el mismo año, acudieron a la gran cita de todos los mortales.

Dios, Supremo Juez, todo sabiduría, justicia y Amor, diría la última palabra, ante la cual un humilde historiador debe callar su juicio, mas cabe, bien como cristiano, o español, u hombre de leyes, preguntarse en lo íntimo de su conciencia, cuando esta obra se da por terminada: ¿es la serena contemplación de la Historia, juez imparcial para emitir ya que no un juicio, sí, por lo menos, unas breves consideraciones, acerca de una figura destacada que sus páginas recogen y a cuya biografía el autor ha consagrado, gozosamente, largas horas de estudio, recreándose en ella, como apasionado amante de la verdad humana y de sus propios sentimientos patrióticos? ¿Es lícito un simple comentario, a ras de tierra, sobre D. Pedro III de Aragón? Honradamente, creemos que sí, sometiéndonos a más excelsos Jueces (Dios y la Iglesia) y, por creerlo, permítasenos decir que en la serie de los Reyes de Aragón y Condes de Cataluña, el hijo y sucesor de Jaime I ocupa, minuciosamente examinado su Reinado, un lugar eminente, al que, ni sus antecesores, ni sus continuadores, llegaron nunca, y tengamos en cuenta (ya lo hemos dicho en el texto) que, con mayor o menor fulgor, todos los Reyes de esa España oriental, brillan más que los de la otra porción peninsular, con algunas, pocas excepciones; como también creemos que el pueblo de Castilla-León fue siempre más fácil de gobernar, que el de Aragón-Cataluña; a él le tocó la gran tarea de recobrar el suelo patrio, en una Cruzada de siete siglos, contra el Islam, en tanto que, en levante, esta tarea común se sintió menos comprometida. Los reyes occidentales fueron, más bien, caudillos; los orientales, a duras penas, pudieron ser reyes de duros y difíciles súbditos, admirables, sí, por múltiples conceptos, pero pudiéndose permitir el lujo de tareas más pacíficas y, por lo mismo, más amables, que las tareas de sus guerreros vecinos castellanos. Pues bien: duros, difíciles, incluso ariscos, a veces, los aragoneses (laboriosos, honrados y hogareños) y los catalanes (industriosos, piadosos y con alas para volar más allá de sus límites geográficos) tuvieron la suerte de que en su Trono se sentaran Monarcas admirables, que si de vez en cuando se vieron agobiados

en su labor por esos súbditos, que, a su vez, se creían un poco reyes también, supieron vencer obstáculos y empuñar el timón con mano hábil y firme..., hasta que llegó el momento en que, siguiendo unas directrices esbozadas por la política "matrimonial" de su padre, política de amplia visión, D. Pedro III de Aragón, puso en práctica lo proyectado por D. Jaime I y, poniéndolo, Aragón voló más allá de sus fronteras, llegó a Túnez, de paso, y anidó en Sicilia, no como conquistadora, bien entendido, sino como libertadora del yugo francés-angevino, pese a que su máxima figura, Carlos de Anjou (el más poderoso Monarca del último tercio del siglo XIII) halló fuerte amparo en una Santa Sede que, en lo temporal (¡librenos Dios de aludir a lo espiritual!) solo fue eso: amparadora de Francia. Y cuando, siempre piadoso, pero siempre Rey, D. Pedro III, esposo de la última Staufen, acudió al llamamiento angustioso de los oprimidos, vejados y ultrajados sicilianos, después de las ominosas "Vísperas", supo vender al invencible, supo frenar sus ambiciones, domeñarle, apagarle, anularle; y, si el Rey de Francia, su tío, obediente y sumiso al humillado Carlos, puso al Norte de los Pirineos el mayor ejército conocido en la Edad Media, para, con él, invadir a España, con honores de Cruzada (hombres que a los españoles, por católicos que seamos, nos causa indignación solo relatarlo) D. Pedro III, incomprendido durante casi todo su reinado, con sus geniales dotes de caudillo y jugando maravillosamente las bazas que tenía, esperó al enemigo, tranquilo, fuerte, sereno, siempre confiando en Dios, supo gastar, primero y vencerle, por mar y por tierra, después, prestarle, por cincuenta días la ciudad inmortal de Gerona y, en fin, supo ser caballero, permitiendo el regreso de unos restos del ejército enemigo, que, rotos, hambrientos y enfermos, llevando el cadáver de su Rey, había pedido humildemente la venia del vencedor y dejar libre y dueña del campo de batalla la tierra ilustre española, mientras que el Rey D. Pedro presenciaba desde el Coll de Panisars, con la "debacle" del enemigo, el incomparable triunfo de los suyos, bajo su dirección, o, como él dijo, en carta circular a varios Reyes, por obra directa de Dios.

Por eso, la Historia, le llama "Grande"; por eso, el poeta por antonomasia de la baja Edad Media, Dante Alighieri, que había dicho de Felipe III, que "mori, fuggendo, disfiorando'l giglio", pudo decir de nuestro Rey D. Pedro III

"D'oquí valor porto ciuta la corda".

Relación de Títulos
publicados de la Colección
EL JUSTICIA DE ARAGÓN

1. La Fiducia Sucesoria.
José Luis Merino
2. El Consorcio Foral en el
Derecho Civil Aragonés.
Carmen Sánchez-Friera González
3. La Protección Internacional
de los Derechos del Niño.
Natividad Fernández Sola
4. Informes del Seminario (1954-1958).
*Comisión Compiladora del
Derecho Foral Aragonés.*
5. La Edad en el Derecho Civil
Aragonés.
Francisco Mata Rivas
6. El Testamento Mancomunado:
estudios de documentos
notariales aragoneses desde
el siglo XVI hasta la actualidad.
Elena Bellod Fernández de Palencia
7. La Junta de Parientes en el
Derecho Civil Aragonés.
Rafael Bernal Mainer
8. Los Antecedentes Históricos
de la Justicia Constitucional
en el Reino de Aragón.
José Iglesias Gómez
9. De la Protección de la Infancia
a la Prevención de la Delincuencia.
María José Bernuz Benítez
10. Pactos o Capitulaciones
Matrimoniales en Derecho
Internacional Privado.
María del Pilar Diago Diago
11. El Consorcio Foral después de
la reforma introducida por Ley
1/1999, de 27 de febrero, de
Sucesiones por causa de muerte.
Carmen Sánchez-Friera González



EL JUSTICIA DE ARAGON